

DRAMATURGIA ITALIANA CONTEMPORÁNEA

COLECCIÓN TEATRO

Coordinadores

Efraín Franco Frías y Luis Miguel López

Traducción

Enrique Vázquez Lozano y Giuseppina Mortola

SECRETARÍA DE CULTURA—GOBIERNO DE JALISCO
2016

Primera edición, 2016

D.R. © Efraín Franco Frías

Luis Miguel López

D.R. © Secretaría de Cultura de Jalisco

Gobierno del Estado de Jalisco

Av. La Paz 875, Zona Centro

C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco. México

Claudia Susana Andalon Delgadillo

Diseño portada

Cecilia Andalon Delgadillo

Grabado

Bernardo Castillo

Corrección de estilo

Gustavo Ortega López

Diseño editorial y formación

ISBN: 978-607-734-090-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

DRAMATURGIA ITALIANA CONTEMPORÁNEA

COLECCIÓN TEATRO

Coordinadores

Efraín Franco Frías y Luis Miguel López

Traducción

Giuseppina Mortola y Enrique Vázquez Lozano

DIÁLOGOS ESCÉNICOS MÉXICO-ITALIA

La posmodernidad con todas sus variables nos alcanza, tanto a los pueblos altamente desarrollados como a los emergentes. Una larga serie de tendencias estéticas, actitudes filosóficas, ideológicas y culturales se entremezclan en un abigarrado mapa donde las fronteras geopolíticas se cimbran en su liquidez ante los acuerdos internacionales, de carácter primordialmente económicos. Ninguna filosofía ni estética dominan el horizonte; la fragmentación, la búsqueda experimental en las artes, la incorporación de nuevos lenguajes y códigos verbales y no verbales son algunas de las líneas que se avisan en la contemporaneidad.

En medio de la vorágine, de los flujos y reflujos, de la movilidad conceptual, sigue siendo vital el establecimiento de puentes culturales específicos que faciliten el diálogo intercultural y la interacción entre los creadores.

Sabedores de la fragilidad del arte y la cultura cuando no forman parte de las industrias culturales, como normalmente ocurre con el teatro en todas sus vertientes, iniciamos en 2015 la construcción de un puente teatral México-Italia, que posibilite de manera constante el tránsito en ambos sentidos de las creaciones escénicas producidas por los teatristas italianos y mexicanos.

El proyecto que se ha gestado para estos fines, en su conjunto es amplio e incluyente, sin embargo, en una primera etapa, se centra en acciones específicas y conjuntas con el Centro Nazionale di Drammaturgia Italiana Contemporanea, que reúne a 190 dramaturgos de Italia, y el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad de Guadalajara, que cuenta con líneas de investigación y creación escénica, así como vínculos con teatristas de todo México que pueden propiciar el intercambio académico, artístico y cultural.

La Embajada de México en Italia, a través de su secretariado cultural, desde 2015 se sumó de manera decidida a los esfuerzos organizativos, de gestión y realización de acciones concretas en apoyo del proyecto, que, a mediano y largo plazo busca sea un vaso comunicante entre las comunidades escénicas de los dos países. En ese tenor la Secretaría de Cultura de Jalisco, a través de la Dirección de Publica-

ciones e Investigaciones Estéticas, en una muestra de interés y una visión amplia de las relaciones interculturales, también se incorporó, en 2016, al proyecto binacional, con la edición del presente libro, mismo que inicia de manera cierta el diálogo editorial, ya que de manera recíproca los teatristas y autoridades culturales y académicas de Italia impulsarán ediciones en italiano o de manera bilingüe de dramaturgos mexicanos, como parte del proyecto general.

Esta antología bilingüe en buena medida es una muestra representativa de la dramaturgia viva de Italia, ya que a Instancias de Luis Miguel López, teatrista mexicano, la presidenta del CENDIC (Centro Nazionale di Drammaturgia Italiana Contemporanea), dramaturga Maria Letizia Compatangelo, convocó a sus miembros, encabezados por el Nobel de Literatura Dario Fo, para que escribieran o enviaran obras ya escritas, independientemente si habían sido editadas o escenificadas, unipersonales o de pocos personajes, para así poder conformar un corpus de dramaturgia textual que diera cuenta de lo que se está escribiendo en Italia en el siglo XXI.

La respuesta fue nutrida, varios dramaturgos enviaron más de un texto, empero, en aras de la equidad y ante la calidad manifiesta de la inmensa mayoría, se decidió conjuntamente con el CENDIC, que sólo se editara un texto por autor y no aceptar las obras que implicaban para su escenificación, de manera imprescindible, varios actores.

La tarea de traducción fue una empresa compleja y ardua, impulsados por el teatrista Luis Miguel López, el periodista, músico y Mtro. en Ciencias del Espectáculo, Enrique Vázquez Lozano y la Professoressa Giuseppina Mortola realizaron la traducción al español, 15, de las 16 obras (El y Ella, de Liliana Paganini, se recibió ya traducida al español). La revisión y corrección de estilo, de manera puntual la llevó a cabo el propio Enrique Vázquez Lozano.

Con el presente volumen, los que gustan de la cultura, la literatura dramática y en sí del teatro, tendrán un muestrario muy representativo de las técnicas escriturales, estilos, temas, líneas de trabajo e imaginarios que permean en la dramaturgia italiana en nuestros días. El conocimiento y decodificación de las producciones contemporáneas, indudablemente nos permitirán, más allá del disfrute estético, entablar un diálogo fluido, eficaz y fructífero con los dramaturgos de la península itálica, lo que, nos hay duda alguna, redundará significativamente en ambas dramaturgias.

Efraín Franco Frías/Ma. Elizabeth Hernández Sánchez

UNIPERSONALES EN EL ESCENARIO

El reto de salir solo al escenario está en pleno auge, porque significa enfrentarse a grandes desafíos creativos para el dramaturgo y para el actor.

Con mayor razón cuando el actor escribe su propio guión y en ocasiones hasta se dirige.

Esto implica un riesgo que parece formar parte del encanto, ya que los actores somos adictos a esa *adrenalina teatral* que no encontramos en ninguna otra parte.

El actor, como juglar moderno, carga con sus obras y sus malestas a donde quiera que vaya a desplegar su trabajo.

El teatro no tiene fronteras y el unipersonal mucho menos.

En esta obra, 16 dramaturgos italianos con la dirección de la destacadísima María Letizia Compatangelo nos llevarán a un vuelo de grandes alturas con el “Aquila Sapiens Sapiens” y otros fascinantes monólogos que han sido cuidadosamente traducidos al español.

Agradezco a nombre de todos los actores de habla hispana e italiana que ahora tendremos a nuestra disposición este valioso material que pronto estarán en librerías, bibliotecas y, sobre todo, en los escenarios de nuestros países.

Las obras con una sola persona en escena son una tendencia, costos bajos, posibilidad de recorrer países y un enorme desafío artístico.

AQUILA SAPIENS SAPIENS: CANTO PARA PROMETEO

MARIA LETIZIA COMPATANGELO

Aquila sapiens sapiens está publicada en el volumen El teatro del engaño - Obras Completas, de Maria Letizia Compatangelo, colección “El Meridiano del Teatro”, editado por Enrico Bernard Entertainment & Art.

El protagonista está en escena con la intención de modelar la arcilla en un torno de alfarero. Las manos sucias, la cara y la ropa salpicados de barro. Curiosamente está vestido de frac, pero la elegancia del traje no borra algo animalesco en su aspecto, se esperaría casi, ver sobresalir de debajo de la cola del frac y de los puños algunas plumas del águila.

Balbucente, de vez en cuando, el hombre águila se traba y grazna sgraaccrraa, o bien emite el grito del águila mezclado al del buitre, un sonido nunca oído en otra parte. (Sobre todo cuando se ejecuta en sílabas que contienen la r y la a). Por otro lado, a veces se traba y con exceso de perfeccionismo busca de expresar al máximo una imagen o un concepto.

Ha sido todo culpa de Zeus. —Yo estaba ahí, no sé cuanto tiempo, traanquilo. Me hacía cargo... de la limpieza alrededor del Olimpo. No estaban nunca quietos, ¡aquellos benditos! —Los dioses, ¿no?— Es un juego hoy, y una escaramuza mañana, y apuestas, y verdaderas y reales guerras...Y después un despecho, ¡un capricho continuo! —En fin no les digo que dejaban sobre la Tierra: ¡montañas de residuos! Cadáveres, carroñas, esqueletos con la carne aún pegada al hueso... una gran cantidad de desperdicio, de materiales orgánicos que llenaban los campos... Y había siempre una tal sobre ¡sobreeee-sgraaaaah!, una tal ¡sobre-abbun-dan-cia! (*sonriendo*). Un exceso, una mezcla, mezcla de carnes sanguinolentas, de miembros desarticulados, cabezas cortadas, tripas y viejos esqueletos secos que se ennegrecían y se deshacían bajo los

rayos de *Iperione* como incontables bocas abiertas de par en par en una plegaria dirigida al cielo: “¡cómemme, cómemme, elimíname!” Entonces yo descendía en lentas y flojas espirales, en círculos perfectos... y proveía. Entonces, después de aquellos épicos atracones, me regresaba a lo alto, quieto en el aire, serio, serio, moviendo apenas la punta extrema de las alas... ¡Ah, eran magnificas! Mi única vanidad: dos alas inmensas, más grandes que la capa de Ares, capaces, cuando las desplegaba bajo el sol, de producir una sombra más vasta y acogedora que la de un pino centenario... pero a los vivientes no les gustaba venir a resguardarse. Permanecía así (*con los brazos abiertos, moviendo solamente la punta de los dedos, como si tocara el piano en el aire*) mirando abajo. En lo alto, inmóvil en el cielo. A aburrirme. (*Moviendo la cabeza como un metrónomo*) Aburrimiento. Siesta. Hartazgo, siesta, aburrimiento. Aburrimiento, hartazgo, siesta —sí, esta es la justa progresión—.

En fin, realizaba mis asuntos, había individualizado un nicho de sobrevivencia y ellos, los dioses, me dejaban hacerlo gustosamente, alegrándose de que el perfume de mi comida no fuera a interferir con sus ambrosías. Había llegado a ser una clase de servidor de confianza.

Y este ha sido el error.

No debes jamás volar demasiado alto, ¡es peligroso hacerse notar! Bajo perfil, bajo perfil y permaneces para rellenarte ¡como quieres, cuanto quieres y sin fastidios!

Te vuelves, por el contrario, el buitre de confianza... y antes o después ¡caes en desgracia! Y de hecho un día Zeus te llama y dice:

—Tengo una misión delicada que confiarte. Debes emigrar por un tiempo al Caucasos, hay un tipo al cual se necesita dar una lección, pon atención, que es un encargo muy delicado y de confianza.

— ¡Gra-graaa-graaaach! Graande Zeus, —respondo yo, [estaba un poco emocionado]— obedezco! ¿Qué debo hacer?

— Una cosa delicada: cada día cuando el vagón de Febo aparezca en el horizonte, debes comerle el hígado. Todos los días hasta que yo te lo indique. Mientras que yo por la noche se lo hago crecer.

¿Pero quién es, graaande Zeus? ¡¿Qué crimen cometió?!

— Lo sé yo...debe aprender a respetar. Ah, ya: se llama Prometeo. Ve, ve, vuela siempre hacia el este, después lo verás, no puedes equivocarte, está encadenado a una cima.

Y así me voy de viaje, saludo los campos pedregosos, rebosantes y atestados de tantas y apetitosas delicias y dirijo el rostro hacia las

tierras de la aurora... este, noreste... un viaje largo, cansado aun para mis potentes alas. Prácticamente toda una travesía, desde el Olimpo hasta Asia... Hasta que llego a la cima del Cáucaso.

Descubro en la lejanía el perfil empinado de la montaña, más café en la pálida obscuridad del crepúsculo de la noche, avanzo rozando el aire con movimientos impetuosos, asciendo y desciendo, explorando las corrientes, me acerco ansioso... e inmediatamente lo veo.

¡Graaa-graaaach, esgraaachh! ¡Graande! Un gigante ceñudo... cautivo en la roca, inmenso, oscuro en la sombra...un titán! —Que cabeza tan enorme, observo muy impresionado...—¡no, no!, no se parece a nadie que haya visto antes—, tiene un cráneo dos tallas más grande que la de Zeus...y qué ojos, capaces de penetrar la roca, de he-lar la sangre, de sacudir los sentidos... —si yo los hubiera tenido—.¡Es él, es él, lo encontré! ¡Zeus tenía razón!, es imposible confundirse.

Por un momento permanezco inmóvil, sobre mis alas que se mueven lenta y ampliamente. Está por surgir el sol, aprovecho la es-pera para recuperar el aliento... después, apenas se asoma la coro-na de rayos brillantes, que se intensifican sobre las líneas soñolien-tas del Cáucaso, me dispongo, eficiente y puntual, a la operación Devora-hígado.

Es la primera vez que lo hago con un ser viviente, me muestro un poco torpe.

Me decido por una línea recta, ataco frontalmente, órdenes son órdenes. ¡Vertical, y abajo!

—Y de improviso, un choque terrible, como chocar contra un es-cudo gigantesco—.

Estoy por precipitarme, retomo el sentido del viento, Retroce-do...(*aterrorizado*). ¡Los gritos, los gritos, los gritos! Yo no estaba acostumbrado. En el Olimpo, no es que... hay diversos sistemas... en fin... el jefe que tiene el rayo, aquel otro el arco, uno más la lanza... la serpiente, el bastón, el caballo, el olivo, los robles, las hojas de vid, la cítara... ¡un carnaval que no les digo ! Pero los dioses no hablan. Poquísimo. Las nueve hermanas, las musas, ellas verdaderamente no querían tener nada que ver conmigo.

En breve se inicia la lucha. La palabras son las únicas armas de Prometeo, él por suerte está encadenado... ¡pero funcionan! Un true-no potente, un rugido amenazador... y, sin embargo, diferente, porque dentro hay algo... algo diferente cada vez, una... ¡una señal diferente!

Estoy confundido, aturdido, hacia abajo golpe sobre golpe, y él continúa gritando, maldiciendo y maldiciendo... y sangre, orina, derramadas por todos lados... tengo todas las plumas embadurnadas, se están debilitando, debo cambiar de táctica... utilizo todas las fuerzas que me quedan, me elevo casi hasta tocar los rayos del sol, subo, subo...

De improviso me lanzo abajo como una flecha y con toda mi fuerza lo golpeo en la cabeza con mi rostro.

¡Finalmente! Logré hacerlo callar, pero mira en qué situación...

Dirigiendo una expresión no exactamente de gratitud hacia el rey de los dioses, logro llevar a término la tarea del día mientras Prometeo está todavía desmayado.

Zeus no lo había pensado precisamente así, de acuerdo, la mía ha sido digamos... una interpretación. El olor es diferente a aquel de mi comida cotidiana. Dulce. Picante... sin contar que la sangre fresca gorgotea, chorrea, salpica... al principio, el nuevo sabor me disgusta. Sentí repulsión por mucho tiempo... después me acostumbré. Y por otra parte no había muchas guerras en el Cáucaso, una transferencia desagradable, ¡es preciso decirlo! Debía adaptarme por fuerza. Y aquí estoy, yo siempre he tenido la capacidad de adaptarme! Una cuestión genética.

También a los gritos espeluznantes de Prometeo me acostumbré, a aquellos gritos inhumanos de dolor, ¡no les digo por la noche, cuando le volvía a crecer el hígado! En las primeras ocasiones devoraba el hígado lo más rápido posible y me iba trastornado, a... a no hacer nada, ¡en otra parte! Buscando el silencio, lejos de él.

Ocho círculos alrededor del glaciar superior, cuatro círculos sobre la punta más baja, de nuevo ocho sobre la última cresta corroída por los vientos... Un gran aburrimiento. Beh, por lo menos me encontré algo, me respondo. Además no es el mismo de los bellos tiempos del Olimpo, aquel aburrimiento era pleno, satisfactorio, sin pregunta y sin movimiento. Esta es una inquietud que corroe dentro... un aburrimiento hueco —¿o aburrimiento vacío?—.

Quizá sea el vacío en mi estómago, pienso, y mientras estoy allá arriba observando la inmovilidad de las piedras y de los glaciares, mi mirada capta algo. ¡Pero claro! ¡Es verdadero! Aquella sorpresa inesperada, ¡ciertamente un regalo de los dioses! ¡Entonces no me han olvidado! Dando las gracias a Zeus descendiendo alegre, degustando de antemano, conmovido, el sabor de la carroña que el deshielo está descubriendo debajo de la capa de nieve y fango sobre las pendien-

tes más bajas... es sólo una vieja liebre con una pata despedazada, pero a mí me parece la más apetitosa como un túrgido y tierno guerrero adolescente. —Y después lo que cuenta es el pensamiento—.

A la primera probada (*hay una pausa, denota cierto fastidio*) me digo que quizá está solamente un poco rígida, aún para mis hábitos. Husmeo con atención... el olor es el mismo, más o menos... está bien, quizá no estaba precisamente fresca-fresca cuando se congeló —de dos o tres días hubiera estado perfecta—... de cualquier manera el hielo parece haberla conservado intacta. Espero que se descongele un poco. (*Sonriendo complacido*) Intento de nuevo. (*Aterrorizado y espantado*) No me gusta... ¡no me gusta más! No es posible, lo intentaré nuevamente, tengo que intentarlo, (*prueba y escupe tosiendo*) pero tiene un sabor repugnante, ¡desagradable!... gran Zeus, ¿qué está sucediendo?! ¡Me da asco! Adelante, ¡una vez más! Tengo la garganta cerrada del horror... ¡Esfuézate! ¡Pero me está revolviendo el estómago hasta llegar a la náusea! Nada que hacer.

Me alejo vencido abandonando la carcasa de la liebre en la tierra. Huyo seguido por las sombras del crepúsculo que se alargan a mis espaldas agigantando las montañas. Regreso a mi oficio. Me siento culpable por haber rechazado un regalo de la suerte... pero sobre todo, mientras vuelo lento y meditabundo hacia la roca donde está encadenado el titán, tengo miedo de confirmar aquello que mi estómago ha entendido.

“Mañana. Mañana al alba comerás”, susurré.

Y así fue, ¡ahora necesitaba sumergir el pico en la sangre viva y fresca! Comerme el hígado de Prometeo, día tras día, luna tras luna, año tras año... había cambiado mis gustos. No lograba comer más carroña. (*Desesperado*).

“¿Y ahora qué hago?! ¡Y qué haré, ¿cuándo podré regresar al Olimpo?! Soy diferente, ¡soy otro! Traaa-trraaaach-traaanquilo, tranquilízate, —trato de tranquilizarme—, es sólo una traaaasformación de la panza...” —me repito que en el fondo todo está bien—... ahora, por lo menos, la huida cotidiana de los lamentos de Prometeo tiene un fin preciso: ahora que necesito carne fresca para descuaaaa-scuaaaarch-descuar-tizar, ¡debo explorar el territorio en busca de comida! Así empiezo ir de caza todos los días. Metódicamente. —Si antes rechazaba aceptarla, la realidad rebasa mis intenciones: los hechos, las cosas... los apreciaba desde una perspectiva diferente, y yo, espontáneamente empe-

zaba a enlazarlos y ordenarlos según esta nueva experiencia. Aprendí inmediatamente, por ejemplo, que para cazar es fundamental no estar mucho tiempo presente en la misma zona, de otro modo la presa se da cuenta y permanece oculta... pero aquellas montañas eran ¡tan similares una a la otra! Las cimas del Cáucaso son cuanto más estériles y menos interesantes de lo que se pueda desear: cuantas veces me encontré sin darme cuenta volando en una zona ya explorada sólo unas horas antes, tan monótono es el paisaje!

Y entonces un día, para no distraerme, me sorprendí... contando — Bueno, no es que supiera precisamente contar, era más bien un sentir, un distinguir... contaba los movimientos de mis alas y simultáneamente comencé a escuchar los latidos de mi corazón... un movimiento de ala, un latido del corazón, tres latidos, un movimiento de ala: (*con ritmo de música*) ¡un-dos-tres... un, un-dos-tres... un! ¿Cuántos latidos del corazón por un movimiento de alas? Corazón, corazón, corazón, alas... alas... viento, corazón... y... y yo, ¡sintiendo el viento! Por primera vez en mi vida, era el viento que me llevaba, que me sostenía, ¡que me susurraba entre las plumas!

Nada era como antes, las montañas no eran más monótonas, ni el panorama desolado, o el cielo demasiado terso: yo estaba ¡volando!

“Sí, sí, lo sé”, me digo a mí mismo estoy haciendo las mismas maniobras de siempre, estoy haciendo exactamente las mismas cosas *pero*... yo ahora las... ¡las siento! Estaba saboreando con placer, lo sentía, un gusto diferente que no tenía nada que ver con la comida, ni derivada del descanso... un placer que no nacía únicamente del cuerpo... (*se toca la cabeza, pero no sabe definir el nacimiento del pensamiento estético, lo describe*) algo completamente nuevo... un descubrimiento... una música jamás escuchada... el placer de volar, ¡de volar en sí! Un movimiento de alas, y todavía otro y otro y arriba! Como el *crescendo* de una sinfonía: mis alas como arcos majestuosos, el pequeño tambor del corazón, y el viento con sus alientos calientes y estridentes...

¡Desciendo hacia aquella grieta rojiza! Color oscuro, tonalidad baja y uniforme.... Y después arriba, hacia el azul plateado del cielo, y adelante en vuelo radiante a rozar las rocas, a desempolvarme las alas con el etéreo roce de nubes bajas! ¡Yo estaba *go-zan-do* mi vuelo! Y volaba, volaba, volaba, bajo el benigno sol, sobre los serenos céfiros....

Aceleraba, frenaba, me desplomaba en vertical y enfilaba velozmente en el aire azul del mediodía entre un relámpago y otro del atardecer, en el resplandor de la luna por tres días y tres noches continuas feliz a dibujar cabriolas en el cielo, con audacia inaudita por el viento, me olvido de mi deber, de Prometeo e incluso del gran Zeus. Y el aburrimiento... el aburrimiento... no existía más (*Se toca la panza, los brazos, la cabeza*). ¡Me había convertido en un águila! Mi transformación estaba realizada.

Y un día mientras estaba allí, me lanzo, experimento algunas picadas rotundas... me vienen las ganas de volar más alto. ¿Por qué? Quizá para conocer otras regiones de mi territorio... para ver más, más lejos! Para poseer más. Es un deseo nuevo, que nace en las alas, me recorre todo y me da un cosquilleo en la nuca como un escalofrío dulce. Me siento fuerte.

Subo, subo, subo todavía, y me siento siempre más ligero, me parece ver parte del viento, veo los confines de mis montañas, el mar negro que había sobrevolado años atrás... y al otro extremo otro mar, y reflejada allá abajo un punto en movimiento entre las nubes, mi forma alada... más alto, más alto, más alto: estoy volviéndome azul como el cielo y resplandeciente como los rayos del carruaje de Febo, puedo oír sus ruedas rechinando sobre mí, ¡es maravilloso! Pero... ¿qué sucede?! Las plumas, ¡atento! Se están ¡quemando! Por un micrón no fui tostado por una llamarada. Estaba por convertirme en una brocheta estelar. Perdí los sentidos, y sólo la fortuna, permitió que una depresión me absorbiera en una nube llena de lluvia, que apagó el fuego y lavó las cenizas de mis alas... ¡por todos los dioses cómo se habían reducido!

Tan maltratadas que daban pena, adoloridas y débiles —pero lograron llevarme de regreso a casa—.

Estaba molesto, aterrorizado y furioso conmigo mismo. “Estúpido, estúpido, estúpido! ¿A dónde querías llegar? Más alto, más allá, ¿dónde?! ¡Encima! ¡Pero son cosas atrevidas, no siendo un dios! Quería solamente ver más lejos...más...¿más lejos?!

Un momento... ¿cómo pronuncian los dioses en su idioma? Ver más lejos... *pro meteor*, antes de... pero el nombre del titán: ¡Prometeo!

Debe haber sido él... ¡cierto! Con aquellas extrañas palabras... me lanzó una brujería. Pero... entonces... todo esto quizá no existe... es sólo el fruto de un maléfico encanto, una ilusión, y yo soy siempre el mismo, ¡el mismo! Ah, pero se lo haré pagar!

Aquella noche, una noche de tempestades terribles como mi venganza, me lancé sobre mi prisionero con un gusto, una ferocidad, un deseo de anularlo, ¡de devorarlo pedazo a pedazo!... grita, maldito, grita, ¡no me das miedo! ¿Sufres mucho? ¿Logro hacerte el daño que quisiera? ¡Grita, grita todavía! Eres un ser malvado, querías hechizarme, pero ahora ha terminado, porque ya entendí todo, y ¡todo volverá a ser como antes! Sólo el temor a Zeus me ha retenido de acabarlo. Pero busqué causarle el más grande dolor posible. Podía solamente comerle el hígado y aquello se lo he roído hasta la última gota de sangre. Sus gritos se mezclaban con mis embestidas, al ritmo del trueno, al estruendo del agua que caía inagotablemente del cielo, mientras más nuestra roca se transformaba en escenario de guerra y desastre, más gritaba de dolor y más gozaba yo, y más cruel me hacía, y más maldecía... Pero en un momento, entre los gritos y el estruendo de la tempestad, percibo algo increíble... debe ser un error. No distingo bien... ¿pero cómo? Oíste bien: ríe —¡reía!—. ¡Él reía...mientras más lo maldecía yo y lo martirizaba, más olvidaba él el dolor y reía! Entonces no entendí nada, vi rojo, rojo como el río de sangre que flotaba de su costado. Empecé a dirigir golpes descoordinados, a lo loco, luchando contra su risa y la tormenta que se abatía y me tiraba contra la roca... hasta que caí al suelo, con la perturbadora risa de Prometeo que seguía retumbando en mi cabeza: él entendió, “¡eres águila!” ¡Entendió todo! “¡Tú ni siquiera has empezado a entender, pobre tonto! ¡Te alimentaste de mí! “Nada volverá a ser como antes!”.

Al día siguiente decidí terminar con los cambios. Yo siempre fui un buitre y por todos los dioses ¡quiero seguir siéndolo! Me acostumbraré nuevamente a comer como antes, es sólo cuestión de tiempo, se dice que a donde vayas, haz lo que veas. Emprendo el vuelo, determinado, tomo una posición estratégica, miro a mi alrededor para ver si encuentro alguna carroña... nada. De acuerdo, se necesita tiempo, ¿te has olvidado? Me dispongo por lo tanto a colocarme ahí, a permanecer inmóvil, en lo alto, como hacía en el Olimpo...y caigo. (*cómicamente desesperado*) ¡Caigo como plomo! Vertical.

Ha sido en ese momento que entendí todo. No se puede volver atrás. Tenía razón Prometeo. Y después esta historia del “entender”... ¡no podía tratarse solamente de husos horarios! Comprender estaba evidentemente unido a mi transformación, a mi nueva natu-

raleza... No por nada todavía se dice “ser un águila” (*sonríe cuando recuerda*)... Había hecho una deducción. Mi primer acercamiento a la compleja inteligencia. Sí, me había vuelto águila. Por demasiado tiempo me había nutrido de Prometeo. Demasiadas cosas habían cambiado: no lograba más flotar inmóvil en el cielo, no lograba más alimentarme de cadáveres y sobre todo no lograba prescindir de él, que también estaba a mi merced.

Me inclinaba frente a Prometeo y lo miraba por horas. Me estaba acostumbrando a su aspecto, que comenzaba a parecerme interesante. Aquel craaaneo tan grande escondía conocimientos que me intrigaban cada día más, y también este era uno de los tantos cambios que se estaban produciendo en mí, como el descubrimiento del gusto por volar... la curiosidad. Pero ahora no me opongo más a los cambios, que más bien me excitan y me ponen de buen humor. ¡Todo aquello que es movimiento me alegra!

Aquello que por el contrario no cambiaba era la orden de Zeus y el asunto empezaba a crearrrr-creaaaaarrh-creaarme una vergüenza. Yo habría preferido absorber de otra manera las enseñanzas del titán, alimentarme de sus palabras, que había empezado a comprender... y por el contrario me tocaba ¡roerle, diariamente, el hígado! Ahora pónganse un poco en mis zapatos... ¿Cómo se le pide un favor? Por favor explíquenme esto?... Quizá Zeus se olvidó de nosotros, pienso, y un día me decido y con el rostro empiezo a martillar la roca en la cual están atornilladas las cadenas de mi prisionero.

Prometeo está sorprendido, me observa y calla, sin embargo veo un relámpago de ironía en sus ojos, descubro una risita contenida que apenas le frunce los labios. Golpeo como un maldito, resuelto y sereno en la justicia de mi propósito, la roca echa chispas por los golpes...

— Detente, —dice Prometeo—.

— ¿Cómo, detente? ¡Te estoy liberando!.

— Para, no puedes... de cualquier manera gracias por la intención.

— ¿Pero, estás loco? —digo yo— y continuo martillando testarudo y orgulloso, hasta que un grito de Prometeo, potente y terrible como la primera vez, me golpea con la fuerza de un puño y me hace rodar por algunos metros... justo a tiempo para esquivar el rayo de Zeus, que se abate exactamente en el punto donde estaba excavando y compacta la piedra alrededor de la cadena.

— Te lo dije —me dice Prometeo—.

— ¡¿Y tú aceptas permanecer encadenado por una eternidad?!

—Pregunto perplejo, apenas logro recuperarme del miedo, ¡es la segunda vez en poco tiempo que corro el riesgo de terminar asado!—.

— No, pero tú no puedes cambiar mi destino. Y ahora come. ¡Adelante, cómeme!

— No. ¡No quiero!

— Come, ¡soy yo el que te lo ofrece!

Aquel día me di cuenta de cuánto me nutría de él, me saciaba. Oh cierto, de vez en cuando sentía mis tripas rebelarse, clamar, reclamar, y entonces huía lo más lejos posible de mi titán, y buscaba satisfacer a la bestia que todavía existía en mí cazando y descuartizando alguna presa con furia entre las piedras y los arbustos de las montañas. Hacía pedazos a la desgraciada víctima, torturándola y devorándola hasta la más pequeña fibra, succionando la sangre hasta la última gota. Y después regresaba con Prometeo, que por las plumas manchadas adivinaba el motivo de mi repentina salida... y de nuevo podía ver aquel relámpago malicioso y alegre en sus ojos, aquella sonrisita en los bordes de la boca.

Pero que él fuera alimento era otra cosa.

La sangre de mi maestro encerraba y transportaba una cualidad de su ser: cada picotazo me transfería alguna parte preciosa de él... y cada vez, después, tenía la sensación que el color de las piedras, o la transparencia del cielo y todas las cosas a mi alrededor cambiaban en alguna misteriosa porción de su esencia —o quizá era yo que seguía cambiando—...

Pero cómo sufría... lo repito para aclarar eventuales malentendidos: Prometeo no gozaba el hecho ser torturado, y el tormento era perpetuo, ¡como las penas del infierno! De día la herida, la tortura, de noche la tortura de la reproducción del hígado... una cadena espantosa que ahora ya me parecía totalmente insensata.

¡¿Por qué?! ¿Por qué un individuo pacífico y simpático debía sufrir tal suplicio? ¿Por qué precisamente yo debía ser el instrumento?!

...¡¿Y no habría sido mejor morir fulminado, en vez de continuar siguiendo las órdenes?! ¡Debo terminar con esto!

Pero los dos sabíamos que del Olimpo otro servidor sería enviado a continuar el suplicio... y yo no quería morir, cada fibra de mi ser quería continuar viviendo, y hablando con él.

Y un día se lo pregunté: ¿por qué? ¿Qué le hiciste a Zeus?

De nuevo aquella luz en los ojos, de nuevo aquella risita divertida.

“En fin, Prometeo, ¡eres imposible! ¡No hay nada de divertido en este asunto!”

“Es que el rey de los dioses no tiene espíritu humorístico, replica él. Y ríe”.

“Disculpa, señor aburrido, ¿puedes hacerme reír también a mí, por favor?”

“¿Por qué, ya sabes reír? Pregunta él, sorprendido y complacido.”

“Sé hacer muchas cosas, digo estridentemente, ¡estaba verdaderamente exasperado!, sé también sentir lástima, si realmente lo quieres saber, y no sé si tener más piedad por ti que sufres o por mí que no comprendo de qué juego soy el peón... ¡No quiero ser recordado como aquel que atormentaba a Prometeo!”

“¡Gran madre de todas las cosas! ¡Has también adquirido el sentido del tiempo! Sabía que serías un buen alumno. ¡Bien, muy bien!”

“¿Entonces?! ¿Qué quieres que te cuente —suspira él—?, es una larga historia... Zeus y yo éramos amigos, él confiaba mucho en mis consejos, no por nada soy llamado *Pro-meteor*, aquel que mira adelante... En la lucha de sucesión contra Cronos preví su victoria y combatí a su lado... Después regresé a ocuparme de mis experimentos, a crear también yo, aún sin ser un dios... y esto empezó a fastidiarlo.

“¿No quieres una recompensa? ¿Por qué no quieres convertirte en una divinidad? ...como Amaltea, ¿quieres una bella constelación? Como dios sabrás todas las cosas”...“Por caridad, Zeus, ni siquiera hablemos de esto, ¡sabes que es aburrido! Yo me divierto descubriendo la realidad... ¡no aspiro a saber todo de una vez por todas! Se lo tomó a mal... Lo sé, lo sé, cometí un error, fue una ingenuidad imperdonable. A él le gusta sólo ser adorado, mientras yo soy un espíritu libre. No hablemos después de cómo terminó, ¡malísimo, una verdadera y propia crisis de nervios! Cuando con la arcilla logré crear los primeros hombres... criaturillas imperfectas pero prometedoras, que desgraciadamente las desapareció con un diluvio... ahora sin embargo estás tú.

“¿Qué quieres decir?”

“Lo sé yo”...

“¡Siempre responden así, ustedes los inmortales! ¡No se puede develar nunca el misterio con ustedes! ¿Por qué no quieres decirme

qué sucedió? ¿Por qué desde el Olimpo te han arruinado sobre estas rocas desoladas?

“No existe el misterio, existe el más allá, recuérdalo! (*Suspira*) Traje de nuevo el fuego a las creaturas humanas contra el deseo de Zeus. Ahora déjame en paz”.

Reflexioné lunas enteras sobre esta historia. No lograba entender qué cosa podría haber de ofensivo en ser el portador de la luz... hasta que me vino a la mente que debía ser algo perteneciente a una categoría especial, a la *Autoridad*.

En poco tiempo, me había vuelto dependiente de Prometeo, la necesidad de estar cerca de él se aferraba a mi alma. Cada día le comía el hígado, y cada día sentía un nuevo conocimiento crecer dentro de mí... o mejor dicho una actitud al saber. Siendo un águila las cosas las aprendía también por mí mismo.

Adoraba a mi víctima, mi titán, deseaba servirlo... pero, ¿cómo se puede servir a un individuo atado de manos y pies a una roca?!

Quizá distraayendolo del dolor. Podría inventar algo para distraaaa-distraaaaerr-distraaaerrlo... ¿Oyes cómo se lamenta... pero que puedo hacer?! Sé hablar... pero lo cansaría más. Sé cazar... no, no me parece el caso de insistir con la sangre... ¡Sé construir un nido! Él es un experto en arquitectura, le interesará... No, es poco espectacular... Un momento... ¡yo sé volar! ¡Y como sé volar! ¡Sí, volaré para él! Seguiré mi vuelo-sinfonía, bastará con adaptarlo un poco, reducirlo para hacerlo entrar en su campo visual...

¡Prometeo! Hey, ¡Prometeo! Escucha... ¡obserr-obserrrvaa-obse-rrrvaaaame! ¡Te lo pido, obsérvame! Ha dejado de gritar... Escucha Prometeo: ahora golpeo con el rostro sobre la roca... ¿escuchas este sonido? ¿Escuchas el ritmo? Sí, así... exacto... ¡mantén este ritmo!

El percusionista sigue el ritmo del águila, y después lo duplica, como si ahora también Prometeo golpeará de alguna manera el tiempo, posiblemente acompañándose con la voz y modulando sonidos y llamadas rítmicas.

¡Me seguía! Había conseguido mi objetivo, ¡estaba muy emocionado! Volé para él mi sinfonía de los colores del aire y de la tierra, destacando saltos, piruetas, giros, picadas... seguía un dibujo de la mente, trazaba líneas y fantásticos surcos en el cielo, acelerando y disminuyendo... siguiendo el ritmo que Prometeo continuaba dándome, olvidando el dolor, como embriagado, y gri-

taba: “vuela, vuela alto, águila, ¡vuela todavía! ¡Es magnífico! ¿Lo sientes? ¡Estás bailando! ¡Baila, águila sabia, baila! ¡Es arte! ¡Estás inventando el arte!

Escuchaba al maestro orgulloso de mí y yo era feliz, tan feliz que dancé hasta la puesta del sol, hasta que estuve seguro de que no sintiera más el dolor.

Desde ese día he bailado para él. Y cantado, cuando mi voz empezó a modular más de tres notas... y narrado, cuando mi memoria estuvo en grado de recordar y rehacer todos mis conocimientos.

Y una bella mañana, ¿quien llega? ¡Heracles!

Oficialmente, por negocios, antes de ir a capturar a Can Cerbero, pero es evidente que su llegada a una zona tan alejada como el Cáucaso no puede tener más que un propósito preciso. Prometeo de hecho ya lo sabía, lo esperaba. Desde hacía muchas lunas mostraba un aspecto más aliviado, propenso a la sonrisa... de vez en cuando, sin embargo, lo sorprendía viéndome pensativamente. Y aquella mañana me dijo: “vete, águila, ha llegado el momento de decirnos adiós. Aquí estás en peligro”.

Habiendo aprendido a confiar en su previsión, sé que debería seguir el consejo, pero no logro despedirme para siempre. Hemos traan-traaanscurrido tanto tiempo juntos —baluceo—, ¡no puedoirme ahora!

“¿Ahora qué?” —dice él, baluceando— y yo: “¿no ha llegado el momento de tu liberación? Bien, ahora también sabes prever” —en tono burlón, siempre le ha gustado burlarse—... los ojos le brillan de ingenio, pero no insiste más en que me vaya.

Así, cuando Heracles llega a la cima de nuestra cumbre, se encuentran uno de frente al otro, conversando de las estaciones y de la división del calendario. Imagínense su asombro.

En su presencia me siento abrumado por la timidez, no sé dónde poner las patas, soy un ávido partidario de Heracles, ¡para mí es un semidiós clamoroso! Él, por el contrario, me mira con desprecio... me doy cuenta que a sus ojos soy solamente el despiadado emisario de Zeus, su padre —¡que él asegura está muy arrepentido de haber infligido todos aquellos tormentos a Prometeo!—.

(*sarcástico*) Sí, sí, dice siempre así. ¡Quién sabe que penas habrá sufrido entre las delicias del Olimpo, en todos estos siglos! Heracles, sin embargo, no entra en esto, me repito, él es alguien de bien, un

verdadero héroe, y yo lo admiro infinitamente, ¿es culpa suya acaso lo que hace el padre? Me gustaría tanto poder hablarle, explicarme.

Pero una mirada de Prometeo me impone alejarme sin chistar, mientras el coloso destroza finalmente sus cadenas. “Te agradezco, valeroso hijo de Zeus, lo apostrofa, y le doy las gracias también a tu padre por su benevolencia... Eehm...

Ahora imagino que querrás partir... lo siento, pero no sé verdaderamente como honrar la hospitalidad: entenderás, son siglos que estoy aquí encadenado, no pude organizar nada para la bienvenida...”

Charlan un poco, Heracles, de parte de Zeus, invita a Prometeo al Olimpo... pero de mí ni siquiera una palabra. Al final empuña la clava, se despide y se dirige al oeste, mientras yo vuelo hacia el lado opuesto un poco deprimido, saliendo al descubierto... Ni siquiera una palabra para mí, ni siquiera un saludo, ¡después de todo este tiempo!... Y después cayó un relámpago, no sé decir qué pasó: un dolor lacerante en el ala izquierda, el grito de Prometeo, o quizá primero el grito y después la flecha, destinada al corazón... Caigo. Cuando recobro los sentidos, sólo está Prometeo a mi lado, que cura la herida. “No podrás usar más tus bellas alas, murmura afligido, pero te enseñaré qué hacer. Sobrevivirás”.

Y ya... ese era el único mensaje para mí de parte de Zeus: una flecha. Para terminar conmigo, el obediente servidor, el recuerdo fastidioso de su injusticia. Si no hubiera sido por el grito de Prometeo, que como siempre me hizo cambiar de rumbo, la flecha habría traspasado el corazón. Me salvó la vida, ¡él, el único que hubiera tenido grandes motivos para quererme muerto! Sin embargo también de esta sangre, la mía, por una vez, aprendí algo. Descubrí qué es el dolor... saboreé la miel de la amistad... y tuve el bautismo de la política.

Ahora, sin embargo, finalmente, somos *¡li-bres!* Prometeo liberado de sus cadenas, yo, oficialmente difunto... ¡ahora podíamos abandonar aquellas montañas áridas y aburridas, lejos de todos aquellos recuerdos de infelicidad!

Horizontes infinitos se abrían delante de cada deseo, pero yo no sabía qué hacer con mi libertad, yo deseaba solamente servir a mi titán. A decir verdad, para él no significaba nada tener un siervo, era importante para mí: ¡no tener más jefes era una sensación muy extraña!... Había momentos de alegría, de ligereza, y entonces can-

taba, reía y bailaba —aunque no podía volar más—, pero también de desorientación, de vértigo... de soledad.

La única y verdadera pasión de Prometeo era descubrir el porqué de las cosas, nada le interesaba y divertía más que aquel continuo pedir, preguntar, buscar y experimentar... pero también él, que conocía bien la libertad, tenía necesidad de algo, de no sentirse solo de frente al cosmos, único en el viaje del conocimiento: tenía necesidad de convivir, y de dejar su herencia... para esto estaba yo. Y permanecemos aquí arriba, permanecemos unidos.

Y como había hecho con los primeros seres de lodo, que sin él se habían extinguido... me enseñó a usar... las garras, y después mis dedos emplumados... y forjábamos y construíamos... macetas, utensilios, barcos, palacios... y visto que no podía volar más me ha... remodelado y sí, ahora tengo un aspecto diferente, no hay más que decir. Opongo el pulgar. Camino derecho. Preparo la comida...

A propósito de cocina, ¡logré finalmente que me narrara la historia del fuego! Era precisamente como lo había imaginado en su tiempo: ¡cuestión de un crimen de lesa majestad! En síntesis, entre dos ofrendas de sacrificio, como consejo de Prometeo, los hombres habían inducido a Zeus a escoger la bolsa con los huesos, astutamente escondida debajo de una capa de grasa... un truco, en fin, una especie de broma de aquellas que cuando salen bien —tipo el caballo de Troya, para nombrar uno— el autor gana fama imperecedera... el rey de los dioses, al contrario, ¡reacciona sin una pizca de sentido del humor! “¡Cómo se permitieron esto!” despotricó, “¡este es el germen peligroso de la independencia!”, y castigó a la humanidad privándola del bien más precioso: el fuego.

Imagínense cómo sería una noche sin luna perenne, la obscuridad total, ¡la obscuridad que todo envuelve y estrecha la garganta en un nudo de angustia! Es casi imposible de concebir: yo quise experimentar en primera persona, traté de cegarme, y privarme de la luz vendándome los ojos. El horror a las tinieblas es indecible. Quizá uno se pueda adaptar a la obscuridad, pero el terror repentino de no poder ver más los colores... es como agua que inunda los pulmones, y prensa, y empuja, y sofoca... me quité la venda de los ojos temiendo terminar enloquecido por el miedo de no poder ver más la luz... (*irritado*) ¡pero qué clase de castigo infringe este rey de los dioses! Es un sádico! (*cambia tono*) Prometeo no resistió el tormento de los

hombres. Robó un poco de armas del carro de Febo, las puso en una caña, o en un tallo de apio, y devolvió el fuego a la humanidad. Y después sucedió aquello que sucedió... una noche fueron por el, lo condujeron a la montaña y lo encadenaron a la roca.

Mi maestro no ha querido rebelarme si había previsto también su castigo. Yo creo que sí, que había previsto el suplicio, pero también la alegría de los hombres, con el fuego donó a ellos la vida por segunda vez... y escogió desafiar a Zeus conscientemente. El tiempo para los inmortales es solamente un pestañeo... Pero para Prometeo el tiempo es un espacio del alma, y miles y miles de años de tormento valen menos que una noche que se inunda de fiesta y queda grabada para siempre en la memoria de la humanidad.

El fuego, la luz... el calor, fuente de vida y de destrucción. Es el calor que hace crecer al pollito en el huevo, es el calor que cambia el orden de los elementos. En el calor está la diferencia, y en la diferencia está la posibilidad de la vida. Porque la diferencia es movimiento —y libera la energía—.

Pero debo estar atento. El universo está listo, tiende hacia la vida como hacia la muerte: nada está escrito. (*Angustiado*) Y yo no soy el titán, no logro prever hasta el último movimiento, me conformo con conocer la reacción que genero en la búsqueda del indivisible, de la última frontera...

(*Sonríe*) Desde que lo entendí, me acostumbré a reconsiderar la posibilidad del caos, junto a aquella del destino. Confieso que tal eventualidad, primeramente, me ha lanzado en el desaliento más atroz, estaba de nuevo solo en el cosmos, ¡a merced del vacío! Me precipitaba en un agujero negro que absorbía mi voluntad, que me quitaba el alma... pero después, poco a poco, recuperé todos mis porqués, y empecé de nuevo. Pensando de nuevo en Prometeo, encadenado a la historia generosa de mi titán, me di cuenta que es una locura pretender el orden absoluto, porque la inmovilidad es el fin de cada una de las energías del universo, más bien... ahora, de vez en cuando, permito que las cosas se salgan de su lugar, aunque la falta de armonía me desagrade y cuando veo cualquier improvisada variación en un plano establecido, no intervengo más para corregirla, aunque me inquiete... la dejo proceder, y observo con atención. Es el sistema que ideé para educar, para limitar mi manía de ordenar toda la realidad...

Una oferta al caos. Un pequeño sacrificio por propiciarme la parte vital de su esencia y evitar que eso se desencadene en forma de furia devastadora, quizá exigiendo atrocidades, holocaustos. (con una sonrisa triunfante) ¡Y les diré que precisamente estudiando las insidiosas porciones de la realidad que escapan a mi control descubrí cada vez inmensas puertas abiertas de par en par sobre nuevos mundos inesperados!

Con este juego logré regalarme alturas de satisfacción absoluta sobre todo en el arte. A decir verdad ha sido precisamente el arte a enseñármelo, haciéndome saborear por primera vez los placeres del engaño consciente... mostrándome la capacidad del caos de generar la armonía. Es siempre cuestión de transformación, de producción de cambio de estado, que en las condiciones idóneas genera cualidades diferentes que se condensan en nuevas naturalezas... ¡en forma artística! ¡Recuerdo la primera vez que Prometeo y yo, con la arcilla, el agua y el calor produjimos el barro! Una estatuilla preciosa. ¡¿Y cuando inventamos los esmaltes?! Y la forja del hierro en mil formas, y utensilios... y armas potentes. (*Tose vergonzosamente*) No siempre la búsqueda está al servicio de lo bello... quizá el universo fue unido con el Caos. Caos... ¡Caos... y destino! Y en medio, según yo, está nuestra larga historia, están nuestras palabras, nuestras memorias de hombres.

Sí, la vida con Prometeo ha sido un continuo y excitante descubrimiento.

A veces me pregunto si llegará un tiempo en el cual el hombre verá y sabrá todas las cosas... ¡Y sí! Sé que hace apenas un momento dije lo contrario, pero es mi naturaleza de rapaz que todavía grita y empuja por dentro, y no siempre logro dominarla.

Tengo tanta nostalgia del vuelo... es una cosa que sueño frecuentemente... ahh, aquellos bellos planeos rozando la cima engalanada de los árboles en el aire fresco de la primavera, y después arriba, arriba, ¡en el azul! Pero Prometeo dijo que se puede alcanzar. Un poco de intentos los hicimos, siempre con las prótesis, desde luego... y una vez el muchacho cae porque se derrite la cera, otra por poco Leonardo, el italiano, nos pone de nuevo las plumas, pero intentamos, claro, ¡se intentó!

Prótesis... es ya algo. ¡Yo, sin embargo, quisiera volver a volar libre en el cielo! Así como estoy ahora, no en sofisticadas jaulas de

plástico y metal... y lo lograré, lo lograré, cierto, ¡gaaaar-gaarrch-cgraaaac! ¡Garantizado!

Es posible, porque las leyes de la física no lo prohíben más.... ¿Cómo me dijo aquella vez mi titán, una de las primeras veces que hablamos? No existe el misterio, recuérdalo, ¡existió el más allá! *(como escuchando un eco)* ¡El más allá! El más allá *(oprimido por una angustia repentina)*... ¡Cuánto me falta tu voz, maestro! ¡Yo no pedí aprender a este precio *(confesando desesperado)*! Yo no quería perderlo, yo no quería, no quería, pero él pretendía, ¡pretendía que continuara comiendo! Un pedazo a la vez. *(Como un niño)* No, basta! “¡Come!” Y cuando me di cuenta que sin el encanto de Zeus las cosas no funcionaban más como antes, que no ocurría más ningún crecimiento... era demasiado tarde!

“No, no quiero”. gritaba, “¡Ser tragado mil y mil veces en las vísceras de la tierra!” Pero él era inamovible. Él, Prometeo, aquel que mira adelante, sabía que yo estaba destinado a sobrevivir, mi titán... había previsto su propia extinción. Y escogió la manera... no ha sido mi culpa.

“Toma”, decía, “no puedes hacer nada... y tampoco yo”, susurraba, siempre más débil, “no puedo hacer nada”...

Ahora él no está más. Ha... muerto. Pero estará siempre dentro de mí.

Oscuridad

¡Sgraaaaaach!

Fin

ADIÓS GUAPO

ANTONIO SAPIENZA

Personajes: un varón de edad avanzada.

Un hombre mayor está luchando contra la inconveniente paz de los sentidos y —con un monólogo de diálogo surreal, irónico, sobre un escenario e iluminado por una luz— hace un balance de la situación.

[...] Por supuesto, son cosas que pueden pasar —sin duda—; y todo, pero, ya sabes, después del último error, me encabronaron verdaderamente sus reclamos perentorios:

Entonces, señor... quiero decir, por favor, ¿qué está pasando?, ¿Por qué estas fallas tan repetidas?

Y él, seráfico me respondió: “Cálmate, cálmate. Hay una crisis... No llegan los suministros”.

¿Cómo crisis? Le digo alterado ¿Crisis también para esto? ¿Qué significa esto? ¿Y por qué no llegan los suministros?

Y él me dice, aburrido: “Y ¿me lo preguntas? ¿Qué sé yo? Necesito descansar... ¡Es algo que depende de los pisos superiores, donde hacen todo, donde saben todo... déjame en paz, estoy tan, tan cansado...”.

Y yo, sin saludarlo y más enojado que nunca, me redirigí abajo como cualquier compungido para exigir una explicación.

Al departamento adjunto —una especie de sala de máquinas de un Ferry— pedí una audiencia inmediata con el director.

“¿Qué pasó?” —Me dijeron—.

¿Cómo que qué pasó? —le dije impulsivamente—. Sucede que, ahí abajo, las cosas no funcionan bien. Abajo son flojos por no decir indolentes o ineficaces... y un pobrecillo ¿qué hace? —concluí desesperado—.

“Calma, despaíbate y explícame tu caso, por favor”.

¡Me explico, me explico! —le respondí, después calmándome, pensé: sobre ciertos temas digamos delicados, ¿cómo puedo explicarme?—.

Aquí —dije avergonzadísimo—, señor director, después de un montón de años, justo cuando por fin había convencido a mi pareja... a... en fin, a probar eso... cómo se llama... en fin, la felación... Ahí está el maldito, allá abajo, renegando... dice que está cansado de tantos años de trabajo... que no tiene más fuerzas, que necesita reposo... Y para aclaraciones me despacha directamente acá los niveles altos: con usted y heme aquí. El director me escuchó atentamente, después examinó acuciosamente mi tarjeta y me dijo:

“Estimado amigo, usted tenía a disposición cerca de mil felaciones pero no las ha utilizado en el momento justo. Enseguida quedaron solamente cincuenta y, en los últimos años, ha usufructuado solo cuarenta. Querido señor, si renuncia a sus eyaculaciones su tiempo habrá terminado y sus suministros también.”

¿Cómo terminado? ¿Así, de repente? ¿Sin previo aviso? No, no puede ser.

“Por desgracia, sí, y no puedo engañarla a ella. Usted ve me dijo, tocando un indicador de una extraña máquina que lanzaba vapor. Contrólelo usted mismo, su presión se ha agotado, es casi cero.”

“Ahora, no se puede hacer nada, ya no es competencia de este departamento, lo siento. De cualquier forma vaya a arriba, a la sala de control, tal vez halla alguna solución para su caso tan delicado.” Dicho esto me lancé al plano superior. Allí junto encontré un anciano en un escritorio que consultaba las cartas. Ni siquiera me dio tiempo para saludarlo cuando me dijo:

“Adelante, joven.”

¿Joven? ¿Es para mí? Me quiere dar el avión —pensé—. Pero... tranquilo, como si me hubiera oído, continuó:

“Es un modo de decir... No me hagas caso... Ya ves, yo estoy cotejando tus datos y le debo decir, con pesar, que las señoras hormonas en su organismo reproductivo se han reducido al mínimo, son casi cero. Y todavía, desgraciadamente para ellas, debo hacerle saber que estas señoras no se regeneran más.”

Basta.

“En fin... como presidente iluminado a modo de flaca consolación, le propongo estas tres opciones subrepticias: la sabiduría, la

poesía y la contemplación. Ahora, para ellas, la poesía es todavía suficiente; la contemplación va en subida; pero la sabiduría está por debajo de los niveles mínimos. Por lo tanto, si te concentras en la sabiduría posiblemente eleves su empleo potencial. Lo harás sin otro beneficio.”

Me quedé aturdido. Esta vez ya la hice —pensé—. ¡Se acabó! Respiré profundamente y luego dije con voz lastimera:

Señor presidente, ¿no se podría hacer una excepción?

El viejo me dijo con un suspiro:

“Oh, querido amigo, por desgracia, con nuestros recursos, no es posible restaurar la función. Pero habría una solución química... se trataría de una decisión personal, muy delicada, yo diría que de ética y de color... azul. Si de pura chingadera llegáramos a tal impulso, estaremos constreñidos a ordenar los planes básicos...”

¿Pero química? ¿Azul? El viagra —pensé—, por eso le respondí: Llegado este impulso, nos veríamos obligados a ordenar los planos inferiores —pero de mala gana, por supuesto— de proceder a la necesidad...

No, y eso tiene que ver. El trabajo si se pudiera, se debería llevar a cabo con nuestras lozanas fuerzas naturales, sin ayuda de lo externo. No, así no vale, solo con nuestra fuerza natural, sin ayuda, no.

Pero cuando no... Si en lugar de esto le digo que acepto su consejo sobre la opción de la sabiduría. Ahora voy abajo y lo que deba suceder sucederá. El viejo me sonrió complacido y luego me entregó un papelito —en el que había escrito unos cuantos signos— mientras me susurraba algo al oído:

“Entréguelo al titular de los planos inferiores, con mis saludos —dijo, apretándome la mano—.”

Me despedí; bajé y llamé a la puerta, donde ví una placa elegante diciendo: “Pene/Falo/Miembro & C.” y cuando el dueño me abrió, le mostré el papelito. Él lo tomó, lo leyó y me miró, después, con curiosidad preguntó:

“¿Qué significa S. S. P.P.? “

Le respondí con aire de suficiencia:

Supongo que significa: Sólo Sirve Para Pipí, adiós, guapo... No te des tantos aires... ¡Querido don Mierda!

ARES, DIOS GRIEGO DE LA GUERRA, EN PERSONALIDADES MULTIFORMES QUE ATRAVIESAN LOS SIGLOS

PATRIZIA MONACO¹

En el escenario, además de los estribos y practicables, algunos objetos: un perchero en el que se cuelgan una máscara de gas, un pasamontañas negro, una máquina de bolsa, que contenía un ordenador portátil, un casco griego. A los pies de la percha, un par de botas negras anfibias, con ensartado en el interior de los mismos calcetines de mismo color.

En una esquina tres rollos de seda, uno rojo, uno verde, uno azul.

El sonido de un clarinete bajo marcará los diversas escenas.

El lenguaje es deliberadamente repetitivo, como son las guerras.

Entra Ares, con un pendiente y tatuaje, los pantalones multibolsillos militares y un chaleco verde. Descalzo.

ARES: *(pesando una piedra)* “La tercera no sé —Einstein dijo— pero la cuarta con seguridad será combatido con macanas.” ¿O con las piedras? Tal vez las de las sangrientas calles de Palestina.

En la mesa de la paz, después de la Segunda Guerra Mundial, con sus planchadísimos uniformes coloniales, los británicos tomaron un mapa de Oriente Medio y una regla y zac, dibujó una línea recta agradable, aquí los Judíos, más allá de los palestinos. Ellos, los Judíos, afamados por los campos del exterminio y los palestinos prendidos a la sed milenaria del desierto.

Al inicio una enana cohabitación entre desgraciados, luego es fácil transformar el desierto en bellos oasis y plantaciones de toronjas, al sonido de dólares. Así el árabe es perezoso, astuto, descuidado, ladrón, él, simplemente no puede hacer un jardín de este

¹ Nota de la autora: La completa libertad de la ejecución se deja al director.

desierto como los israelíes lo han hecho... Pasaron los años y las cosas empeoraron. Y así, como en la historia de las Mil y una Noches, había una magia, una magia negra. Los corderos sacrificados se volvieron halcones (*con rabia lanza la piedra*) ¡Intifadah!

Ares ahora con máscara de gas y tomando por la banda la bolsa de la computadora, desplaza hacia ese lugar la computadora extra de la bolsa y teclea unos segundos en ella.

(*En la computadora*) ¡Bingo! (*levanta la máscara de gas*) Con las armas inteligentes, ahora la guerra, que va en cadena televisiva directa, reduce al mínimo las víctimas entre los civiles. *Casualties*, en inglés, el idioma que ahora ha sustituido el griego y el latín. Bella palabra, *casualties*... *casualties*, más que la muerte recuerda la moda, el *look*, (*muestra sus pantalones con los bolsillos laterales*) casual. La gente hace mucho ruido cuando las víctimas se encuentran entre los hospitales y embajadas. Ellos no entienden que las armas son inteligentes, realmente muy inteligentes, pero se sabe que las personas más inteligentes han estudiado mucho y los que estudian se arruinan la vista y por lo tanto se vuelven miopes. Entonces las armas son miopes como ellos... ¿Pero a nosotros qué nos importa?

Nos disculpamos. Y esos son nuestros enemigos. Tampoco los vemos a ellos. Apretamos un botón después de programar el equipo. Un trabajo muy satisfactorio, y bien pagado y no se sabe cómo es que de repente está hecha tanta sangre.

Toque de clarinete bajo. Extendido con máscara antigas al lado, tiende el brazo como si tuviera algo insertado.

Un tumor. (*Pausa*) ¿Cómo es posible? Nunca he fumado, siempre comía verduras frescas y coliflores. Ah, y una manzana al día.

Al igual que mi esposa. Sin embargo, nuestro hijo nació sin tres dedos... ¿Será porque hemos tenido que manejar el uranio empobrecido? Pero se les dijo que era inofensivo. Y entonces yo no había pensado en congelarme. Yo esperaba antes de partir a la misión humanitaria.. Nosotros los italianos siempre estamos un paso detrás de los americanos. (*Con orgullo*) ¡Pero el cáncer lo tenemos nosotros también!

Himno de marines. Ares se sienta, trae los anfibios. Se alza y calza un casco con hojas y toque mimético. Semper Fidelis. (Toma el rodillo de seda verde y lleva lo largo del escenario).

La guerra sucia, toda la sangre, el trueno, el sudor y la muerte. Todo por vender Coca-Cola.

Lo sé, no es mi problema. Como petróleo en la Guerra del Golfo o las intenciones pseudo humanitarias en Bosnia. Soy un *marine* al que pagan para matar, nacido para matar. *Born to kill*.

Recuerdo (*se bajan las luces*) en la ruta Ho Chi Min, que ahora es destino para turistas ...

Nunca sabíamos en esa puta selva donde estaba el enemigo... Cuando acampábamos para pasar la noche, la oscuridad era espantosa y el calor era terrible. Habíamos escarbado las trincheras y comenzábamos a ver la oscuridad a la espera de órdenes, tratando de descansar pero especialmente preocupados, a la espera de lo que sucedería.

Sabíamos que el enemigo estaba ahí fuera, en la selva, un territorio desconocido, la mayoría del planeta Marte, para nosotros, muchachos de ciudad o de campo. Sabíamos que el enemigo estaba esperando el momento adecuado. Estábamos tensos y luego terminamos por dormirnos. Nos despertaron afortunadamente el fuego de la artillería que nos parecían fuegos de artificio en la duermevela, como si fuera el 4 de julio. Aterrador y al mismo tiempo hermoso...

Lodo, sangre, destellos de fuego, casas destruidas, campos calcinados, los civiles que huyen, alfombras de cadáveres.

Luz brillante.

Napalm, el Zyklon B, defoliantes... La química en el servicio. Ahora soy un veterano retirado, pero quien pagará por todos esos años, años de la juventud, entre todo aquél agitar de banderas.

Sonido doliente del instrumento.

Dicen que la guerra no le gusta a nadie.

Mientras tanto, los fabricantes gustan de las armas. Que son hombres importantes, aliados con políticos, que declaran la guerra de quien la paga, a través de las guerras se vuelven populares y

eso les gusta. Después son los militares de carrera, los pobrecillos que se enrolan por hambre, aquellos que han firmado por cambiar el mundo... y después son aquellos que se encuentran en medio cuando tienen influencias o son rellamados. Dicen despreciarla, odiarla, pero en su corazón, dentro muy dentro, y nunca lo confiesan, son aquellos que dicen que nunca se habían sentido tan vivos como cuando estaban en guerra.

(Pausa) Y sin embargo... conozco el sufrimiento de los hombres comunes, de los siervos de Ares, peones del juego de los poderosos.

Se quita el casco y lleva el pasamontañas.

Más. (eleva el puño) ¡Nada más! Miles llegamos desde Chiapas a la Plaza de las Tres Culturas en la Ciudad de México. A lo largo de la calle se nos habían unido todos los miserables, los explotados y desposeídos.

Fue una muchacha la que habló primero con el rostro cubierto como el mío, como el de su comandante. ¡Nada más! Comenzó. Nunca más, nunca más venderíamos nuestra tierra a las multinacionales de la platanera.

Nunca llevaríamos a las oficinas de Delmonte los cueros cabelludos de los indios para tener cientos de dólares y la vía libre para deforestar...

Nunca votar, escuchar, leer la propaganda de los que tienen un agujero negro en lugar del corazón.

Se quita el pasamontaña y el chaleco. A torso desnudo lleva el casco griego. En la alfombra verde ahora desenrolla una red.

ARES: Soy el planeta Marte de fuego. Soy Ares, el dios griego de la guerra, que sembró el terror y el miedo y disfrutó de la sangre.

Los hombres ordinarios, servidores de Ares, una vez en blancos de flechas de ceniza, después carne de cañón y ahora *casualties* de armas inteligentes. Soy en cada batalla, no pertenezco a nadie pero combato y también vengo herido. Dicen que después de la guerra de Troya fui a lloriquear con mi padre...

Pero después de la guerra de Troya como muchas otras guerras, hasta cuando.... ¿Hasta cuándo este mundo será gobernado por los

grandes, que se reúnen de vez en cuando aquí y allá y deciden el destino de los últimos habitantes de la Tierra? Y, ¡ay de los que se oponen!. *(Pausa)* ¿Cómo son molestos y malos los pacifistas?... ¡Es necesario darles siempre una lección!

Pausa.

He estado en todas partes.

Te dije que estaba allí en la ruta H'ô Chí Minh, que estaba herido, y mientras esperaba el helicóptero...

Se quita el casco al sonido de las hélices del helicóptero ensordecedor sugerido por la música.

Me metí dentro, pacientemente, todas las vísceras. Abandonado en el hospital de Saigón.

La ciudad de los burdeles.

Semper Fidelis.

Entonces, se curaron mis heridas.

Porque yo vean soy eterno.

Pausa.

Nosotros dioses los vemos hacia abajo, a ustedes, hombres, con envidia.

Nosotros poseemos el don de la inmortalidad, en otras palabras, la maldición de no poder morir.

Música de Clarinete.

La vida humana nos decían en el Olimpo, no es la enfermedad, la vejez, la muerte, la ignorancia del mañana y la angustia del futuro. Pero los siervos de Ares, los hombres de la edad del bronce, no tienen tiempo para envejecer, mueren en pleno combate, no han tenido tampoco una infancia. Sólo la fatiga de Ares.

Música.

Ares, ¿lo conocen bien? Sus mitos. Los dientes del dragón y el nacimiento de los espartanos. Siempre, según los atenienses cultos y con gafas que desprecian la agresión.

Hubo un dragón para proteger mi fuente, en las presas de Tebas. Cadmo, el marido de mi hija, Harmonía, lo mató y enterró sus dientes.

Los dientes del dragón germinaron y emergieron, armados y hechos hombres, los espartanos.

Los hombres de Ares, los peones, las *casualties*. Ellos, creados solo para combatir, ¿podían huir a su propio destino?

Estira la alfombra azul que irá a cubrir los otros dos. Pausa, de la cual sigue un diálogo que no se escucha la respuesta por brevisima; pausa despues de cada batuta.

¿Qué es?

¿Quién me llama? Alguien trata de beber de este río, para olvidar.

¡Eh, tú, ¿quién eres tú?¡

No entiendo.

Tampoco te veo así, eres una sombra en camino.

¿Cómo?

¿Gay?

Ah. Enola Gay.

El plano del hongo.

Hiroshima Mon Amour.

El piloto del avión del hongo.

Sí, siguen muriendo ahora, cáncer de la leucemia, sí, después de más de cincuenta años ...

Y tú, ¿qué quieres de mí?

Has obedecido las órdenes.

(Mueve la cabeza) Lo sé, esto, aquí, no te consuela.

Y te han pateado todos,

El Dios de los cristianos,

El Dios de los hebreos,

El Dios de los musulmanes ...

Pero tal vez Dios es sólo una amalgama de recuerdos abandonados en el sótano de Microsoft...

Música.

El dios de la guerra es tu último recurso. Es de mí que quieres una respuesta...

Ares se aleja por el arroyo después de haber dado un vistazo a donde presumiblemente está la sombra.

Me ha tocado.

En el panteón hindú hay, no sé, creo que dos millones de dioses, o doscientos mil, como sea, una considerable suma. En el griego, mucho menos, pero siempre tantos. Y cada uno de ellos era el dios de algo.

A mí, Ares, hijo de Zeus y Hera, me ha tocado la guerra...

Yo no me pregunto, sucedió así. No por casualidad, pero casi. Por la forma en que nacía o el carácter que se esperaba. Y los modos de nacer eran tantos y tan fantasiosos. Algunas personas nacen con un muslo de Zeus, como Dionisio, que nació de la cabeza de Zeus, completamente armado, como Atenea, mi enemiga (*pausa*), es decir, el que en el juego de roles era mi enemiga... yo estaba enojado e impetuoso, apasionado y con poco cerebro, y desde los griegos, especialmente los atenienses eran los intelectuales, que doblaron la guerra.

La guerra no le gusta a nadie. (*Amiga*). Por eso yo no le hacía al genio, era más apreciado como Marte, por los Romanos, una raza de gladiadores pero esta es otra historia.

He dicho que la guerra no le gusta a nadie. Es una de esas frases que parecen verdaderas pero si se reflexiona, son falsas. Les diré, uno que tiene poco cerebro, dice de cosas. Mientras tanto el poco es relativo, *es poco en función del tanto*. De aquello de Ulises, de cerebro, digo, por ejemplo, o de Atenas que ha nacido de la cabeza de mi padre, yo que nací de manera normal, razono más con (*se toca los genitales*), la parte anatómica más consonante y banal en general.

No hay nada de mal de pensar con el culo, dicen las mujeres que razonan con la vagina. No hay nada de malo de no ser cerebral y ser todo sentido, sexo y aseo.

¿La vida es toda aquí, no? Comer, beber, cagar, matar y coger. Cogemos, violentamos las mujeres de nuestros enemigos, presa de guerra. Cuantas han sentido gozar bajo de mí y ustedes, no eran un... como se dice... proforma... parte de las reglas.

También se burlan también, incluso cuando se hundían ensangrentados con los ojos desencajados en el fragor de la batalla.

Desgarrado por la pujanza de tantos miembros. A veces para divertirnos un poco, no usábamos ni siquiera el culo, pero otras cosillas en mano, arcos, ramas...

Silencio. Suena el instrumento. Se quita las botas y olfatea los calcetines y luego se pone los zapatos.

Después cuando las pelotas vuelven vacías... se reflejan...

Pausa.

Mi padre, Zeus, también me dijo una vez que, según Homero, aquel ciego, perdón, aquel invidente, era voluble, inconstante, para mí y todos los celestes, oh dios. Y risas y riñas y batallas esas, es la cara que a ti te gusta.

¡Turbulento y pendenciero! Por supuesto, una vez, como broma, me encerró durante diecisiete años en un barril de bronce, cuando salí yo no estaba enojado, ¡¡¡dime!!!

Ellos dijeron que iba a ir a la batalla acompañado por mi descendencia igualmente desagradable, Deimos, el dolor, y Fobos, el terror, el miedo. Con nosotros estaba mi hermana Eris, la discordia, y la compañía de bravucones estaba completa...

Lo que no se dice es que mis niños nacieron de Afrodita... La diosa de la belleza y el amor, por favor...

Y por ella también una prole más simpática a los queridos mortales: Eros y Harmonía.

Sonido de clarinete bajo.

Eros y armonía. ¿Qué podría ser más hermoso? El amor o la armonía.

Pero los atenienses sí querían olvidar, porque me preferían llamarme el dios sediento de sangre. Su "instinto asesino" fue salvado, esos hipócritas me culparon y así podrían seguir discutiendo de filosofía.

Discutían del "Thumos", recuerdo, eso significa tanto valor como la ira... En la vida, es inútil contarse historias, se necesitan dos y yo represento cada una de sus caras.

Sonido de clarinete bajo.

Afrodita nació de la espuma del mar, otra versión de la leyenda, nació del esperma de Urano, después de que su hijo Cronos había cortado los genitales, y echado en el océano mar... entendido, ¿quién me dice a mí sanguinario?

Para otros, Afrodita era la hija de Zeus, y no sabe quién es, y mi media hermana. Afrodita. Mi amante preferida. ¿Incesto? Oh, en nuestro entorno no se hacía caso de estas cosas.

Con Afrodita no acabamos de tener un buen tiempo. Y nos amábamos, en serio. De otra manera no podrían nacer Eros y Harmonía, si no nos hubiéramos amado tanto. Un verdadero amor, del que te hace sentir como si tuvieras un gato vivo en el vientre. Que te enloquece. Que te vuelve a hacer niño, aunque nunca lo hayas sido. Afrodita era normalmente familiarizada con el lisiado de Hefesto, Vulcano para los Romanos. Dicen que nuestros padres, lo tiraron en el suelo porque no les gustaba, mientras que otros dicen que lo echaron porque nació cojo.

En resumen, cojo de nacimiento o cojo de caída, Hefesto era Hefesto, era muy malo, el dios del fuego, que no me era antipático porque amo todo lo que es flamante.

Con Afrodita nos veíamos por dondequiera en todas partes, y usted sabe cómo es la pasión, en algún momento, nos volvimos imprudentes y algún dios nos vio. Ya no eran tantos y siempre todos se familiarizaban aquí y allá, entre ellos y con los mortales. Cierto que nuestra religión no era una barba como la monoteísta... Ahora recuerdo, fue el propio Eolo, dios del viento quien nos descubrió. Hefesto furibundo pero mucho más astuto que nosotros nos tendió una trampa. Preparó una red de bronce, sutil como un velo pero muy sólida y la aseguró secretamente a los lados de su lecho conyugal. Cuando Afrodita fue a mi casa en Tracia, (*tos y risas*) y con la excusa preparada, creo que ella le dijo que fue a Corinto, para ciertas tareas... Hefesto anunció todo amoroso: “Perdóneme, querida esposa, pero tengo que ir a trabajar Lemnos, voy a estar fuera unos días. “Afrodita no perdió el tiempo, me llamó enseguida. Ah, ustedes se preguntarán cómo eran nuestras formas de vernos. Mercurio por ejemplo el mensajero de los dioses era un rufián, sépanlo, un rufián.

Hefesto era un herrero, pero también un dios, y sus cadenas las había hecho invisibles. Fuimos a la cama ágil, ágil (*hace un guiño al público*) y en la madrugada nos despertamos enredados desnudos y sin escapatoria, envueltos en una red como atunes. De alguna forma mi fuerza sobrehumana se las arregló para desenredar de las cadenas. Pero al ser liberados tuve que prometer a Zeus, no ver más a Afrodita. Y ella, mi amada, mi Afrodita, como cada mes, se sumergió en las aguas de Pafos, en la isla de Citera, su hermosa isla, donde recuperaba la virginidad bañándose en aquél mar (*Suspira*).

Con la diosa del amor he engendrado amor. También creé las Amazonas, otra culpa mía porque son mujeres guerreras. Y ¿qué significa? Estaban solas, tuvieron que defenderse, ¿quién dijo que las mujeres sólo debían nacer para tener hijos y morir enfrente de un microondas?

Mientras tanto, las guerras continuaron. Eran condenadas pero continuaron.

Clarinete. ares se vuelve a poner la camiseta y botas.

Y me retorció, porque no tenía ni siquiera a Afrodita con la cual consolarme... (*Indica el punto de donde se supone llegan las notas del clarinete*) Harmonía... bueno... tal vez ahora sólo la hay en la música. Eros, es decir... El amor, ah lo que siempre existe, siempre se hace el amor, en todas partes, incluso en los baños de las estaciones hay amor, y lo creo porque yo lo he generado. Luego, alguno ha venido a predicarlo. Amen, a los otros como a ustedes mismos. Era hermoso, ha estado bien, pero lo hemos hecho todo con demasiada filosofía.

Se prohíbe y es tabú. Yo que una vez fui de pocas palabras. El dios del miembro erecto. El que razona con el culo. (*Ve al público*) Desde luego, no soy el único, y no se tiene que ser un dios para hacerlo.

Fin.

BEATRICE CENCI

ENRICO BAGNATO

Roma. La noche iluminada por una luna pálida. Una figura humana, envuelta en un manto largo y negro que la cubre hasta los pies, y con una gran capucha puesta sobre su cara, recorre con irrefrenable agitación a lo largo y ancho el espacio abierto frente al castillo de san Arcangelo; se enfila a la orilla del puente sobre el Tíber, que atraviesa más veces hacia arriba que hacia abajo con paso frenético. Se coloca en el centro del puente y, por último, con un gesto convulsivo, libera a la cabeza de la capucha para revelar un diáfano rostro espectral de bellísima mujer joven con pelo rubio y largo. Una cinta de terciopelo negro rodea el cuello.

Mi espíritu no tiene descanso, me devoran, imparables, una manía, una obsesión, un frenesí de mi destino injusto; padezco un eterno tormento después de haber sufrido incontables tormentos de viva. Doncella, fui violada por mi padre, el hombre a quien le debía afecto y veneración, que se llama padre, y que era, sin embargo, ¡un monstruo! En aquella fosa del verano de 1593, yo tenía dieciséis años y a causa tanto calor yacía semidesnuda en la cama de mi habitación; había cerrado la puerta con llave y luego la puse sobre el tocador.

De repente oí una vuelta de la llave en la cerradura y la puerta se abrió, mi padre me miró con una mirada fascinada y una sonrisa obscena en los labios. No dije nada, se echó a mi lado en la cama, enfiló el brazo entre mis piernas, y buscó a tientas con la mano mi intimidad. Salté de la cama con un grito, lo empujé y hui gritando por las escaleras, afuera, hasta el jardín a la orilla del Tíber; hui; él me gritaba detrás, yo corría, corría hundiendo mis pies desnudos en el barro hasta los tobillos, me hería entre raíces y contra las ramas que chocaban en mi cara como cuchillas afiladas; finalmente encontré refugio en la espesura de las cañas. Permanecí oculta hasta la tarde.

Ese fue el comienzo.

Mi padre, ¿quién era? Un noble de cuarenta y cinco años, un hombre violento y disoluto, un maníaco sexual, un pervertido. Francesco Cenci. Desperdió enormes sumas de dinero en juergas y orgías. Malgastó los bienes de la familia en desenfrenos y excesos de todo tipo, y para compensar las violaciones, colocaba a los niños de mujeres que violaba o con las que había tenido algún romance en familias acogedoras para compensar a los heridos en peleas o en emboscadas y para corromper la justicia y evitar la prisión. Sin embargo, era rico, poseía tierras, castillos, palacios, una inmensa riqueza que había heredado de su padre, el tesorero general de la Cámara Apostólica, un monseñor, por lo tanto, ligado al voto de castidad.

No sólo con las mujeres mi padre ventilaba su insaciable libido, también tenía este abominable comercio con aquellos del mismo sexo, le gustaban jóvenes mozos que seducía y llevaba a casa sin vergüenza. ¡Era, pues, un monstruo, un ogro!

A la muerte de mi pobre madre –una mujer santa, tratada, por el brutal y áspero jefe esposo, como una esclava, que constantemente la embarazaba para que no huyera y que después de haber traído al mundo siete hijos, y después de doce embarazos y numerosos abortos, agotada, murió–, mi hermana mayor, Antonia, y yo, fuimos recluidas en el monasterio de las hermanas franciscanas de la Santa Cruz, en Roma; y dos hermanos, los más pequeños, Bernardo y Paolo, fueron confiados a una familia de conocidos. Los hijos mayores, Giacomo, Cristóforo y Rocco, en aquel tiempo ya habían hecho su propia vida.

A partir de viudo, mi padre intensificó su conducta escandalosa.

Cuando lanzó por primera vez en mí sus antojos locos, teníamos poco de que mi hermana y yo habíamos salido del convento y vivíamos en casa con los dos hermanos menores, también ellos registrados por la familia que los cuidaba: mi padre había decidido de tenernos a todos con él para ahorrar. Con el régimen de vida espartano al que nos constreñía, no le costábamos casi nada, así podía gastar de más en juergas y obscenidades.

Para nuestra sorpresa y disgusto, sin darse cuenta de nuestra presencia en la casa, dio paso en sus prácticas sucias con criadas, mozos y mujeres de la calle. A la vista de estas deformidades, todos huíamos a encerrarnos en nuestras habitaciones. Donde, también, su voz retumbaba con gritos, burlas y expresiones obscenas.

Los hermanos mayores, estaban en camino con su padre, ya que, a su vez, licenciosos y pendencieros, pretendían que –así como el hacía para sí– también desembolsara para sacarlos del apuro después de haberle cumplido sus fechorías.

Afortunadamente, mi padre a menudo se alejaba fuera de casa durante largos períodos de tiempo para ejecutar sus bajas aventuras y administrar sus posesiones. Fue así que se dio el día en que, por primera vez, yo era el objeto de sus lujuriosas atenciones.

Al regresar, anunció su próxima boda. Y, poco después, se casó con Lucrecia Velli, una viuda diez años más joven, de grato físico, pero floja y sin carácter, era como una arcilla maleable en sus garras viles. La convenció al matrimonio prometiéndole que vería el mantenimiento del hijo menor y también dotaría a las tres hijas ya grandes. Y no hubo duda de que se habría ocupado... pero a su modo.

Después del primer período de la vida conyugal, mi padre reanudó sus prácticas sucias con criadas y oficiales. Pero se encontró con una denuncia por violación de una niña de dieciséis años y fue encarcelado. En el juicio se defendió acusando a su vez de calumnia a aquellos que lo habían denunciado. Como en otra ocasión, envió una petición al papa Clemente VIII, persona notoriamente ávida que lo podría poner en libertad mediante el pago de una suma a discreción.

La petición fue recibida: con el pago de cien mil coronas en las arcas papales, mi padre recuperó la libertad. Volvió a su casa como un hombre lobo, enfurecido por la humillación de la cárcel y del proceso, por la enorme suma pagada, y por el sufrimiento que le dio la gota y la sarna que contrajo durante su detención.

Por nimiedades daba gritos, maltrataba y golpeaba a todos y nos retiraba casi todo el sustento. Estallaban furibundas peleas entre él y los hijos mayores que le pedían siempre más dinero y sus altercados estaban siempre allí, para que fluyera la sangre.

En casa, nuestra vida era un infierno, más que antes. Yo sola, aunque por regla tratara de evitar de encontrarme sola en su presencia, lo único que tenía en la cabeza eran sus abusos y sus ataques de ira recibiendo ultrajantes, golpes que me causaron contusiones y heridas. A estas alturas ya había tenido bastante, había superado todos los límites de la resistencia humana. Por tramite de amigos hice llegar a un influyente cardenal de la curia, noticias de nuestro

miserable estado de vida familiar rogándole solicitar una intervención del pontífice para que pusiera remedio.

El cardenal aceptó con entusiasmo. EL papa Clemente dispuso que el jefe de familia de los Cenci, asegurara a los familiares un tenor de vida proporcionado al importante patrimonio que poseía; y que los hijos mayores se beneficiaran con algunas rentas, que la hija más grande fuera ricamente dotada para casarse con un partido que le fue inmediatamente propuesto y que fue aceptado; y estableció para mí un trato igual cuando alcanzara la edad. La determinación del papa hizo enloquecer de rabia a mi padre que, cuando le fueron a notificar, en un arranque de ira, nos enfrentó a todos con ferocidad. Sin embargo, él se ciñó a la decisión y se reencontró en un mar de deudas, pero continuó igual en sus disipaciones.

No satisfechos con las rentas obtenidas, mis hermanos buscaban prohibir al padre su vida locamente disoluta. Y entre ellos y el padre estallaban continuas luchas y corrían amenazas de muerte. Debido a esto, así como para evitar a sus acreedores, mi padre decidió abandonar Roma. Pidió hospitalidad a su amigo el príncipe Marzio Colonna y la obtuvo en el castillo de la Petrella en los Abruzzi.

Nos mintió a su esposa y a mí diciendo que pasaríamos unos días de vacaciones en su casa en el Lazio. Por eso fue que aceptamos de buen grado. Partimos al amanecer en un carruaje y un equipaje que me pareció exagerado para la breve estancia que habíamos prospectado.

Al caer la noche todavía no habíamos alcanzado nuestro destino. Nos detuvimos en una posada para pasar la noche. Ahora nutría fuertes sospechas respecto a nuestra verdadera meta, por eso insistí en conocer a donde realmente nos habíamos dirigido.

Mi padre estalló en una risa burlona y continuó riendo en voz alta informándonos que nos transferíamos al Reino de Nápoles.

Me quejé por el engaño. Él me calmó con una violenta descarga de sobornos que me aturdieron.

En la madrugada tuvimos que huir precipitadamente del posadero que rabiosamente gritaba insultos y amenazas porque, poco antes, mi padre había entrado a la recámara de la hija para abusarla pero la gritadera de la joven había dado la alarma.

Cuando llegamos a la Petrella —el castillo puesto a nuestra disposición por Marzio Colonna que emergía de una colina rodeada

de altas cumbres escarpadas y solitarias— me sentí como relegada, fuera del mundo. Sin embargo, nos recibió con amabilidad y calidez el castellano Olimpio Calvetti, un hombre guapo, moreno, alto y robusto, que tenía la misma edad que mi padre, pero que demostraba mucho menos. Más tarde supimos que era impetuoso, que había combatido y lo habían herido en Lepanto, que había matado a más de una persona que había llegado a sus manos y que logró evitar el arresto gracias a la protección de Marzio Colonna.

Nos instalamos en el primer piso de la parte residencial del castillo, arriba vivía Calvetti con su esposa y dos niños de tierna edad.

Nos resignamos a vivir como mejor se podía en aquél exilio montañosos. Mi padre transcurría la gran parte del día en la caza o en largas galopadas. Los problemas comenzaban a su regreso, cuando para desfogar la rabia de encontrarse entre aquellos montes impedido del desenfrenado ejercicio de sus perversiones, tenía comportamientos triviales y ultrajantes. Gritaba y maldecía contra Lucrecia y yo, y para ofendernos y humillarnos, incluso orinaba y defecaba en nuestra presencia, nos obligaba a sonido de bote a llevarle el orinal que luego nos ordenaba vaciar, no sin antes habernos obligado también a limpiar el asiento.

De mí, embravezco al decirlo, con la fuerza pretendía una prestación particularmente repugnante. Debía masajear con un ungüento sus partes íntimas que en la cárcel se habían infectado con la roña, cuidando que bajo mi mano, su virilidad erguida no se desbordara.

No tengo palabras para decir lo que eran el asco, la vergüenza, la ira, la humillación que sentía y que todavía me ruboriza.

Pero todo esto no era suficiente. Le faltaban los efebos. Obligó a Lucrecia a escribirle al hijo de catorce años para que viniera a visitarla a Petrella. Curzio era un adolescente alto y bello, un rubio querubín de ojos celestes.

Ahora en Petrella, mi padre eligió a su hijastro como su compañero de caza. Y en la primera salida, en medio de un bosque, lo trató de violentar, pero el joven fue capaz de liberarse y escapar.

Curzio contó todo a su madre y le rogó que lo dejara volver a Roma inmediatamente. Lucrezia cubrió de insultos al marido. Él la golpeó con un látigo hasta que se desmayó.

Después de ese episodio vergonzoso en Petrella entró un periodo de tranquilidad, ya que mi padre no quiso permanecer en un ais-

lamiento que le impedía dar ilimitado desfogue a sus bajos instintos y volvió a Roma, aunque temiera de ser encarcelado por las deudas y ser muerto por los hijos mayores, no obstante que Rocco el más terco y violento, en el ínter había muerto en un duelo. Para disfrutar de su libertad, recurrió a la estrategia de refugiarse en un hospital y luego salir secretamente a correr sus sórdidas aventuras.

Aprovechando su ausencia, logré hacer llegar, a mi hermano Giacomo, una carta en la que le pedí que se empleara en liberarnos a mí y Lucrecia de aquél cruel exilio y nos hiciera regresar a Roma. No sé cómo, mi padre vino a saberlo. Regresó a Petrella con furia. Nos reprendió salvajemente a mí y Lucrecia, nos amenazó de muerte si hubiéramos osado otra vez pedir socorro y nos relegó al apartamento del piso de arriba, obligando a la familia del castellano transferirse al otro piso más arriba; hizo cerrar todas las puertas y ventanas dejando solamente una pequeña boca de lobo para el aire y así impedirnos cualquier contacto con las personas. Y amenazó de muerte a quien intentara liberarnos.

Nos había enterrado vivos. Tras lo cual regresó a Roma.

Desde hace tiempo había madurado la idea de hacer algo definitivo, un desgarró violento para salir de aquella vida de infierno. La salvación habría sido el matrimonio –habría desposado aun al diablo con tal de irme de casa– o recluirme en el convento; pero en un caso o en otro era indispensable que tuviera una dote y mi padre no pensaba jamás en dármela.

En esas ocasiones, el único que podría dirigirme para realizar el proyecto de una liberación definitiva era Olimpio Calvetti. El castellano y su mujer, desde nuestra llegada a Petrella, habían sido amables conmigo y Lucrecia, habían mostrado la humanidad y la disponibilidad, aun cuando estábamos separadas, consintiéndonos de salir del escondite a cualquier hora en el jardín o en la terraza, con ello arriesgando la vida si mi padre hubiera sido informado de esto. Olimpio vino a mí y trató de consolarme y distraerme reportando noticias del mundo externo y contando de sí, de sus empresas en Lepanto; en fin, se mostraba atraído por mi persona con sensibilidad y ternura. Cuando estuve segura que se había enamorado acepté su cortejo. Pero después como a ningún otro le concedí si no largos coloquios y algún beso furtivo, sin llegar nunca a lamentarme de los abusos de los cuales era víctima, cosa que lo hubiera hecho montar en rabia y confrontación hacia quien fuera el artífice.

Por desgracia de ahí a poco tiempo mi padre, sin duda, volvió a Petrella. Se vio muy constreñido a sus fechorías. —riñas, estupro, sodomías— por las cuales se arriesgaba a ir a la cárcel. Y para colmo de la desgracia, quiso instalarse en la misma habitación que compartíamos Lucrezia y yo. El reanudó sus prácticas repulsivas e indignantes de antes y, lo que es más, me vi obligada a asistir a sus uniones carnales con Lucrezia.

Un día, durante la cena, le recordé que había contraído el compromiso formal de proporcionarme una dote para casarme. Entonces él se levantó gritando mesa y llamándome puta me llenó de golpes, y me dejó inconsciente al suelo.

Por la noche, cuando se fue a la cama, echó de la habitación a Lucrezia y, me tomó con violencia.

Murió dentro de mí todo lo que todavía estaba vivo. Sin embargo, sobre la carnicería de mi cuerpo violado, se encendió un delirante deseo de venganza y liberación. Mi padre habría de pagar con su sangre.

Después de la violación, me relegué a un armario donde sola comía, dormía y transcurría el tiempo. Con Olimpio, que continuaba buscando mi compañía e intensificaba la coquetería; su relación hacia mí, de enamoramiento se convirtió en pasión. Ahora no podía haber un solo día sin verme, o hablarme. Y debía inventarse los más ingeniosos pretextos y estrategias para hacerlo, así metiendo en peligro su vida y la mía. Para realizar mi plan, yo debería continuar alimentando esa pasión. Hacer crecer el ardor hacia Olimpio, en mis manos, un inexorable instrumento; pero al mismo tiempo debía impedir que él viniera por mí: si mi padre antes o después se habría dado cuenta, nos mataría a ambos, lo bueno es que me habría ahorrado que me tuviera a disposición de su libido, entre sus garras viles.

Mientras deambulada como una bestia en jaula, en mi habitación, pensando una solución, descubrí en una pared un tubo conectado a una chimenea en el techo. Luego durante unos días, impedí encontrarme con Olimpio aludiendo al riesgo mortal que corríamos. Cuando lo vi desesperado y como fuera de sí, al punto de cometer cualquier imprudencia para hablarme, con una nota, que lo tiré por la ventana, lo invité a entrar en la terraza para comunicarse conmigo a través de la chimenea. Por la noche, la voz apasionada de Olimpio sonó por la chimenea. Nuestro diálogo fue restaurado.

Llegó la noticia de la repentina muerte de mi hermano Cristóforo, que fue asesinado por el amante de una mujer que él asediaba. Mi padre fue a Roma para el funeral. A la vuelta, se encontró con una banda de ladrones que en ese momento infestaban el territorio; por desgracia, sin embargo, logró huir.

Ahora en Petrella, sin aliento, pero eufórico por el estrecho escape, no tuvo otra idea mejor que abusar de la esposa de Olimpio, el cual, estaba de gira revisando sus posesiones. La mujer se resistió y él para vengarse –pero por temor a las represalias por parte de su marido– pidió a Marzio Colonna que transfiriera a Olimpio y su familia a otro pueblo.

Entonces me sentí perdida sin Olimpio, ¿como habría de realizar mi proyecto?

El mismo día que se fue a altas horas de la noche, oí un golpe en el piso por la ventana, que poco después fue forzada y abierta, vi a Olimpio en una escalera delante de la solera. Lo dejé entrar. Me abrazó y estuvimos felices de aquél truco que le permitió venir hacia mí para su placer. Me cubrió de besos y sin aliento por el deseo, quería que hiciéramos el amor a toda costa. Cortante me negué. Instó, rogó y me preguntó: ¿Por qué ...? ¿Por qué ...? Por último, confiándole mi secreto, le dije que había sido violada por mi padre, y que, desde entonces, aún más, no podía pensar en hacer el amor con nadie. Olimpio escuchó con incredulidad y consternación, y la ira se encendió. “¡En cuanto ese bastardo miserable haya llegado! ¡Lo voy a matar! -Dijo con voz entrecortada. Rápido se lo hice jurar. Después le sugerí una idea que me había venido tras de la emboscada de los ladrones, cuando mi padre por desgracia había escapado. Si hubiera sido posible contactar a una de las muchas bandas se les habría podido comisionar, por una tarifa, el asesinato. Pero entendía este plan como una alternativa a la muerte directa de mi padre por las manos de Olimpio, a lo cual, la idea de recurrir a los ladrones, de inmediato gustó y dijo que aquél mismo día había encargado a un amigo de confianza de nombre Marzio Catalano que ya había contactado con las bandas de tratar el asunto con el jefe de una de ellas.

Durante el transcurso del día conocimos las condiciones de los ladrones: Una cuota de veinte mil coronas, de las cuales la mitad debíamos desembolsar con antelación, con eso habrían raptado y matado a mi padre. No poseía tal suma. Por esto envié a Olimpio a

Roma con mi hermano Giacomo, que no veía la hora en que el padre muriera para heredar, a fin que juntos elaboráramos un plan más fácil de concretar. Giacomo propuso el recurso del veneno. Y consiguió a Olimpio una poción de segura eficacia hecha de opio. Pero un hecho nuevo impidió el uso del veneno. En aquellos días mi padre –quizás por sospechas o por su agudo sentido de defensa– pidió que antes de servirle los alimentos, que Lucrezia y yo preparábamos le diéramos confianza, es decir catáramos antes que él la bebida y comida que le llevábamos.

A este punto no quedaba más que Olimpio como ejecutor. Pero lo veíamos incierto y vacilante en el propósito que había jurado seguir. Entonces debería reforzar su determinación para infundirle resolución. A este fin, le dije que ahora era mucho más riesgoso encontrarnos de nuevo. Olimpio protestó y juró que para estar junto a mí daría la vida. Por aquél juramento consentí recibirlo esa misma noche.

Él vino y se mostró apasionado, fogoso como nunca. En medio del clímax y de la brama le hice solemnemente jurar que habría de matar a mi padre con su mano. Juró, así que cedí y fui suya.

Juntos discutimos y diseñamos un plan. Sugerí que yo mismo le suministraría a mi padre de opio en el vino y después que se hubiera adormilado, Olimpo lo sofocaría. Luego habríamos tirado el cuerpo en el huerto por el balcón de madera después de haber despedazado algunas tablas para hacer creer que fue una caída accidental. Olimpio era de la opinión de matarlo a bastonazos, no solo, junto a Marzio Catalano, y a a cargo de las negociaciones con los bandidos sin involucrar a otros, a fin de que el cómplice no tuviera interés de revelar jamás esto. Esta variante no me convencía, encontraba imprudente el recurso de dos ejecutores, pero Olimpio se obsesionó: no lo habría matado él solo. Entendí que era indeciso, que tenía miedo y que por lo mismo para confirmar su intento necesitaba que le prometiera también una rica recompensa. Prometí que le recompensaría él y al otro, una vez que tuviera en mi posesión mi parte de la herencia. Antes de todo Olimpio puso reparos, pero sus ojos se iluminaron con la avaricia y se le enrojecieron las mejillas, es decir, aceptó con fervor y me agradeció estrechándome convencido la mano. Convenimos en la necesidad de tener de cómplice también a Lucrezia, ya que dormía con el marido.

Fue a principios de otoño, se fijó la ejecución del plan para la tarde del 7 de septiembre, durante la cena. Pero los contratiempos y

los problemas se sucedían casi como una premonición del mal. Esa noche mi padre bebió el vino con opio que le serví, pero no lo resintió. De opio, había metido muy poco, tal vez, debí beberlo antes también yo para hacerlo creer. Olimpio Marzio, en tanto estaba a la espera, escondido en un armario. De repente, a través de la ventana, vieron a la mujer de Olimpio; para impedir que la llegada de la mujer echara todo a perder, Olimpio salió y sigilosamente se acercó a ella y después de haberla tranquilizado la acompañó a casa.

En la noche regresó a Petrella mi padre, todavía lúcido cuando se había retirado para acostarse. Decidimos esperar el alba. A las primeras luces, Olimpio y Marzio salieron del clóset con un martillo uno y el otro con un garrote en las manos. Tocaron tres golpes leves convenidos a la puerta de la recámara de la cama. Después en un instante salió Lucrezia en camión de noche, con un dedo sobre los labios, les murmuró que no estaba segura de que el marido durmiera profundamente y sollozó toda agitada que por temor a Dios y de la Virgen, de los cuales en aquél día se festejaba su nacimiento, desistieran de la triste empresa o al menos la pospusieran.

Olimpio y Marzio se quedaron atónitos y, presos del temor que el marido pudiera despertar y los afrontara, precipitadamente dieron marcha atrás y se encerraron de nuevo en el armario. Donde yo inmediatamente los alcancé. Marzio descolorido afirmaba querer abandonar la empresa. Olimpio amenazaba con acompañarlo. Les rogué a los dos diciéndoles que su compromiso era simple, el hecho pasaría como una desgracia y no había ningún riesgo.

A estas alturas ya era de día. Mi padre estaba despierto y sin duda no tardaría en salir de la habitación. Por lo tanto, todo lo mandamos al día siguiente.

Al día siguiente, en el crepúsculo, Olimpio y Marzio se colaron de nuevo en la casa y cerré el armario esperando el momento adecuado. No pasó mucho par que mi padre pidiera de cenar. Yo le serví una copa de vino con mucho más opio de la noche anterior y bebí para darle confianza. Antes de que el narcótico hiciera efecto en mí, corrí a advertirles a los dos de estar listos, que la cosa procedía por la dirección correcta. Pero me encontré a Olimpio que daba grandes golpes de tos, y continuó a toser mientras a señas y con palabras entrecortadas hacía entender que no estaba en condiciones de actuar. Marzio lo miraba desconcertado y asentía. Agarré al uno y el otro de

un brazo y sacudiéndolos comencé a despotricar “Cobardes, ¿qué es esta puesta en escena? ¿Son hombres o damiselas? Olimpio, tú te has comprometido con un juramento y, ¡ahora te viene la tos para retractarte! ¡Hay de mi desventurada por fiarme de semejante cobarde sin honra y de su vil compañero! ¡Las miles de coronas que te prometí los doblo si tuvieras ánimo de liberarme del monstruo! Olimpio, con la cara roja de ira y vergüenza por la tos nerviosa que no podía reprimir, con gestos y frases entrecortadas, entendió que era prudente irse por el momento, pero que estaría de vuelta. Los dos echaron a correr.

Volvieron a altas horas de la noche. Los acompañé en frente de la habitación. Traían uno, un martillo y el otro un garrote. Ante los tenues golpes que propinaron en la puerta, ésta se abrió. Lucrezia se acercó y: “¡Duerme!” Murmuró en voz baja. Reentró rápida para encender la luz y los dos cruzaron el umbral en la claridad vacilante de la luz de las velas. Yo no tuve corazón para entrar. Lucrezia salió y cerró la puerta.

Siguió un largo silencio. Entonces, ronca y congelada sonó la voz de mi padre “Oh, ¿qué me hiciste?”, siguió un altísimo grito. Cuando salieron, Olimpio y Curzio estaban llenos de sangre, inundados de sangre los dos como si emergieran de un lavadero sangriento.

“¿Qué has hecho? Grité. ¡No deberían haberle causado lesiones y hacerlo derramar sangre!” Olimpio con la mirada aturdida, miró el martillo estilante y sin decir ninguna palabra, con fuerza lo golpeó contra una pared.

Entramos Lucrezia y yo. Horrorizadas, vacilando como embriagadas, las dos con la mano en la boca, nos acostamos en la cama. El cadáver yacía sobre las colchas empapadas de sangre, tres horribles agujeros le desfiguraban la cara: sobre la sien, en la frente y bajo un ojo.

Sobrecogidos Olimpio y Marzio rápidamente tomaron el cadáver uno por la espalda y el otro por los pies y comenzaron a completar el trabajo. Bloqueé la puerta “¿Qué hacen, tontos?” Grité. “Primero es necesario vestirlo, debe resultar que estaba ya en pie y vestido antes de recargarse en el balcón”.

Rápidamente, le quitamos la camisa de dormir ensangrentada, y lo vestimos con sus ropas, le calzamos las medias y los zapatos.

Amanecía. El balcón estaba mojado por el rocío. Olimpio y Marzio se aplicaron a romper algunos de los ejes del balcón. La madera, aunque con signos de podredumbre, se resistió. La puerta finalmente se abrió, resultó demasiado estrecha. Tenían que presionar para

forzar el cuerpo para que pasara a través de ella. El cuerpo cayó finalmente en las malas hierbas con un golpe izquierdo.

Lucrezia y yo nos dimos prisa para borrar las huellas del crimen. Me puse a lavar el rastro de sangre desde la puerta del dormitorio al balcón. Lucrezia mientras, limpiaba y arreglaba el interior. Sin embargo, estupefacta, como estaba impactada por lo acaecido, cometió una serie de errores. Puso en un cajón de la cómoda una sábana y una funda del colchón llena de sangre, escondió la cobija del colchón y de la almohada empapada de sangre en un estante, no sustituyó el colchón, y hasta la cama estaba chueca de un lado.

Terminadas esas inconveniencias, destapamos nuestros gritos a través de la casa mostrando consternación y desesperación por la desgracia acaecida de improviso. Y verdaderamente en la intimidad estábamos presas de la angustia. Se dieron cuenta los criados y criadas, se colaron con horror ante el rastro del balcón y buscando entre las hierbas estaba el cuerpo sin vida de mi padre. Entre ellos vi quien al instante abrió el cajón de la cómoda y entrando en el armario notó las cabezas y la cobija manchadas de sangre.

El cadáver ya lo habían llevado a casa limpio y puesto sobre un féretro en el pasillo.

Una agitación confusa corrió a través de la casa, que en breve se llenó de gente que siempre más numerosa fluía de todo el pueblo, y de pueblos cercanos manifestando maravilla, estupor, e incredulidad respecto a las circunstancias de la desgracia, fuera por las reducidas dimensiones del foro en el balcón o por las heridas que cubrían el rostro del cadáver que parecían incompatibles con una caída sobre el césped y la maleza.

Cogí al vuelo murmullos y sospechas, que se expresaban. Me di cuenta incluso de los padres que vinieron a dar la absolución al cadáver. Entonces inmediatamente hice cerrar el cuerpo en el ataúd y me dispuse para que lo llevaran a la iglesia del pueblo para la celebración religiosa.

Mientras el féretro se iba, el cielo se oscureció y entre formidables truenos y relámpagos estalló una tormenta tempestuosa. Lucrezia, a mí, sollozando.

Parecía a nuestras mallugadas conciencias, que la naturaleza se rebelaba por el asesinato de un justo. Pero mi padre no era un hombre justo, al contrario, era el más inocuo de los hombres.

Olimpio mientras tanto, en la iglesia instaba a los sacerdotes a fin de que celebraran la misa con prisa, decidió tocar la campana para comenzar el ritual luego instó y ayudó con sus manos a los enterradores a sepultar rápidamente el féretro bajo el pavimento de la iglesia.

Su empeño indujo a mayores sospechas.

Ahora entre la gente de la Petrella corría unánime la voz de que Francesco Cenci fue asesinado. La mujer de Marzio Catalano, cuando la voz le llegó a la oreja, agitada por la duda y por tener a Olimpio tocando a la puerta de su casa y después irse junto con el marido platicó con Pautilla quien le aseguró y la exhortó a no dar crédito a los chismes. A su vez, turbada y dudosa, Pautilla se vio con Lucrezia que le hizo saber parte de sus ansias. En su locura, Lucrezia la tranquilizó confiándole que el asesino no era Olimpio, más bien Marzio Catalano.

Catalano se presentó conmigo al día siguiente para pedirme la tarifa acordada porque quería darse al a fuga. Yo no tenía dinero, pero llegó Olimpio quien le dio algunos escudos. Se fue Marzio, Olimpio declaró que le habría de matar porque no se podía confiar en él. Me opuse no quería que un segundo delito le siguiera al primero.

Entre tanto, llegaron mis hermanos Giacomo y Bernardo para conducirme a mí y a Lucrezia de nuevo a Roma. En la partida se rompió un eje del carruaje y se perdió tiempo para sustituirlo. A causa de esto, Giacomo no quiso quedarse en el pueblo para celebrar una misa en memoria y procedimos las dos a nuestra locura siempre más desconcertada y sospechosa.

En Roma, se dio un nuevo motivo para sospechar la presencia de Olimpio en la ciudad y la confianza que mostró en mí. ¿Pero qué podía hacer? ¿Cómo podría alejarlo? Él fue mi cómplice, el autor del crimen que planee y que quería. Conmigo se había también jactado varias veces de haber cometido algunos delitos, ¿no habría podido antes o después confiarle a alguien haber matado a Francesco Cenci bajo mi instigación?

Él, en tanto, estaba ambicioso por recibir la recompensa pactada. Pero la situación patrimonial que dejó mi padre era muy enredosa, todavía no consentía la disponibilidad de grandes sumas de dinero. Por eso, tenía rápido la familiaridad de Olimpio a fin de que no alcanzara a compensarlo.

Liberada de la brutalidad y deformidades de mi padre, no había encontrado la serenidad: la vida en Roma transcurría en una atmós-

fera oscura, plomiza. Fue un periodo atroz, de ansias y de lutos que se abatieron de improviso a nuestra familia. Murió de parto mi pobre hermana Antonina. Y poco después consumado por una fiebre maligna, mi hermano Paolo.

Inesperadamente, Giacomo, Lucrezia y yo, fuimos convocados por la Corte Criminal para ser expuestos a un interrogatorio, que llevamos de manera separada. Los chismes y las sospechas en Petrella, que corrían ahora por toda Roma, habían hecho abrir una investigación. Giacomo se apartó declarando que en el momento de la desgracia no se encontraba en Petrella. Yo repetí la versión de la caída accidental y cuando me preguntaron por qué no había participado en las exequias, respondí que había faltado el ánimo. Lucrezia, sola, se enredó en diversos particulares y detalles y cayó en no pocas contradicciones.

Un inspector fue enviado a Petrella para investigar los lugares y recoger testimonios, indicios y pruebas. Las indagaciones fueron desarrolladas al cuidado de la Corte de Justicia de Roma y del Reino de Nápoles, territorio en el que había sucedido el delito.

En Petrella mientras tanto había llegado Olimpio, que había abandonado rápidamente Roma tan pronto como se dio cuenta de que nos convocaron. A él se dirigió de inmediato Marzio Catalano, para pedirle la recompensa prometida, pero recibió solamente amenazas de muerte. Los dos, alertados de la presencia del inspector, tomaron el largo para no ir al interrogatorio: Olimpio regresó a Roma, no sin antes de haber alargado el hoyo del balcón de donde habían tirado el cuerpo de mi padre; Marzio se escondió en el bosque. Plautilla, entretanto, cometió gravísimas imprudencias. Contrariamente a cuanto le había recomendado antes de partir no sustituyó los colchones de las camas, de hecho, uno de los tres restantes, algo manchado de sangre, lo donó a un pariente, otro, con manchas lo puso en la propia cama y el tercero con evidentes manchas de sangre lo escondió en un baúl.

En la investigación, el inspector se dio cuenta de que el agujero en el balcón se ha ampliado recientemente y que, sin embargo, era insuficiente para que pasara un cuerpo; también observó la falta de colchones y, después de arrinconar a Plautilla obtuvo la entrega del resto de los colchones que le había dado.

El inspector remitió un informe que decía que eran pruebas e indicios concurrentes que Francesco Cenci fue asesinado bajo ins-

tigación de la mujer y de los hijos por mano de Olimpio Calveti y Curzio Catalano; y que estos últimos no los había podido interrogar porque no estaban disponibles.

Mientras tanto, mi hermano Giacomo, indispuerto y angustiado por la presencia en casa de Olimpio, tanto por la vergüenza que significaba lo mismo que por las sospechas que alimentaba de una eliminación violenta de mi padre por su mano bajo nuestra instigación; temiendo también, recados o imprudentes confidencias por parte de él, ordenó a mis espaldas un plan para matarlo pero no surtió efecto.

Poco después, enseguida a las resultantes emergidas de ulteriores indagaciones en Petrella, fue enviado también un anatomista que hizo depilar el cadáver y reencontró que las heridas mortales en la cabeza estaban hechas de un arnés cortante, yo, mis hermanos, Lucrezia, Olimpio y Marzio Catalano fuimos formalmente culpados de homicidio y puestos a la justicia.

Poco después, surgieron de investigaciones adicionales, otros resultados, a Petrella también fue enviado un anatomista que hizo desenterrar el cadáver, encontraron que las lesiones mortales en la cabeza habían sido infringidas por un instrumento afilado; mis hermanos, Lucrezia y yo, así como Olimpio y Marzio Catalano fuimos formalmente acusados de asesinato y llevados a juicio.

Pronto, Curzio Catalino fue localizado y detenido; arrinconado se declaró extraño al delito pero dijo saber de Olimpio, y del encargo de Beatriz y Lucrezia, él se había ido a Roma a retirarse de Giacomo Cenci, trajo un veneno y opio que después ellos le habían suministrado a Francesco Cenci.

Giacomo y Bernardo desmintieron la confesión de Catalano. Lucrezia y yo sufrimos interrogatorios implacables en el que argumentamos que no teníamos ninguna razón para desear la muerte de quien nos trató con amor y nada nos hizo perder. Pero, como de costumbre, Lucrezia se contradijo varias veces.

Ah este punto el juez amenazó a Curzio Catalán de someterlo al suplicio de la soga para hacerlo rendir total confesión. El suplicio de la soga era inhumanamente doloroso. Atadas las muñecas a la espalda, venía el condenado suspendido por una cuerda que se insertaba en una polea unida a una viga en el techo, por lo que el peso del cuerpo torcía en alto los brazos y alargaba o despedazaba los

huesos de los ligamentos con horribles estiramientos. Él aterrorizado, cedió. Confesó todo, contó cómo habían sucedido los hechos, pero sostuvo haber participado en el delito obligado por Olimpio bajo amenaza de muerte.

Después de su confesión, Lucrezia y yo fuimos interrogadas y desmentimos todo lo que él había declarado. Lo mismo hicieron Giacomo y Bernardo. Entonces el juez dispuso una confrontación directa de cada una de nosotras con Catalano bajo tortura, a fin de que hubiera ya confesado, para inducirlo a nuestra voluntad a confesar o por compasión de sus tormentos o por el terror de sufrir el mismo tratamiento. Antes Lucrezia y después yo estuvimos puestas frente a la tortura. Llenas de lástima y angustiadas por los malos tratos que delante de nuestros ojos pasaban, negamos todo lo que él confirmaba. Pero la confrontación no duró mucho, ya que Catalano, después de dos días de encaramientos murió brutalmente torturado.

Nadie sabía dónde se podía encontrar a Olimpio. Tenía la esperanza de que estaba a salvo, escondido lejos de Roma, y de que no cayera en manos de la justicia, porque bajo la tortura, seguramente habría confesado todo.

Giacomo, movido por el mismo miedo, organizó un plan para localizarlo y eliminarlo, de la ejecución que encargó, tramitó un sirviente que del juez había estado autorizado a rendirle servicios fuera de la prisión, un pariente y amigo de confianza. Con el pretexto que urgía advertir a Olimpio que no se parara en Roma y de procurar-le un refugio más seguro, así ellos vinieron a saber de por parte de un amigo donde se escondía, mientras sucedía todo esto. A Los dos se unió su cuñado para realizar la empresa, el cual se mostró muy entusiasta del compromiso ya que prometía embolsarse también la ganga que la ley daba por la cabeza de un fugitivo por asesinato. Y fue incluso el cuñado, después que los tres mataron a Olimpio en el trayecto hacia el lugar que debería ser para él un escondite más seguro, quien le cortó la cabeza y la puso en un saco para entregarla a la autoridad.

Después del asesinato de Olimpio, el juez estaba ya en posesión de las pruebas del homicidio de Francesco Cenci, pero igualmente pretendía que a la condena le siguiera una completa y explícita confesión nuestra, ordenó mandarnos a tortura. Pero por nuestra condición de nobles, podíamos sufrirla solamente previa autorización del papa. El

cual ciertamente la habría dado en el momento que como ahora en toda Roma se vociferaba que el ávido Clemente VIII había metido los ojos en los bienes de los Cenci para confiscarles sus bienes después de la condena y distribuirlos entre sus numerosos parientes.

Como era de esperarse, el Papa dio la autorización.

Primero Giacomo sufrió la tortura. Incapaz de soportar el sufrimiento atroz, nos acusó del delito y Lucrezia y a mí. Luego tocó a Bernardo, tenía apenas dieciocho años, quien para hacer cesar su insostenible sufrimiento admitió –lo que no era verdad- de haber oído el plan para matar el padre en un diálogo en Roma, entre Giacomo y Olimpio. Lucrezia evitó la tortura, apenas ataron las manos detrás de la nuca, aterrorizada por el inminente suplicio, me acusó y justificó su complicidad con el temor de perder la vida, a su vez, y se desmayó. Luego fue mi turno.

Aunque desnuda, bajo la mórbida y fija mirada del inquisidor soporté sin un lamento la indecible agonía y rechacé todas las acusaciones. Me arrastraron delante de Bernardo que de nuevo fue sometido a torturas para por piedad de su tormento, yo confirmara la confesión que él, entre los agonizantes gritos renovaba. Muerta en el corazón desvié la mirada y tapé mis oídos y resistí. Así que me llevaron frente a Lucrezia sollozante que amarraron de nuevo para someterla a la tortura. Comprendí a aquél punto, que era inútil resistir. Me convencí que nuestras confesiones servían solamente a la orgullosa crueldad de una justicia que no tenía ninguna necesidad de ulteriores pruebas para emitir la sentencia de condena.

Confesé. Y, debajo de los ojos diabólicos del juez, firmé el acta.

El Papa develó sus ambiciones rapaces: prohibió a nuestro abogado se le permitiera la consulta de las declaraciones verbales de las confesiones para así privarnos de una adecuada defensa. El abogado una luminaria del foro de Roma, fue con el Papa para pedirle respeto de los derechos de defensa.

Clemente, lo reprendió con gran aspereza porque osaba pretender el respeto de los derechos para quienes no habían respetado los derechos del asesinado y lo mandó a la cárcel. Se necesita del bello y del bueno –una súplica del abogado y la intervención de algunos cardenales y diplomáticos– para obtener la liberación.

La peroración defensiva, aunque elocuente y apasionada, no convenció a los jueces y la sentencia para todos fue de condena de

muerte. También para Bernardo, que era totalmente inocente. Las súplicas para cambiar la pena de muerte a cadena perpetua, que Giacomo, Bernardo y Lucrezia enviaron al pontífice y la mía, que había enviado a un cardenal amigo a fin de que intercediera rápido ante Clemente para persuadirlo y hacerle ver el estupor y los maltratos quedaron sin respuesta. Era evidente el intento del papa que no quedara en vida ningún heredero directo de Francesco Cenci para apropiarse de todo su patrimonio.

Cada uno de nosotros elaboró a voluntad su testamento. A diferencia de Giacomo y Bernardo dispuse que no fuera sepultada en la iglesia de la familia, sino en aquella de San Pedro en Montorio sobre Gianicolo, una iglesia que frecuentaba de niña con mi hermana Antonina y las compañeras de la escuela en las primaverales paseos con las hermanas, una iglesia que me recordaba los únicos días serenos de mi vida infeliz. Y dispuse un legado –acompañándolo con la petición al papa que entonces autorizara el cumplimiento– dotar a los jóvenes indigentes a fin de que si se casaran tuvieran una familia y escaparan de un destino desafortunado como el mío.

En dos prisiones diferentes en las que fuimos encerrados en medio de la noche anterior a la ejecución fijada a la mañana, en la celda que compartía con Lucrezia, así como en aquella en la cual estaban recluidos Giacomo y Bernardo, se presentaron de negro y encapuchados, con velas en la mano largas e iluminadas, los Hermanos de la buena muerte para darnos consuelo. Al alba en las capillas de las respectivas prisiones escuchamos la misa y nos comunicamos. Giacomo ya desde hace algunos días había hecho una nueva petición al Papa en la que exoneraba a Bernardo y pedía que se le devolviera la vida.

El palco de la ejecución se había erigido la esquina frente al Castillo de San Arcangelo. Las condenas serían seguidas de diferentes maneras de acuerdo al grado de responsabilidad y sexo. *In extremis* llegó una provisión de clemencia para Bernardo. La clemencia peluda y cruel del papa Clemente salvaba la vida de mi hermano pero lo condenaba en perpetuo a trabajos sobre galeras y le imponía asistir al palco de nuestras ejecuciones.

Después de la misa, nos pusimos en camino a la horca. Giacomo y Bernardo en dos carros precedidos por dos filas de encapuchados y una compañía de soldados. Giacomo procedía así, delante a los ojos de Bernardo, venía entre tanto horriblemente torturado: los

verdugos, con tenazas al rojo vivo, le desgarraban trozos de carne del pecho y la espalda. Él, mostraba una extraordinaria fuerza y fortaleza, no emitió ningún sonido. Lucrezia y yo envueltas en negros manteles, hicimos un recorrido diferentes. Una inmensa multitud se esparcía alrededor de la turba, blasfemaba fuertemente contra Clemente y los jueces y arrojaba flores sobre nosotros.

Las procesiones llegaron casi al mismo tiempo a la plaza donde se erigía el palco. A Bernardo lo hicieron subir, quedando en corto para ver de cerca a sus hermanos en agonía como había estado benignamente decidido. Después de él, tambaleándose, su cuerpo desgarrado por laceraciones y quemaduras horribles, fue empujado hacia arriba Giacomo que todavía no hacía ruido soportando con increíble fuerza el brutal tormento. Él, dócilmente puso la cabeza en el tajo. Con un poderoso golpe del martillo el verdugo le machacó el cráneo haciendo salpicar sangre y cerebro sobre el palco y hasta las primeras filas. Con una cuchilla de carnicero descuartizó el cuerpo y colgó las piezas de los ganchos.

Luego, más muerta que viva, Lucrezia fue arrastrada sobre el palco. Delante al tajo, se desmayó, así que no tuvo consciencia cuando hacha le cortó la cabeza.

Yo subí erecta las escaleras, en el palco devolví una pálida sonrisa al saludo del pobre Bernardo que sollozaba. Me llegaron los suspiros y llantos de la multitud. Alcé los ojos al cielo, en lo íntimo interrogaba a la inescrutable justicia divina, reconocía mi culpa, pero todavía me sentía una víctima de un delito no menor.

Puse la cabeza en el tajo, el verdugo me agarró del pelo, lo retorció a un lado y dejó al descubierto el cuello. Sentí el silbido de la cuchilla y el grito de horror que se elevó de la multitud. Entonces mi cabeza rodó goteando sangre. El verdugo la cogió por el pelo, la levantó ensangrentada y la mostró a la muchedumbre, luego la arrojó a un cesto.

Se hizo justicia.

Beatriz, como poseída, corriendo de aquí para allá sobre el puente, agita los brazos se cubre la cabeza entre las manos, el negro mantel le cuelga pesante como las alas de un murciélago.

Luego se estrella.

A veces el cielo abandona a los infelices a un destino de error y sufrimiento y solo les queda deambular y sufrir, otros aprenden el camino correcto. Vine al mundo para cumplir esta misión, para impartir esta enseñanza, para dejar una señal, una señal...

Con un rápido gesto, afloja la cinta que le envuelve el cuello dejando al descubierto una profunda y rojiza cicatriz.

Telón.

POR LA CARA NO DIRÍAS

LUCIANA LUPPI

Por la cara no dirías...

Todo comenzó hace varios años, en los días de mi adolescencia.

Comenzó con una sensación de ligera sorpresa que se intensificó gradualmente, un verdadero asombro que desembocó, muy pronto, en un sentido de rabia impotente.

Al parecer, las razones fueron inútiles, triviales; alguno podría haberse sorprendido por mi reacción exagerada, pero, en la reflexión, y sobre todo sólo a largo plazo, la situación pudo manifestarse en toda su trágica realidad.

Cuando tuve que expresar emociones o sentimientos negativos o positivos, ahí estaban, aquí se encontraba el conflicto.

“¿Estás feliz con el regalo?” me preguntaba mi padre con una cierta ansiedad.

“Oh, sí, mucho!”, le contestaba con entusiasmo.

“Con una cara que no dirías”, replicaba él con cierto aire de reproche.

“Oirás mi ausencia?”, me preguntaba la abuela, cuando partía a una estancia, a los baños.

“Naturalmente!”, exclamaba, subrayando con el tono la inutilidad de la pregunta. “Con una cara que no dirías”, ella respondía con una sombra de lamento.

“¿Te ha gustado hacer el amor conmigo?”, me preguntó años después mi novia.

“¡Otro que!”, respondía, tratando de convencerla.

“Extraño, por la cara no dirías”.

Se había convertido en una obsesión! ...

– ¿Te gusta?

–Sí.

– Por la cara no dirías... ¿Te molesta?

- No.
- Por la cara no dirías.
- ¿Estás enojado?
- Sí.
- Por la cara no dirías. ¿Estás tranquilo?
- No.
- Por la cara no dirías.

Era una constante, una especie de pesadilla a ojos abiertos que había terminado por limitarme, o igual condicionarme, en todas mis manifestaciones emotivas, psíquicas y hasta físicas. Empecé corriendo delante de un espejo, cada vez me surgía una emoción para cerciorarme VISUALMENTE de la manifestación de los cambios somáticos consecuente al estado de ánimo del momento, pero debo admitir, en honor de la verdad, que no lograba notar en mi cara el más mínimo cambio.

“Es posible”, pensaba “que debería permanecer así indiferente, ¿a pesar del paso de mis emociones?!”

El espejo se había convertido en mi segunda obsesión. La primera fue la cara. Había llegado al punto de traer siempre uno, para ponérmelo delante cada vez que me invadía la alegría, la ira, la tristeza o un estremecimiento amoroso.

Apenas asaltado por el estado de ánimo incluso antes de tener tiempo para manifestarlo al amigo o enemigo, he allí ante mí, EL ESPEJO DE LA VERDAD, en toda su despiadada indiferencia.

¡Nada! No expresaba nada. La cara era siempre la misma monótona, aburrida, ¡insostenible! Y todos continuaban, como una tormenta, con la misma acostumbrada frase: “Por la cara no dirías”.

Debería ser diferente –pensaba, torturándome–. ¡De hecho, yo debo absolutamente ser diferente!

Pero luego, poco después, me di cuenta que no se trataba de “ser”, sino de “parecer”. Yo gozaba, sufría, me agitaba, me enfurecía, me entusiasmaba, me atormentaba, me entristecía, me complacía, amenazaba, suplicaba... pero en mi cara, en esta, mi extraña maldita cara no aparecía nada, absolutamente nada.

Comencé a sentirme en profunda desarmonía con mi auténtico modo de ser; no estaba en grado de reconocermelo delante al espejo y así terminé por sufrir una sensación de no existencia. Pensando en los grandes divos de cine, que expresan todo con una mirada, mi

inexpresividad me apareció como una miserable laguna. “Tengo que hacer algo”, pensé que podría ir a un cirujano plástico y someterme a alguna cirugía menor, a fin de hacerme más expresivo. Qué se yo... alargarme los ojos, por ejemplo a fin de que pierdan un poco este aire de lechuza y se vuelvan más risueños... Pero también todo el tiempo, sin ninguna razón, no es tan adecuado, eso sin contar que podrían confundirme con un superficial o por un retrasado.

¿Y si me hiciera alargar la boca?... Tal vez con una boca más ancha podría... Pero ¿qué podría hacer más allá de muecas?... Bueno, como en aquél espectáculo japonés que había visto hace tiempo: ¡ellos sí que eran actores expresivos!... Tal vez un poco exagerados... de hecho, en mi caso, es sólo el exceso el que puede sacudir mi cara petrificada... Pero sí, por qué no, podría hacer cualquier mueca al azar, cada vez que sienta una emoción... no, definitivamente no, si me perdonas el juego de palabras EN CASO, no es propia mente EL CASO. Es insensato, por no decir demencial. Las muecas, eventualmente deberían ser dirigidas; por ejemplo, en un momento de alegría, podrías despalancar la boca y mover la lengua... Pero no, no, no, qué cosa estoy diciendo, ¡esto es obsceno!

Pero cuando estoy deprimido, melancólico o decepcionado podría tirar abajo las comisuras de la boca. Por lo general, se dice así: “Estaba triste, tenía dos pliegues amargos en las comisuras de la boca”... y ya, ¿pero estoy seguro que así lograría expresar amargura y no una sensación de asco?

¿Y si me retocara la nariz?... Tal vez con una nariz, por así decirlo, más ligera, podría adquirir movilidad expresiva.

¡¿Y si después no fuera así?!... ¡Con la nariz no se juega! ¡¿Si luego me encontrara con una naricita estúpida, insignificante, ridícula, sin haber resuelto con ella mi problema ?!

Finalmente, llegué a descartar la idea del cirujano plástico.

Sucedió entonces que el espejo, ante todo inseparable e indispensable mobiliario de mi atormentada existencia, se convirtió en mi peor enemigo.

Lo que tenía en el bolsillo alguna vez, sin pensarlo dos veces, terminó en un contenedor de la inmundicia.

Pero sí, lo sabía también que si se rompía, no habría problemas durante muchos años, pero no me importa!... Yo ya estaba en problemas y tenía serios problemas y sin solución.

Yo había llegado a deshacerme de todos los espejos de la casa y los que no podía llevar conmigo, los había cubierto de mantos negros. Mi imagen no debía aparecer ante mí, ni siquiera por error.

En esta situación pantanosa, mi madre estaba literalmente sorprendida, mi padre, algo sorprendido y la abuela había decidido permanecer por completo en los baños, hasta que esta agonía de los espejos terminara.

Traté de ser razonable, traté de verlo con más objetividad. Trataba de desdramatizar, mi padre sacudía enérgicamente la cabeza semicalva, como si fuera la melena de un león.

“Tienes una cara muy interesante, muy inusual”. Le hacia eco mi madre. “Eres un muchacho guapo, te lo aseguro yo” –me escribía entre el lodo y mientras regaba–.

“No tienes nada de que quejarte”. Replicaba mi novia “No hay nada en absoluto. Eres perfecto en tu indescifrabilidad”.

¡Exactamente! Ellos no entienden nada, no se trata de vanidad y mucho menos de un capricho. Todavía una vez, mis exigencias y mis sentimientos no eran reconocidos.

Me sentía ineludiblemente incomprendido porque inevitablemente, mi madre, durante los baños burbujeantes, cremas antiarrugas, antiarrugillas y antiarrugones, las lociones purificantes, máscaras estimulantes, masajes relajantes y caros vigorizantes, la peinadura, la lacadura, la vestimenta, el maquillaje, la enfelizardura, había una necesidad de regresar al día de una espejeada. Cada vez oculta de un ataque histérico, con relativo llanto final y manto seguido: por lo cual fui constreñido a dejar la casa paterna e írme a vivir por mi cuenta. Mi cabaña no era mucho más grande que un compartimento de tren, pero lograba reunir todo lo necesario para mi vida desorientada, incluyendo algunas pinturas, rigurosamente sin vidrio, una pantalla de material opaco, las fotos de mis celebridades favoritas, los que, por así decirlo, dicen todo con una mirada ... y absolutamente nada de espejos.

Así me sentía finalmente feliz, o mejor, más tranquilo, no había peligro de que de alguna manera me viera. Ya que incluso me era insoportable el reflejo en el cristal de la ventana, cuando caía la noche, quité su transparencia pintándola de varios colores.

“Podías poner las cortinas pesadas” –susurraba mi novia–. “Al menos durante el día, podrían hacerse a un lado y un poco de luz habría entrado en esta casa de locos!”.

Por supuesto, terminó por no venir a verme más... porque yo podría haber ido con ella solo previa cobertura de espejos o similares, cosa a la que ella se rebelaba vistosamente al grado de no vernos nunca más.

Hasta que un día leí dos líneas en negritas, en una revista de salud: “El miedo de reconocerse, dos puntos, dismorfofobia, coma enfermedad descubierta en el lejano 1886 y hasta ayer casi desconocida”.

¡¿Quieres ver lo que es mi caso?! Pensé y, al mismo tiempo, mi mirada se posó sobre un número de teléfono. Yo estaba perplejo por un momento y luego, impulsado principalmente por la curiosidad, marqué el número.

Contestó una voz de cordero, a la cual me ha costado mucho trabajo reconocer el sexo. “Esperemos que no sea el analista” –pensé–. “Si debiera rehacerme preguntas con esta voz, se me paralizarían las cuerdas vocales!”.

Afortunadamente era la secretaria que se adelantó a pasarme el profesor. Advertí rápido su tono lacónico, todavía expuse mi caso a detalle. Hubo un momento de silencio y luego, como una pesadilla persistente, de acoso, intolerable, la misma frase habitual: “Es extraño, por la voz no lo dirías”.

¡No! ¡Definitivamente no! ¡Yo no habría iniciado ningún tratamiento! ¿Por qué terapia?... ¿Terapia de qué?! ... no quiero mirar mi cara, ni ahora, ni nunca, ¿que es tan raro o anormal?... Algunas personas les gusta a otras no les gusta. Hay quienes no se cansan de mirarse y remirarse y aquellos que no quieren mirarse en lo absoluto o que aborrecen a los espejos... pertenezco a éstos últimos y ya.

Sin embargo, el periódico, ya aburrido en sí mismo, me presentaba en toda su molestia, a causa de esa masa inculta de personas que tienen el hábito execrable de meter las narices en los asuntos de otras personas.

“Pero usted no ha visto, tiene un bigote de bigotes en la barbilla ...”

“Mira, tienes un grano en la nariz ...”

“Pero usted ha visto, tiene los ojos hinchados, esta mañana ...”

“Mira, tienes una mancha de grasa, justo en el nudo de la corbata ...”

“Pero usted no ha visto... mira... pero no has visto... mira ... pero no se... pero... pero...”. ¡Una pesadilla! ¡Todos pretendían, contra mi voluntad que yo me viera a cualquier costo!

Hasta que un día, un inolvidable día, alguien, después de haberme barrido de pies a cabeza me dijo: “Mira, tienes la clásica cara inexpresiva de un señor inglés”.

No sé por qué, pero esto me dio de inmediato una comodidad vaga. No sólo eso, sino que unos días más tarde, pensándolo bien, el aspecto extranjero al que fui comparado, se volvió a mí, de repente, muy interesante respecto mis confrontaciones y me sentí incluso fascinado. Tal vez me engaño. No sé, pero fue así que comenzó a no disgustarme la idea de mi aparente imperturbabilidad. La idea de superponer las emociones, los sentimientos encontrados, de encarar los miedos de los conflictos, es decir que todo esto no se filtrara mínimamente en mi cara, pero que quedara secretamente custodiado dentro de mi como en un ataúd. Eso comenzó a despertar en mí un cierto orgullo, para este modo de ser específico, que se hizo positivo y esto no era, ni bueno ni malo, ni conveniente ni inconveniente. Fue sólo un hecho. Esto fue finalmente mi identidad, mi peculiaridad y no era de las peores.

Mirando hacia atrás en una determinada categoría de personas que expresan no sólo con los ojos, sino también con la boca, la nariz, e incluso con los oídos, no podía dejar de evaluar esta manera plebeya de ser y me encontré con que mi ecuanimidad por el estilo de *lord Inglés*, tal y como me habían señalado, no era tan detestable, de hecho, tenía sin duda su encanto y su lado aristocrático.

Así fue que empecé a vestirme al estilo inglés. Fui encontrar tiendas especiales que se ocupan de la ropa “hecha en Inglaterra” y, desde entonces, se convirtieron en mis proveedores exclusivos.

“Guau, eres tan inteligente!” –dije– “Inglés de pies a cabeza! Es para ti solamente... este ajuar corresponde a mi cara.”

Durante varias semanas he tratado de verme a través de las expresiones de satisfacción de los demás y me contenté con sus felicitaciones; pero con el tiempo, surgió en mí la antigua necesidad de verme reflejado en un espejo, con el fin de tener una aprobación general, una confirmación que me hinchaba de un placer inusual.

Tímidamente, traté de mirar a través de una ventana: en un primer momento de forma encubierta, a continuación, con una cierta “despreocupación”, siempre y cuando me quedaba clavado delante, asombrado de mi increíble transformación. Tuve, por primera vez en mi vida, una sensación incómoda que no me dejaba ver, pero, por lo que delicado de sentir que no podía creer lo que veía, por lo

que me gustaría seguir mirándome, un aire relajado que me llevaba a tener una confirmación constante de esa imagen de mí, donde finalmente me reconocía.

He comprado un sombrero de copa, un accesorio para la ropa y el Inglés, aunque no lo crean, finalmente fue en busca de un espejo que reflejara por completo mi figura. Por primera vez en mucho tiempo, tuve el placer de verme a mí, mirarme y reconocirme en mi verdadera singularidad. Que finalmente fue, con mi identidad: Estilo Inglés perfecto ... “aplomo” intachable... sobria elegancia ... expresión inexplicable.

Por primera vez no pude dejar de llevar puesto ese *cilindro* en cada oportunidad. Por supuesto que tenía que soportar bastantes rumores; para la gente que era un extraño individuo que pasó de las fobias a los delirios, con la mayor indiferencia. Pero su abuela, que ya había regresado de forma permanente desde el spa, donde se habían regado de pies a cabeza, se mostró entusiasmada con mi *glamour* y mi nuevo *look* y quería hacer una serie de fotos con sus mejores ropas y con la sus nuevas prótesis que se muestran en las sonrisas monstruosas, al lado de mi figura excéntrica, elegante y encopetada. Hasta que llegó el día en que mi identidad se mostró tan clara, en mi opinión, que el cilindro se convirtió en superfluo y así me di por vencido. Pero la gente, inconsciente e ignorante, continuó comentando de mí: “Antes de todo, él nunca deja de mirarse al espejo hasta el punto de tener uno, de forma permanente, en el bolsillo”... –murmuraban–. “Entonces, de repente, odiaba los espejos, hasta eliminarlos a todos... Luego me pareció loco el cilindro y esa cabeza de tubo ridícula ... y ahora, de repente, simplemente, ya que retiró el cilindro, ve la cara de indiferencia que le vino... ¿A quién hay que darle una palmada?”.

Una larga risotada, fuerte, tácita y secreta me inundó el alma... yo era del que estaban hablando, yo con mi individualidad. ¡¿Una bofetada?! ... ¿Y qué me importa ?!... Se dio una palmada..., pero es mi una cara única e irrepetible y no debe complacer a nadie, excepto a mí. Y me gusta. Finalmente me siento cómodo con esta cara: Esta cara que no expresa nada, o más bien, que expresa mi auto-control natural e irreductible.

Y ahora me siento en armonía, no tanto con lo que percibo, pero con el aspecto que tengo de acuerdo a un análisis final de lo que es: impasible, imperturbable hasta la impertinencia, tal vez insoportable, pero infalible en mi personal y solemne específico desprendimiento.

ADN DRAMAS VERTICALES 2015

DUSKA BISCONTI

Una viola suena entre el ruido mientras el escenario ilumina muy lentamente una maraña de hilos negros muy grandes. En lo profundo del escenario una mujer encerrada en una estructura hecha de figuras geométricas adheridas sobre su cuerpo, en la penumbra suena una viola. Lentamente la estructura comienza a caerse pedazos como si fuera devorada por una mariposa, permanece de espaldas tocando la viola entre el ruido. Entre el ruido emerge el texto. Luces aparecen lentamente durante el texto.

La antropóloga Ada Santi, famosa por sus estudios sobre la relación entre ciencia y chamanismo desapareció misteriosamente desde hace dos días. No se encuentra ningún rastro de ella. Las investigaciones de la policía comenzaron esta mañana cuando su amiga y colega que la esperaba para una reunión de profesores en la universidad, ha dado la alarma. Las investigaciones están en curso.

Luz sobre una bodega semi amueblada. Una mesa con silla. Diversas formas geométricas espacidas en el espacio y un cúmulo de hilos negros anudados. Una mujer habla fuera de escena y entra hablando por el teléfono:

¡Bah, estoy un poco preocupada, sí! Siempre deja dicho donde va... y no me parece que se haya escapado con un príncipe azul... estoy prácticamente segura porque el otro día precisamente se lamentaba de que... no... no había ninguno en el horizonte que yo sepa... Sí, vino la policía, a... buscado por donde quiera, también aquí en la bodega. Voy a revisar mejor... tal vez encuentro algo que sirva.. Tu madre se refugia mucho ahí abajo, completamente aislada, no prende el celular. Por eso me había dado sus llaves de casa. ¡Sí cuando nos encontramos para ir a cenar fuera ella está siempre ahí dentro! ¿Que qué hace? ¿No lo sabes? Estudia absurdas fórmulas mágicas que aprendió de una chamana siberiana. Últimamente se había enganchado de esto...

Nos marcamos después, tranquila... Lo sé, no es fácil estar tranquila al pendiente de la suerte de la madre cuando se vive en Australia... trata de estar bien, cuando tengas el vuelo házmelo saber.

Mira alrededor, coloca el celular sobre un rombo, febril busca entre las cartas sobre la mesa un sobre y con un mensaje y la lee de pie frenética.

Queridísima prima antes de irme para no echar a saco roto mi trabajo del último año, quiero dejarte este manuscrito. No lo he vaciado definitivamente en la computadora porque consideraba hacerlo más adelante. Pero he decidido irme ahora y empeñarme en vivir sin miedo. Te dejo la tarea de escribirlo si lo consideras oportuno.

Estoy segura que tu empeño y apertura, a pesar de nuestras discusiones sobre el concepto de cultura y ciencia te harán tomar la decisión justa. Es un estudio que he mantenido por más de un año y del cual en algún tiempo dudé en darlo a conocer.

Incluso tú que eres mi mejor amiga no sabes hasta donde he llegado. Después de haber leído varios documentos científicos sobre el ADN me interesé en la relación entre la memoria de las mujeres y el ADN mitocondrial. *(Deja de leer)*

—¿ADN mitocondrial? ¿Pero que es eso? Ah sí! Me había mencionado las coincidencias para verificar... en la estructura de la memoria me parece, pero cómo se relaciona con el ADN?

(Ve el manuscrito. Se sienta y lee)

El ADN es una secuencia de proteínas y aminoácidos del cual están hechos también los seres humanos. La humanidad actual descende de un único Adán, portador del cromosoma Y, y de una única Eva portadora del cromosoma X. Los dos cromosomas son abastecidos por el ADN mitocondrial. Esto consiste en elementos celulares que generan energía química, se trata de ex bacterias extraídas por las células animales. Analizando el ADN mitocondrial se logra leer todo lo que forma la memoria, es decir por las experiencias cruzadas por todos los seres humanos hasta nuestros días. Cuando el espermatozoide fecunda al óvulo pierde su mitocondrio.

El nuevo ser hereda por lo tanto la memoria, la cual en su mayor parte es del mitocondrio materno.

Coloca el escrito en la mesa.

—¿Pero qué cosa quieres decir? ¿Que la memoria está condicionada por las madres? ¡No entiendo nada... pero aquí hay una grabadora!

La enciende.

He hecho una investigación de campo en los momentos libres de la universidad entrevistando cien mujeres con una sola pregunta ¿Cuál es la primera frase que te viene en mente cuando piensas en tu madre? Los resultados desconcertantes puedes vivirlos en primera persona en este cuarto. Cada figura geométrica que ves alrededor está ligada a las escenas que al menos el sesenta por ciento de las entrevistadas ha vivido. Toma las figuras geométricas que encuentres. Comienza por el círculo y revivirás un pedazo de tu memoria que corresponde en la modalidad a aquella de miles y tal vez millones de mujeres. Lo que pruebes directamente al contacto con estas formas es debido a un tratamiento particular secreto que no te puedo revelar. No es tampoco un secreto y la chamanas lo saben, que las figuras geométricas no sólo son formas, sino también símbolos vivientes. Cada símbolo, cada figura, es una especie de circuito electrónico estampado y tiene un potencial preciso, energético que la coloca en el tiempo y en el espacio y por lo tanto puede sufrir variaciones espaciales y temporales.

Horrorizada deja la grabadora y regresa a la carta.

¡Como lo sabes soy un poco bruja y también chamana! No me busques, he hecho mi salto personal más allá del miedo. Dile a mi familia que la quiero. Con afecto, Ada.

Deja la carta. Está confundida, asombrada.

—¡Oh Dios!.. ¡ha puesto en práctica la brujería que le ha enseñado la vieja chamana... no puedo creerlo!.. ¡Pero cómo pudo, una mente científica como la suya! (*retoma la lectura del manuscrito*).

Las memorias tienen una vaga forma geométrica y semejan en su estructura a aquella del ADN. Entre ellas (el ADN y las memorias de la vaga forma geométrica) están una suerte de anillos concatenados en

una secuencia que se despliega en intervalos regulares. Infancia-pu-
bertad-adolescencia-maternidad-madurez soldadas juntas en ritmos
regulares encadenados al pasar del tiempo. En cada pasaje se crean
nuevos deseos que construyen nuestra estructura del comportamien-
to. Pero estos deben adecuarse al exterior, a la sociedad. Y ninguno
más que las madres están predispuestas a ser su guardián.

Deja el manuscrito. Reflexiona.

¡Y ninguno más que las madres están predispuestas a ser su guar-
dián!... ¿Pero cómo es que se relaciona el ADN con la chamana? Tal vez
es sólo que enloqueció... no.. no puede ser... ¿Cómo dijo? ¡La carta
(busca la carta) no, no, está en la grabadora! (la enciende) toma en
mano las figuras geométricas que encuentra... comienza por el círculo
y te reencontrarás a vivir un pedazo de tu memoria (apaga)... ¿pero
dónde está el círculo? (Lo busca y lo encuentra. Cambian lucen en me-
dio el círculo encuentra una lámpara en pedazos, la recoge y se de-
tiene en el círculo, da la espalda al público y comienza a llorar suave)

Drama 1: El Círculo

*Sollozos de niña, un llanto desesperado ritmado por los sollozosos al-
ternados a un canto de nana con voz adulta. Luz concentrada sobre las
manos que recogen los pedazos de la lámpara.*

VOZ 1: ¡Oh! ¿Rota... rota porqué, mamá?... ¿por qué mamá?... mamá.
Por qué! (llanto inconsolable).

VOZ 2: Algún día las cosas se rompen...

VOZ 1: (llanto inconsolable).

VOZ 2: Ahora, lo arreglamos... mira.. ya está...

VOZ 1: (Feliz ha tomado la lámpara reparada. La estrecha fuerte y
se rompe de nuevo. Llanto inconsolable) ¿Por qué, mamá? ¿Por qué!
(esparce los pedazos).

VOZ 2: Arriba, no llores, compraremos otra más bonita que esta...
Arriba, mi chiquita... ya verás mamá te comprará una más bonita...

VOZ 1: No, no, yo quiero esta... esta es bonita...

VOZ 2: Hey, mira como es bonita... querida, querida... (le muestra
otra lámpara).

VOZ 1: *(Toma la lámpara),* querida, querida, ¡no, no no! Quiero la otra *(llanto)*.

VOZ 2: Chiquita mía, no llores... todas las cosas se rompen... todas...

VOZ 1: ¡Arregla! La mamá es buena, arregla todo...

voz 2: No todo... no todo.

voz 1: Mala... Mamá es mala *(llanto inconsolable) (ruido quedo)*.

voz 2: Duerme ahora... arriba... *(canta)* ninna oh, ninna oh, ¿esta niña a quien la doy, la doy? La dare al hombre negro que la tiene un año entero... *(mucho ruido lentamente.. Sale del círculo asustada)* es increíble, ¡es parecida a mi vieja lámpara rota! ¡No la recordaba desde hace años, no puedo creerlo! ¡Parece un juego, un estúpido juego de Luna Park! *(Se siente y se calma. Retoma a leer el manuscrito)*.

Todo esto se da según ritmos muy precisos estudiados por los científicos. El ritmo es fundamental para los seres vivos después del nacimiento: Despertar, nutrirse, sueño... etcétera... es tanto más importante para el ADN. Los elementos que lo componen, se mueven y crean nuevas combinaciones siguiendo ritmos para nosotros muy familiares como aquellos de las canciones de cuna y de las canciones infantiles. Tan es verdad que los científicos han demostrado que hay similitudes sorprendentes entre la estructura rítmica y melódica de la música occidental y la transcripción de los ritmos y melodías producidos por las sustancias contenidas en el ADN. Se trata de melodías simples y repetitivas que se recuerdan siempre las canciones infantiles y las de cuna de niños transmitidas sobretodo por las mujeres a sus hijos y a los niños con los que interactúan *(detiene la lectura y se para)*.

¿Pero qué es lo que me quieres hacer creer? Si me pongo a cantar “¡giro giro redondo cae el mundo , cae la tierra todo abajo por tierra!”.

Drama 2: El triángulo

Aparece lentamente una cruz.

VOZ DE UNA MONJA: Ve, lo digo yo que soy monja desde hace 40 años. Nosotros teníamos un solo Dios, lo recuerdan... ¡Sí! Aquél triángulo atrás de mí donde está el ojo dentro... ¿lo ven niños? Aquél es el ojo de Dios que los mira siempre... día y noche... sin parar nunca... y controla si ustedes pecan... el ojo de Dios ve y juzga quien hace bien y

quien hace mal... Nosotros de todas las razas que creemos en un solo Dios, tenemos disgusto por ciertas cosas Primero: ¡tocarse las partes íntimas! ¡Es pecado! Y Dios castiga a quien se toca después que se ha lavado cuando ha hecho pipí y sus necesidades. Sobre todo ustedes niñas, les encargo hagan como les digo: lávense rápido, rápido ¡no las miren por ningún motivo! Y luego digan un Ave María. Sólo así serán libres de la tentación del diablo que las lleva al infierno!.. *(pau-sa)*...Ustedes, niñas, no se deben tocar. También si quieren digan una Gloria y basta. Los muchachillos también, para los muchachitos basta con un Padre Nuestro. Nosotros, de todas las razas que tenemos un Dios solo, tenemos un disgusto por ciertas cosas: ¡recuérdenlo! *(Pau-sa. Respondiendo a alguien que le está preguntando algo)*.

Sí, el ojo de Dios los ve siempre, porque Dios nunca duerme, él no tampoco tiene necesidades... y por eso es que puede controlarnos a todos. Sobretudo a ustedes, niñas, estén atentas porque a ustedes el diablo las tienta de más... A los muchachitos menos... *(pausa)*.

¡Silencio! ¡Silencio! Digamos un Ave María mientras esperamos la recreación.

Comienza a recitar la oración y a la mitas suena una campana. Canta “giro, giro redondo”...

Las luces se bajan mientras ella continua cantando “giro, giro redondo, se cae el mundo, cae la tierra , ¡todos abajo por tierra!” Y mientras gira se reencuentra el rectángulo.

Drama 3: El rectángulo

(Toda la escena siguiente se desarrolla de espaldas mientras ella peina los largos cabellos de una niña imaginaria) la bella lavadora que lava los pañales para los pobrecitos de la ciudad... da un salto, da otro, hace la reverencia, hace la penitencia, mira arriba, mira abajo, dale un beso a quien quieras tú!

VOZ 1: Ay... me estiras el pelo

VOZ 2: Uh.. perdóname, amor...

VOZ 1: Mamá, ¿es verdad que soy tu princesa de cabellos rubios?

VOZ 2: Si amor, eres bellísima te hice con los ojos azules, y cabellos rubios, ¡eres una verdadera princesa!

VOZ 1: ¿Por qué las niñas que tienen los cabellos negros y los ojos negros no pueden ser princesas como yo?

VOZ 2: *(Ríe)* ¡qué pregunta! ¡Por qué los príncipes quieren solo las princesas rubias con los ojos azules!

VOZ 1: Yo cuando sea grande me casaré con el príncipe azul, ¿verdad mamá?

VOZ 2: Sí, querida, cierto...

VOZ 1: Yo no me casaré con un príncipe cualquiera, el mío será sólo azul, ¿verdad mamá?

VOZ 2: Sí amor...

VOZ 1: Tú no dices mentiras, ¿verdad mamá?

VOZ 2: Cierto que no, pero ¿por qué me haces estas preguntas?

VOZ 1: Martina me ha dicho que nada es verdad... que su mamá tenía los cabellos rubios y los ojos azules, una princesa y el papá la abandonó para ir a Tailandia... dice que tú dices mentiras...

VOZ 2: Qué idea! Tú debes creer a tu mamá, mi niña... no a las amiguitas envidiosas... *(silencio)* tu te casarás con el príncipe azul... tú debes creer lo que te dice tu mamá... ¡te lo digo yo! *(ríe)* debes creer... *(ríe de gusto, como una carcajada sádica)*.

(Las luces se bajan en la carcajada mientras tira el cepillo al suelo que ce en el trapecio. Hace por recogerlo pero comienza a cantar sin querer) Caballito gió, gió, gió, toma la avena que te doy *(busca salir del trapecio pero no puede)*.

Drama 4: El trapecio

Sonido de cajita musical de carrusel.

VOZ 1: Susana... ¡Susanaaaa, ven a casa es hora de regresar!

VOZ 2: ¿Ya? Todos los otros se quedan, ¿por qué debo de regresar sólo yo?

VOZ 1: Te digo que es hora de regresar a casa y basta...

VOZ 2: No, ¡quiero ir todavía en el caballito... ahora! Va todavía Tomás y luego Francisco y luego yo.

VOZ 1: No, tú no debes ir... no debes jugar con los hombres.

voz 2: Si no me dices por qué, ¡no bajo ni muerta!

voz 1: Ahora tienes tus tetitas y las debes conservarlas bellas, si vas sobre el caballito de los indios se te pueden chupar. Ya no puedes jugar con hombres. Anímate, camina, baja del caballito.

voz 2: ¡No, no, no, y no! No quiero! ¡Por qué no puedo jugar con los hombres! ¡Somos amigos!

voz 1: Debes estar con amiguitas...

voz 2: No quiero estar con la creída de Débora que se hace la cursi y delicada... Con las mujeres no se puede jugar a puñetazos, ¡uno se aburre de loco! Mira, mamá, así es la guardia de los boxeadores *(sigue)*... derecho... gancho... *(ruido muy fuerte de bofetada)*.

Silencio

voz 1: Ahora basta... ahora debes aprender a hacerte mirar las tetas... debes darte desear a los hombres, debes hacerte mirar las tetas, ¿has entendido? ¡Y ahora basta!

voz 2: Mamá, te odio... ¡te odio!

voz 1: Canta la canción de niños: El austriaco feliz en la cimas de los montes, cuando ve a un amigo lo saluda así alalalaia alialalaauiuu etc...

La luz se apaga de repente. Salta del trapecio y sale del encanto asustada, se sienta... está convulsionada.

—¿Cómo es posible que reviva las mismas cosas de la infancia?... ¡No puedo creerlo! ¡No es racional! Son situaciones que pertenecen a mi historia ... y que... ¿cómo ha dicho? *(busca frenética la carta)* no... no es aquí... ¡ah! La grabadora cierto, la grabadora ... *(la enciende)* “cada figura está ligada a las memorias que al menos el sesenta por ciento de las mujeres entrevistadas han vivido” *(apaga)* esto es: Otras mujeres han vivido como yo el asilo de la monja, la lámpara, las conveniencias de la preadolescencia en la misma modalidad que... *(toma la carta, la relee)* ah. Que tiene un post scriptum que no había visto: “me encontraré a revivir tu personal experiencia pero con la misma dinámica que han vivido millones de mujeres como tú...” *(deja la carta)* Es increíble!.. *(retoma el manuscrito. Lee caminando por la habitación)*. Cómo por el ADN

y su íntima estructura no sabemos cuántos códigos de comportamiento —que algunos llamamos dramas verticales en cuanto crean las grietas internas de las personas—... Se han usado por el instinto materno para proteger la vida de sus criaturas y en ocasiones son el resultado del condicionamiento externo.

Reflexiona caminando y tropieza con un abanico de repente y un pedazo de papel brillante dentro de un pentágono. No entra en el pentágono, lo evita cuidadosamente y toma el abanico con la carta. Todavía no pasa a la escena siguiente.

Drama 5: El pentágono

Con el abanico en la mano derecha y una carta en la izquierda. Canta una canción infantil mientras se mira en el espejo.

Apelle hijo de Apolo hizo una bola de piel de pollo, todos los peces vinieron a agallas para ver la bola de piel de pollo hecha por Apelle hijo de Apolo.

voz 1: *(Usando el abanico se convierte en una hija imaginaria)* Arriba, querida, déjame ver como estás... sonríe... debes sonreír de más... tú que eres una niña buena no debes tener miedo de nada... ahora salgo. Debo salir, jugaremos en otra ocasión. Juega con Tess... lo sé, debes fregar los platos pero entre un plato y otro... *(molesta)* tienes estos chocolatitos y cuando quieras los comes... Verás que no tendrás miedo... sé que serás buena y no tendrás miedo de estar sola.. no llorarás... Apelle hijo de Apolo... Mira un poco la TV y después vas a la cama... como niña buena... Hazme ver como comes, jarriba!

voz 2: *(Con la carta en murmula, come)* Sí, mamá.

voz 1: Entonces me voy *(cierra el abanico)*.

Come chocolatitos y vomita. A la tercera vez cambio de luces. Tiene una máscara neutra que deja la boca en primerísimo plano. La luz es solo sobre la máscara con gran énfasis en la boca.

Drama 6: El punto en el espacio

VOZ DE MUJER: Ponte algo, pónelo... estás toda escotada, ¿no ves? Recuerda que ya eres una mujer y puedes tener un hijo... no debes dar confianza a los hombres, ¡te pueden poner en cinta! Cúbrete y toma la píldora, así estarás más segura y evitarás sorpresas desagradables. Después, cuando decidas tener un hijo, de grande, entonces lo dejas así... ¡Ahora abotónate el útero! Veme a los ojos, grábatelo bien: si te embarazas, no debes regresar a casa, ¿entendido? ¿Te quieres arruinar la vida? ¿Eh? ¿Te quieres pasar los mejores años de tu vida amamantando a un niño, sin más, sin más qué hacer... quieres arruinarte ahora? Ve, dilo rápido si quieres arruinarte así la vida, sin gozarla un poco... así yo me preparo... me preparo a... *(se detiene, llora.)* te llevo al psicoanalista, te hago curar... te hago curar rápido, así no pienso más en cuanto sufriré si tu te embarazas. No debes creer todo lo que te digan los hombres.. ¿Has entendido? *(Llora.)*

Silencio. Vuelve a decir pedazos de todo lo que ha dicho. Hace ruidos con la boca. Lentamente. Cuando se ven solo los labios que se mueven sin hablar más, cambio de luces. Deja la máscara y canta.

Era un brillo bonito en un campo de lino la hormiga le pidió una hebra
larizumpalarillalero lari zumparalillalá...
Dijo el grillo qué quieres hacer...
camisa y zapatos me quiero casar
Larizumpalarillalero larizumparilallalla...
Dijo el grillo el esposo seré yo,
la hormiga dijo estoy contenta también yo...
Larizumpalarillalero... etc...

Junto a ella hay un frasco de vidrio lleno de botones. Lo toma y lo agita al ritmo de la cancioncilla y después lo cambia para la escena siguiente.

Drama 7. El octágono

Se vuelve menos intensa la luz pero no se quita completamente. Cambia posición, entra en el octágono continua a tocar otro ritmo frenético.

VOZ 1: (DE NIÑA): Así mamá... mira, cuando voy a la disco bailo así... después Federico me lleva en la plataforma y yo bailo para aquél que me ponga dinero en el bolsillo... *(ríe)* cuando me lo pone me pasa la mano sobre el seno... sobre las bragas... por donde quiera... qué fuerza... es muy fuerte...

VOZ 2: (DE ADULTA): Pero, tú, ¿vas a cotorrear con ellos?

VOZ 1: No, no voy a cotorrear con ellos... *(ríe)* me han dicho que a los once años no puedo todavía ir a cotorrear pero para tocárselo un poco estoy bastante grande *(ríe)* ¿qué dices, voy bien?

VOZ 2: Cierto, vas muy bien, eres fuerte... ve, ve... corrétealos, corrétealos a todos, demuestra lo bella que eres, ¡demuestra lo fuerte que eres y los correteas a todos! Demuéstrales que tu madre te ha hecho perfecta... que te ha hecho para hacerlos gozar... piensa que con tu culito los harás enloquecer... hazlos enloquecer y si los haces babear, les debes hacer temblar las manos de ganas... cuando toman el dinero para tocar-te como si estuvieras ahí para hacerles una gracia. ¡La virgen del sexo! Ve, ve, hija mía, ve. ¡Ve! *(continúa sonando los botones mientras que llega a la mesa. Coloca el frasco en ella y lo observa silencioso. Lloro. Se sienta y vuelve a leer el manuscrito, visiblemente angustiada).*

“Lo que sorprende, buscando en la memoria de cualquier mujer es la repetición del mismo mensaje: el instinto de expansión, unido a la alegría, al amor, a la creación, va absolutamente controlado, si no cancelado por la propia memoria. Todo esto en total contraposición a la modalidad de expansión e inclusión característica del ADN. Todas las geometrías creadas por el deseo y por la apertura hacia el mundo que se crean espontáneamente en una persona están perdidas”.

(Pasa el manuscrito, silencio, se alza de repente). Yo me voy de aquí... ¡parece que voy a enloquecer! ¿Dónde está el teléfono? *(lo busca desesperada)* ¡Debo irme! ¡Ah! Aquí está... pero está en un rombo! *(asustada mira el rombo y el teléfono)* ¡Calma! Debo estar tranquila y razonar. Ok, sí, ¡el rombo está compuesto por dos triángulos! Que se dividen en la misma base... La misma base... ¡Pero claro! ¡Mi primer amor!

Drama 8: El rombo

Ella al celular.

voz 1: Oh, Romeo, oh, Romeo, ¿por qué eres tú, Romeo? Reniega tu padre y rechaza tu nombre... o si no quieres, sé sólo mi amor por juramento, y yo no seré más una Capuleto. Solamente tu nombre es mi enemigo, tú eres siempre tú mismo, también sin ser un Montesco. ¿Qué significa Montesco? Nada, ni una mano, ni un pie, ni un brazo, ni la cara ni otra parte del cuerpo humano. No jures por la Luna, la inconstante luna que cada mes cambia en su esfera, por temor a que tu amor se vuelva inconstante a aquél modo... ve, no jures... no jures en absoluto...

¡Qué bello! ¡Cuánto se amaban Romeo y Julieta! También nosotros, como ellos, estamos ligados por la eternidad... tú me amarás por siempre verdad? Nosotros dos nos amaremos por siempre en amor absoluto, porque ninguno nos obliga a estar juntos... ¿No es así? Sí, cierto, solo tus ojos me han obligado a amarte... Nosotros nos hemos escogido, ningún padre nos obliga a unirnos o a separarnos... por eso nos quedaremos juntos. Sí, mi amor por ti no tiene límites ni sombras.

Absolutamente. Absolutamente. Nosotros caminaremos mano a mano por toda la vida... vamos, ¡caminemos juntos en la vida! *(Canta)* Oh... mamá, mamá, mamá, sabes que tengo, me late el corazón, me gusta un muchacho guapo, me gusta un muchacho guapo, oh mamá... estoy enamorada... lo vi en el rancho grande, lo he visto en rancho grande, mamá estoy enamorada. Es guapo y me comprende, es guapo y me comprende... oh mamá, enamorada estoy...

(cantaleando se encuentra cerca a una cuerda negra larguísima con muchos nudos. La lanzará hacia arriba entre las manos y concluye la escena).

voz 1: No lo haré nunca, nunca... seguramente moriré, no puedo salir, no saldrá y morirá... ahora cuento: uno, dos, tres, respiro... inhalo, exhalo, no, debo exhalar. ¡¡¡Ahia!! No me acuerdo, no me acuerdo, debo inhalar o exhalar... Ok, me relajo... es una palabra, ¡relajados! Se las pongo fácil... ¡relájate! Ayuda... ayuda *(silencio)*, ninguno me puede ayudar... estoy sola... nadie puede hacer nada por mí.. ¡Odio! Pero por qué no le pedido la epidural... tanto no cam-

biaba mucho.. ¡de hecho! No, ¡no! He hecho bien... ¿Sabes qué te digo? ¡Este dolor... es casi soportable y además dan a luz todas las mujeres del mundo! También las antipáticas, esas odiosas, las monjas, las creídas, ¡luego dan a luz tanto!

¡Todas lo han hecho!... lo haré entre tanto pujo: uno, dos... ¿ahí no debo pujar? ¡Pero si en todas las películas ellas siempre pujan!

¿Entonces? ¿No es verdad? Está bien si termino de aclarar. Así, buena... buena... respiro y masajeo... así... así... así es, ¿aprendo? ¡Mamá que bonito!

¿Y si después no se abre? ¡Sí, sí! Me relajo... ah... ¿no basta? Canto una canción de niños: la gallina bajo el muro come el grano que es maduro en la calle Dulces 23... Odio.. ¿y si no basta? Sí, está bien, la meto toda... ahora debo empujar (*vuelve a cantar*) atrapa acá, atrapa allá... Está bien. Sí, sí empujo... uno, dos, tres... ¿ves la cabeza? ¡Increíble, se ve la cabeza! Sí, empujo como en las películas... ¿se ha visto el rostro? Odio, que cosa increíble... ¿pero tiene nariz? ¿Sí está todo bien verdad? No, porque he tenido un miedo que no tenía... está bien, no digo tonterías y empujo... ¿está fuera en el estómago? ¡Eh... un momento! Cierto, si no lo hago se sofoca... Ahora empujo ¿Me concentro rápido?... ¡No, no la quiero sofocar así de pequeña! Hay tiempo para esto... Entonces empujo... ¿salió? ¿Ya está en la panza? Verdaderamente, no me di cuenta... ¡Eh! ¿Pero quién es este tipo pelado con los ojos verdes en mi panza?... ¡no será una niña! ¡Ah ya, nacen sin cabellos luego porque me parecía un hombre! ¿Y Ahora? ¿Qué hago? (*toma a la niña en brazos y canta una canción de cuna: la gallina bajo el muro come el grano que es maduro... atrapa acá, atrapa allá...*)

Ruido. Luz lentamente sobre la mesa. Va directamente a leer el manuscrito.

Este mecanismo parece estar metido en modo de impedir un movimiento o tal vez un exceso, pero de cual exceso se trate no sabemos. Si todo esto fuera verdad no sorprende el hecho de que esta memoria se encuentre en el ADN de quien tendría probablemente el poder y la fuerza de separar estas cadenas.

Ruido. Silencio. Rumor de cadenas, en luz un a maraña de hilos negros con muchos nudos. Una de las marañas tiene la forma parecida a una

espiral del ADN. Toma la espiral mientras recita la escena siguiente y la sostiene entre las manos.

Drama 10: Espacio y tiempo: la espiral

voz 1: Es aquí, hija, tú te vuelves mujer y yo vieja... la línea curva que es el modo y pasa sobre la línea del horizonte, crea el tiempo, la espiral. *(Toma dos hilos de la maraña y comienza a tejerlos como dos espirales de ADN y después lo deshace rítmicamente.)* Ahora yo soy libre de olvidar todo lo que me ha estado enseñando en el nombre de la sobrevivencia. Comprímida la frase que me ha llevado a la vieja, “mejor el miedo que conozco que la libertad que no he ensayado nunca”.

Mamá, ahora te restituyo todo, pago el precio de estar en el mundo. Así, mamá, te restituyo esto que me has dado. *(Empuña las hélices del ADN y las rompe, las tira alrededor como para diseñar una espiral.)* Para saciar tu hambre caníbal y devolverte lo que has tenido que cortarte para hacerme crecer. ¡Aquí, mamá! ¡Mamá! Restituyo al cielo las bellísimas esperanzas que he debido arrancar a las estrellas para vivir, para que así las estrellas se vuelvan guías de otros. Cuando logre restituirte todo, tu vida se habrá terminado. Enterrada bajo miles y miles de cosas —objetos que te han pasado por las manos, los cabellos, los abanicos, las lámparas, los botones de los vestidos—. Todos los testimonios mudos que han tocado la misma música desde cuando no te llamabas más Eva, Esrie, Juno, Ceres, Hécate, Equidona, Gorgona, Diana, Minerva, Ariadna, Aracne, Penélope, Dafne, Ishtar, Mnemosine, Empusa, Ninhasgarg, Tiamat... He aquí, mamá, te restituyo todas las forma de la vida que has atravesado el triángulo y el círculo, el rombo y el octágono, el pentágono y el trapecio, el rectángulo... y el punto en el espacio que te servirá para diseñar una lámpara toda nueva. Una lámpara que no te hará llorar más. *(Va hacia el centro toma una viola y comienza a tocar, mientras se van apagando lento las luces hasta el ruido. En el ruido suena el teléfono y siempre al ruido responde.)* ¿Sí? ¿Entonces? Llegas mañana a las 16:00 está bien, te voy a encontrar. No se sabe nada no... pero estoy buscando entre sus cartas un rastro, algo que explique, quizá... Bah, tal vez sí.. tal vez lo encuentre... Hablamos en cuanto llegues...

Fin.

HAMMAMET

MASSIMILIANO PERROTTA

ASESORÍA HISTÓRICA DE MATTIA FELTRI

La parte difícil no es montar el tigre,
sino bajar sin hacerse daño.

Bettino Craxi

Personajes:

Bettino Craxi

Yo narrador

La obra hizo su debut en Roma el 25 de noviembre de 2008, dirigida por el autor y protagonizada por Roberto Piense y Emanuele Carboni. Sesentañero, alto, corpulento, enfermo, Craxi se sienta sobre un sillón de estilo árabe y viste una chaqueta de safari. Al lado del sillón está una mesa pequeña sobre la cual hay una jarra, un vaso, algunos libros, algunos apuntes, manuscritos, una pluma, un teléfono, un a computadora portátil y numerosos audiocassettes. En algún lugar de una ventana, en la parte inferior de una puerta. Colgado en la pared de la bandera roja del Partido Socialista Italiano. Es una noche de 1999.

YO NARRADOR: Dejar de reír. Dejar de reír, por favor. Hay un tiempo para reír y hay un tiempo para pensar, hay un tiempo para la ira y un tiempo para la compasión.

Craxi está sosteniendo el auricular del teléfono.

CRAXI: No, no ... *(pausa)* no, ¿Con qué te vas a engañar: se acabó, se acabó ya. De hecho, es el momento de sacar un balance, un balance objetivo... *(pausa)* de la política y de todo *(pausa)* No, mira, comienzo a registrarlo de inmediato, ahora mismo y mañana te lo mando.

Lo haré transcribir y mañana por la mañana te lo mando: pónlo, servirá para después (pausa) para después. (Pausa) Sí, sí, cierto, me cuido. De todas formas mañana te mando todo. (Pausa) Te dejo, nos hablamos mañana, buenas noches.

Craxi presiona una tecla del teléfono.

Por hoy basta de llamadas!

YO NARRADOR: Este hombre que una vez fue poderoso: durante años secretario del Partido Socialista, respetado presidente del gobierno... adulado y confrontado, fue arrancado de los pasillos del poder, fugitivo y perseguido...

Honor a los vencidos, Bettino!

Craxi tiene en la mano la computadora portátil que recién encendió

CRAXI: No, eso no es lo que quiero: me queda bastante lucidez para entender que es tiempo de deponer las armas, de entregarme a mi destino y probar a hacer un balance objetivo. Ahora que la venganza me ha excluido, ahora que me voy a tomar la molestia, quiero tratar de hablarles sin rencor, con serenidad... (pausa) con toda la tranquilidad ya que mi condición me lo permite.

Durante mucho tiempo albergué sentimientos de venganza: la batalla para sentirme todavía yo... Ahora basta, ahora me dirijo a todos, no más y no sólo a los pocos fieles compañeros, a os italianos todos en particular a los que vienen después.

Craxi colocar la grabadora en la pequeña mesa y continúa a dictar.

Yo hablo desde lejos, desde esta villa en Hammamet que para mí representaba el lugar de la evasión, y que desde hace seis años ha sido mi lugar de reclusión. Reclusión cómoda, cierto, más cómoda que cualquier prisión italiana pero... no, dejemos de mencionar los puntos más controversiales: considérenme un fugitivo si lo desean. Aquél que arde es otro y no tiene nombre y no ha sido tanto.

No es la soledad lo que pesa. La soledad es la condición natural del político: porque debe desconfiar por profesión, porque siempre

debe calcular las palabras a fin de que ninguno haga un uso distorsionado de ellas, porque en el momento dramático de la decisión se está siempre solo con sí mismo. Aquello que arde es la mirada de quien te tenía admiración y ahora se esfuerza para ocultar la pena.

Lo que arde son ciertos excesos de inhumanidad, de furia sin rumbo. Espero de no haber tratado a ninguno como me han tratado a mi, me avergonzaría.

Lo que arde es el arrepentimiento de lo inacabado, el ver deshecho todo lo que con esfuerzo había edificado, ver aniquilado el partido por el cual me gasté la vida.

Lo que irrita es pagar que pocos pagaran las culpas que eran de tantos. Nosotros la clase dirigente, en el bien y el mal, éramos el espejo del país: un espejo que lo redujeron a pedazos. *(Pausa)* Ahora esos añicos soy yo.

YO NARRADOR: El 17 de febrero de 1992 fue detenido en Milán por cargos de extorsión, el administrador público Mario Chiesa, socialista. Es el principio del fin de la llamada Primera República, el gobierno de cincuenta años de democristianos y sus aliados más pequeños, socialistas, socialdemócratas, republicanos, liberales. En los meses siguientes los principales representantes de los partidos de gobierno son objeto de investigación: algunos corrupción, otros por extorsión, algunos por financiamiento ilícito a partidos... La opinión pública se puso del lado de los jueces: El destino de una clase dirigente entera fue trazado.

CRAXI: Odio, odio, odio y después todavía odio. Esos fueron los años de odio y el exceso. Me sentí sobre la ola del odio, la ola de furia sin terraplén. La euforia reinaba en las calles, en los bares, en los hogares. Nunca se había visto en Italia una ola de violencia verbal tan vehemente, tan amenazadora, tan unánime. Los profesionales de linchamiento en la prensa se desencadenaron: varios periodistas se transformaron en los comisarios del pueblo y construyeron procesos precipitados unidireccionales. Cientos y cientos de reputaciones fueron arrojadas por la trituradora, así, con unos pocos trazos de una pluma. Incendiario, alborotadores, intrigantes de todo tipo se prestaron a fomentar el odio social. Se favoreció la criminalización indiscriminada de la entera clase política del gobierno: una cacería de brujas de inconfundible marca totalitaria. Pronto a ninguno le interesó quien fuera culpable o quien

inocente, nos volvimos todos culpables de estar en el poder. Los poderosos que usualmente cometían acoso, esta vez lo sufrieron. Se fanfarroneó una presunta revolución moral por la vía jurídica. Se estableció el principio democrático de que la palabra de cualquier representante del ministerio público fuera prejudicialmente más atendida que la de cualquier político elegido democráticamente. Algunos jueces se transformaron en los sheriffs, exigiendo y dictando al Parlamento sus propias leyes. Se desencadenaron perversas guerras fratricidas: no pocos trataron de aprovecharse de las dificultades de los amigos más cercanos para tomar su lugar ... odio, odio, odio y después más odio.

YO NARRADOR: Bettino Craxi, en algunos discursos apasionados frente al Parlamento, defendió las razones de la clase política gobernante y acusó a los partidos de la oposición de hipocresía: ellos también habían recurrido a fondos ilícitos. Craxi se somete a varias demandas de la plaza, y se sustrae al proceso yéndose a Turquía.

Las elecciones de 1994 consagran el colapso de democristianos y socialistas, la derrota de la coalición de izquierda y de la inesperada victoria de Silvio Berlusconi, comienza la segunda república.

Estos, en gran síntesis, son los hechos de la historia. Pero aquí no se hace historia. La historia dejémosla a la historia...

CRAXI: Sí, me he equivocado, lo reconozco de inmediato. Estaba equivocado, también, como todos lo hacemos, nada santo. En casi cincuenta años de vida política tantas cosas que tengo que reprocharme, y tantas cosas que me reprocharé.

Los financiamientos ilegales, por supuesto. Incluso para mí, fue un exceso de desenvolvimiento en la búsqueda de la gestión del dinero. Pero es cierto que la política tenía costos exorbitantes: había partido, funcionarios, oficinas, secretarías, periódicos ... Había campañas electorales cada vez más costosas. Hubo conferencias, convenciones, eventos. Había tanta gente necesitada de ayuda; y tantos sujetos políticos, italianos y no, de sostener también financieramente... Pero y debo decir que otros partidos recibían más financiamiento que nosotros, también del exterior, incluso de las potencias militares hostiles a nuestro país.

Nadie desconocía el origen del dinero necesario para la política, sabíamos que estaban luchando para lograrlo, eran también hombres

de negocios y filibusteros, pero la batalla política enfurecía y era combatida golpe a golpe, día a día, no había tiempo de poderla controlar. Los dineros servían y servían tanto...

Por otra parte, asumí mis responsabilidades en aquellos infames discursos ante el Parlamento. Dije: o bien se resuelve el problema políticamente, teniendo en cuenta que todos somos responsables de negligencia, o de abrir la puerta a la astucia, al chantaje y la aniquilación.

Desde tiempos inmemoriales, la política se financia irregularmente, es un sistema que sin duda no lo inventé yo. Desde hace cincuenta años, todos fingían no saberlo y me vinieron a escoger como símbolo de la inmoralidad, yo que proponía hablar el lenguaje de la verdad. ¡Nuestro hermoso país! (*Pausa*) Y dejamos de cantar la acusación de haber llevado una vida de gobernante... debería creerme en la palabra pero mi palabra hoy no goza de mucho crédito.

También hay que añadir, a decir verdad, que la mayoría de los empresarios los sobornos no los pagaban bajo chantaje: los empresarios financiaban la política, porque la política ayudaría a la economía. Claro, se trataba de un sistema injusto que ponía el juego fuera de quienes no querían dar esos financiamientos, pero era un sistema del cual se beneficiaban muchos y en el cual caballeros sin mancha alrededor, se veían pocos.

Bueno, lo que espantaban de aquellos discursos al Parlamento fue confirmado puntualmente: Ciertos políticos sufrieron la onda del linchamiento, otros se salieron con la suya, algunos partidos fueron destruidos otros indultados o incluso premiados. (*Pausa*) Yo proponía cambiar la clase dominante de una manera no traumática, sin embargo se quería a toda costa crear el vacío político exponiendo la democracia al viento del peligro. Por qué? A cuáles intereses servía? Quién se benefició?

YO NARRADOR: Ese sistema era injusto, el terreno perdido. Sin embargo, para luchar contra la corrupción abandonamos el camino de la razón.

CRAXI: Ciertamente que cometió errores en la elección de compañeros de viaje: la dirección del partido no ha revelado a la altura de la situación. Por desgracia, cuando me convertí en Secretario, muchos de los jóvenes con más talento fueron acaparados por los demás partidos.

Pero es precisamente en lo que consiste el arte de la política, en saber cómo obtener lo mejor de poco que se tiene. La acción política está condicionada por el contexto histórico en el que se encuentra al actuar y las fuerzas reales presentes en la sociedad. A los políticos de mi generación les tocaron condiciones difíciles, con apretado espacios de maniobra en lo que no era un país normal. Eran tantos los países extranjeros que interferían en nuestra vida política: Estaba en curso la llamada Guerra Fría. El mundo estaba dividido en dos bloques opuestos e Italia —un aliado de los americanos— enfrentaba a la Unión Soviética y su dictadura comunista. La tormenta arreciaba y era una tarea difícil para poder mantener el barco equilibrado.

Craxi toma el vaso y bebe, después queda por un momento pensativo.

¿Cuándo fue? ¿En qué momento la vida se me escapó de las manos? *(Pausa)* Puede la política robarte la vida. La política es una fiebre que arde y quema todo alrededor. Yo me enorgullecía por hacer algo por mi país: Era muy joven y me pareció que era mi momento, no sabría cómo explicarlo. *(Pausa)* Todavía recuerdo el disgusto de mi padre, su firmeza en disuadirme ...

Craxi pone el vaso sobre la mesa pequeña.

Como todos me volví un iluso al detentar el poder y querer tomar las riendas con firmeza... no es fácil mantenerse lúcido en las alturas del mando.

Muchos errores, cuantas situaciones salidas de la mano, cuantas omisiones... *(pausa)* pero la mole de cosas para hacer cada día era enorme, en constante carrera contra el tiempo; eran docenas de decisiones que debían tomarse... Y era necesario documentarse, escuchar opiniones autorizadas, leer el dossier... En política cometer errores es inevitable, no necesariamente de mala fe. Pero veía crecer a Italia, veía los sucesos internacionales de nuestra política... y me decía: la nave va... continuamos.

Del resto pienso haber acumulado cierto mérito. Haber reunificado y reforzado un pequeño partido rebelde y lo he transformado en una sólida fuerza de gobierno. Logré poner el socialismo reformista al centro de la arena de la política nacional.

Como presidente del Consejo de Ministros he garantizado la gobernabilidad y he cortado el crecimiento de la inflación. A menudo escucho repetidamente como una cantaleta que bajo mi Presidencia el gasto público estaba fuera de control. Pero nadie dice que el dinero no terminó todo en los bolsillos de los ladrones: Se utilizaron esos recursos para promover el desarrollo y para salvar las muchas desigualdades sociales. *(Pausa)* Pero cierto, las cuentas no estaban en su lugar, por supuesto.

A nivel internacional, he apoyado activamente a varios disidentes en sus batallas para derrocar tiranos fascistas y tiranos comunistas. He sido un fiel aliado pero no subordinada de los estadounidenses ...

Todo esto no cuenta para nada? ¿Deveras mi *Cursus honorum* es realmente el de un bandido de estado?

Craxi mira a su alrededor cuidadosamente pensando.

Lo que irrita es la nostalgia de Italia. Este país que he amado pero del cual he visto muy poco, este país del que conozco más los hoteles y los aeropuertos que las obras de arte o los escenarios naturales... He aquí cuando la noche cae e imperiosa me ataca la nostalgia por Milán, he aquí... *(Bruscamente)* Basta, me vuelvo patético!

Craxi apaga la grabadora portátil. Bebe viéndose a sí pensativo, luego coloca el vaso en la esquina de la mesa y enciende la grabación.

Está entonces el capítulo sobre la considerada sociedad civil, aquella que en el nombre de la antipolítica favoreció nuestra aniquilación. Aquella sociedad civil que abogaba por un gobierno de los tecnócratas. Pero un gobierno de tecnócratas, de los expertos, de los presuntos mejores, no legitimado por ningún electorado, no es el arbitrio en su quintaescencia. En cambio todos en coro repitieron que la política debe ser gestionada por los tecnócratas. Según yo la política la deben gestionar los tecnócratas y además la deben gestionar los obreros, los campesinos, las mujeres, los jóvenes, los empresarios, los sindicalistas y los intelectuales...

Durante décadas que esperábamos que la política solucionara todos los males, la habían cargado de esperanzas mesiánicas: Era inevi-

table que todo desembocara en una rabiosa desilusión. Pero como irracionalmente nos habíamos esperado que la política fuera la solución de todos los males, al contrario, irracionalmente se pasó a acusarla de todas las atrocidades. Yo que la política le miré a los ojos, no advertí la peste más bien la nobleza. Hablo de la política verdadera, no de la que ha sido idealizada o fantaseada. El compromiso de la política en una democracia no es subvertir el orden existente, más bien es el construir a través del arte de la mediación una síntesis, la más avanzada posible de las fuerzas sociales en campo. La política no mira, como sostienen los reaccionarios, al mal menor, ve el bien posible en un momento dado y en una condición dada. Ciertamente, la política es también ejercicio del poder. Pero cuando el poder se encamina a realizar una finalidad cualquiera entonces se rescata y de cierta forma se redime a sí misma.

Craxi toma la grabadora portátil para comprobar si el cassette de audio está a punto de terminar. Detiene la grabación, expulsa la cinta, la coloca junto a las otras y la sustituye por una nueva. Por último reinicia la grabadora.

Veo mis zapatos en los polvorientos caminos de la infancia, las caminatas con mi padre en la Piazza del Duomo ... Veo las noches con amigos para hablar de política y el futuro que estaba a punto de llegar ... Veo a esa chica que venía a tomarme en tren a la salida del trabajo, su sonrisa que se abría sobre un mundo entero por inventar... Veo Milán...

Craxi parece perderse en la memoria.

Divago. Llegamos mucho a una cuestión que me apremia mucho, si había sido o no había sido un socialista.

Desde mi entrada en la escena política nacional izquierda comunista y extraparlamentaria me han visto como un cuerpo extraño. Mis más acérrimos adversarios del socialismo liberal, ellos iniciaron de inmediato una campaña de desprestigio contra mi figura, mis ideas y mi modo de operar. A juicio de ellos no era de izquierda, Fidel Castro sí. Incluso las Brigadas Rojas eran “compañeros que estaban mal,” No, yo no era uno de sus compañeros de clase: yo era un falsificador, un traidor, un vendido.

Con la caída del muro de Berlín se abrió la verdad histórica obvia: los socialistas estábamos en lo cierto, y sin embargo, nuestro partido fue eliminado por la vía jurídica, y los considerados pos-comunistas están ahora en el poder. Esto ha dado lugar a la paradoja de que hoy en día ser estados socialistas es más infame que ser estados comunistas.

Craxi coloca la grabadora en la mesa pequeña.

¡Por supuesto, el nivel de corrupción del partido era muy alto, muchos militaban por intereses, pero eran también había compañeros honestos que no merecían todo esto! Se quiere hacer olvidar que las conquistas sociales y el bienestar alcanzado en nuestro país son también el resultado de las luchas de muchos compañeros y muchos compañeros socialistas!

Lo que queda entonces una clase dirigente que tomó el poder cabalgando la anti política, les gustaría entenderlo. Lo que queda es vender todas las empresas de propiedad estatal les gustaría saberlo. Siempre he luchado para asegurar el control de la política sobre la economía, hoy los poderes fuertes son fuertísimos y la política siempre más débil...

Siempre he pensado que ensuciarse las manos por el poco socialismo de acción en una dada condición histórica sería preferible a esperar en el bar la revolución del mañana. Por desgracia, el socialismo parece salir magullado por este siglo que ahora termina feroz, pero donde y cuando ha sido de veras realizado y se ha revelado como la mejor solución a las contradicciones de la sociedad moderna.

YO NARRADOR: En las sombras de la noche sin viento rodean la casa: custodios, perros, guardaespaldas... sombras en la habitación, sombras del pasado...

CRAXI: Lo que irrita es la traición, la traición de la mayoría. Para escucharlos hoy estaban todos mis oponentes. Sin embargo, esta casa siempre estaba llena de amigos, aduladores cortesanos... Nadie sabía, nadie veía: el monstruo soy yo. *(Pausa)* Por lo demás, no se puede dar valor a aquellos que no lo tienen. *(Pausa)* O tal vez en su lugar yo habría hecho. Quién sabe ...

Craxi mira a un manuscrito colocado en la mesita.

Puesto que estamos en el tema de los balances, no se puede dejar de señalar que la operación “manos limpias” reveló una falsa revolución. Los hechos han terminado por darme razón. Ha sido una falsa revolución porque después de haber inmolado sobre altares de la justicia política las cabezas de algunos, todo ha continuado más o menos como antes, con los mismos vicios nacionales pero con mayor hipocresía. ¿Realmente hemos asistido en estos años a la refundación del país? ¿Deveras en estos años de segunda república se ha dado la regeneración moral que venía prometida? ¿Deveras hoy tenemos más libertad, mas meritocracia, más justicia social?

Ha llegado el momento de considerar las “manos limpias” por aquello que es: el pecado original de esta llamada Segunda República, una herida abierta en nuestra conciencia nacional.

YO NARRADOR: Ahora sabemos que esos males eran nuestros. Nepotismo, especulación, corrupción son nuestros males nacionales, los males de nuestro país. Hoy sabemos que no es la vía justicialista la más razonable para las garantizar las responsabilidades penales de los particulares. Hoy sabemos que esperar es necesario, pero con paciencia.

CRAXI: Bueno, yo no esperaba. No, realmente no lo esperaba. El tratamiento que se me había reservado era realmente una vergüenza. Rinden honor a nuestro pueblo los ejercicios arrojados todos contra algunos?. Han hecho de mi el símbolo del mal, el chivo expiatorio sobre el cual dirigir todo el odio social para lavar su conciencia y sentirse regenerados.

Al quemarse no es cierto la pérdida del poder, el poder es volátil por su propia naturaleza: lo que quema es la pérdida de la reputación. Todo aquello que había edificado fue sepultado de tajo, bajo toneladas de lodo, hojas de periódico, de ignominia ... hasta de monedas, hasta la vergüenza de aquél día! Tenía derecho a la presunción de inocencia, un proceso justo se merece quien se ha equivocado, pero tenían prisa en condenarme y también las resoluciones judiciales me habrían condenado a los golpes de monedas. Pero no acepto los juicios a golpes de monedas! Yo no acepto los

gritos amenazantes, la violencia en las calles, el linchamiento público! Dicho tratamiento clama venganza ante el tribunal de la historia!

¿Cuántos de los frenéticos llegaron a acosarme en frente de mi hotel fueron detenidos? ¿Cuántas sufrieron un proceso regular? Ninguno. El mensaje debía ser claro: ¿aquellos que hubieran querido hacerme enfurecer se hubieran salido con la suya y yo debería haberme hecho procesar en aquél clima de violencia orgiástica? Piensen en la conciencia, ¿que no habría las condiciones para un proceso pacífico?

YO NARRADOR: (*pensativo*) Aquellas monedas...

CRAXI: Bueno, de alguna manera yo lo quería! Fatal fue mi destino por no ceder ante el viento de la llamada revolución. Yo fui el único que puso resistencia y me la hicieron pagar: Hubiera sido mejor si hubiera negociado una rendición. (Pausa) Pero así no es cómo se comporta un hombre!

YO NARRADOR: se puede reducir la vida a sus errores?

CRAXI: Esto es lo que yo estaba ansioso por declarar. Ciertamente, a bocas cerradas se entienden tantas cosas. Pero si pudiera regresar tal vez me la jugaría igual. Habría podido permanecer en Italia, buscar el martirio... pero mi libertad equivale a mi vida!

Queda la desagradable impresión de una vida no completa ... (*pausa*), pero tal vez me engaño, tal vez todas las vidas dejan en la boca este aroma amargo. Tal vez cada vida en esta integración encuentra la propia síntesis que es entonces su destino.

Craxi mira hacia la ventana empieza a amanecer.

Es el amanecer. Ahora, con la serenidad confío en el juicio de la historia, con mi cúmulo de méritos y defectos. Espero que pronto vengan tiempos mejores para nuestro país y espero que un día la bandera del socialismo italiano vuelva a ondearse.

(*Con emoción amargura mezclada*) Viva el socialismo, viva Italia!

YO NARRADOR: Bettino Craxi murió en Hammamet el 19 de enero de 2000. En la historia quedará la última palabra.

EL JUEZ ARREPENTIDO

GUGLIELMO MASETTI ZANNINI

Trabajo

Un personaje: un juez de la sección de trabajo de un tribunal habla de la sentencia que corresponde a un patrón y se arrepiente de haberlo absuelto.

El juez está sentado detrás de su escritorio con papeles en la mano. Al lado se encuentra una hoja blanca que mantiene la inscripción: “La ley es igual para todos”.

JUEZ: Bueno, se fueron. *(El hombre se levanta y se pone frente a la silla)*. Ahora puedo decir que fue un juicio injusto. Lo escribí a raíz de la crisis económica. *(Enfáticamente)* El tribunal sostuvo que hay que proteger primero que todo a quienes ofrecen el trabajo. Y todos estuvieron de acuerdo: los políticos, los sindicatos, periodistas, la opinión pública... todo el mundo dice que hay que salvaguardar el trabajo, y que después vienen los trabajadores. Es por eso que aquel empresario no podía ser condenado y yo encontré una manera de absolverlo. Escribí simplemente que él no cometió el hecho. Por lo tanto, el trabajador moriría a causa de él. *(Se voltea y lee una parte de la sentencia)*.

Fue una víctima de su conducta anormal, porque hizo caso omiso conscientemente de las reglas de precaución, subiendo a los andamios sin dispositivos de protección individual, realizando trabajos de desmontaje de andamios, cayendo desde una altura de diez metros precipitándose al suelo

(Deja la hoja y continúa hablando a sí mismo). Pobre hombre. Pero ahora que ha muerto, que en paz descance. Y, sin embargo,

no se podía culpar al empresario. En estos tiempos, estos empresarios son los verdaderos benefactores de este país. Él es el único que ofrece puestos de trabajo en esa zona. ¿Qué hubiera pasado si hubiera sido condenado? Es cierto habría habido otras formas en el procedimiento judicial, pero mientras tanto, habría tenido que interrumpir el trabajo y despedir a los trabajadores. No se habría adjudicado otros contratos y con el tiempo hubiera terminado en la calle, dejando en la ruina a las familias. Y a continuación, vamos a todos a decir: el trabajador habría muerto de igual manera. Estaba demasiado seguro de sí mismo, era antipático, arrogante, gallito. Se creía que era un superhombre. Subir a los andamios sin cinturones de seguridad y sin seguir las instrucciones del empresario. ¡Un loco! Si está muerto, es su culpa... se lo buscó.

Después de todo, era sólo un trabajador, uno de los muchos que trabajan en forma ilegal, que no tienen la credencial del sindicato, y mucho menos la residencia. En resumen, no valía nada.

Por varios días leí estas cosas en los periódicos, junto con comentarios de la gente. ¿A quién le interesa un trabajador que no tiene familia? Pero sí, ese chico quería suicidarse. Todos los vecinos lo decían, que siempre estaba borracho. Encontró una manera de acabar con su vida y culpar a una buena persona, hombre de familia y muy trabajador y además muy generoso. Sí, él que emplea a cien trabajadores. No podía dejar de tomar en cuenta esto. Así que escribí que era la culpa del trabajador y buenas noches. Los jueces no viven bajo una campana de cristal y frecuentemente se dejan influenciar. *(Pausa)*. Pero yo una vez tuve conciencia. [Siendo estricto conmigo mismo] “¿Por qué escribiste tantas mentiras? Tú, el juez!”

Lo sé, lo sé y me da vergüenza, pero ¿qué podía hacer?

Pregúntate que has hecho mal! *(para sí mismo)*

(El juez toma las hojas, las arruga y las tira al suelo). Ahora, la sentencia no existe más. Documentos a la basura.

No puedes reaccionar así *(para sí mismo)*.

Tienes razón, tienes razón. Existe el riesgo de que el asunto sea archivado *(para sí mismo)*.

Y tu no lo quieres, ¿verdad? *(para sí mismo)*.

(Se desespera) No, no, no! Tengo que hacer algo, tengo que remediarlo, tengo que remediarlo *(se calma)* Hablaré con el Fiscal y

le diré de cambiar el fallo . Aquí están todos los elementos , Señor Fiscal: *(Regresa a la silla , toma una pluma y empieza a escribir)*.

Primero: se dijo que el trabajador había perdido el equilibrio seguido de su conducta imprudente, pero esto es falso. El trabajador no estaba borracho y no jugaba en el andamio.

Segundo : No se puso en claro el nexo causal entre la responsabilidad del patrón y la muerte del trabajador . Sin embargo, el vínculo entre los dos era evidente, porque el patrón no había proporcionado las indicaciones precisas sobre el desmontaje del andamio y no había advertido al trabajador sobre los accidentes que podrían derivarse por una negligencia, imprudencia e inexperiencia .Por el contrario lo había empujado a elegir un procedimiento más rápido, aunque menos seguro y más peligroso.

Tercer punto: la conclusión. Por estos motivos, el patrón debe ser condenado por homicidio involuntario.

Levanta la pluma de la hoja

No existen atenuantes, Señor Fiscal . Ciertamente que se tiene necesidad de trabajar, pero no se puede confiar en empresarios sin escrúpulos . De otra manera hoy se dice que murió un pobre obrero, pero mañana morirán otros y los astilleros serán cada vez más peligrosos.

Me dirijo a usted, señor fiscal a fin de que apele contra la sentencia que yo desgraciadamente ya firmé. No se deje influenciar, como lo hice yo, por el clima político y económico de estos meses. No todos los empresarios son buenos y honestos. Este patrón dejó morir a uno de sus obreros. Señor Fiscal, Usted lo debe condenar, no tanto por la pena, sino porque debe comprender y entender que hizo mal.

En cuanto a mí merezco un castigo ejemplar por haberlo absuelto así fácilmente. Ningún colega me acusará, por lo tanto no arriesgo nada.

Sin embargo, la pena me la quiero infligir yo mismo. Me suspendo por algunos meses. Digamos que quiero hacer una pausa para reflexionar. Ni siquiera esto será posible, porque hay mucho trabajo que hacer. Está bien, sin castigo. Y sin embargo, por lo menos una cosa quiero hacer: Juro a mí mismo que de ahora en adelante me comportaré como un juez imparcial aún a costa de no hacer carrera. Mi juicio pesará como si fuera el único fidedigno.

¡Bravo! Estoy orgulloso de ti (*para sí mismo*).

El juez ha hecho la paz con su conciencia , toma la hoja y abandona la escena. Oscurece.

EL MAR NO EXISTE. MONÓLOGO DE CINCO VOCES Y UN PERSONAJE

ANGELA VILLA

Y cuando nos preguntan lo que estamos haciendo
tú les responderás: nosotros recordamos.
Ray Bradbury, Fahrenheit 451

Personaje

Mnemo: pequeña, menuda. Con un vestido blanco, va descalza.

Bagnoli, Playa al Mare, Paderno Dugnano, Barletta, lugares de vida y de trabajo pero también de muertes blancas. Mnemo (Mnemosyne diosa de la memoria), en la piel de una mujer joven. En los primeros cinco momentos escénicos, será la voz de las jóvenes hijas sin padre. En la última imagen, sin voz, personaje: Una joven obrera muerta en seguida el derrumbe de un edificio. Cada imagen será opuesta a los paisajes sonoros referidos al ambiente de trabajo representado. La escena representa una fábrica abandonada. En un ángulo, una pequeña maleta al centro un columpio.

Voz 1: El andamio

Paisaje sonoro: sonidos, confusos ruidos, accidentes, explosiones, martillos, neumáticos. Después una sola nota que se convierte en res-piro, voz. Luz sobre Mnemo sentada en el columpio tiene un papel en la mano, lo rompe en cuatro partes.

MNEMO: Mi maestro cuando dibujo mi cara con la piel blanca y los cabellos rubios, me rompe el papel, dice que no soy así, que mi piel es oscura y tengo que usar el marrón para la cara y el negro para el pelo. Pero mi cara que no me gusta, me gustan los colores claros, el amarillo del sol y el color de rosa de las flores, el negro no, el negro no lo soporto. Mamá se ha puesto el negro y no se lo ha retirado más desde que papá se cayó del andamio. Ha volado al cielo, así dice para consolarme, pero yo lo sé que se ha caído con la cara en el lodo, una cabeza abajo y sin ningún grito. Papá no gritaba nunca. No ha volado... cuando se vuela se va hacia arriba, cuando se cae se va hacia abajo, se precipita como las piedras.

Se vive lentamente y se muere en un segundo.

Era alto, mi papá, mamá le llamaba el gigante bueno. Era el más ágil, parecía un equilibrista, por eso lo hacían trabajar lo mismo aunque no tuviera documentos. 25 euros al día. Papá me había enseñado a hacer bien las multiplicaciones. Si uno es pobre, la operación más importante es la multiplicación. 25 por 30 hacen 750 euros al mes poco para irse, poco para quedarse y vivir sin pensamientos.

Papá me decía siempre que las cosas cambian, que uno no debe dejarse abatir por las maldades de la vida o de la gente, también si en torno a ti está el otoño, acuérdate de conservar el verano en el corazón... el soñaba con ser regular y tener todos los papeles en regla.

—Cuando estemos más relajados, me casaré contigo. Pensaba tener quizás mucho tiempo por delante.

En lugar de una caída, su tiempo voló. No es cierto que el tiempo es igual para todos, es diferente, sobre todo para nosotros. Nuestro tiempo corre veloz... en un instante llega la noche (*Se baja del columpio*).

Voz 2: La fábrica de venenos

Paisaje sonoro: niebla y ruidos confusos.

MNEMO: Hoy no fui a la escuela. Nadie me despertó. Menos mal.

No había estudiado la poesía y había olvidado de hacer las operaciones, seguramente la maestra me habría puesto otra nota en el diario para que la viera papá.

—Usted, ¿qué tiene en la cabeza? ¿Quieres acabarme? Debe estudiar.

No tengo ningún deseo de estudiar, me gusta bailar, soy buena. Yo de grande no quiero hacer como mi mamá que hace el quehacer todo el día y lava siempre los pantalones de papá. Papá trabaja en una fábrica y en la noche cuando regresa trae la cara cansada llena de polvo. Mamá le pregunta siempre:

—¿Cómo estuvo hoy?

A veces no responde, es muy cansado, a veces en broma, dice:

— ¡Hoy hubo niebla en Val Padana! Algunos días el humo es así de fuerte que no ves quien está trabajando junto a ti. Sonríe y le manda un beso de lejos. Él dice que trabaja con tejidos de color, pero a casa lleva sólo el negro y el gris, los colores se los queda todos la fábrica. Se sienta en el diván y enciende la TV pero no la ve realmente, está con los ojos en otro lugar. Tal vez piensa que debería tener otro trabajo. Cuando se suena la nariz, sale negro, también cuando tose. Tose fuerte, yo no lo puedo oír, me tapo las orejas y me voy a mi cuarto. Él no nos abraza cuando llega a casa, tiene miedo dice que tiene mucho veneno, que no lo debemos tocar. ¿Pero si tiene veneno por qué va? ¿Por qué va? Mamá dice que el dinero no basta, que debemos hacer sacrificios, todos. A veces pelea con papá, ella quisiera ir a trabajar, así al menos, él se va de ese lugar que apesta. Pero papá no quiere:

— El hombre soy yo y me toca pensar en la familia.

Luego la toma en sus brazos y le hace un giro de vals. Mamá ríe, ríe... es feliz cuando baila con papá (*hace los pasos de baile*). Cuando sea grande voy a ser una bailarina, seré famosa en todo el mundo, me llamarán a bailar en todos los teatros, me volveré rica y compraré una casa nueva, una bonita villa a mis padres con jardín y todo, como aquella del dueño de la fábrica donde trabaja mi papá. La pasaron por la televisión, entrevistaron a él y su mujer, estaban sentados en un gran sillón blanco, la mujer decía que es nuestro benefactor... así les dicen a los que hacen el bien, una especie de héroe. Mi hermana me sorprende y dice que soy una estúpida, que los héroes no existen. Que los verdaderos héroes son los que sudan por pocas liras al día. Como mi papá, es un héroe. Seguido lo llamaban a trabajar incluso en sábado, pero de un tiempo para acá no va porque tose fuerte y no está muy bien. Toma tantas medicinas y va muchas veces al hospital y luego regresa... ayer no volvió. Cuando trabajaba el sábado llevaba más dinero a casa y entonces por la noche íbamos a Lungo Mare a co-

mer pizza y luego helado. Hacía una cosa peligrosa por eso le daban ese dinero de más, mamá no quería, decía que era dinero robado no ganado honestamente. Lo llamaban para excavar en los hoyos profundos, dentro metían los venenos coloridos. El veneno terminaba bajo tierra, ¿pero qué no sabían que de ahí se va al mar? El mar está pero para nosotros no existe, acá todos piensan en la fábrica, piensan que la fábrica es nuestra vida y se han olvidado del mar. Todas estas cosas me las explica mi hermana, papá dice que es filósofa. Pero con la filosofía no se come. Papá repite mucho que no se diga a nadie de los hoyos en el terreno cercano a la fábrica porque son cosas que no se deben hacer, él las hacía porque si no perdía el trabajo.

Silencio. Silencio.

El teléfono suena esta mañana. Papá no regresó. Madre en el teléfono le dice a todos lo mismo.

Sí... anoche. Sí... sí... mañana... mesotelioma.

Me imagino que un día viene un caballero bueno...

O un príncipe azul... que pone todas las cosas en su lugar: las personas que sufren, la hace sentir mejor y aquellos que hacen embrollos, para volverse siempre más ricos, los convierte en pobres como a nosotros. Entonces quiero ver cómo lo hacen. Mi hermana me dice que soy estúpida, que no entiendo nada, que los caballeros no existen y mucho menos los príncipes azules, que no vendrá ninguno a ayudarnos... ella dice que es culpa de ellos, de los que tienen casas con sillones blancos y se va... a la habitación de mamá... Yo sé que tiene razón, es así, la culpa es de ellos. Pero yo no quiero ir con mamá... no miro mientras llora... lágrimas y lamentos. Yo, sin lágrimas, a aquellos de los sillones se las haré pagar.

Voz 4: La fábrica de residuos

Paisaje sonoro: el estruendo de una explosión.

MNEMO: La O de EURECO, si se transforma en a, se convierte en EU-REKA, pero hay que poner el K y cambiar el acento. Otros significados, otras vidas. El periódico escribió: un trabajador murió. Pero mi padre no era sólo un trabajador. Le encantaba bailar, viajar, leer, soñar con un cambio de trabajo. Él en esa fábrica, no quería estar.

“¿Una vida en la basura? La tiró”.

Tomó la vida riendo, este fue su error, y también el nuestro, aquél de todos nosotros.

Todo el mundo lo sabía. Esos residuos son perjudiciales, que no se debían mezclar con otros líquidos.

Hubo quienes hablaron de la transformación... pero en la escuela me enseñaron que un residuo es un residuo y si es peligroso, no se puede transformar, mezclar, manipular ... ¿Y qué me enseñaron a hacer?

No es cierto que todo puede ser transformado. Lo que no se puede transformar explota... Algunas cosas si las transformas son problemas. Si los residuos, no lo sabes tratar, la palabra justa es: empeorar.

Todo ocurrió porque alguien estaba pagando. Mientras que hay alguien que paga, alguien que está en silencio, alguien que finge, entonces no cambiará nunca nada. Todo se mantendrá tal cual.

Lo llaman “tamiz molecular”, forma de gas inflamable. El tamiz molecular mata.

Residuos manipulados. Residuos de vidas residuales.

Homicidio culposo múltiple, lesiones gravísimas, incendio culposo, fraude fiscal, almacenamiento, tráfico, eliminación ilegal de residuos peligrosos... Una larga lista de palabras. Otras vidas, otras palabras.

Iba al trabajo con la sonrisa, mi papá según yo, no estaba tranquilo, tenía miedo... Nunca lo dijo en voz alta, ¿de qué serviría?, necesitábamos dinero. El miedo y la miseria son una mezcla explosiva. El miedo y la miseria son la verdadera mezcla explosiva. El miedo y la miseria, se lo llevaron. Pero no he perdido sólo yo. Todos, incluyendo a ustedes, han perdido.

Voz 5: El asbesto

Paisaje sonoro: el silbido de una sirena. Mnemo construye un barco con una hoja ennegrecida por el humo, la descansa sobre una papelera.

MNEMO: Ve primero a lavarte, así no ensucias el sofá.

Pero estaba demasiado cansado para hacerlo, por eso ninguno había nunca cortado el plástico transparente que recubría el sofá. Había quedado así desde que lo habíamos comprado, mi padre,

comunista convencido, estaba orgulloso de aquél bonito sofá rojo, adquirido a crédito... Sobre aquel rojo envuelto en el plástico transparente se pasaba las noches enteras, a menudo se durmió, pensando en estar en *otro* lugar. Nunca imaginó que sus pulmones se volverían tan delgados como ese plástico...

Voces fuera en el campo. Amianto, del griego amiantos, immaculado, incorruptible, perpetuo, inextinguible.

El polvo gris se posaba en la ropa recién lavada en las barandillas de los balcones, sobre el mar que transportaba el material, sobre el mar que olía a hierro. A las 6, a las 3, a las 11, la sirena marcaba el comienzo y el final de los turnos de trabajo de los obreros. Silbaba dos veces, la primera vez tenía un sonido grave, la segunda el canto se hacía más agudo y decisivo. Nos vemos después de la sirena de las 3... así nosotras las chicas fijábamos las citas. Y cuando en la noche, salíamos, nuestros padres decían, deberían regresar antes, esto es antes del sonido de la sirena, por ahí de las 11. Era el reloj que le daba ritmo a nuestras vidas. Si silbaba fuera del horario alguno se había muerto cercano al alto horno, entonces, todo se detenía, todos se callaban. Cerca al alto horno los obreros hacían café. Ponían la hoja en y en pocos minutos salían... Nosotros, los niños jugábamos a los pies de la colina de la máquina Posillipo, llenábamos de pequeñas manchas rojas y ,con un imán recogíamos todo aquél polvo, ganaba quien tomaba más.

A veces mirábamos en lo alto: Allí son las casas de los ricos, el polvo no llega, la colina lo hace retirarse, el mistral la esparce hacia abajo cerca de nosotros. Así decía aquél obrero, él sabía tantas cosas sobre el mar y sobre aquella legua de tierra en medio del mar, que es una isla y ninguno lo sabe. Las casas sobre la colina eran sólidas, coloridas y no como las nuestras grises y un poco apagadas.

VFC Amianto, del griego Amiantos, sin mancha, incorruptible, eterno, perpetuo, inextinguible.

Al atardecer la fundición llenaba el cielo de rosa, no veíamos más las nubes, se las habían comido todos los metales fundidos. A menudo las ventanas las teníamos cerradas, las abríamos un poco por la mañana para cambiar el aire y después las cerrábamos rápido.

—Cierra, entra el polvo, ya hice la limpieza.

Así decía mi madre. Tampoco ella lo sabía, no sabía nada. Aquél polvo no era simple polvo. Para nosotros era todo un juego, la sirena, la fundición roja, las carreras... Luego alguno comenzó a morir...

Silbido de una sirena, después respiro, después una voz

MNEMO OBRERA: Vivimos en un país avanzado... Una democracia moderna... Un Estado civil. *(Se sienta delante de una máquina de trabajo).*

Somos tres, trabajamos bajo este lado del sótano, al lado del otro, durante varios años. Trabajamos tantas horas al día hay que llevarse bien por la fuerza. Casi casi estamos más tiempo entre nosotros que con nuestros maridos. Las que tienen marido... *(Toma la maleta, la abre. Lentamente levanta un vestido rojo, se ve, acaricia, lo lleva con cuidado a proscenio).*

Gracia es la más pequeña, se ha casado hace poco encontró un buen muchacho que la tiene contenta con todo, le lleva el café a la cama en las mañanas. Es tímida para sacarle una palabra se necesita un sacacorchos... dice siempre sí; sí, a veces es exagerada quiere hacer a todos felices, pero no se puede vivir así... al final encuentras el mentiroso que te hace una jugada. Se lo digo a menudo.

Gracia, debes aprender a decir *no*.

El otro día el dueño la llamó para ver si quería hacer un par de horas extras de trabajo. Por unos pocos euros más, tuvo que levantarse a las seis de la mañana y ponerse a trabajar, incluyendo los domingos, porque tenía los envíos urgentes que hacer.

Gracia no va a ir, le dije, no va. Puedes decir que no, no pasa nada, no te preocupes por hacer que otra mujer vaya a trabajar. Ninguno te licencia, quédate tranquila, él tiene necesidad de nosotros. Si es verdad también que tenemos necesidad de trabajar, pero sabemos que no nos podemos exprimir hasta los huesos, así es demasiado, se toma el vicio que alguna de nosotras puede venir en domingo y la paz se termina, y se termina la tranquilidad.

Está bien, sé que esta palabra no existe para nosotros: el nuestro no es un trabajo *tranquilo*, siempre sentadas sobre las máquinas con una luz artificial todo el día, el sol no se ve. Pero no pasa nada, está bien así, donde está la luz las sombras son más oscuras y dan más miedo.

¿Qué podemos hacer?

Esto es mejor que nada. ¿No? *(Toma una falda de la maleta, como en la acción anterior, también este se lo arregla con cuidado en el prosenio).*

Luego está Matilde. Matilde tiene 29 años, tiene un pequeño niño de dos años, por fortuna se lo cuida la madre. Siempre está enfermo, sufre de alergias, apenas nada y toma un resfriado. Se tendría que tomar unas buenas vacaciones en el mar o en la montaña, si quisiera un poco de aire fresco, pero quién tiene dinero... Está separada el marido se fue, la corrió, la dejó por una más joven que ella; ahora, ella la dejó por otro... qué historia...

¡Están bien!

Matilde cuando lo supo, casi casi quería regresar a vivir juntos.

Él había llegado a casa con un ramo de rosas rojas, así...

Se quedó sin dinero y sin hogar...

Pero nosotros le hemos dicho:

“¡Mati, piensa bien, con cuidado!

¿Realmente deseas volver con ese chico que te dio una vida de sirvienta y siempre corrió detrás de otras mujeres?

Por no hablar de los golpes, Mati, ¿recuerdas los golpes no?

No regresaste... Menos mal”.

Dicen que vive con una rusa que lo domina a bastonazos, ¡se lo merece!

Cuando hablamos de esto reímos... *(silencio, sentado en una pila de ladrillos, toma una camisa de la maleta, también dicha camisa debe estar disponible en prosenio).*

Y entonces, faltó yo. No hay mucho que decir. Mi nombre es Teresa, soy la más vieja, tengo pocos años, sin embargo... Tengo 36 años, los he cumplido hoy.

Mi marido no se acordó que hoy es mi cumpleaños.

Acerca de mí no hay nada de qué reírse, he estado casada durante dieciséis años...

Ni siquiera me saluda en la mañana, algunos días ni siquiera recuerda que existo.

Me recuerda cuando ve que no he hecho mis deberes-

Y cómo ¿no has planchado? O... ¿qué camisa me pongo?, ¿no hay nada para comer?, ¿no has ido a hacer la despensa?

Ay... ¡mamá! ¡A veces me llega el deseo de tirarle un plato en la cabeza!

Me gustaría irme, pero a dónde... ¿con mi madre? No le quiero dar este disgusto, ella ya tiene sus problemas. Pero estoy atada de manos y pies... Espero a pagar la hipoteca y después cada uno por su camino.

Estoy apartando algo para pagar al abogado. Por la noche trabajo en una oficina, hago la limpieza, cuántas personas viven mejor que nosotros. Lo entiendes por sus escritorios y por las cosas que tiran en los botes de basura.

Cuando vacío los botes de basura me doy cuenta lo que compran... un nuevo par de calcetines y una pulsera, un perfume, entiendes los gustos de la gente. Entiendes las modas, pero también los dolores. Si hay alguien que bebe en el trabajo, quizás está triste, la gente está triste aunque tenga un trabajo seguro. Nunca he dejado de soñar... El domingo cuando me quiero relajar, voy cerca del estanque y me pongo a soñar con los ojos abiertos. Me gusta mirar los cisnes. “Los cisnes no saben volar”. Ellos esperan, esperan y cuando están realmente seguros se van al cielo. Son igual que yo. A veces sueño ... Me gustaría abrir un taller de costura, tengo tantas ideas, mis amigas dicen que soy creativa me lo dice incluso el titular de ese taller:

— Teresa, ¿qué hacemos? Ponte a trabajar cualquier idea...

Sí, pero las ideas se pagan. Y no me gustaría dar ideas sin recibir nada. Sí, me gustaría mucho un taller de costura, todo mío...

¿Pero quién me daría el dinero? Los bancos no hacen préstamos a gente como yo, que garantías puedo ofrecer? Ninguna. Por eso debo estar contenta...

Trabajamos de ocho a catorce horas al día dependiendo del trabajo que haya que hacer. Todos los días, sobre sus máquinas, confeccionando mallas y felpa. Las mismas que compras y que te gustan tanto. Son a la moda, no son caras y se puede tomar varias. Tenemos de cualquier forma ferias y tredécima pagadas, sin contrato... hay quien está peor. No me quiero lamentar yo no soporto a la gente que se lamenta siempre, algo puede cambiar, algo de bueno llega antes o después. ¿Pero qué estoy diciendo? A veces incluso no sé si ha llegado el día... entramos en este sótano en la oscuridad y salimos por la noche. Hay que saber esperar, pero sobre todo hay que ser capaz de ver.

A menudo me detengo a mirar el paisaje que está aquí, florece cada primavera, no se olvida nunca de nosotros. Cuando llega la bella estación a veces tomo una flor y la pongo sobre la tabla del trabajo... También esa mañana, cogí una flor.

(Silencio).

Estábamos a punto de terminar el turno, faltaban sólo dos horas. Entonces se fue la luz.

— Se fue, una vez más la luz.

— Voy a ver qué pasó...

— Desde que hice el quehacer en el edificio de al lado, no me siento más segura aquí dentro.

— ¿Pero qué es este ruido? ¿Lo sientes también tú?

— Uh, Virgen mía, el edificio... Cigola

— ¿Pero qué dices?

— ¿Qué digo? Digo que aquí todo se derrumba.

— Escapemos... La puerta está cerrada...

— Empujemos. Más fuerte... más fuerte... No, no podemos hacerlo

— Lo tenemos qué hacer... lo tenemos qué hacer... Fuerza, abramos esta maldita puerta.

— ¡La Puerta está cerrada! ¿Alguien nos escucha?

— ¿No hay nadie? ¿Alguien nos escucha?¿

— ¡Escapemos por la ventanilla!

¡No, no, más allá, más allá, hay escaleras, ¿no?!

— Y ¿Dónde, pues, dónde?

— Trata de salir, trata de salir... eh... ¿Alguien nos escucha? ¡Ayuda!

— Mira, ve en lo alto...

No hay tiempo, vengan amigas, denme la mano, nadie nos salvará, dame la mano, nadie nos va a salvar. *(Solo una nota seria , luego silencio. Se quita el abrigo, lo dobla cuidadosamente y lo deja en el suelo).*

Nos matan por sólo cuatro euros por hora, sin un contrato. Si no habríamos terminado así nadie habría sabido de nosotras. Un edificio nos envolvió. Bajo los ladrillos, nuestras voces hablan. Y donde no se pueden oír voces, se pueden escuchar sus pensamientos. Cuenta, escribe, habla... Lleva contigo estas vidas perdidas.

No nos olvides.

Se gira de espaldas, va hacia el columpio, se sienta. Se queda inmóvil. Luces cegadoras hacia los espectadores, ruidos confusos, ensordecedores. Un rugido. Después sólo el crujido del columpio.

Final.

EL REY ESTÁ LOCO

FLAVIO SCIOLE

Guión registrado en SIAE sección D'OR 1999.

Personajes: Rey.

Las diferentes grafías indican las diferentes voces y/o tonos que el personaje asume. En el centro del escenario hay un hombre amarrado con cadenas a un sillón deteriorado. El hombre está descalzo, viste una camisa blanca manchada de sangre y una falda azul. Tiene un ojo profundamente marcado con un lápiz negro, el otro con un lápiz rosa. Toda la escena es oscura excepto el sillón iluminado por un rayo azul que desciende de lo alto.

REY: ¿Qué ocurrió?

Me llamabas siempre.

Pero yo nunca supe mantener tu perspectiva

DESMANTÉLAME, ESTOY LISTO

VOMITO COMO CADA VEZ QUE NO SUPE SER

CON LAS PUPILAS LLENAS DE ALFILERES

CON LAS PUPILAS LLENAS DE ALFILERES

CONSÁGRAME, CONSÁGRAME

Ahora decido donde extrapolar me

como los días robados a un sentimiento fugaz

Tú recuerdas los colores

eran los mismos que usabas

para controlarme

cuando rompía vidrios rojos.

MATARÉ A TUS HERMANOS
DESMORONARÉ TUS MOVIMIENTOS
RELEGARÉ TUS JUICIOS
EN HABITACIONES OSCURAS
RASGARÉ CADA CAMISA

¿Como reutilizas este estar en la ausencia?

Debíamos llevarnos a otra parte

I don't want this way

If I am crazy you are the devil

inside

inside

Comunica sin hacer gestos

y no me lleves más de comer

CRÉEME

NO ERA ESTE EL TIEMPO

TU RECUERDA LOS MOMENTOS

Debías saber todavía
Debías, debías, debías
como el último vacío que dibujaste
sobre mis ventrículos deshechos

ESTOY ENFERMO COMO TUS OJOS HUECOS
TE ARRANCARÉ EL COREAZÓN CON BISTURÍS AFILADOS
VIOLARÉ A TU HIJA
DEGOLLARÉ A TU PERRO
NO LE CREO A QUIEN SE DERRUMBA
NO LE CREO

Quédate a verme apagar el vacío
no recordaba más
los días gastados en el suicidio

RECOMPÓN EL SENTIDO
DESINVIRTIENDO LOS MOMENTOS
TU LO HAS DICHO, LO HAS ESCUCHADO

**YO ESTABA SENTADO TODO EL DÍA
COMO UN GUERRERO HERIDO
DEPORTÁNDOME SENTIDOS Y ODIO**

Tenías cera en los ojos
mientras blasfemabas
a la búsqueda de tu madre

**Le había dicho que no me hablara
detrás de los vidrios no puedo verte
ya han borrado mis miradas**

¿ME RECUERDAS SIEMPRE EN TUS ORACIONES?
NO ME DIGAS QUE ME CURÉ, TERMINÉ MIS MEDICINAS
Y COMÍ TODAS LAS PÁGINAS DE TU LIBRO NEGRO
DAME UNA GOTA Y SÁLVAME DE TI

No debías enterrarme
No debías despellejarme
No debías amarme
No debías frustrarme
No necesito de tus sentimientos

**Yo hablaba mucho
pero tú no sabías estar en otro lado
tú no sabías estar en otro lado**

**DÉJAME MORIR MAL
NO QUIERO SER
NO CREO EN EL HOMBRE
NO ESTOY SANO
NO ESTOY SANO**

LIBÉRAME DEL MAL
PERO NO ME HAGAS COMER MÁS
LIBÉRAME DEL MAL PERO NO ME HAGAS COMER MÁS
YA TRAGUÉ DEMASIADAS MEDICINAS EN TU FUNERAL
YA TRAGUÉ DEMASIADAS MEDICINAS EN TU MATRIMONIO

Déjame pintar el techo
Necesito otro barniz

Algo no va
algo no va
algo nova
dame un momento para respirar
no tengo problemas
no tengo problemas

This way is so bad
This way is so bad
Can you give me another?
Can you give me another?

TODO ES OBLICUO
NO ORDINARY
NO ORDINARY

No me des otro tiempo
no puedo regresar al ayer
yes, I'm crazy
yes, I'm crazy
the king is here
Madness Sickness Fuck God

Sustitúyeme
en los tiempos oblicuos
de un sistema diferente
destitúyeme en el mediocre y deforme estar
de estas hipótesis desviadas

¿ORDENO YO O NO TENGO MÁS UN REINO?
VOMITO SOBRE LOS INTENTOS DE DESTRONARME
SOLO UNA SODOMÍA APREMIANTE
SOBRE TU MADRE
DETENDRÁ MIS OJOS
LANZADOS, SOLO AYER, EN EL POZO

*Tú lamías mis testículos
en el claustro abandonado
herida y orgullosa de estar en otro lado*

MANCHAS DE CAFÉ
SOBRE EL LAVABO
VISIONES POSTRADAS DENTRO DE MÍ

YO INTERCEPTO TUS MOTIVOS
Y RUEGO DE RODILLAS
DELANTE
DE TU ALTAR MORADO

I'm the best king in the space

*(De arriba bajan muñecas ahorcadas: rodean al hombre y se detienen a
la altura de su cabeza. El Rey trata en vano de golpearlas con la cabeza)*

No saben a dónde ir a llenarse, úteros infectados y repugnantes
Yo no pido piedad para ninguno.
No necesito de tus disturbios mentales, ¡recuérdalo!
No pido otro tiempo, no pido otro tiempo!

*Recogías flores azules
en la bodega de papel*

EL CIELO CAMBIABA DE COLOR
Y YO ME REFLEJABA LIBRE
EN LAGOS DE CRISTAL

**“SÓLO TU PUEDES SALVARME” ME DIJO
Y YO ATESORÉ CADA PALABRA
ANTES DE ENLOQUECER
“TENDRÁS PALABRAS DE VIDA” LEÍ
SOBRE EL PORTÓN CERRADO
ANTES DE BLASFEMARME**

Estrangularé a tu madre por mucho menos
y arrancaré tus cabellos
como si fueran aquellos del último doctor
que me destituyó de la vida

**Confundiré tus pensamientos
definiendo las líneas originales
comunicando el vacío**

SI NO PUEDO SER
MATARÉ
MATARÉ

Ruido

I KILL I KILL I KILL

your god

Telón

(Gritos de diversas zonas de la sala).

EL SECRETO DE POLICHINELA

LUIGI PASSARELLI

Polichinela entra en escena. Está en espera, parece sereno. Entra en escena una mujer que se le acerca. Le hace tragar una pastilla. Después se aleja. Polichinela escupe la pastilla. Se escucha un trozo musical. Y Polichinela inicia una extraña danza. Después toma su guitarra.

POLICHINELA: Me pidieron que me desnudara... Y aquí está lo que queda. Ha sido difícil. Para quién no lo sabe, pero un resultado es siempre un resultado...

Decía... Resultado... Ah si, el experimento... Separar, dividir, cortar, romper, mochar... Y después toman el fruto... El fruto del experimento.

Alguien dice que es esquivo, invisible... Pero si me lo preguntas a mí... Que te digo... Soy siempre yo, ¿o no? En fin casi...

Polichinela toca la guitarra

POLICHINELA: Yo debo... es una orden impulsiva... Solo que, sin... Un mecanismo... Me falta la atmósfera... Posible que solo en el carnaval yo pueda... ¿Y después? ¿Los otros que hacen? ¿Desaparecieron? Yo veo solo superhéroes... Ellos ahora pueden... ¿Pero Pantalone, Brighella? ¿Dónde están? ¿Tú lo sabes?

Me dijeron que Arlequín se aplastó contra un muro importante... Quizá él y ella están de nuevo juntos, debería probar también yo, pero... Debo todavía devolver el dinero del disfraz... estoy al acecho...

Este es el concierto de un hombre... Que no sabe cantar, no sabe bailar, no sabe reír, no sabe abrazar, no sabe besar, no sabe vivir...

Sí porque ella cuesta, es una huésped, es mi secreto, la única cosa que quedaba verdadera y absoluta.... Un peso insostenible, por eso me fui.... Todos decían ¡¡¡NO!!! Ella es ligera, ella es importante, ¡¡jella es todo!! Pero yo quería ser... como ella...

Silencio.

Polichinela toma una moneda y la avienta enfrente de él.

POLICHINELA: ¿Sí? ¡No! ¡¡Quiero “*pennette all’arrabiata*”! Yo... Yo, Nápoles, la he removido... No quiero la margarita con las anchoas... No... ¡¡Removí todo!! Perdí... Perdí el contacto...

Decía...

El golfo... El compartimento... Después me dijeron que había escapado, no tuve tiempo ni siquiera de tener un momento para mí, una seguridad, una escapada... No hay pruebas, testimonios... Ninguno tomó su responsabilidad, me pusieron aquí, “regresará”, decían, “regresará”, “¡dinos si regresó!”.

No, nunca más... No hay una prisión para ella, es libre... Libre de escoger el contenedor adecuado... Yo... Quizá lo era... ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Y si estuviera ya aquí, entre nosotros? ¿Escondida en los agujeros del techo? ¿En el agujero del cerrojo? En los agujeros.... En los agujeros...

Debería buscarla en los barrancos del espacio para mí disponibles... En este rascacielos sin pisos que toca la bóveda del cielo... Ella podría... Podría haber regresado de donde vino... Desilusionada de mí... desilusionada de todo... ¿Pero qué esperaba? ¿Una experiencia? A su manera que quería experimentar... Distante de una lógica cotidiana, de hecho... No tiene necesidad de nutrirse, no tiene necesidad de aprender... Ella quería solo sufrir en el mundo terrenal, pero a través de mí... Su involucrado... Es sádica, sádica...

Polichinela camina en círculo

POLICHINELA: Sádica, sádica, sádica.

Me dijeron que girando en círculo, en el sentido en el cual gira el agua, que profundiza en una turbina dentro de cualquier agujero, hay grandes posibilidades de volver a tomar lo que se perdió... No es que me lo hayan dicho, antes me lo aconsejaron, después me lo ordenaron... Y ahora esperan un nuevo resultado... Su superioridad le permite hacer cualquier tontería, pero la duda de que esté aquí a mofarse de mí es concreto, concretísimo.... Yo lo realizo, cuando puedo...Realizo....

Justo quería ser como ella, para no estar como siempre al realizar las ordenes... No realizar y no hacer seguir... Convertir todo en una

gentil solicitud, sin obligación... Cada vez que me revelaba a ella... Ah el dolor... Pero lo sé, también yo, que es la única salida, siempre disponible, pero solamente una es correcta... Basta de tentativos...

Entra en escena la mujer, Polichinela permanece en una pose clásica, la mujer le pone un trapo mojado en la frente.

POLICHINELA: Cuando llegué aquí... Me dijeron que era mi espejo, antes hablaba, o por lo menos me lo parecía.... No sé a este punto si fue una ilusión, una voz grabada... Hay un vínculo entre el espejo y ella... Reflexiono sobre esto...

Polichinela se quita el vendaje y toma la guitarra, después avienta una moneda frente a él.

POLICHINELA: Este era el concierto de un hombre... Era un concierto, de un hombre que no sabía...

Sí... No hay más misterio... Polichinela no tiene más secretos... Se llega tarde, cuando los juegos están hechos... Cuando todo regresa...

Polichinela mira al vacío hacia un lado. Después se pone a hablar sin emitir sonido, como si estuviese viendo algo o alguien. Esto dura un poco.

POLICHINELA: Era un privilegiado, por lo menos en algunas y determinadas circunstancias, estancias, estancias. Sí, dependía de la circunstancia, pero lamento el privilegio, porque es algo más que un derecho... Un privilegio es un derecho todavía no reconocido... Solo que no se le puede pretender, mientras el derecho, por lo menos una vez, un tiempo... se podía intentar de tenerlo... La lucidez cada vez me viene menos porque.... yo pienso que ella es un derecho y no un privilegio... ¿Pero con que fuerza se puede? ¿Con cuál protesta?... No es una protesta, ni siquiera un lamento... ¿Sobre que cosa puedo hacer palanca, si el término está sin espacio y sin tiempo?...

Puntiforme. Cómo puede un punto geométrico tomar tanta importancia si no es más que imaginario, una convención, cuanto basta para dudar siempre...

Pero yo no, conspiro por tenerla, respiro para esperar confiscarla, aspiro, aspiro a ella... es inútil tratar de cambiar de aires, cambiar

lugar, mares, montes, ríos, lagos... En su ausencia sería todo inútil... Como no estar ahí, sí me quedaré aquí, o mejor me esconderé aquí... en mi vana espera... El tiempo justo para olvidar los buenos tiempos que se fueron... Cuando todo parecía fácil, descontado, inmediato, denso... en las circunstancias.

¿Pero será de verdad puntiforme? Sin embargo yo la vi, o eso creo... ¡No, es invisible! Muda e inmutable... ¡No! ¡Habla, hablaba a través de mí! Gozaba de mi lento deterioro corporal por experimentar, también ella, experimentar la vida... A expensas de mí... Dotada de un peso invisible pero sustancioso... Me pregunto si hubiera habido posibilidad de elección entonces, si cada pequeño paso mío aquí arriba estuviera dictado por su voluntad y nunca por la mía... Esto significaría que me abandonó.

Entra en escena la mujer. Polichinela está inmóvil en una de sus poses clásicas. La mujer lo desempolva con un plumero, después sale de escena.

POLICHINELA: Decía...

Polichinela se distrae y ve volar algo, parece alegre, después se detiene y fijando un punto habla solo sin emitir sonidos.

POLICHINELA: Es un normal contencioso. Están las partes, las paredes y un juicio que no hace feliz a ninguno.

Si al menos me hubiera dejado dicho algo, una despedida motivada, un “*pour parler*”, una notita de dos renglones, o quizá un hasta pronto... Me deja aquí con un secreto revelado, que parece preocuparme sólo a mí, y el misterio de su partida... Son horas, días, que trato de reorganizarme, les dedico todo mi tiempo... ya no sé si concentrarme en mí o en su falta... Los cálculos a los cuales me someto permanecen sin resultados.

Debería fingir... Es la segunda parte del programa para el cual firmé... Debo dar la ilusión antes que nada a mí mismo y después a quien, desesperado, me encuentra... Que nada ha cambiado, todo está como antes, es parte de la historia... Una historia terminada, pasada por un juicio. Un trasplante indoloro, por así decirlo, sin necesidad de anestesia... Como un diente de leche que cae sin tantas complicaciones... Tarde o temprano reflexionaremos sobre cuanto

conviene tenerme aquí, en una sala de espera para un evento que sólo la estadística haría plausible... ¿Quizá no terminé mi tarea?

Estoy bajo observación. No creen más en mis palabras. Juré decir la verdad, pero no me creen. Evalúan otros parámetros. Creo injusto permanecer a disposición por encima del espíritu de sacrificio. Sin embargo no teniendo vías de fuga, puedo tener, a veces, un extraño sentido de lucidez. Que me recompone. Como ahora.

Polichinela hace ejercicios de respiración, inhala y exhala.

POLICHINELA: Inútil luchar. Es necesario relajarse. Estar agradecidos por ésta luz artificial y eliminar la preocupación. Solo así, poco a poco todo se vuelve vano, de importancia secundaria. Uno como yo en éstas condiciones, ¿a qué podría ambicionar? Después de haber vagado por el mundo dotado de un sentido cumplido, ahora me encuentro debiendo desinteresarme de todo y proyectarme en un futuro siempre igual y previsible. De este modo puedo olvidarme de la compañía, de las historias, de los episodios, de los escenarios, en general de todo “*ambaradam*”.

Inhalo este aire acondicionado, lo limpio con mis pulmones, y lo hago tóxico exhalándolo. Una esencia cristalina corre por mis venas, electrónica. Puedo esperar el próximo *input* con calma y serenidad. Paz y amor. Pero el amor verdadero, me lo daba solo ella, podía distanciarme sin temer, estaba protegido por su aura. Consciente y feliz. Ni derecho ni privilegio. ¿Estoy quizá volviéndome viejo? ¿Era imaginable que una figura pudiese envejecer? Doblar sí, decolorar sí, volverse anticuado también, pero envejecer pensaba que no.

Polichinela se sienta y permanece absorto.

La mujer entra en escena con un vasito de plástico. Con un poco de dificultad le da de beber a Polichinela.

POLICHINELA: Piensan que soy sustituible. Ni siquiera los alquimistas lo pensaban, probablemente. He engullido preparados sin preguntar para qué sirven o de qué están compuestos. Pero vino no me dan nunca. Demasiado peligroso.

El único test que no me gusta es observar las fotografías de mis clones que aparecen en otra parte. Tienen aquel espíritu afilado que

quizá tenía también yo. Se ocupan, desaparecen, reaparecen. Mi vida en resumen. Que al verla así, desde fuera me parece también engañosa. Pero aquí hay una cierta envidia para quien ha sabido mantener su propia libertad. El propio secreto. Nunca se necesita hacer consciente de ser libres. ¡Nunca y nunca! Por lo menos un jefe ficticio debe haber. Una figura que se tome también mis culpas debe existir. Una vez saliendo de aquí, la primera cosa que deberé hacer, será aquella de encontrarme un jefe. Más de uno si es posible. Porque sin mi secreto y sin el objeto o el sujeto mismo de mi secreto, no puedo hacer más. La imagen de la libertad ha desaparecido.

Supieron, antes que yo, el funcionamiento del juego. Sí, sí, sí, sí es esta la verdad. ¿Habría sido tan tonto como para renunciar a ella? No creo. El artífice de este lugar, él sí, ¡era astuto! Me engañó, me prometió y me mantuvo. Para quitarme a ella, usó está arquitectura, similar hasta en los mínimos detalles a mi casa habitual. Aquí, donde todo es igual y contrario. La verdadera alquimia, el verdadero experimento. La verdad es que sabían y yo al contrario ingenuo, entendí y supe demasiado tarde... Mi ignorancia me volvió ciego y vacío. En un momento perdí todo.

Polichinela retoma su guitarra, toca muy mal.

Este es el concierto de un hombre... que... que canta su rendición... que acepta una nueva realidad... nacida de su derrota...

POLICHINELA: No puedo hacer otra cosa que rendirme. Terminar la transición. ¿Encontraré un remiendo, un ser parecido, un enigma en el cual creer? ¿Bastará un amor terrenal? Escucho sonar las campanas, un signo de presagio, del cual no entiendo el significado... ¿Si fuera sólo una alarma? ¿Una llamada válida para todos y que no puedo tomar... o quizá son para mí?

Después de la rendición está el olvido. Fácil. En general la memoria es parte de mi perfil. Pero después de tal decaimiento, ¿quién es el que quiere recordar algo? Es un discurso relativo a mi nueva profesión, toda a encontrar. Olvidar, olvidar el bien y el mal. La suma debe resultar cero, cero, cero... Una tabla rasa para nuevos bocetos... ¿Cuándo llegan estas plumas? ¿Por qué aquí siempre está oscuro?

He aquí, ya no recuerdo... Decía... Éxtasis... Pagar el disfraz, vender antes la guitarra... Argumentar... Llegar a donde alguien no llegó,

sí...Debo encontrar un lugar donde alguien, dejándose llevar, perdió su propósito y buscó sustituirlo, para llevar adelante la misma máquina, a su lugar, a su lugar... Nada cambiará... Producción de anhidridos. Soplar sobre las plantas de día. Cortarlas de noche. Regresar a ser ambivalente sin ella, una hazaña difícil, pero quizá posible, en un lugar con rarefacción humana, demoscopia cero. Con tantos peligros naturales, un desierto, una Siberia, regresar a ser primates... Una organización que sigue la naturaleza, disciplinada por el sol, por el viento, por los peligros... Observar el cielo azul con la conciencia en su lugar y con satisfacción... Una hora al día de dedicación y contemplación...

Encontrar un lugar digno para mi esqueleto. Una caverna en la cual dibujaré mal, pero con amor, mis pesadillas para poder dormir sereno con la débil luz del brasero...

Basta de pensamientos negativos, ¡es hora de reaccionar! ¡Yo reaccionaré!

La mujer entra en escena con un látigo. Polichinela está inmóvil. La mujer hace que el látigo golpeé contra el suelo y polichinela empieza a moverse a la orden, como un tigre amaestrado.

POLICHINELA: ¡Qué cosas! Lo intentan todos, ¡buena señal de que llegó la desesperación! ¡Me pone de buen humor! ¡Me hace creer que yo pueda hacer todavía algo! ¡Gran mentira y gran sentimiento! ¡Déjenme probar!

Polichinela se pone a ver las luces del teatro y empieza a hablarnos sin que la voz se escuche.

Las luces se encienden y se apagan, Polichinela parece ordenarles con el pensamiento.

Polichinela parece feliz debajo de aquella luz, toma la guitarra y la toca de manera violenta y bestial. Después se ilumina un rincón con una luz roja donde se encuentra un micrófono. Polichinela se acerca incrédulo.

POLICHINELA: Entre la máscara y yo hay una relación estrecha... yo soy el cuerpo y ella el alma... Sólo que... sólo que de vez en cuando ella parte y se va... Me deja solo con mis problemas... y se va a charlar, desde lo alto de su inmortalidad, de su eternidad... Sin embargo así

tonta e ingenua, se deja llevar por miles de tentaciones... Pero cuando está lejos de mí, cuando parece que no regresa más... ¡Yo! ¡Y ella! Estalla algo... que yo... yo... no logro explicar... Se hizo tarde... ¡La máscara! ¡La máscara!

Polichinela se aleja del micrófono y sufriendo mucho se acerca al centro del escenario. Una música lo acompaña. La mujer entra en escena con una jeringa. La mujer inyecta a Polichinela.

Telón.

EL CATADOR DEL REY

AQUILINO

Me llamo Bastardo.

Fui criado por el verdugo, pero sólo el rey ha sido bueno conmigo.

¡Viva el rey!

Mi madre de profesión era la dueña de 30 ocas. Era una mujer muy bella e independiente. Se le acusó de brujería y la llevaron a las prisiones reales. Allí, ella me dio a luz antes de quedarse desangrada por los asaltos de los viejos dignatarios con ganas de aparearse con una bruja en el momento de su muerte.

Durante siete días permaneció en el olvido entre el soporte y la rueda en un charco de sangre. Era de eso, de lo que quedaba de mi madre, de lo que me nutrí.

Cuando el verdugo se fijó en mí, me sacudió para ver si estaba vivo. No lloré, rugí.

“¿No quisiste morir? Peor para ti”... dijo lavándome en una cubeta de agua.

Fue él quien me enseñó el oficio, pero yo fui el único en cuidar de mí mismo. Como sea... ¡Larga vida al verdugo!

En unos pocos meses aprendí a estar erecto, a caminar, a hablar. Debía hacer cada cosa rápido. Cualquier retraso me hubiera matado.

Vivía en los túneles. Se extendían más allá del muro del castillo y pasaban bajo el pueblo, el bosque, el lago, las colinas y tal vez llegaban hasta el mar. Cuando tenía ocho años, hice un fardo con un trozo de pan y una botella de agua y partí para ver dónde terminaría: Habría andado a Occidente y si hubiera reentrado por Oriente habría demostrado que esos eran los túneles del mundo. ¿Había algo que me importara? No, pero tenía ocho años y quería cumplir una empresa.

Me fui a vagar doce meses. Cuando regresé recibí tantos bastonazos que mi cuerpo se llenó de hinchazones. ¿Valió la pena? No, porque me

había perdido, no podía demostrar nada. Había visitado algunos otros túneles diferentes a los nuestros. Algunos eran bajos y estrechos, tanto que debías arrastrarte como una serpiente durante más de un mes; otros eran tan altos que las nubes se formaban en el techo y escupían temporales con ventarrones; otros eran solo galerías habitadas por gusanos tan gruesos como mi brazo, no eran malos, sólo un poco salados.

¡Viva la comida en todas sus formas!

Crecí fuerte y sano. Hacía mucho deporte. Las actividades que prefería eran cuerpo a cuerpo con ratas tan grandes como yo. Me atacaban con una sonrisa irónica, bajo los bigotes, como dagas. Eran osadas y se jactaban de someterme en menos de cinco segundos. Ingenuas. Las mataba a mordidas. Llevaba los cadáveres a Vincenzo, el verdugo que me había adoptado... y por la noche hacíamos la barbacoa.

Vincenzo era tan alto como dos hombres, tan ancho como tres, fuerte como cinco, feo como pocos, malo más que todos, terco como ninguno... pero a su modo me quería y había días en que no me golpeaba.

Lo debía de llamar tío Enzo, a fin de que los otros que lo llamaban verdugo Vincenzo, entendieran cuanta familiaridad había entre nosotros. Él, para mí, fue padre, hermano y madre. Yo para él fui siempre solo un bastardo. Pero lo repito... me quería a su modo.

No tenía amigos. Allí, declararse amigo de alguno era peor que ofender y al momento se desataba una riña sangrienta.

¡Vivan los enemigos! Luego los puedes comer sin remordimiento.

Desde el barandal de la ventana espiaba a los niños. Tomaban a patadas una pelota y gritaban improperios e insultos. Entonces también yo gritaba: “¡Fuera bastardos!”. Escapaban aterrorizados, pero luego regresaron y me gritaron: “¡El bastardo eres tú!”. Desde ese día, los espío imaginando como torturarlos, riendo de su desesperación.

A mí me gustaba el silencio. ¡Tal vez porque en los túneles siempre había barullo! Gente que chillaba, blasfemaba, maldecía, gritaba...

Estaban los que duraban un mes y por todo el mes emitían gritos. ¿Dónde encontraban tanta energía?, no lo sé. Yo me ponía nervioso y andaba mucho cerca, pero no mucho para no ser alcanzado por las salpicaduras y les susurraba: “Muere, ¿no? Así no sufres más y dejas de gritar”. Aún pequeño, tenía buen sentido común.

La mía era una dieta rica en proteínas. Así en braseros bestias que capturaba. ¡Serpientes cierto!.. Masticar murciélagos fue un placer. Los otros no comían bestias. Sus platillos eran a base de filete e hígado del ajusticiado, pero ¿qué es lo que me tocaba? Me tocaban las sobras, por lo general los huesos con restos de músculos pegados. Un día, el día que cumplí diez años, el tío Enzo me dijo: “Ahora eres un hombre, es hora de que te ganes el pan”.

¡Finalmente! No sólo habría de separar bisteces de los muslos de los torturados muertos, ¡el pan! ¡Cuánto lo deseaba! ¡Qué tormento sentir su olor y no poder tener un pedazo! De noche masticaba saliva y me devoraban las ansías, mientras en sueños mordía panes calientes y fragantes.

Durante años entrenaba con gatos que atraía de los túneles con las sobras de jaulas de ratón. Tenía mi cuartito con el gancho en el techo, un caballete de tamaño reducido, una pequeña rueda y un conjunto de tenazas, sierras y taladros adecuados a mis manos de niño.

Una vez que el tío Enzo me dijo: “Buen trabajo”. Había desollado un perro sin dejarlo morir y tenía en mano el corazón que palpitaba todavía. Estaba tan emocionado y tan orgulloso de mí mismo que cuando el tío Enzo se había ido, colgué el corazón al perro para mantenerlo vivo una hora más.

Pero el vil perro murió.

¡Abajo los perros! Le devoré el corazón, crudo.

Llegó el momento de mi primer ser humano.

Era un terrorista que no se había inclinado al paso del rey.

Sabía que el tío Enzo me espiaba y fingía de ocuparse de otra cosa. Con esta prueba se demostraría si había entendido rápido si lo sabía hacer y si valía la pena continuar con mi adiestramiento. Me concentré para no cometer ningún error.

El hombre tenía una hemorragia y si hubiera insistido con eso que estaba haciendo lo habría perdido antes de dar inicio a la gran maniobra.

Él estaba gritando estupideces e insultó al rey y yo no podía permitirlo, me encontré con mi primer dilema: ¿Le corto la lengua, sí o no?

Nunca es un buen inicio, porque intervenir a alguien que no grita impide dar un buen ejemplo a los otros que están en lista de espera: en donde sea, ninguno podía permitirse ser maleducado con el rey.

Dedí cortarle solo un pedazo de lengua y cauterizar la herida con el fierro candente, así habría podido gritar pero no hablar.

Era una intervención delicada pero debía realizarla en forma egregia.

Evité amputaciones y lesiones profundas y no desperdicié una sola gota de sangre, procediendo con trituraciones difusas, extracción de los ojos, apretujamientos varios y quemaduras de los pezones, del pene y los testículos. También le puse un hierro al rojo vivo en el ano, para hacerle comprender cuál era mi opinión de sus consideraciones.

Tan pronto perdió el conocimiento, lo eché el agua salada mezclada con cal. Me las arreglé para hacerlo durar cerca de seis horas. El tío Enzo, con un golpe en la cabeza que me envió directo al pavimento, me hizo entender que había sido contratado como ayudante.

Ya no era un niño a la caza de animales domésticos, me había convertido en un hombre. Que podía comer carne verdadera como los otros verdaderos hombres de los túneles. Y que tenía tanta hambre atrasada y tanta voluntad de mostrar a todos cuan efectivo era.

¡Viva los hombres verdaderos!

Cuando tenía trece años fui capaz de enviar el tío Enzo de vacaciones. Lo inscribí en la cruzada contra los adoradores del Buey, salvajes sin patria y sin religión. Se divirtió muchísimo, antes de ser capturado, hervido, convertido en estofado y servido a los cerdos.

La exuberancia juvenil, el gusto por la experimentación, la curiosidad natural de conocer gente nueva me estimularon a darle un estilo diferente al trabajo.

Hice adaptar la iluminación a mis exigencias, con puntos de luz que crearon rincones sugestivos. Renové el mobiliario y dispuse de muebles, tapetes, mesitas bajas y una hielera, además de una cantina y una despensa.

Aproveché a un prisionero culto, un dramaturgo que había ofendido a las instituciones. Le hice escribir una solicitud al rey. Yo no había tenido tiempo para aprender a escribir y mucho menos quería perder el tiempo. Le prometí una reducción de sufrimiento, sofoqué sus bellas palabras. Le agradecí y le corté la cabeza.

Más tarde supe que el rey se rió cuando leyó mi solicitud, pero solo porque lo había entusiasmado mi iniciativa. Tuve a disposición cinco músicos que ordené desnudos y con la cabeza rapada en el rincón de los huesos.

Hice estampar las invitaciones.

Invitaciones muy exclusivas.
No quería escoria en mi local.
¡Viva la nobleza!

Al inicio, sólo algunos nobles aburridos descendieron las escaleras de piedra resbaladiza en la que había puesto una alfombra de terciopelo rojo. Ellos se mostraron escépticos y snobs, reían y olfateaban botellas de perfume y tiraban sobre su nariz un polvo blanco. Me miraron con altivez y aceptaron el aperitivo con poca satisfacción como si les diera asco.

Después serví la cena.

Pero, ¿qué es esta delicia? Pero, ¿qué es este panecillo del paraíso? Pero ¿qué son estos bocadillos de éxtasis?

Mica, pudiera decirle: Huevos de demócrata, pechuga de puta, nalga de ladrón, hígado de bruja, pulpa de dramaturgo... Mica, yo podría decirle que en el vino había sangre de los desgraciados que ustedes mismos habían condenado y que el pan lo había hecho con la harina de sus huesos. La única cosa importante era que les gustara. ¡Uh, como les gustaba mi cocina!

Debieras correrlos, flojos y despeinados que ya era de mañana. La noche después el local estaba lleno. Había también mujeres.

Bajaron las escaleras gritando cuando las ratas se movían entre las piernas envueltas en seda. No fueron menos los caballeros. Comieron, bebieron, lanzaron chillidos de satisfacción, dieron sugerencias idiotas, probaron a hacer incisiones en el pecho de los presos más robustos, montaron en calor y debí convencer a una pareja en celo excesivo a retirarse al privado.

Tenía aún cierto decoro.

¡Viva yo!

Después de quince días vino el Rey.

Sólo es una visita de control, dijo. Solo para asegurarse que los prisioneros fueran tratados con humanidad. En realidad, había escuchado decantar mi cocina y un glotón como él no había resistido.

Comió como rey.

Se corrió la voz. Todos los nobles quisieron degustar mis platillos ahora famosos: Cocktail de turcas, Flan de ojos amortajados, *Bourride* de mordaza, Garrote *à l'etuvéé avec* salsa de cogote, *Soufflé* de cuello espinado a la *biscaiënne*, *Mousse di aplastacabeza*, *Fricandeau* de libertino empalado...

Me lanzaron monedas de oro como si lanzaran arroz a un matrimonio herético y me volví rico. No sabía qué hacer con el dinero y las monedas apiladas en un rincón oscuro donde permanecieron hasta mi muerte cuando mis ayudantes se mataron uno a otro sin que ninguno sobreviviera.

¡Viva la pobreza!

Visto que el tío Enzo no regresó de la Cruzada, fui designado para ser el primer verdugo y el primer cocinero real. ¡Viva el Bastardo verdugo real! Viva el Bastardo cocinero real!

Con el doble cargo no comenzó un futuro brillante para mis fines. Por desgracia, el trabajo no significó ya nada. Corta, despelleja, descuartiza, rostiza, arranca, quema, aplasta, pon a hervir, agrega aromas, cuele la salsa, experimenta nuevos platillos, estofado de ajusticiado todavía vivo... siempre las mismas cosas. Tenía tres asistentes, se habían vuelto expertos, siempre más veces dejaba que hicieran todo ellos.

A los diecisiete años me sentía ya viejo e inútil. ¿Por qué no lo graba disfrutar del éxito?

Dormía poco. La gritadera de los prisioneros no me hacían más que ninna nanna. Se habían vuelto una obsesión. Como el batir de una preocupación en el silencio de la noche.

Me levantaba y me quejaba: “¡Gritadera! ¡Siempre gritadera! Basta de gritar! ¿Esto es vida? Y siempre esta pestilencia de cocina!”

Me levantaba y mataba a alguno, pero otros gritaban más convencidos.

Entonces huía a los túneles profundos y dormía con las ratas. Dejaba que me probaran aquí y allá, en recuerdo de los viejos tiempos.

Fue en ese estado de ánimo que sentí curiosidad por mi clientela. Los caballeros y damas eran diferentes a los presos y mis asistentes: noapestaban, se movían con gracia, hablaban piando, reían arpeggiando y no dejaban nunca de hablar y de reír.

Me senté a escuchar las conversaciones.

Parecía increíble que en el mundo de arriba existieran todas las cosas de las cuales hablaban. Había creído siempre que el mundo de arriba fuera más o menos como el mundo de abajo, un subterráneo derramado: por el contrario al escucharlos había maravillas para perderse en sueños a ojos abiertos, como un laberinto. Buscaba imaginar carruajes, bosques, tapices, lagos, selvas, galgos, cristales, cañones, palacios.

Me di cuenta de que aún no había conocido el mundo real, aquél en donde había luz del cielo.

Era como una mujer que jamás había conocido.

Pero sí, seguido se hacía sexo con las prisioneras, antes y después. Entendí, que había otro tipo de sexo que podía durar más de un minuto y que se hacía con calma sin desgarrar.

Se llamaba amor. Cuando disfruté la dama que había estado tan inconsciente para apartarse de mí, descubrí un nuevo gusto. Me encantó. Su carne no sabía a sudor, orina y terror. Deliciosa. Me la cociné de noche en una soledad frenética.

¡Viva el amor!

El rey me quería como cocinero personal. Está bien, respondí. La orden había llegado en el momento más oportuno. Tal vez me aburriría menos en el mundo de arriba. Había logrado aceptar a ojos cerrados también otro encargo. El rey había perdido apenas a su último catador y yo lo remplacé al momento. Más que un trabajo me pareció una diversión.

Tuve que cambiar mis hábitos, y tarde o temprano tuve que cambiar también la indumentaria que había llevado por años sin quitármela. Debía también bañarme todos los días. Me lamenté por el desperdicio de agua, pero entendí que todo debería ser desperdicio, por otro lado no sería digno del rey. También los catadores habían sido un desperdicio: 15 en un mes. ¡Un mes!

Me asignaron una habitación y también me pareció un desperdicio. En la habitación había incluso muebles y dije que habría sido un desperdicio, porque no tenía necesidad. Me mandaron una mujer y, apenado, le dije que era un desperdicio porque yo siempre me había arreglado solo.

Entonces me sorprendí de mí mismo: Superé al momento el embarazo haciendo con ella aquél nuevo tipo de sexo en el que la mujer permanecía viva.

Entre tanto desperdicio, tomé la oportunidad de avanzar en mis solicitudes: todos los días tenía que conseguir carne fresca desde el túnel. ¿No de las carnicerías reales? No, sólo de los subterráneos. Pero en los subterráneos no hay establos y pollos y ni siquiera bosques para cazar ciervo o jabalí!. A quien le importa, quiero carne fresca de los subterráneos. Fui satisfecho.

¡Viva la carne fresca!

Hubo un aquelarre de envidia que nos habría querido muertos a todos. Al menos dos muertos, el rey y yo. Los venenos en las viandas fueron redoblados. Como accidente... lo hicieron no sé... dado que las carnes llegaban directamente de los túneles. Y luego era yo el único a manipularlas... Pero aquello era un mundo hecho así: Espías, conspiraciones y venenos.

Debía tragar las sustancias más tóxicas, fabricadas por alquimistas en laboratorios en los que estaba prohibido entrar. O adquiridos por los comerciantes procedentes de África, de la India o de quién sabe qué diablos de lugar.

Bebía y comía sin arruinar mi estado de ánimo. Ningún veneno me era mortal.

Debía agradecer el adiestramiento que sostuve en mi primera infancia, cuando fui destetado con carne y orina de rata de alcantarilla. El efecto de los venenos se manifestaba solo con migraña, mal de estómago y mareos.

Pero en cierto modo el rey se alarmaba.

Finalmente el rey podía contar con un catador estable, que no vomitaría sobre él y habría sobrevivido el desayuno. Estaba en su gracia. Era poderoso. ¡Viva todavía el rey!

Fue en ese momento que algunos malditos funcionarios descubrieron el origen de la materia prima de mi cocina. El escándalo estalló. Fui arrestado y encadenado en el sótano, entre mis ayudantes aturdidos. Quedé encadenado solo tres horas. El rey en persona vino a liberarme. Había convocado de urgencia al consejo de ministros.

La deliberación había sido votada por unanimidad: que retomara al instante mis funciones y mis honores, porque a mi cocina no se debía renunciar.

Estaban intoxicados, los dandys. La carne de torturado los había drogado. No podían hacer más sin mis desgraciados. La proclamación de mi cocina como buena, sana y metafórica de la verdadera justicia convenció también a los últimos recalcitrantes: Un bistec de herético alargaba la vida a la sangre.

Las solicitudes aumentaron y se volvieron excesivas. ¡No había en el reino tantos pecadores para torturar y ajusticiar!

Ve con el rey y le dices: “Rey, ¿no te parece tiempo de hacer una guerra? Tengo listas nuevas recetas para los pueblos que habitan en los reinos vecinos. Para chuparse los dedos”.

No quería una pequeña guerra de unos pocos miles de hombres, que podía hacerla solo, una guerra mundial, en modo que se fuera de viaje. Habría conocido otros usos y costumbres de combate, asesinato y tortura. Y porque no, también de cocina. Me habría divertido tanto.

Partimos. El pueblo nos saludó festivamente. Después de tres días vencimos la primera batalla. Una montaña de cráneos.

Después de seis meses el rey estaba cansado y quería hacer la paz para regresar al castillo. Yo había previsto al menos cinco años de guerra y me enojé y proteste y él me amenazó y yo comprendí que él siendo el rey y yo un súbdito no me podría divertir como quería.

Lo maté. No lo hice de noche o a traición. Lo maté delante de todos cortándole la cabeza con un fuerte golpe preciso. Era un profesional. Grité: “¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!”. Le quité la corona y me la puse en la cabeza. Luego, colgué el cadáver en el gancho, lo hice pedazos y cociné. Fue un banquete muy ruidoso y los presentes no sabían qué cosa decir o hacer. Lo había vencido. Muchos se emborracharon para evitar tomar partido.

Muchos se mataron entre ellos.

Maté a los sobrevivientes. Maté también a los hijos de los nobles asesinados, sus damas, luego a los dignatarios, a los pajes y en fin a todos los que me daba por matar.

Luego tomé al pueblo y los lleve por el mundo a matar a todos los que encontrábamos.

Encontramos tanto y tantos que matamos. Después de un año no quedó ninguno para matar. Habíamos sido reducidos al hambre.

Subí a la cima de la montaña. Estiré la mirada a cada uno de los cuatro puntos cardinales. Vi columnas de humo subir en remolino. El mundo era mi prisionero y yo era el catador. Pensé: “mundo, te has puesto mal. ¿Qué haré de ti?”.

Bajé de la montaña y ordené prepararse para la marcha. Se regresaba a casa. Fue un viaje silencioso. Los más fuertes devoraron a los más débiles. Cuando llegamos al castillo, fuimos recibidos por un silencio sombrío: toda la piel y los huesos, todos locos y salvajes.

Fui abajo al sótano, y maté a los pocos prisioneros aún con vida. Di un suspiro de alivio y satisfacción.

Estaba en casa.

Fui hacia abajo en las mazmorras más profundas y me fui a explorar las entrañas del mundo.

Y aquí estoy.

En esta oscuridad, en este silencio, en este enjambre de pequeños ojos crueles, en esta verdad de la vida que devora la vida, ahora me siento feliz.

Todavía estoy recorriendo los intestinos donde los sueños son pesadillas. De vez en cuando reaparezco en la superficie para darme cuenta del camino recorrido. Soy una flor venenosa que florece de repente en una plaza del pueblo, en un pastizal, en una calle, en una casa... Veo alrededor mujeres que preparan el almuerzo, niños jugando, hombres que trabajan... Mato y devoro todo lo que veo y regreso al laberinto de mi pensamiento oscuro, buscando la ruta al corazón del mundo que quiero devorar. Crudo, como el corazón del perro que no había vivido lo suficiente para satisfacer mi placer. ¿Cuánto viviré? Bajo mis pies fluye un reguero de sangre y fango pero aquí no fluye el tiempo. Ya he sido arrojado a la eternidad.

Me nutro de la humanidad que siempre se ha nutrido de sí misma. Así me han enseñado. Quisiera sólo a alguien a quien pudiera transmitir mi arte. Pero entonces, él devoraría a su maestro.

Estoy bien solo.

Todo el resto es comida.

NINSKIJ: EL ESPECTRO DE LA ROSA

MAURA DEL SERRA

Personajes:

Vaslav Nijnskij

Sombras

Voces

En el interior con paredes blancas; en la izquierda una ventana una ventana con una barandilla de una cruz griega; en el alféizar de la ventana, una planta seca de rosas en florero y un tazón; una puerta a la derecha, y al lado una cama baja con la almohada. Un resplandor rojizo y el zumbido de las voces de la habitación de al lado. A lo lejos se escucha la sirena de una ambulancia. Nijnskij, en medias negras con camisa blanca con mangas anchas, está sentado con las piernas cruzadas en el centro del escenario. Mientras habla, el sonido de la sirena y la luz crecen, mientras que las voces desaparecen.

NIJNSKIJ (con voz reflexiva, intenso, ha pausado): La muerte se acerca, porque quería que viniera. Me decía a mi mismo que no deseaba vivir. No he vivido mucho. Era feliz, pero decían que estaba loco, que era malo. Pensaba estar vivo, pero no me dejaban en paz.

No vi nada. Todo a mi alrededor está vacío. *(El sonido de la sirena está muy cerca; N. Se levanta, toma el recipiente de la ventana, y riega el rosal, mirando con ansiedad hacia fuera, de vuelta al centro de la habitación y grita)* ¡Romola! ¡Romuska! ¡¿Por qué hiciste llamarlos?! *(Señalando con el dedo a la audiencia)* ¡¿Han sido ustedes?! *(La sirena está en silencio. Va a la puerta y se acerca, abriendo los brazos)* ¡Romola! *(De vuelta en el centro, más tranquilo)* Lo sé, tú lo crees. Ellos también lo creen. Es porque piensas mucho, Romuska. Todos piensan mucho. Pero yo pienso poco; no puedo enloquecer. Sé lo que soy. Entiendo lo que siento. Siento a través de la carne. Soy Dios, si lo siento.

Soy Dios en carne y sentimiento. Soy simple como la naturaleza. Soy solo y simple. (*Se ríe suavemente*) no tengo modales como tu, Romuska (*hace una reverencia*); o como ustedes queridísimos señores, que llaman a los médicos para no ver, para no escuchar. Yo no tengo cultura. Dios no es cultura es sabiduría. Los hombres son gusanos en el cuerpo del mundo; el mundo es un gusano en el cuerpo de Dios. Ustedes pretenden admirar a quien ama a los hombres, pero en realidad piensan que está loco. Oh sí, tienen razón: No es un loco inofensivo. Es un hombre en un millón, una nube de hombres. Yo soy un hombre en un millón: Todos aquellos que han muerto. (*Música de "Lili Marleen"*)

La guerra ha terminado, usted dice; todo va a ser reconstruido, dices; el campo, la ciudad, las fábricas, los teatros, la dulzura de vivir. Pero ni siquiera uno de aquellos millones de corazones. No sabemos reconstruirlo, no podemos. (*Grita*) ¡Y ahora no pueden examinar mi cerebro! (*Tranquilo, casi irónico*). Antes debo examinar su mente. Ustedes saben cómo se mata. Deben escoger: o matan la mente, o matan la vida. (*Le da la espalda a la audiencia, mientras que la luz se reduce. Canciones tradicionales rusas. En el fondo, la sombra y la voz de Thomas Nijnskij, que mueve las manos con cadencia*), "Eleanora, ven a ver *pas de trois* que he creado para ellos. Ve Vaslav: ¡Es talentosísimo un prodigio natural! Haremos giras por toda Rusia. Él será lo que no pude ser yo: un gran profesional, ¡tal vez un solista del Zar!" (*Sombras y rumores de Eleonora*): "oh, Thomas, yo te seguiré en el mundo, lo sabes. Pero los niños están cansados de esta vida de gitanos. Deberíamos tener una casa, una escuela... ¿Yo? ¿Qué te hecho? No, ¿qué dices? No es verdad que estoy siempre triste. Soy estúpida. Son estúpidos, eso es... (*llora*) ¿Quién eres? ¡Thomas, no me dejes, por favor! ¿Qué será de mí, de nuestros hijos? (*Con dolor moderado*) Sí, me he marchitado... ya no tengo ningún encanto más para ti, desde cuando dejé de bailar. Lo he hecho todo por ellos. ¡Thomas! (*El fantasma de Thomas Nijnskij viene con un gesto despectivo. No es un gesto hacia la al fantasma de Eleanora, ahora ocupado en la estufa. La música suave, sincopada. Fantasma de Eleanora*) Vaslav, ponme la harina allá en el armario... y los huevos y el azúcar sobre el estante. Sí, hoy hago el pastel, es domingo. A los pensionados les gustan mis pasteles, ¿verdad?

Cierto, tesoro, ¡es también mérito de tu ayuda! Eres un buen muchacho, Wacio. (*Suspira*) Si sólo te aceptaran en la Escuela Imperial

de Danza... serías una bendición, y no sólo por el dinero. ¡Wacio, deténla con esa resortera! ¡Acábala, pestecilla! ¡Deténla te digo!”. *(El fantasma de Eleanora salió cubriéndose la cabeza con las manos y riendo, como perseguida. En la sombra de N. niño, gritando alegremente):* “¡Me han escogido mamá! Lo hice Soy un alumno de la Escuela Imperial *(serio)*. Ahora yo te pensaré en Stalinsav y en Bronia. No tendrás más deudas, ni tendremos más hambre”. *(Lo rodean fantasmas de amigos sonrientes que cantan en coro):* “Chi-nos! Chi-nos! Ca-ra tar-ta-ra! Zi-to-nne! Niño del profesor! Niño di Shaljápín!”. *(Voz de uno de ellos, que llega de paso):* “¡Huyamos está el supervisor!”. *(Todos huyen. Luz roja-naranja, Voz del bajo Shaljápín en el aria de la locura y muerte de Boris Godunov). La voz se esfuma; N., levantando los brazos):* “Fjódor Michailovic, yo quiero ser como ustedes, un caballero de la Santa Rusia”. *(Voz del maestro Cecchetti):* “Estudia muchacho, estudia” *(En bajo fondo, gritadera y alboroto de locura)* Sigue las lecciones de Petipa, en lugar de los discursos de Pavlova y de Karsávina. Ustedes son los artistas: No tienen nada que hacer con revueltas y huelgas, vean, lo dice Cecchetti. *(Grita más fuerte)* “Todavía tumultos! ¡Comienza mal, este mil novecientos cinco! Arriba, retoma del principio. ¡No será la Santa Rusia que hará de ti un grande pero tus piernas y tu cerebro” *(Grita mezclado su sonido con el del del piano):* “Viva la revolución! ¡Vivan los obreros! ¡Queremos pan! ¡Viva el papa Gapón”.

(El piano se detiene de golpe. En el fondo aparece el fantasma de N. Con los libros bajo el brazo y algunos cosacos a caballo que separan y golpean con bastones a los pobladores tumultuosos; una voz grita): “¡Hermanos, no se golpeen por el amor de Dios!” *(Mientras N. queda inmóvil, su fantasma se lanza en su ayuda; un soldado lo golpea en la cabeza Ruido en el fondo. En la escena, N. se repliega recoge en rodillas apoyándose la cabeza. Golpes sordos y cadenciales. Voz recitante f.s.):* “Veredas de gente en fuga. Se hace ruido” / El día no logra sostenerse. / Al ruido de una descarga / responde / otra descarga de las barricadas. / Yo tenía catorce años. / Pronto voy a tener quince años. / Estas jornadas son como un diario. / Sus leyes, abriendo al azar “. *(En bajo fondo la voz de Cecchetti que corea muchas veces: “Uno, dos, tres, cuatro...” y desaparece. Los disparos se convierten en los latidos del corazón, la luz se vuelve suave y rojiza. N. se levanta, como tomado por una mano. En bajo fondo, música de*

baile, carcajadas, tintineo de copas, etc. Voces acariciantes y sensuales de mujeres de varios puntos de l escenario): “Y entonces, guapo, ¿quieres conocernos?”. “¿Te gusta la fiesta del príncipe?”. “¿Quieres estar sólo sobre ese sillón toda la noche? Ven, gorrión cillo allá hay uno más cómodo... Anda, no le hagas al monje, ¡he visto como me mirabas! Vamos a mojar el bizcochito... ¿Mueres de ganas, eh?”. “¡Muchachas un poco de tacto! ¿No ven que es su primera vez?”. (Ríen; N. Vaga por el escenario como empujado de aquí para allá, con gestos entre la repulsión y el deseo, los brazos tensos y los cabellos descompuestos. Se detiene, acostándose en una pared lateral, mientras resuena la voz imperiosa de Diaghilev): “¡Fuera estúpidas perritas! ¡Vuelvan con sus parejas, déjenlo en paz!”. (Aparece el fantasma de Diaghilev que se acerca a N. Y hace el gesto de recomponerle delicadamente los cabellos y sus ropas; después, con voz tierna): “Soy Diaghilev, Serghei Pavlovic para los amigos... para ti Serjoza, si quieres. Es como si te conociera desde siempre. Vaslav, ¿puedo llamarte así, verdad? Pero qué ojos tienes... tabernáculos de secretos... Ven muchacho, vámonos de esta orgía vulgar. Tengo muchos proyectos para ti... para nosotros. Sobre mi honor, Vatzá, haré de ti una estrella. Todo el mundo te admirará y te amará hasta la locura. ¿No sabes que soy un hombre de honor?” (Música envolvente; la luz baja, mientras el fantasma de Diaguilev se confunde con a la figura de N. Luz sobre N. Que, moviéndose en torno al centro del escenario, recita lentamente, con voz en rasgos temblorosos pero fiera): “No puedo llamarte pro nombre, porque no tengo un nombre para darte. No quiero que tu pienses que soy nervioso. Estoy en grado de escribir en calma absoluta. No te temo. Se bien que en la intimidad no me odias. Yo te amo como se ama a un ser humano, pero no quiero nunca más trabajar contigo. No estoy muerto, quiero que lo sepas. Estoy vivo y trabajo porque Dios vive en mí y no en él. Tú amas a quien se humilla delante de ti. Yo no lo haré. No quiero tu sonrisa, está muerta. Tu tienes cerebro pero no tienes sentimientos. Conozco todos tus trucos. Cuando estaba contigo, casi siempre fingía de estar nervioso pero no lo hacía por maldad. Estaba Dios conmigo, pero tu eres una bestia, no entiendes el amor. (Pausa) Ahora soy tuyo porque soy mío. Amo pero no soy carne y sangre, soy alma. Tú no has querido entenderme para vivir conmigo en amor de alma. (Amenazante) Te deseo... (tranquilo) Te deseo todo el bien”. (La luz

sobre N. *Se atenúa el rumor de sillas movidas en la otra habitación.* Voz de Kyra, *ansiosa y angustiada*): “Esperen un momento, señores, se los ruego... No pudo ser su respuesta definitiva. Profesor Freud, dame una esperanza!”. (Voz masculina): “No somos, señorita Nijnskij. Su pared es incurable. Ni siquiera el psicoanálisis puede hacer algo en su caso. Lo lamentamos. “. (Voz de Kyra, c.s.): “Usted, profesor Jung, con su nuevo método de análisis.. pruebe todavía, se lo ruego, restitúyalo así mismo, a su arte!”. (Otra voz masculina): “Lo lamento tanto *mademoiselle*. Este es el primer caso después de muchos años en el que me encuentro nuevamente da cuerdo con el profesor Freud; pero no me alegra, créame. El síndrome esquizoide está muy avanzado. Es prisionero por siempre de las Madrinas” (Voz de Kyra, c.s.): “¿Y usted, Dr. Ferenczi...? No, no digo. No quiero oír esa palabra “. (Se echa a llorar voz masculina): “No la repetiré, *mademoiselle*. Pero lleve a su padre a aquella clínica de Londres que le aconsejé. Ahora que Hitler ha caído, tampoco el régimen de Stalin los perseguirá más”. (Acordes de piano que desaparecen, convirtiéndose en golpes discretos a la puerta. N., que durante el coloquio precedente se había arrodillado delante al lecho, repitiendo suavemente): “Todo el bien.. todo el bien...” (Se incorpora, escucha, va a la ventana, ve afuera y se retira rápido. Después tristemente). Le ha llamado de nuevo, Romuska... Eres tu quien lo trae aquí todos los días a arrancarme el corazón, el corazón del alma... (grita) ¡Lárgate!”. (Fantasma y voz de Kyra, seguida por un fantasma masculino que tiene en mano unos papeles): “Papá, cálmate, soy yo... Te he traído una visita, un amigo que quiere hablarte. Espero allá. Llámame si me necesitas...” (El espíritu masculino se sobrepone a aquél de Kyra, al centro del telón, creciendo en dimensiones. N. Lo analiza, luego retrocede : en voz baja) No soy más el Nijnskij de los Ballet Rusos. Soy el Nijnskij de Dios. Ninguno de ustedes puede hablarme, si Dios no los bautiza en fuego. (El espíritu, hablando con ánimo acalorado, como temiendo de ser interrumpido). Veo con alegría que me reconocen, Vaslav Fómich... Sí, soy Leonid Mjashin... ¡Massine! Cuanto tiempo, jeh! Casi treinta años. Cierto, habría debido venir antes. Pero sepan que los compromisos de trabajo, *le tournées*, luego la guerra, la compañía para reorganizar... El mundo se ha vuelto pequeño, pero la danza está todavía fundada en el sacrificio personal, como en sus tiempos... en los nuestros, quise decir. He apren-

dido mucho de ustedes, entonces... También Serghej Pavlovic, paz a su alma. Lo dije a Cecchetti... ve, ¿lo recuerdas, verdad, el maestro Cecchetti? Cuando me descubrió en una escuela privada, me llevó con él y le dijo: “Enrique, enséñale de prisa todo lo que sabes, hazlo danzar como Nijnskij”. (*N. Volteado de espaldas*) Oh, discúlpame, tal vez no debería recordarles... pero ahora, pensaba que... (*Pausa embarazada; N. Avanza lentamente hacia el proscenio, mientras el fantasma crece todavía de dimensiones*) Heme aquí, he venido para pedirles si pueden ayudarme en mi proyecto; tal vez su mujer les habrá dicho... Estoy reconstruyendo los antiguos Ballet Rusos; quiero diseñar una reestructuración para el nuevo público de estos años. Sepan, ha renacido un interés enorme por las vanguardias de entonces; es un regreso a los orígenes, una necesidad de reencontrar la identidad cultural europea... También Stravinski y Schönberg están dispuestos a colaborar... Esto es en sustancia lo que les quería decir, si tienen otros diseños de las viejas escenografías de Bakst y de Benois, otros a los que su mujer me ha dado...” (*Alza la mano que tiene las hojas; N. Sin mirar, con tono dulce*) Pero cierto, Leonid. (*Corre hacia el fondo, mientras la sombra disminuye velozmente de dimensiones; hace el gesto brusco de arrancar de la mano al fantasma, los papeles y de romperlos. Ruido en el fondo; N. Va hacia el lecho, toma las hojas con los dibujos y los muestra al público. Con vehemencia*). No son aquellos los verdaderos dibujos, son éstos. (*Música wagneriana: “La muerte de Isolda”. Se vuelve rápido indicando el fondo en donde aparecen en sucesión dibujos surrealistas en colores violentos, con figuras de animales y humanos en un vórtice expresionista de líneas concéntricas; La imagen se fija sobre el dibujo a la Redon de una gran mariposa con la cabeza de N., amenazada por las garras de una gran araña con la cabeza de Diaghilev. La música desaparece.*) Es esta el alma de los ballet rusos (*Irónico, como declamando*) Los ballet rusos de Serghej Diaghilev, ¡señores! (*Desesperado*) El alma de la Rusia prisionera de sus historias para siempre. (*Lentamente*) Estoy con el que muere cuando no es amado. Sin embargo, él dice que me ama. Cada noche, me dice cuando duerme. Él entra, y luego... (*Hace un gesto brusco, como para defenderse, luego se ríe, frívolo, la luz clara en N.*) Oh, todo el mundo dice que me ama, todos adoran al Dios de la danza. (*Confidencial y malicioso*) Sepan, que ayer en Venecia, Isadora Duncan me ha pedido

que tenga un hijo con ella. Lo pide a todos los artistas celebres de Europa. Danza libre, amor libre... Pero yo no puedo, porque ya tengo un hijo, ¿verdad, Romuska? Quise decir, una hija... Kyra, mi pequeña Camargo. Tiene diez dientecitos y apenas escucha sonar un organito se pone a bailar... (*Sonido de organito de Barbena: en un cono de luz rosada, N. Baila como teniendo a la pequeña Kyra en brazos, cantando tiernamente.*) Su amabilidad, gatito mío, chiquita mía... (*La luz se vuelve blanca y el tono de N. Frívolamente divertido*) Serghej, ¿recuerdas aquél poeta italiano en Venecia? Se parecía a ti: también él se creía un zar... ¿cómo se llamaba? Danun... ¡D'Anunzio! Apenas nos conocimos, me dice: “¿Usted es Nijnskij? Por favor, báileme lo que sea”. Yo le digo: “Por favor escíbame lo que sea”, para estar iguales. (*Ríe; luego serio*) Él no era simple. Pensaba mucho, no me escuchaba, no escuchaba a ninguno. Era hermético en un panal de palabras, palabras, palabras... ¿Eres Nijnskij? (*Inclinándose*) Soy Nijnskij. Cuando bailo, en Praga, de puro entusiasmo hacen pedazos los sillones del teatro, lanzan sobre el escenario todo lo que se pueda imaginar: flores, ropa, objetos. En Budapest los estudiantes desprenden a los caballos de nuestro carruaje y nos llevan en sus espaldas al hotel. Todos esperan mi gran salto final en el “Espectro de la Rosa”. Cada noche, media hora de aplausos. Pero yo estoy cansado: no soy un resorte, soy un artista. (*Reflejos de luces multicolores sobre todo el escenario; N. se mueve con pasos de danza, un rumor lejano de aplausos que se transforma en tintinar de monedas. Voz triunfante de Diaghilev:*) “Veinte mil francos de oro en la noche, dos millones de francos este año, ¡Vatza! Entiendes, he tenido que gastarme tres. En el momento no puedo pagarte; pero Aga Khan me ha prometido... “(*desaparece; N. Grita:*) ¡No quiero dinero! (*Más quedo*) No amo el dinero, Serjoza. Amo la vida, el ritmo de la vida en el mundo, en la gente. Quiero que me escuchen cuando bailo que creen conmigo la belleza, la verdad. Pero usted tiene que pagarme. Tengo que enviar trescientos francos a mi madre y mi hermano, en Petersburgo. Lo sabes, está loco desde cuando tenía diez años. (*Como entre sí*) Sé cómo se le habla a los locos. Pero a mí me dejaron en paz porque bailo bien. (*Al público, moviéndose hacia el proscenio*) Sé que te gustan los tipos extraños, te divierten. “Ustedes son los pobres, Dios es el rico. A los pobres no basta regalarles dinero y comida. Se necesita darles la vida. Yo les doy la vida: yo. Soy el regalo de

Dios. (*Voz de Diaghilev*): “El Aga Khan me prometió quince mil francos por tus cuatro minutos de solista, en su fiesta de Londres. No puedo rechazarlo, Vatzá. Estarán todos: La familia real, la nobleza, los embajadores, la prensa... no, a la prensa no la invitaré, porque la marquesa me dijo...”. (*Desaparece la luz deslumbrante. N., al centro del escenario, con brazos abiertos, con pathos e intensidad creciente*) Bailo, vuelo. Me dicen el hombre pájaro. Un remolino de polvo en un rayo de luz. Me deslizo en el escenario como una barca en el mar, en espirales que pulsan envueltas a sus miradas. Bailo, soy mariposa. Sobre las alas tengo el polvo de todos sus sueños. Salto, vuelo, estoy en el aire lo más que puedo. Luego... (*La luz cambia de golpe, convirtiéndose a rojiza*) abajo, dentro, el ritmo obediente de la tierra, dentro de sus venas magnéticas; sus venas pulsantes de mi. Soy ritmo, todo es latido, ritmo, vuelo de deseo. Cada cosa para existir danza. Rosa y oro, una perla radiante: soy la perla de tu anillo, Romuska. Te lo di en Río, cuando nos comprometimos. Salto, reboto en el aire buscando mi hilo celeste... (*Se para en el proscenio; con un gesto de súplica*) ¡No, no aplaudan! Se equivocan. Nunca he alcanzado el hilo que me movía, que nos movía a todos... Cuando entraba a escena, lo sentía formarse en la espina dorsal. Helo aquí está detrás de la música, las figuras y los colores. Cuando me detengo sobre la última nota que está allá, sobre aquella gota de torbellinos, sospecho... No, no aplaudan, ¡no griten! (*La luz cala; queda iluminado solo el rostro de N., que prosigue lentamente*). Ha desaparecido. Arruinado en la carne, en mil pedazos. Soy músculos hinchados, martillo dentro del pecho; soy sudor; corolas desenfundadas... Como cuando el, sobre de mi... dentro... (*Luz roja púrpura, que crece gradualmente*) No! Soy el Nijnskij de Dios. Estoy inmóvil, estoy en comunión. Soy el grano en el regazo de la tierra. La partícula en la ostra, que da vida a la perla. El hijo que hace nacer su madre, su padre... su padre que ha regresado... para siempre. Que lo abraza con fuerza, con tierna pureza. Soy mucho más chico que él. Mi cuerpo pequeño yace en sus brazos. El alma ríe y danza en aquella fuente, en el bien desconocido que me conoce todo. El cielo abajo en el fondo de la tierra; el agua claroscuro sobre los cielos. Danzo como un árbol, o un pájaro que duerme. Danzo hacia el origen del respiro y del movimiento. Inmóvil, me convierto en esto que soy: una estrella (*Música del Petruska de Stravinski; con vivacidad*) Soy Arlequín,

el siervo patrón de los patrones. Soy Petruska, el genio de mi pueblo, el *muijk* siempre vencido, siempre oscuro, inmortal. Soy el fauno, la aurora de la conciencia humana... de tu conciencia sin velos y mentiras. ¡Basta con el falso sublime romántico! ¡Basta con aquella gracia mórbida y desabrida, con Giselle y las Sílides el claro de luna y los cisnes! El Ochocientos ha terminado. El Novecientos pide otra forma: líneas rectas, angulosas, cadenciales, directas, dispersas, pies de plomo a tierra. Geometría del caos, lenguaje de la energía. Antes de Apolo, antes de Dionisos, antes de Orfeo, del canto, de la gracia. Un viaje desde lo alto en lo profundo a los orígenes. (*En el cuarto se escuchan carcajadas*) ¿Ríen? Sí, hubieran reído también ayer por la noche, al inicio de mi Fauno. (*Ríe y guiña un ojo*) ¡Una hermosa batalla fueron aquellos doce minutos! (*Música del Apré-midi d'un faune de Debussy. En el fondo a las paredes, una locura de sombra que grita, lanzando objetos*): ¡Bravo! ¡Ridículo! ¡Perturbador! ¡Inaudito! ¡Bufón! ¡Espléndido! Etc. (*Silbidos y aplausos, sobrepasan la voz triunfante de Diaghilev*): “¡París, Berlín, San Petersburgo, Nueva York, Constantinopla! Toda la Europa habla del Fauno, Vatzá!. (*Al centro de la pared del fondo crece una sombra masculina con un periódico abierto; lee complacida*): Quien nos habla de arte y de poesía a propósito de este espectáculo, se burla de nosotros. Todo lo que hemos visto es un fauno inconveniente por los movimientos viles de la bestialidad erótica y gestos de pesada desvergüenza. Esta realidad animalesca, el verdadero público no la aceptará más. (*Tira al aire el periódico y se une a las otras sombras que salen cacareando. Fantasma de un viejo que abraza conmovido a Di N. Vestido de fauno, con orejas en punta y cola*): Soy Auguste Rodin. Te felicito, hijo mío. Tú has dado vida a mis sueños. Ven a posar para mí: quiero esculpir tu estatua. Serás el nuevo David”. (*Las dos sombras se alejan juntas. Sombra y voz de Diaghilev, con ironía e irritación hostil*): ¡Vatzá, termina con aquellas ridículas sentadas a Meudon! Tienes cosas mejores qué hacer que posar desnudo para aquél viejo calvo que te hace beber *bordeaux* a las tres de la tarde: con fines artísticos, claro... (*N. Riendo con maliciosa sorpresa*): ¡¿Estás celoso, Serjoza?! De un gran señor, un hombre del Renacimiento, ¡¿un genio como tú?! (*Se pone serio*) También Fokíne está celoso de mí, desde cuando hice la coreografía del Fauno. Tiene miedo que lo eclipse, me escapé... y tú no haces nada para aclarar el malentendi-

do, de hecho... es como si tú no quisieras que el *ballet* ruso tenga una sola alma. Tal vez quieres que tenga solo la tuya, tienes razón, Romola... Sí, siempre se ha opuesto a la una a la otra: es tu método: lanzas a uno de nosotros bien alto (*hace el gesto del jugador de tenis*) y corres de prisa a la otra parte a lanzar a otro en la misma altura, luego las dos bolas se encuentran y se neutralizan: (*hace el gesto de lanzar bolas con la raqueta, alternando el brazo derecho y el izquierdo en dirección que convergen sobre la cabeza*) Baks (*ruido de pelota*) contra Benois, (*ruido de pelota*) Stravinski (*ruido de pelota*) contra Prokofiev, (*ruido de pelota*) la Pavlova (*ruido de pelota*) contra la Karsávina, (*ruido de pelota*) Massine (*ruido de pelota*) contra Nijnskij. Debías estar en el juego sin perder un golpe: El progreso, la moda (*ruido de pelota*); impresionismo, expresionismo (*ruido de pelota*); futurismo, cubismo. (*Ruido de pelota, que cae rebotando en el escenario. N. La recoge y se retira hacia el fondo sobre el cual aparecen su sombra, en uniforme deportivo y aquella de dos bailarinas vestidas iguales con falda bajo las rodillas y raquetas de tenis mano. La sombra de N. Abraza y besa primero a una, luego a la otra, luego se besan las dos muchachas; en fin, los tres se abrazan con pasión, como bailando con las raquetas alzadas, posición en la cual se detienen. Ruido en el fondo. N., irónico*) el *flirt*: ¡el deporte amoroso de nuestro tiempo dinámico! ¡La máquina higiénica del amor! (*Al público*) Digan señoras y señores, ¿no está tal vez, en la página mi ballet Juegos? (*deletrea*) ¡El trián-gu-lo! Sí... pero no han entendido que es lo verdadero. (*Música de Jeux de Debussy*) La vida que tú soñabas, Sejoza. Extraño; ¿no te reconoces? El tres, la perfección del amor, decías. Yo era tú; las muchachas eran los dos muchachos que querían llevarte a la cama juntos: Vatzá y aquél otro: Pasha, Misha, Kostja... (*ríe*) Pero Vatzá lo rechaza siempre, aquél estúpido reprimido. (*Apasionado*) Su alma de ángel está herida, está por morir bajo de ti. Tú eres el golpe, yo la herida. (*En un cono de luz, tomándose la cabeza entre las manos y como repitiendo una lección*) Amar a las mujeres es una cosa horrible, indigna para un artista... Yo te creo, Serjoza. (*Grita*) ¿Pero por qué?, ¿por qué te creo? ¡Soy prisionero de tu amor feroz! Soy ciego, he visto mucho con tus ojos. Me has robado las lágrimas. No veo, sin lágrimas: ¡un prisionero ciego! (*Voz de Diaghilev, segura y dulce*): Soy yo tu prisionero, Vatzá. ¿Acaso hay libertad en el amor? Yo te pertenezco y tú me perteneces: eres mi obra de

arte hecha carne, mi espejo. (*Música de Sherezada de Rimski Kórsakov con tono más íntimo*) Cuando bailas el esclavo moro de Sherezada... felino, acariciable, imperioso, juguetón,.. tú eres el amor, Vatzá, el eros que crea y destruye riendo... sin ley ni freno, espléndido, superior... Yo sé cuanto te fascina ese espejo de ti. Yo sé que quieres, sé lo que sientes en el fondo. (*N. Sacude la cabeza y se mofa con fuerza*) Ven a vivir conmigo, Vatzá. Deja este hoyo de habitación. Ve por ti, por tu madre, tu hermana. Se parece mucho a ti, Bronia... la haré entrar también a ella en el *ballet*. No tendrás más de qué preocuparte. Ven conmigo, ¿no ves que estas mal? Tienes el tifo, Vatzá. Eres como un niño: has bebido el agua infecta de del pozo. Te curaré, haré venir al medico del Zar: está aquí en París, lo conozco bien. ¿Tienes sed?... Tienes, aquí está la naranja que me pediste". (*Hace el gesto de dar una fruta. N., avanzando hacia el proscenio con la mano tensa como para recogerla, lentamente*): He dormido con la naranja en mano. Me desperté en el hotel de Diaghilev... en su cama. (*Volteó la mano hacia el suelo*) La naranja estaba en el suelo, toda aplastada. (*Voz de Diaghilev, c.s.*): "Eres injusto conmigo, Vatzá. Yo te he dado todo, he puesto a tus pies el mundo entero y a mí mismo. (*Despectivo*) ¿Las mujeres? Tú no sabes nada de ellas". (*N. Rápido e intensamente*): No, nada. Aquí en París paso horas por las calles siguiendo prostitutas. Me enciendo, me avergüenzo, no se decidirme. Las miro entrar con los otros en los portones veo las lámparas rosas en los áticos... Si subieran podría quedarme abajo por siempre. (*Voz de Diaghilev*): ¡¿Las mujeres?! ¿No te basta tenerlas como compañeras en el escenario? Te gusta la Karsavina a lo que he visto. Me decepcionas muchacho. Me obligas a pensar que vales poco. (*forzadamente bromista*) Vamos regresemos a las cosas serias. ¿Yo celoso? ¿Y de quién, de esa? (*Ríe*) Pero si te he pedido yo de llevarla con nosotros, a esa tu pequeña húngara intrigosa... la hija de la gran diva nacional la de Pulskey.

Eras tú el que no la quería: Es una diletante decías... (*cortante*). Otra que es diletante; ha hecho bien su juego la fulana. (*Llama a la puerta, voz de Kyra*: "Papá hazme entrar, debemos partir. Responde, papá, ¿estás bien?" (*N. Se voltea hacia la cama, en sueños emoción, como cuando se acaricia una figura*): ¡Romola! ¡Como eres tan sencilla! Eres tan hermosa como la estrella desconocida de esta noche en el mar. ¡Quédate aquí conmigo, en el puente! (*En el fondo, una*

sombra de Romola sentada a los pies de la de N., que interpreta a Bach en el piano el principio de “Largo, ma non tanto” del Concierto en Re menor para violín y cuerdas Voz de Romola):

Que maravillosa idea, Vaslav Fómich, me permite llamarle así, ¿verdad? Un ballet con música de Bach: danza pura en música pura: ¡geometrías del alma! Sepan que estoy feliz de participar en su *tour-née* en Sudamérica... y doy gracias a Dios por haberme hecho vivir en este tiempo, porque he podido verlos bailar y crear... y existir”. (N., *conmovido se dirige a las sombras*): Romola creo que nosotros dos, pero que cosa tienes ahí? (Romola, Sombra, sosteniendo un pequeño cojín): ? “He aquí, Vaslav... la almohada que te había dado tu madre cuando dejaste Rusia, y que el año pasado se lo olvidaste en el Grand Hotel de Montecarlo. Lo recogí.”. (N. C.s., *mientras las sombras desaparecen*): ¿Quieres que, señorita... tú y yo (*juntan los índices*) Dame la mano (*hace el acto de colocarle un anillo*) El Niño Jesús de Praga te ha escuchado, Romuska. Te he visto en tu camerino: le rogabas toda la noche para que yo te amara. Ahora estamos unidos. Tú debes decirme todo porque el amor es verdad, libertad y tu eres libre. Quiero que tú me ames solo por amor. Si encontraras alguno que siente que puede amar más que yo debes decírmelo. Si soy digno de ti hare todo para hacerte feliz. Yo quiero la alegría del amor, su seno de luz, la primavera del mundo, el espíritu que danza en la tierra y en el agua (*Música de la Consagración de la Primavera de Stravinski*)... Quiero mostrar al mundo la raíz de la vida, las raíces de la Rusia cristiana y pagana, madre secreta de todos los países. (*Sombra enloquecida, gritadera y tumulto. Un hombre grita: Obsceno!*) Y una mujer les escupe encima; dos hombres se baten a duelo, luego se alejan confundiendo con las otras sombras; en primer plano una dama con gafas le dice a otra): “Entonces princesa qué me dices de este nuevo ballet, cómo se llama.. (*lee el programa*) “¿La consagración de la Primavera?”. (*La otra resentida*) ¿Qué te puedo decir? Tengo 60 años y es la primera vez que me sorprende”. (*Salen. Sombra del maestro Cecchetti que llega sacudiendo las manos*): Hijito mío, pero, ¿porque desperdicias tu genio con esta música de gatos enfermos que hace Stravinski? ¿Te la has creído también tú? ¡Tonterías, provocaciones, exhibiciones! Tanto trabajo, sí, ¿pero para qué? ¡Para destruir el patrimonio de la danza! Movimientos disparejos, brutales, nada armoniosos... ¿Crees no tener más compromiso hacia la tradición? ¡Ah qué tiempos, qué tiempos!

¡Es como si no te bastara con querer casarte! ¡Me voy a pensionar! (*La sombra se disuelve, sobre un trasfondo de palmeras, se escuchan ritmos brasileños, que se transforman en la marcha nupcial del Lohengrin; pasan abrazados la sombra de Romola que coloca un folleto*): “Vaslav, ¡finalmente me has abierto! Estaba preocupada... Mira, hay un telegrama para ti, es de Diaghilev... perdóname si lo leí. Dice que viene a encontrarte... ¡después de diez años! Pero quizá te hará bien volverlo a ver... Decide tú, querido” (*Cae de lo alto un folleto rojo; N. Lo recoge. Voz honda y decidida de Diaghilev*): “Londres, veinticinco de septiembre de mil novecientos trece. Recibo de otros la noticia de tu matrimonio. El Ballet Ruso no ha tenido necesidad de tus servicios. No te unas a nosotros. Serghej Pavlovic Diaghilev. (*Ruido completo música oscura. N. Grita*) ¡Mi amor es blanco no rojo!.. ¡La guerra! (*Luces psicodélicas, bajas en las que N. Vaga por el escenario con gestos desesperados; después, con voz dolorosa, mientras la luz vuelve a crecer y a fijarse gradualmente*): En la guerra todos pierden, vencidos y vencedores. Todos estos jóvenes corazones, arrollados sin razón... Todos estos mis hijos masacrados... (*Grita*) ¡Ninguno pudo arrancármelos! ¡Ninguno pudo arrancarme la alegría! (*Más quedo*) El arte vive dentro de mí, también si no puedo más danzar, también si soy prisionero de guerra aquí en Budapest... ¿Cómo? ¿¡Libre?! ¡Libre en la extensión de la palabra?! ¡Finalmente! *gracias*, Excelencia... Gracias, Majestad... Gracias, Santidad. (*Se inclina en varias direcciones: después con voz fija*) Sí, voy a América, el nuevo mundo. Allá hay libertad, fraternidad e igualdad. Los hombres son todos iguales. ¿Es siempre no? Son todos la misma persona. ¿No lo entiendes doctor? Las barreras, las fronteras, las montañas, las odio. Quieren existir, nos hacen creer que existe pero no existen. Lo que separa a los hombres en la tierra no existe, es ilusión. La tierra es la cabeza de Dios; Dios es el fuego dentro de la cabeza. El fuego no se puede dividir en luz y calor. ¿Cómo dice doctor? ¿Es un bonito pensamiento? (*Ríe*) No, yo no tengo pensamientos en la cabeza sino hojas. Soy una hoja, soy una paloma. Soy Tyl Eulenspiegel, el bromista del pueblo, el espíritu de la libertad.

(*Música del Tyl de Strauss; N. hace un guiño al público*) Sí, me colgaron, pero se necesita algo más que matar a un hombre, su esperanza, su juventud.

(*Música de jazz; en la parte inferior, los perfiles de los rascacielos y 10 siluetas de aviones de los años 10. Sombra de N. Que, sobre*

un avión suspendido grita “Ihuuuu!” agitando la gorra. Sombra de la pequeño Kyra que salta y grita): “Papá, papá, llévame contigo” (La música cesa. Ruido en el fondo. N., con los brazos abiertos que cierra lentamente): Los aviones son terribles, Kyra. Destruyen a los pájaros. He volado y he llorado. (La música de jazz vuelve a oírse, Sombra de Charlot, con bombín y bastoncito que abraza a la de N. Bailan juntas, abrazadas; luego hablan; la música cubre las palabras; Charlot toma la mano de N. Y mientras la música se va apagando, hace el acto de leer las líneas, rápido se detiene, gritando): “¡No!, ¡no es posible! Perdónenme” (Sombra de N.): “¿Qué han visto? Díganme la verdad, no tengo miedo. ¿Moriré pronto?”. (Sombra de Charlot): “No, no.. peor, peor...”. (Grito de Romola): “¡Nooo!... (Charlot, con alegría forzada): “Vamos, Vaslav, no lo decía en serio. Los actores bromean siempre con la tragedia, lo sabes”. (Las dos sombras retroceden lentamente hacia el fondo). “Podremos hacer grandes cosas, tú y yo. Tu amas el cine, yo amo la danza. Hagamos un película juntos. Ahora no bromeo, Vaslav”. (Las sombras desaparecen. N., riendo): No bromeas, ¿eh, Charlie? ¿Pero si aquí en América bromean todos, como chiquillos! Todo es un juego, todo es fácil, sin pecado. (Golpes a la puerta) Romola, ve a ver quién es. (Sombra de un sheriff, con sombrero y cartuchera que con las manos a los lados dice solemnemente): “Soy el sheriff de Omaha. Tú y esta mujer están arrestados. Han tomado esta cámara con fines inmorales” (Ruido en el fondo, rumor de un tren. Voz de Romola): “Cinco meses en *tourné* sobre este tren y la niña a Nueva York... Oh, Vaslav, ¿no tendremos nunca una casa nuestra?”. (N., con melancólica fiereza): Tenemos todos los continentes, Romuska, como los pájaros que migran... pero no donde sentar cabeza. (Con fervor, después de una pausa) Yo no vivo en la ciudad del mundo, vivo en los hombres. (Con un suspiro) Regresar a San Petersburgo... fundar mi escuela, mi laboratorio... será de madera esculpida y pintado, como una gran Izba... Pero no. ¿Qué cosa digo? Dejaré la danza, regresaré a Rusia a hacer de monje o tal vez contador. Tolstoi tiene razón: debo salvar mi alma, renunciar a mí mismo. (Luz amarilla-roja; música española y el sonido creciente de castañuelas) Sí, tienes razón... Pero es bonito aquí en Madrid. La corte me ama, las mujeres están locas por mí. (Hace un guiño riendo) ¿Saben?, me roban la ropa interior, como aquellas de Boston... (Se inclina) Oh, rey Alfonso, bienvenido. ¿Cómo? ¿De veras, Majes-

tad, busca imitar mis saltos y mis piruetas cuando está solo? Su país es dulce, late al ritmo del sol. Mi mujer y yo amamos el Prado. Kyra juega en el jardín y nosotros miramos los cuadros y leemos poesía, porque también yo también soy poesía. *(La luz se concentra sobre N. Que se dispone como si estuviera a la escucha; dos voces f. S. Recitan fragmentos poéticos de Wilde y de Tagore)*

Cierto es que alguna cosa ha sido
la más amada por todos un poco
haber caminado de la mano al amor
haber visto alguna vez sus alas
púrpuras revolotearte en la sonrisa.

Todo lo que sabes que en la cárcel yace
es que el muro es robusto y cada día
es como un año de días infinitos
y esto sé, que cada ley de los hombres
tira el grano y conserva la paja
con su tamiz perverso”
las cadenas son tenaces pero el corazón me duele
cuando intento partirlo
solo quiero la libertad, pero me avergüenza esperarla.
me cubre un sudario de muerte y cenizas
yo lo detesto y lo estrecho con amor.

Cuando vengo a rogar por mi bien,
tiemblo por temor
a que la súplica se cumpla.
quien vive más de una vida
debe morir más de una muerte.

(Las voces se callan y la música desaparece. N. Repite absorto):
Más de una vida... más de una muerte... *(grita, casi sollozando)* ¡Él es terrible! Es un águila: ¡su sombra mata a los otros pájaros! Me ama porque me necesita. Él es el cuchillo, yo soy el pan, él es el torero y yo soy el toro... el toro Apis. *(Con voz rítmica, titánica, inclinándose en las piernas y juntando las manos)* Soy un hombre herido. Soy un egipcio. Soy un indio. Soy un piel roja. Soy un negro. Soy un chino.

Soy un extranjero. Soy un pájaro marino. Un albatros caído en la cubierta de la nave. *(De rodillas, como entre sí)* Yo no tendré nunca un hijo, porque no he sido tu hijo. *(grita)* ¡Perdóname, Serjoza! Dime que me perdonas! *(Resuena una carcajada masculina; después la voz de Romola)*: ¿Pero cómo puedes engañarte todavía, Vaslav? Quiere sólo liquidarte, ¡destruir nuestra vida juntos! ¡En Barcelona nos ha hecho arrestar, para obligarte a regresar a Sudamérica a hacer un lado en aquella absurda gira! ¿Cómo, no recuerdas? Estas cansado, querido, así, cambiado. Tengo miedo. Maestro Cecchetti, le ruego, ¡ayúdalo! No puede hacerlo solo. Es más que un hombre, pero es menos que un niño. Sí, con el soy feliz, pero... estoy confusa, ya no sé que es el bien y que es el mal". *(Voz de Cecchetti, con un suspiro paterno)*: "Eh, niña, has querido el sol, ¡el genio! Pero yo te había advertido: al tocarlo, quema; y el oro... ¡queda atrapado en las manos! El *ballet* ruso es una banda de creídos: grandes genios, grandes cabezas, grandes primeras damas! Ninguno que quiera trabajar y ya. Para nosotros de la vieja Europa, es fácil amarlos, a estos rusos, pero entenderlos... para mí, después de treinta años, son siempre un misterio. Créeme, son como pozos sin fondo; e igual de peligrosos. Cierto, Vaslav, basta verlo, él no es..." *(En la última frase de Cecchetti, lo acompaña la sombra de N. En posición de danza; ruido de tambores,; Cecchetti grita)*: "¡Atento, hijito! *(Sombra de un gran contrapeso que cae de lo alto con un ruido sordo; la sombra de N. Se a parta con un ágil salto, luego desaparece. Voz de Romola, agitada y amarga)*: "¡Ahora no habrá más dudas, espero! ¡Los emisarios de Diaghilev están infiltrados en tu tropa para matarte! Es horrible, debes denunciarlos. ¡Vaslav!, el público debe saber en qué cosa se ha vuelto tu vida, nuestra vida!". *(N. tranquilo)*: No saben lo que hacen, Romuska. Son inconscientes, ignorantes pero no son malos. Desconfían de mí porque no me escuchan. Pero yo venceré, ya he vencido porque no tengo miedo. La verdad vivida destruye el mal. *(Va la ventana e indica)* Mira: Allá esta Sils-Maria; aquella es la casa de Nietzsche. Era un grande; yo lo amo. Ha enloquecido porque sabía que la verdad de la vida es amar a los hombres pero no ha podido sentirlo. *(Al público)* Yo soy Dios, si lo siento, si hago aquello que él es. Soy la sombra de su manto, donde viven y respiran todas las criaturas. Amo a Nijnskij no cuando es Narciso, sólo cuando es Dios; cuando es el círculo que tiene el centro por todas partes. Vean.

(*Toma y muestra los papeles, avanzando en proskenio*) Lean, les ruego. Mi sistema de notación de la danza. Lo inventé yo. Ninguno lo había hecho antes. Está basado en el círculo, en las figuras y números del ritmo circular. Lo publicaré; ustedes me ayudarán. Finalmente la danza no será más belleza efímera. Será eterna, como la música. No esculpíremos más estatuas de nieve. (*Sombras de multitud armada y tumultuosa, grita, desaparece. Sombra de repartidos con periódicos que grita más fuerte*): ¡El Zar fusilado con toda la familia! ¡Lenin al poder! ¡Las fronteras con la Rusia cerradas!”. (*Música dramática; N. Deja caer las hojas y corre hacia el fondo; luego regresando hacia adelante lentamente, con tono conmovedor*): ¡Madre mía! No te veré más. (*Se arrodilla y agacha la cabeza, luego mientras aparecen sombras de damas que lo rodean como en semicírculo, se mata en medio del escenario quedando semiacostado en posición indiferente. Musiquilla de salón, sombra de una dama, en tono mundano*): “¡Oh, nuestro queridísimo Nijnskij! Entonces, maestro, ¿qué ha compuesto de nuevo en este mil novecientos dieciocho?” (*Otra voz de dama*): “Algún nuevo estupendo ballet para festejar la paz, verdad? Oh, todos sus fans son así de impacientes!”. (*N. en tono fatuo, alzándose*): Querida, lady Morrel, esta noche festeé encantadora, bella como una jirafa. ¿Qué he hecho? Oh, un experimento artístico necesidad siempre estudiarse, ¿no? He recitado por tres meses la parte de un loco, un poco a la Dostoievsky. Nos han creído todos: mi mujer, mi hija, los médicos, la servidumbre. (*Exclamaciones extasiadas y gritonas de las damas*): “Oh, qué interesante!”. ¡Audaz! ¡Tres ravissant! ¡Digno de ti! (*Voz de la primera dama*): “Y nos dices, Vaslav Fómich... esa gran cruz de oro que llevan siempre en la corbata cuando salen a pasear, en el país... ¿es parte del experimento artístico?”. (*N., entre el grave y el satírico*): Yo lanzo las modas, lady Morrel. ¿No puedo lanzar la que busca la verdad? (*Ríe. Ruido. Música sacra ortodoxa, mezclada con golpes de cañón y una gritadera lejana. N., de pie en el fondo, delante a una gran cruz, con tono grave*): Los he invitado aquí, al Hotel Suvretta di Sant-Moritz, porque hoy es un día sacro. Es el día de mi matrimonio con Dios. Ahora todo es simple, todo es uno, yo estoy listo, ustedes están listos. Ahora les mostraré cómo vivimos, cómo sufrimos, cómo creemos nosotros los artistas, los predilectos de Dios. (*Avanza y se detiene al centro de la cruz; se sienta con las piernas cruzadas y permanece en silencio por me-*

dio minuto. Golpes de tos, aturdido nervioso, desconcertado). N. se alza; con calma (casi minuciosa, lentamente). Ahora les danzaré la guerra. La guerra que tienen siempre dentro, que no han impedido, que ha devorado el alma del mundo. Les danzaré el horror, la destrucción, la vidamuerte; la piedad traicionada, la razón aplastada, el cielo destripado, los ángeles violados y la sangre. La sangre esparcida por todas partes aquí, alrededor: sobre la nieve de los montes, sobre las cumbres puras, sobre las fuentes, sobre los senderos de casa. La sangre del Dios hecho a pedazos que no hemos salvado. La sangre muda de sus hijos, que grita innumerable sobre nuestras puertas. Les danzaré la cruz. (Luz fija, música delirante. Alarga los brazos y gira en sí mismo vertiginosamente, dejándose después caer agachado. La música cesa. Luz tenue. Sombra de Diaghilev que extiende los brazos, con voz cansada y temblorosa): Oh Vatzá, cuantos años... ¿has leído mi telegrama? ¿Estás contento de verme? No te encuentro mal, sabes... Pero has adelgazado, ¿eh? Ven, ven conmigo, quiero que regreses a la danza. Ninguno te iguala. (Quedo) Te necesito. (Más fuerte, como corrigiéndose) Te necesito para la nueva estación de los ballet rusos. El público te espera siempre, no puede olvidarte. ¿Entonces, Vatzá?”. (N., que se ha alzado lentamente, con dolor sosegado): No puedo... porque estoy loco. (La sombra de Diaghilev, reprimiendo los sollozos, huye. Música ligera, jocosamente naïf; luz azulosa. Voz de la pequeña Kyra que entra; luego después de los golpecillos a la puerta, entra su sombra de niña, que dice en tono grave y protector): Ven, papá, debemos partir. Afuera está la ambulancia. Regresamos al sanatorio donde estás tan bien”. (N., con alegría): ¡Kyra, tesoro! Sí, entiendo lo que dice tu canto. Todo es alegría, todo, también la angustia, también la nada. ¡Ven, ven a ver la nieve, mira el azúcar del cielo!

(Va a la ventana y señala hacia afuera; luego señala a la cruz proyectada de los barrotes de la ventana sobre el piso ; toma de la cama el cojín y lo abre, haciendo volar las plumas) ¡Mira la danza! ¡Mira los pétalos! ¡Mira la rosa! (Toma del alféizar la planta, ahora toda florida de rosas blancas, va al proscenio y se arrodilla cargándola. Luego, hacia el público, mientras la luz se concentra sobre él): “Miren en mi corazón, miren esto que es. Es forma sin forma, indefinible, intacta. Está en lo alto pero no es luz. Esta abajo pero no es ruido. Es tierra en la tierra, cielo en el cielo, rosa eterna. (Lentamen-

te) La rosa está sin porqué, florece porque florece. No hay lamento en la integridad. No hay separación en el jardín. *(Se voltea hacia el ruido)* ¿Sabes, Kyroska? Si las orugas la devoran, ella deja caer otra semilla a las raíces y revive y reflorece y no sabe cómo. *(Al público, todavía más lento)* Soy el espectro de la Rosa. Soy la rosa blanca, la rosa roja... roja... Rusia. Madre, madre mía. Yo amo a mi madre. Amo a mi mujer... Amo a mi marido. He aquí mi corazón de alegría; tómalo, cómetelo, ¡cura el mundo de su dolor! *(Lentamente posa y abraza la planta de rosas. Música alegre y luces multicolores).*

Ruido.

EL GRITO DEL MONO

GENNARO FRANCIONE

Cuando sucede el asesinato de un personaje en un drama, el actor cambia su maquillaje y entra en un nuevo papel. Naturalmente el actor no ha sido asesinado verdaderamente; pero, si morir es solo cambiar cuerpo como el actor se cambia el vestuario, o también salir del cuerpo como el actor sale de la escena cuando ya no tiene nada que decir o que hacer, ¿qué existe de pavoroso en esta transformación de los seres vivientes de uno a otro? Los asesinatos, la muerte... [...] todo debe parecernos como el espectáculo del cambio de las escenas en el teatro... [en el palco] cada hombre tiene su lugar, un lugar que es tanto para el justo como para el malvado... allá habla y obra, en la blasfemia y en el delito como en cualquier forma de bondad; porque los actores llevan en esta comedia aquello que eran antes que la comedia fuese puesta en escena... Plotino, filósofo neoplatónico, 205-270 d.C.

Escena vacía. Un cráneo en el proscenio. En una esquina un espejo. Entra en escena el actor con una botella de merlot a la cual le da un trago. Recita unos versos de A. Rimbaud de “ma bohème”...

ACTOR: ...Me iba, los puños en las bolsas rotas y también mi abrigo se volvía ideal. Debajo de las estrellas mi hotel era la gran osa, ¡oh! Musa yo era tu fiel...

Pulgarcito soñador, en la noche desgranaba rimas... gotas de rocío me surcaban la cara como un vino vigoroso... ¡ah!, Arturo... ¿Qué cosa hay mejor en el mundo que un buen vaso de vino? ¡Una botella de néctar de-vino! (*Le da un buen trago, limpiándose la boca con el brazo*).

¡Ah! Es verdad que la decantación es enemiga del hombre. ¡Pero es también verdad que quien huye ante un enemigo es un cobarde! Merlot de barril, pero qué bueno está, ¿y que soy mirlo yo?... pero

si no hay algo mejor... (*Bebe de nuevo. Después va al proscenio y agarra el cráneo*).

Ser o no ser, esa es la cuestión: se es más noble de ánimo al soportar los insultos, las piedras y los dardos de la inicua fortuna, o al tomar las armas contra un mar de adversidades y combatiendo derrotarlas. Morir, dormir, nada más...

Morir, dormir, nada más... Ser o no ser, este es el problema irresoluble.

Por esto no quiero tener más problemas. Y entonces me libro de este cráneo (*lo tira al piso*). Ojo de escena que no ve, corazón de actor que no siente. ¡Y abajo Amleto!

(*Se arrodilla y acaricia el cráneo*). Señores, quiero hacer una locura. ¡Lo vendo a uno de ustedes. Es el cráneo auténtico de Dante y lo cedo por solo 500 euros! ¡Es una oferta!

Se levanta y mira entre el público. ¿Verdaderamente les parece un poco caro? Qué dicen... ¿no están seguros que sea verdaderamente el cráneo de Dante? Miren lo tomé de un viejo ropavejero florentino de Puente Viejo con la garantía...

No, no... ¿Quieren uno más económico? (*Con el pie empuja a un lado el cráneo grande y saca del bolsillo un cráneo más pequeño*). ¡Tendrían este pequeño cráneo por solo 25 euros! ¿De quién es? ¡De Dante cuando era niño, obviamente!

¿No quieren tampoco este? ¡Pero a ustedes no se les da gusto con nada! (*Pone el cráneo junto al otro*). Entonces les regalaré un muerto de carne y hueso. Un cadáver fresco bajo sus ojos así no tendrán dudas y estarán satisfechos.

Sí amigos yo estoy aquí. Como actor quiero recitar mi última parte antes de atravesar.

Quiero crear con mis propias manos una muerte metafórica así como fue mi nacimiento. Sí, porque para colmo de la suerte, yo actor Giovanni Santofruci nací en la patria del gran magistrado y dramaturgo Hugo Betti, en... Camerino.

Allá en el camerino. ¿Hay alguien? (*gritando*) ¿Hay alguien? Solo yo estoy aquí en este teatro vacío y el camerino está todavía más vacío. ¡Ni siquiera mi vestuario de escena!

¿Eres de Camerino?

No te pongas en marcha.

Si la boca no sabe de vino;

Y si el doctor dice que es demasiado,
Mejor el vino que el jarabe

(*Da un sorbo*).

Debía escoger entre: *alcohol, droga, muerte*. Escogí las primeras dos, que me llevaron a la tercera... ¡la muerte!

Pero tengo todavía algunos minutos para dedicarles, señoras y señores, antes de terminar. Sí, les dejo mi testamento oral, escupido por esta bestia desde el escenario que es Giovanni Santofruci.

Si partes el corazón de un átomo encontrarás el universo. Si partes tu corazón con un alfiler, harás salir el misterioso sentido de la vida...

(*Soñador*) Es noche. Un búho me mira, la luna me sonríe, las estrellas me hablan y las nubes crean diseños de todo tipo: liihhh y ¿qué son aquellas?

– Son las nubes...

– ¿Y qué son estas nubes?

– No sé...

– Cómo son bellas, cómo son bellas...

– ¡Ah! Angustiosa maravillosa, belleza de lo creado... ¡debo dejar de beber y fumarme mis churros!

En las salas vacías

ACTOR: ¡*O tempora, o morti!* ¡Que tiempos, que muertos! ¿Dónde están los actores de antes? Hoy encontrar un actor es tan difícil como encontrar una aguja en un pajar!

Si hoy aquí, en estas dañadas casuchas teatrales vienen cinco personas por la noche que se vuelven seis el sábado y siete el domingo. ¡Es toda una agradable sorpresa!

Oh, Charles Baudelaire, que flor del mal has arrojado sobre el escenario cuando dijiste: “Aquello que siempre he encontrado más bello del teatro, es el candil”.

(*Al público, con voz alternada*). ¿Cómo estuvo? ¿Se divertieron en el teatro ayer por la tarde?

Sí, un espectáculo verdaderamente estupendo. Los cuatro intermedios han sido la mejor parte! Por cierto... la comedia no era tan

horrible; era el teatro el que estaba mal, ¡tenía las butacas dirigidas hacia el escenario!”.

Sí (*con seceo*), querido, una espléndida representación, ¡Romeo y Julieta!, como no se había visto desde hacía tiempo! ¿Viste Don Calogero? En aquel espectáculo así subido de tono... ¿qué hacía ahí? Una misa en escena...

El hambre

ACTOR: Yo, gente, fui, sobre todo, actor dramático. Shakespeare, Esquilo, Sófocles... pero sobre todo Famocle. Sí, hice el Hambre.

En aquel tiempo, teníamos tanta hambre que en el aparador estaban los ratones llorando. (*chilla*) éramos una familia pobre, pero tan pobre que aún después, con el *boom* (*hace ruido de estallido*) económico y los electrodomésticos, al abrir el refrigerador encontramos una rebanada de jamón... ¡qué soledad!

No sólo nosotros los cristianos en el mundo moderno nos morimos de hambre, también los musulmanes aunque tengan el petróleo! (*A sí mismo*). Aunque sí me pregunto todo el dinero del oro negro dónde va a parar. (*Hace una pausa larguísima*). ¡Misterio del jeque! ¿Saben cómo se llama el ministro del hambre árabe? Ali Menthari...

(*Bebe un poco más*).

Para quitarme el hambre trabajé como cómico. La risa proporciona buena sangre y, si no has comido con la carcajada al menos oxigenas los glóbulos rojos. Y después la gente quiere reír, reír, reír.

La risa más que sangre quita el hambre.

No siempre. Frecuentemente, aun siendo cómico, he tenido hambre.

De joven mis continuos y desinteresados arrebatos de altruismo me dieron la fama de bueno. Desde siempre, aquella de tonto. Y con aquella fama progresó mi hambre.

Mi parte fuerte era cuando platicaba del fontanero que iba a efectuar una reparación en la casa de un notable actor teatral. Permaneciendo solo con la mujer de este es seducido.

En lo más apasionado, regresa el marido. Después del primer momento de pánico el fontanero se da cuenta que el hombre per-

manece impasible con una expresión de desdén en su rostro frente a la puerta y así apostrofa a la esposa: “¡Desleal! ¡Yo te creía una Cornelia, madre de los Gracchi, y por el contrario te revelaste como una Popea! ¡Y ahora me voy con un nudo en la garganta!”. Dicho esto salió de casa, azotando la puerta. ¡Bam!

El fontanero piensa regresando a casa: “será un cornudo, pero qué elegantemente ha reaccionado!”.

Al entrar en su casa encuentra a su mujer en la cama con su amigo carpintero. Después de una primera reacción temeraria, se acuerda de la elegante reacción del actor y trata de imitarlo, diciendo a la esposa: “¡Fotógrafa! ¡Yo te creía una corneja y por el contrario te rebelaste como una bombera! ¡Y ahora me voy como un pedazo de mierda flotante!”

(Se pone a reír como un loco y bebe).

¿Divertido, verdad? No siempre, a mi empresario no le gustaba, ¡cuando le pedí aumentarme el sueldo, me dijo que: “¡era la primera vez en diez años que lo hacía reír!”.

Ingratos. Te descalifican profesionalmente con duras palabras, con tal de no pagarte. Y después dicen que el arte no es negocio. ¡Es la codicia humana que no otorga lo justo!

Hay un amigo mío que se presentó en la scala. Una sola vez y esto fue suficiente para volverlo feliz y pleno por toda la vida.

Para mí el teatro ha sido como subir una escalera. Yo he estado toda mi vida en la... scala (*escalera*). El requisito fundamental para un gran actor, señores, es que se guste a sí mismo cuando recita. Y yo no me gusto, en absoluto...excepto algunas veces. Los momentos más emocionantes del trabajo de actor son aquellos en los cuales logras sorprenderte a ti mismo. Rarísimos.

Cuando me preguntan cuál es el secreto más grande del éxito de un comediante, respondo: la sinceridad. Una vez que puedes fingirla, puedes obtener todo. Yo no sé fingir, por lo tanto, no soy un gran actor. Quizá no soy un buen actor, ¡pero cualquier otra cosa que hubiera hecho habría sido peor!

¿Sí tengo sueños en el cajón? ¡Cierto, como todos! Volverse una estrella es el sueño del representante, no del actor, y, por lo tanto, no es mío. Yo no sueño nada. Más bien casi nada.

El actor no recita, no imita, o pretende. Él es sí mismo. ¡Un bebedor empedernido de la vida!

Cada hombre es un actor y todo el mundo es un escenario.

Cuando comencé, joven actor en mis primeros pasos, me ofreció un renombrado director que creía en mí la gran oportunidad de una aparición en escena, aunque fuera una sola vez.

Toffanin, como se llamaba el maestro, me dio a conocer que debería entrar a escena y, vislumbrando una persona caída, privada de los sentidos, debería exclamar: “Poffarbaracco un cadáver!”.

Entusiasmado por la oportunidad, ensayé más veces la escena. *(Agarra el espejo y mira su imagen, regresando al proscenio de espaldas, cambiando grotescamente la expresión, ad infinitum, buscando encontrar la forma más idónea. Repite hasta lo inverosímil la fatídica frase):* “¡Poffarbaracco... un cadáver! ¡Poffarbiacca... un cadáver! ¡Poffarbignocca! ¡Un cadáver!”.

(Pone el espejo junto al cráneo). Finalmente. Llegó el día fatídico del estreno y llega también el momento en el cual nuestro actor debía entrar en escena. *(Se encuentra entre bastidores).* Estaba muy emocionado las piernas me temblaban, me faltaba la respiración, el ritmo cardíaco estaba sobre 120 pulsaciones y, cuando me empujaron al escenario *(se empuja y llega al proscenio casi hasta caer)*, mi mente estaba en blanco. Sudaba frío, me concentré por algunos larguísima segundos, después exclamé... viendo el cráneo “Cazzo*(en este caso se usa como una expresión admirativa)*, un muerto!”.

(Da un salto y va al extremo del proscenio).

Una vez mi entrada al teatro fue muy bella porque había 150 trompetas que sonaban a mi derecha y 150 a mi izquierda.

Yo soy uno que dio todo en el espectáculo. He enseñado los huesos y también... la carne...

Y bien sí, señoras y señores, yo soy uno que hizo también porno para vivir y comer. ¿Ustedes que hubieran hecho en mi lugar?

Pero el colmo es que en el set sexy con una bella mujer debajo... una vez no logré entrar en el personaje, qué figura de mierda.

Al final sufrí una crisis de identidad y por eso ahora me encuentro en este punto, al borde del suicidio.

Por meses hice el papel del cerdo en una comedia de Francione, un colega del Betti: *Vespertiliones*, en la cual varios animales parlantes eran juzgados por haber matado al cruel granjero.

En el asalto mortal guiado por el cerdo, por mí (*hace un gruñido*) la burra violada por el rústico granjero le dio una buena coz en los testículos (*rebuzna*), yo me aferraba a él con los colmillos (*otro gruñido*), la gata lo arañaba (*maúlla*), el perro lo mordía (*ladra*), el pavo lo picoteaba (*gorgoreaba*) y la araña succionaba los pies (*silba*).

En una civilización súper avanzada donde a las bestias se les reconoce (*más o menos*) los mismos derechos que al hombre, se hace el intento de un juicio a algunos animales de una granja, sospechosos de haber matado al granjero. Una parodia “animalística” sobre algunos sistemas judiciales y éticos llamados humanos, dignos de ser definidos mejor como bestiales”, con un final de gran sorpresa.

¡Basta! Estoy vivo y vegetal. Estoy vivo y vegetal. Pero no vegetal, animal más bien. E hice al cerdo en la obra.

Gruñe e inicia con una danza que termina con un potente pedo. Alterna las partes del Presidente y del cerdo.

EL PRESIDENTE: (con voz solemne) “¿Pero cómo se permiten? Estamos aquí en un aula de justicia y ustedes no pueden hacer sus cochinas (*agita la mano delante de la nariz por el hedor que emana de la bestia*).

El cerdo (*hablando en dialecto modenés, escondiéndose en un rinconcito*).

Uh, ¡discúlpeme por favor, ¡señor *Presidant*! Se me ha escapado... será la emoción. (*Gruñe*). Tenía sed y me hidrataron, tenía hambre y me alimentaron, quería afecto y me decepcionaron.

EL PRESIDENTE: (con voz solemne y con las manos tapándose la nariz) ¡La próxima vez los echo fuera! ¡Puerco! ¡Continuamos!

EL CERDO: (*hablando en dialecto modenés, repitiendo hasta aturdir*): Uh, discúlpeme por favor, señor *Presidant*! (*Gruñe*). Uh, discúlpeme por favor, señor *Presidant*! Señor *Presidant*! Señor *Presidant*! (*Gruñe*).

ACTOR: Bonita obra: *Nueva comedia del arte del medievo atómico* que me ha arruinado la vida.

Las relaciones más intensas son aquellas entre actores y personajes. Hay un fuego que quema el corazón, y nosotros comediantes vamos en su búsqueda con la misma obsesión que tenemos por nuestras amantes.

Después de un mes de la terminación del espectáculo hacía el pastor en la “Hija de Iorio” y, muchachos, no podía liberarme del personaje. (*Gruñe*). Continuaba gruñendo y hablando modenés.

(*Se echa un pedo*) ¡Perdóneme señor Iorio, ha de ser la emoción!

Me sentía cerdo y no podía sacarlo. El gruñido se había convertido en un tic. Me echaba pedos a la menor provocación y cambiaba en el bar, en público, en los discursos privados mi italiano por inflexiones modenenses.

Sí, tuve que ir con el psicoanalista: “¡Doctor... tengo una crisis de identidad! Pasé sobre un estanque y algunos cazadores me dispararon. ¡El miedo fue tanto que, todavía, tengo la piel de ganso...! No bromeo, doctor, no haga caso de que soy un comediante. La cosa es seria. No me identifico con un pato, sino con un cerdo.” (*Gruñe*).

Paranoia de teatro diagnosticó Felisetti. Con posibles desviaciones esquizofrénicas en división de la personalidad.

Me ofreció como solución representar al mono. ¡El mono eléctrico! Gira hacia el escenario y hace como un mono chillando, gritando y golpeándose el pecho con crisis repentinas que lo hacen reír.

El hombre y el mono

ACTOR: El hombre le dijo al mono:

“Eres feo e irrespetuoso:

¡Pero cómo eres ridículo!

¡Pero cómo eres curioso!

Cuando yo te veo, río.

¡No se sabe que tanto río!...

El mono dijo: “¡Te reto!

T'arrisomijo tanto!”. Recitar no es muy diferente a una enfermedad mental: un actor no hace otra cosa que compartir la propia personalidad con otras. Es una especie de esquizofrenia.

Un actor perfectamente sano es una paradoja.

Felisetti me reveló que aquello era el núcleo auténtico de mi ob-

sesión que asumió (*con aire académico*) en el mimetismo la forma del cerdo como vida.

Para quitar la fijación era necesario crear un contranúcleo y lograr así la desaparición del mono, absolutamente antilineal, capaz con sus gritos de romper el esquema de la rigidez escénica.

“Tú eres el anillo de conjugación entre el mono y el hombre de Neandertal” me dijo. Así sea.

(Se mueve todavía por el escenario y hace como un mono chillando, gritando y golpeándose el pecho).

Pensaba de estar curado pero ahora tengo tan dentro al mono que no logro liberarme. ¡Qué hambre! (*toma plátano y se los come por montones*) ¡Saben qué dice un mono con diarrea? “Macaco encima”.

(Bebe del frasco de vino). ¡¿Es tonto el mono ebrio y ya no más entusiasmado eh?! ¿Pero quién es más tonto que yo? ¿Y no ven como me estoy volviendo pesado? Una mona auténtica paralítica y embarazada es más ágil que yo. “Sí” dicen, “el teatro te salvará”. ¿Por qué? ¿En un teatro para qué sirven los bastidores? ¡A volver a poner en orden!

5-6, 5-6. Quinto-sexto.

(Rugiendo) Quiero volver a África a mi hábitat natural. Quizá allá, en la jungla los indígenas por error, me matarán confundiéndome con el verdadero mono de Tarzán. Y uno de ellos correrá a avisarle a Tarzán gritando: “¡Tarzán! ¡Tarzán! Chita murió. ¡¡Chita murió!!” Y Tarzán: “¡¿Chita ha muerto para mí?! ¿Chita ha muerto para ti?!”

“Morir, dormir, soñar quizá: pero aquí está el obstáculo que nos detiene: en aquel sueño de la muerte qué sueños podrán venir, cuando nos desembarazaremos de esta maraña mortal? Es la rémora, esta, que tanto prolonga la vida a nuestros tormentos.

Se levanta y pasea por el escenario.

Quien querría, sino soportar las frustraciones y los insultos del tiempo, los maltratos del tirano, el desprecio de hombre petulante, las angustias del amor rechazado, el retraso de la ley, la arrogancia de los grandes, los puntapiés en cara que el mérito paciente recibe de los mediocres, cuándo de mano propia podría saldar su cuenta con dos dedos de puñal? Quién quisiera cargarse de pesados fardos insultando y suando bajo el peso de toda una vida cansada, si no fuera por el temor de alguna cosa, después de la muerte, la tierra inexplorada de donde

jamás nadie ha regresado, a consternar nuestra voluntad y a persuadirnos de soportar nuestros males en vez de correr en busca de otros que no conocemos? Así nos hace cobardes la conciencia; así el encarnado natural de la determinación se decolora a la presencia del pálido pensamiento. Y así acciones de gran importancia y relieve se distraen de su natural curso: y por la acción pierden también el nombre...²

Basta no quiero saber más. Es hora de cerrar el telón.

Se levanta y vuelve a hacer como mono, saltando y después haciendo el acto de trepar.

ACTOR: “Mientras más alto el mono sube sobre este coloso del antiguo imperio romano, más muestra el culo”³

En el escenario recita.

“Morí como mineral y me convertí en una planta; morí como planta y me convertí en animal; morí como animal y fui hombre. ¿Por qué debería temer? ¿Cuánto disminuí muriendo? La muerte no está en el no poder comunicar, sino en el no poder ser más comprendido.

Ahora estoy talmente dentro que pienso que no haya una solución para resolver el asunto.

Adiós Maya, adiós Kate, adiós García, adiós mamá. ¿Qué cosa maravillosa me espera?

Volar desde el Coliseo a los foros imperiales gracias a mis manos y pies prensiles aprovechando esta selva de árboles que cubrían en el Neolítico esta zona de Roma. Se aprende a vivir tres días después de la muerte...

Lanza un grito tremendo y se avienta a la platea.

Finge estar muerto.⁴ Y permanece tendido en el suelo. Se levanta. Toma los dos cráneos y el botellón de vino.

² William Shakespeare, To be, or not to be, from Hamlet 3/1

³ Michel De Montaigne

⁴ Un actor debe saber controlarse a sí mismo y la propia participación emotiva también en la muerte: que es a menudo dejada a la interpretación personal, sin grandes intervenciones del director, por lo cual uno muere así como él cree oportuno y los silencios, las pausas, los jadeos son exquisitamente suyos” (Glauco Mauri, de “La Buona Sera”).

ACTOR: ¡Poffarbacco! ¡Un cadáver! ¡Poffarbacco! ¡Un cadáver! ¡Pofarbacco! ¡Un cadáver! ¡Per Bacco Baccone! Un cadáver...

Sale trastabillando y masticando las últimas palabras desde el fondo de la sala.

Voz fuera del campo del actor:

El actor que muere en escena, cambia máscara y reaparece en otra parte, no está muerto verdaderamente. Morir es cambiar cuerpo como los actores cambian máscara.⁵ Sí, la muerte del actor no destruye la vida de la escena.⁶ Hoy terminó pero mañana volvemos a empezar, aquí o en cualquier otra parte.

Cierre del telón vacío.

⁵ Plotino.

⁶ “El teatro es máximamente la lengua del ser en-muerte. Aquel que lo dice murió más veces y más veces en sí mismo”. Paolo Ferrari, Aforismos en Teatro, Sestri, agosto 2002, en <http://www.inabsence.org/aforismi/aforteat.htm>

ÉL Y ELLA⁷

LILIANA PAGANINI

En la oscuridad se oye acercarse la música de una banda de pueblo que pasa. Se ilumina la escena y entra Adele, una mujer de unos 50 años, con un pequeño canasto para tejido; se sienta en una silla y toma su tejido de crochet para continuarlo. La música se aleja. Adele se pone a hablar y a trabajar con el crochet.

Dicen... Dicen... Dicen...

Él no me quitaba la mirada de encima. Sus ojos, girando la cabeza, me perseguían en todos mis movimientos. Se apenaba si salía de la habitación y me recibía con sonrisas amorosas cuando regresaba. *Ella me lo quitó* (N. DEL T.). Él era mi aliado, mi único aliado. Podía confiar en él, sabía que nunca me traicionaría.

Sus pasos lentos y sigilosos por la casa me recordaban el sentido y el porqué de mi existencia. El ritmo regular de su respiración llenaba las habitaciones vacías, de música.

Su belleza me la envidiaban. Las vecinas, ubicadas detrás de las persianas, lo espiaban a su regreso al amanecer. Sus miradas furtivas ponían en evidencia el encanto que imponía.

Cuando al sonreír cerraba los ojos era difícil resistirse, no se podía no cautivarse, lo que él me pidiera no podía negarle. Así lo consentí y envicié. Era un placer enviciarlo al punto de enviciarme a mí misma por placer y no a él. *¿Qué le importa a la gente? ¿Qué quiere? ¿Rara vez salíamos juntos! Me ofrecía el brazo con la solemnidad de tiempos pasados y sabía que me agradaba. Mientras caminábamos, percibía la mirada de las mujeres con las que nos cruzábamos al pasar y sentía cómo desviaban la vista, pero sabía que aunque pa-*

⁷ N. del T. El texto en itálicas está originalmente escrito en dialecto siciliano. Traductor: Alberto Innocenti. Editor y corrector: Victoria A. Innocenti. Obra incluida en "Autori di schegge. Selezione dalla rassegna. Schegge d'autore 2013."

sara la mas bella de entre ellas, la *miss* de las mises, el no habría desviado su mirada de la mía.

Sus ojos negros aterciopelados, no castaños oscuro, no, negros. Una verdadera rareza. Mas raros que los ojos azules o que los verdes. Quizás que los amarillos también. Ojos negros, que te aturden con su oscura profundidad. Ojos con largas cejas oscuras. Ojos de extraños reflejos violetas. Que se entrecerraban en aquella, su magnífica sonrisa. Una sonrisa cautivante que te desarmaba. Una sonrisa que te tomaba de sorpresa haciendo que su rostro melancólico y delicado se transformara en una florecida mañana de abril. Me sentía una mujer afortunada. Ella desearía asemejarme. Es odioso, para mí, verme copiada en mis actitudes femeninas, en mi modo de mover las manos, en la posición de mi cabeza observando atenta alguna cosa.

Ella desearía ser como yo para hacerme feliz, para demostrarme que fui la única amada por él. Sin embargo, me molesta y me rechaza. Él se sentaba tranquilo a mi lado, con un libro en la mano mientras yo tejía al *crochet*, una buena manera de pasar largas tardes de verano demasiado calurosas para moverse, demasiado llenas de azul para no sentarse en el jardín a admirar la luz destellante que resalta el color de las plantas y las flores.

El *crochet* nunca fue mi habilidad destacada. Mi madre sí era muy capaz. Para mí es una manera de disfrutar la sombra y el fresco del jardín sin sentimiento de culpa. Decía mi abuela: “¿*Adelina, que haces? Toma las agujas y trabaja o lee un libro si quieres. No te quedes así con las manos entre las manos*”. Hice algunos centros de mesa tejidos y un cubrecama matrimonial, casi automáticamente sin darme cuenta. Doblando la cabeza a la izquierda para observar la naturaleza alrededor que festejaba una ligera brisa que llegaba puntualmente del mar en la primera tarde. Y, en aquel panorama, un lugar lo ocupaba él, que leía tranquilo a mi derecha, levantando cada tanto las cejas y buscando mi mirada con su reflejo violeta y, estoy segura, escudriñando atentamente los veloces movimientos de mis manos que tejían al *crochet*.

Fue él quien le enseñó a tejer. Ahora –me dicen– es muy talentosa. Hace muy bellos *cardigans* de colores y, bajo el saco, transparencias que pone sobre provocativas minifaldas, *que la dejan medio desnuda*. Él no se avergüenza. Debería avergonzarse de ella, debe-

ría. Él, que tiene un destacado sentido estético. Un gusto seguro. Le gustaba que me retocara un poco. ¡Al menos un toque, por favor! “Un poco de maquillaje es necesario. Una mujer pálida es peor que una mujer fea”. Así decía. Yo lo conformaba por más cansancio que tuviese; antes de su regreso, corría al baño a ponerme un poco de rimel, de polvo y un poco de lápiz labial suave. ¡Nada que ver con los labios rojo fuego pulposos que usa ella!

¡Ella! Ella es una máscara. Una horrible, grotesca máscara. ¿Cómo hace para no darse cuenta, para no verse? El dice que a ella no le gusta mostrarse como es en realidad. Por eso se pone varias capas de maquillaje, cejas postizas y mechas de cabello no propio...

De repente deja de contarme, de confiarme, se instala en un silencio que lo lleva lejos a un sitio doloroso, un abismo donde habita su alma y del cual percibo vagamente ciertos límites...

Luego reacciona afirmando que es él que convive y a él le sirve así. Debo ocuparme de mis cosas y olvidar. *¡Olvidarme de ser una pequeña burguesa, moralista del carajo!* Olvidar que tengo un hijo que ha convivido veinticinco años de mi vida. Olvidar los intentos de separar trompadas y cachetazos del padre, de su delicado rostro. Olvidar los insultos y todos los insultos recibidos por su culpa. Olvidar las horas en las guardias hospitalarias avergonzándome de confesar la verdad. ¿Debería olvidar todo eso? ¿Debería quizás? En realidad son cosas que toda madre habría hecho. Diría que son situaciones que forman parte de la profesión de madre. Debería olvidar entonces. No puedo, no lo logro.

Así como no puedo olvidar todas las noches pasadas contándole cuentos, tantos besos recibidos a cambio de un chocolatín o de una buena porción de torta. Todo el dinero ahorrado de los gastos de las compras, de la peluquería, de las compras de medias, cremas. Ahorraba ese dinero para él, para algún regalo o para algún viaje.

Ella apareció de repente. Nunca había habido una verdadera ella antes. Solo alguna amiga del colegio que venía a estudiar con él para los exámenes. ¿Que digo alguna? Si no me equivoco, solo dos. Una rubiecita gordita que me parecía que tenía algunas dificultades. La presentó como la primera de la clase. Un verdadero genio, según él. Y otra, agradable, que invitó a almorzar al regresar del colegio. Esta me impresionó muy favorablemente. *Esta me agrada, me gusta. Tratemos de frecuentarla más.*

Él no hizo caso y se alejó. No vi otras. Si cada tanto preguntaba con quién salía, él respondía con María, con Cinthia. Nunca las vi en persona. Nombres que ni recuerdo. Luego se inscribió en la Universidad. Afuera, aquí no está. Y allí... la encontró a ella. Que luego cursó la carrera es una manera de decir. Dio tres exámenes.

Aquí donde residimos somos pocos y muy maldicientes. *Para decir lo justo: nadie se ocupa de sus cosas.* Y de ella han hablado de todos los colores. ¿Quién la conocía? Sí, oí decir que era de un pueblo que allá frecuentan tantos hombres jóvenes, viejos, pero nada de interesante...

Son jóvenes solos en una ciudad que no conocen, a lo mejor hostil. Por cierto, difícil. El dinero es poco. ¿Qué harías? ¿Dónde irías? Alcanza un poco de calor humano para perder la cabeza. Allí es donde surgió ella. No la habría encontrado si se hubiese quedado aquí. Conmigo. Él dice que no es cierto, que la conoce desde siempre y desde siempre habita en sus oscuras profundidades, nunca me habló de ella porque es sabido que una madre no debe conocer todo de los hijos, la intimidación más oculta... Yo sé que no es así.

Él soñaba un futuro como profesor. Si se hubiese quedado conmigo... Sin embargo, no veía la hora de irse de esta casa. Quería escapar del padre, esa es la verdad. El padre lo quería herrero como él o como jugador de fútbol. *“Con lo que ganan, me conformaría con un hijo futbolista, aunque fuera de la segunda división”...*

Ahora que murió, puedo confesarlo. Nunca lo quise. Nunca. Quién sabe por qué me casé con él...

Mi madre decía: *“Es sano, tiene un trabajo, ¿qué más quieres?”* Ahora que lo pienso bien, le respondería: *“Mamá no lo quiero, no me gusta, es una bestia.”* En ese entonces, no tenía idea de lo que significaría vivir con un animal, con un hombre bruto. Lo aprendí de mi hijo, que llegó a mi vida como una flor elegante y delicada en el medio de un páramo.

No sé cómo. Tomó los colores del padre: el negro renegrido de los cabellos y los ojos, las líneas y los colores de mí, pero la sonrisa atrayente y el reflejo violeta de la mirada eran propios de él, nacieron con él. Quería que me rebelara frente a cada vejación, violencia o vulgaridad, mas yo me hacía la desentendida a pesar de mi indignación. Lo dejaba pasar y él me lo reprochaba. Ahora no le dejo pasar su vulgaridad, quiere que yo acepte, que la considere una hija.

La hija que tanto deseé después de él. Él no lo entiende. Era solo una fantasía. Yo no quiero una hija como ella. Las vecinas, apenas salgo, se asoman a la ventana y en voz alta hablan de lo fuertes y talentosos que son sus hijos. Me da vergüenza y ya no salgo más. Me quedo aquí en el jardín tomando fresco, pensando en el pasado y hablando sola como una loca.

El padre por suerte ya no está. Me habría echado la culpa ahora que él es ella. *“Lo criaste como una mujercita”*. Y pensar que quería que fuera jugador de fútbol...

Se prostituye, dicen. Los mal pensados que no ahorran calificativos ni detalles. Se prostituye con sus minifaldas indecentes y sus tops tejidos al *crochet*, que imitan mis centros de mesa.

“Tiene senos como pelotas –dicen–, redondos”. Los aprieta con las manos exhibiéndolos a los que pasan, sacando la lengua. Hace un giro veloz, se levanta la pollera y muestra sus hermosas nalgas musculosas que tienen por marco una tanga dorada. Se hace llamar con un nombre exótico. No. No lo recuerdo. Me lo dijeron. Me lo gritaron. No lo recuerdo. Dicen que se hace pagar bien, que ya tiene ahorrado dinero importante para la operación definitiva. Dicen que llegará a ser hermoso como Blancanieves, con delicada piel clara y cabellera espesa y renegrida. Dicen que tiene una gran clientela. Dicen que en su *métier* es la mas refinada en sus modales y que algunos jovencitos haraganes de familias muy importantes la frecuentan asiduamente, dicen, atraídos sobre todo por la gracia inesperada de su sonrisa y los reflejos violeta de sus ojos.

Dicen... Dicen... Dicen... Dicen.

Adele deja de trabajar el tejido y al terminar sus “Dicen”, lo dobla colocándolo en el canasto y se tapa los oídos para acallar los rumores, mientras la banda de música pasa de nuevo cerca de su casa.

TÚ ERES EL MAR

ANGEL CALLIPO

A Elisabetta

Voz de mujer en 13 movimientos

En escena: Una mujer, detrás de la ventana y el Mar, más allá de la misma ventana.

I

Esta noche ha sucedido de nuevo.
Como siempre lo he sentido llegar.
Nunca es de improviso.
No me despierta de sobresalto.
No me deja la piel en un baño de sudor.
Mi dolor es diferente.

II

Antes de entrar en mi cuerpo pide permiso. Quiere que yo esté aquí esperando, dispuesta a acogerlo como se hace con un amante, un amante del cual tendrías que liberarte, uno de aquellos que ninguna mujer con sentido común aceptaría en su vida, pero que tú, quién sabe por qué, amas con todas las fuerzas. Es su carga de sufrimiento lo que amas. Lo amas porque te pide el permiso de entrar, como un gentleman de otros tiempos. Cuando después te das cuenta que no tiene ninguna intención de irse es ya demasiado tarde, solo entonces entiendes que aquel gesto suyo, increíblemente galante, es solo

el primer paso para apoderarse de ti. Completamente. Lo sé que mi dolor llega y lo espero. Una mujer debe saber esperar. Al lado del fuego, cada tarde, mi abuela esperaba el regreso de mi abuelo de los campos, después esperaba que una vez sentado en la mesa le dirigiése finalmente la palabra, al final esperaba que el vino incitara su cólera y que como siempre las palabras, convertidas en ofensas, le hicieran que le faltara la respiración por los golpes recibidos. Esto me lo ha contado mi madre, también ella ha sabido esperar, esperaba adormentada al lado mío que a la mañana siguiente mi padre saliera de casa una vez más sin mirarla. Una vez más. La espera de las mujeres no es jamás por alguna cosa nueva, sólo aquello que se repite tiene el derecho de ser esperado. ¿Qué sentido tendría esperar lo imprevisto, lo imprevisible? Esperar significa saber, saber que aquello que esperas es seguro. Por nueve meses he esperado a Ana, por nueve meses he hecho aquello que todas las mujeres han hecho siempre, he contado toda pequeña contracción, he hablado con ella susurrándole a mi ombligo, me he mirado en el espejo ciento de veces temiendo que mi panza no fuera lo suficientemente cómoda y acogedora para ella, he sentido su corazón latir en cada ecografía. Qué malo que ella no pudiera sentir el mío, habría seguramente entendido que precisamente en aquel momento, en el momento en el que percibía su corazón vivir, el mío casi se detenía de la alegría. Ana ha nacido exactamente en el noveno mes y yo ya sabía todo de ella, por esto he esperado paciente, porque ya sabía todo de ella, se puede esperar solo aquello que ya se conoce y yo he conocido a Ana esperando que naciera, en cambio cuando ha comenzado a crecer no he sabido más conocerla, hasta el punto de no saber casi nada de ella. Así es con mi dolor, aunque de él sé todo, sé cuando llega, sé muy bien que punto escogerá para concentrarse, sé también cuanto tiempo se quedará y hasta que intensidad será capaz de llegar. Me han dicho que estoy enferma y que mi dolor sirve para hacer evidente mi enfermedad, debe ser así, yo he estado enferma varias veces, de amor, de ingenuidad, de locura, hasta a veces de orgullo, me han enfermado todos los sentimientos del mundo, cada uno de ellos me ha dejado un rasguño, así, con el tiempo, con mi cuerpo sangrante y mi alma intacta he ido en busca de palabras. Mi fatiga siempre ha sido esta, reconocer vez por vez las palabras y pelarles su cáscara, hasta conseguir aquello que es esencial. “Adios”, dice

la zorra. "Este es mi secreto, Es muy simple: solo se ve bien con el corazón". "Lo esencial es invisible a los ojos", repite el pequeño príncipe, para recordárselo... Lo esencial es invisible a los ojos . Pero solo las palabras pueden contarlo.

Y es por esto que me he convertido en una poetisa.

III

Traigan aquí al mejor de mis caballos
Dice el señor a sus siervos
Ensíllenlo y lustren los cascos
Para buscar aquello que no tengo
Me serviré de su olfato salvaje,
De sus ágiles riendas
Y de su velocidad.
Señor, tu búsqueda será larga y vana,
No te ayudará tu mejor caballo,
le acabarás los cascos,
las riendas se volverán pesadas entre tus manos,
será su propio olfato quien lo confunda .
Lo esencial permanece escondido a la vista,
Es esta desde siempre condición común de los hombres,
Pero si no puedes esto que deseas, señor,
Debes saber que puedes tener confianza en las palabras,
Ellas cuentan aún aquello que no puedes ver.
Seguiré tu consejo, promete el señor,
Pero dime de donde viene toda tu sabiduría
Y cual es tu puesto entre los siervos de mi corte.
Mi sabiduría, señor, viene de las mismas palabras,
De tu corte, en efecto, yo soy el poeta.

IV

Jamás he tenido miedo del agua. Aquí he nacido, aquí el mar es una garantía, una garantía de eternidad. Está desde siempre delante de nuestras casas, e inclusive antes de que las casas estuvieran, él ya

estaba allí. Estaba allí antes que las casas, antes que nosotros, antes que el mismo horizonte que lo corta cuando la mirada no puede ya continuar. Cada uno aquí lo ha navegado, por toda la vida o hasta que en el vientre de ese mar se ha quedado enredado... como mi padre, su dureza era aquella de los escollos que juegan con las olas, pero después por aquellas mismas olas terminan por ser consumidos día tras día, instante por instante... salía de casa muy temprano, ni una palabra, ni un saludo, mi madre que había repuesto la felicidad en una sola de aquellas miradas, corría al balcón esperando que se girara al menos mientras recorría la calle, pero estoy segura que jamás lo ha hecho... aquello que en vez hacía mi madre era bajar los ojos, después al improviso como por un último temblor, regresaba a la ventana y apartaba el visillo, pero él ya estaba lejos y un visillo apartado no hace ruido, no atrae la atención de ninguno. He buscado el mar por toda la vida, lo he conservado conmigo en todos los modos posibles, no he querido jamás que su agua salada desapareciera de mí, de niña en la orilla, después de una larga nadada, mi madre me decía que me portara bien, de esperar que el sol me secara, yo en cambio dentro de mi esperaba que esto no sucediera, que las gotas continuaran a resbalarse sobre mi piel como pequeñas cascadas sin consumirse por el sol. Esa sensación no me ha abandonado jamás, toda la vida he tratado de permanecer como era entonces, mojada, en la orilla del mar, rezando secretamente en mi corazón que ningún sol me pudiera secar del todo... también Ana ha nacido en la orilla del mar o cuando menos a mí me ha parecido que fue así... en aquel tiempo, cuando Ana aún estaba dentro de mí, habitaba en una ciudad de chimeneas, de cruceros, edificios en los cuales la gente se procura un escondite del mundo... pero después, cuando Ana ha pedido ser liberada, entonces he retornado a aquí, a mi mar, aquel de cuando era niña... sobre esta orilla de siempre, intentando permanecer lo más posible a la sombra para proteger mi panza, esperaba que el mar siguiera su curso, que en aquel lento movimiento de resaca volviera a subir por la playa hasta que llegara a mí, que encontrara el camino para penetrarme y se confundiera con el líquido amniótico que protegía a mi Ana... mi Ana, pensaba, nacerá de agua del mar, pero no como Venus de la espuma, mas bien como fruto que el mar conserva, no se levantará mi Ana directamente de las olas despertándose de un sueño mitológico, pero será el agua misma del mar la que llegará hasta aquí, ella perma-

necerá donde está, en mi panza, y la sal del mar hará el resto. Había escogido, para sentarme en la orilla, un tronco llevado por quien sabe cual marea, depositado entre la arena y corroído por el viento, aquel tronco me parecía un trono, de aquellos que los niños se imaginan en sus juegos, yo, de profesión poetisa, recogedora de momentos que duran una inmensidad, me sentaba en mi trono de leño contorto esperando que mi Ana naciera por voluntad del mar... ¿dónde estás ahora mi pequeña Ana? Yo estoy aquí, donde me has dejado, de mi ventana puedo ver todo el mar que quiero, cuando en la mañana libera al sol y después cuando al final del día lo recoge dentro de sí... ¿tú puedes ver el mar ahí donde estás? Pero yo no se donde estás, ¿Cuántos años son que no se más donde estás? Nada jamás me ha acusado tanto como tu ausencia, ningún índice ha estado señalándome tanto tiempo, no he sentido jamás mis palabras tan inútiles como enfrente de aquella puerta cerrada. Cerrada por ti. Yo soy una poetisa, capaz de hablar con las nubes, de encontrar palabras para cada pliegue escondido en las cosas, de inventar incluso nuevas palabras, y, sin embargo, aún no he encontrado otra cosa mejor que hablar con una puerta cerrada... no, tú no has azotado aquella puerta, no ha habido ninguna violencia en ese gesto, la has simplemente acompañado hasta que la cerraste... y ha estado aún peor, mucho peor, ha sido como si tú quisieras asegurarte que de veras estuviera cerrada y para siempre, a veces un gesto violento se desborda sobre sí mismo, se desborda tantas veces hasta que se amortigua, hasta que pierde el impulso inicial, en cambio el tuyo era un gesto calmo, seguro, conclusivo. Mi mano permaneció allí, incierta sobre esta perilla, mi mano no ha tenido fuerza entonces, mi mano escribirá aún para ti...

V

He leído, estoy segura
Que Dios no tiene manos,
Pero entonces, preguntaran,
¿Cómo puede acariciar a los hombres?
¿Creen ustedes, responderá alguno,
Que Dios se haya equivocado?
¿Qué no haya hecho para sí

Algo que en vez ha querido para nosotros?
No tengo ganas de pensar en un Dios
Que tenga rasgos precisos,
Me basta saberlo infinito y libre,
Me satisface su ondear lejano de mí.
Socarrón lo imagino mientras sonrío,
Seguro de haber cumplido su obra de arte.
Ha dado manos a los hombres y solo a los hombres,
Para que se acariciaran entre ellos.

VI

El doctor es en realidad un doctorcito, cara gentil, imberbe, cara apenas, apenas con una leve sombra de vellos sutiles, de aquellos que los adolescentes muy pronto comienzan a llamar barba, sonrío y se mueve con desenvoltura, jamás se apena, no será seguramente la primera vez que se encuentra de frente con este tipo de situaciones. ¿Y además? ¿Aunque fuera su primera vez? Esta haciendo de todo para que me sienta cómoda y yo no puedo más que agradecerle esto, en fondo sí aquí hay alguno que es su primera vez esa soy yo. Comienza a hablar, pero lo sigo poco, estoy atraída todavía por su aspecto, no es una novedad para mí, me ha pasado ya varias veces. Me ha sucedido con mi primer editor, subíamos en el elevador, él me habla, pero yo miro sus arrugas, precisamente ahí entre las cejas y el nacimiento del cabello, esas arrugas se abren y se cierran como bocas sutiles, con el mismo ritmo de los respiros que toma para destacar las palabras, en un cierto punto las puertas del elevador se abren, pero él continua hablando y yo todavía a fijarme en sus arrugas. De improviso calla, no oigo ya nada, debe haber acabado, pienso yo, así que estiro la mano, lo saludo y salgo del elevador tomando el primer corredor que me sale al paso. El todavía no había terminado, no, solo se había concedido una pausa, pero yo ya estaba lejana y todo por aquellas arrugas bailarinas que le atravesaban la frente, Y así también ahora, mi doctorcito habla pero yo me estoy concentrando en sus manos, la derecha parece casi más grande que la otra, como si tuviera más fuerza. Puede ser que sea con la que empuña la raqueta cuando juega su partido del fin de semana. El tenis es un

deporte elegante, cada partida es un minuet, ahí está por lo tanto, mi doctorcito, mientras en la arcilla roja de su círculo preferido responde a los golpes del adversario, en su completo blanco del cual resalta violento un bronceado cálido y homogéneo. La mano izquierda en cambio tiene una pequeña cicatriz en el dorso, no debe ser reciente, a lo mejor de cuando era todavía niño, ¿una competencia en bicicleta demasiado pavorosa? ¿Un duelo con espadas de madera terminado mal? ¿El desmañado primer tentativo de usar el cuchillo de cocina? Una cicatriz así de pequeña no puede esconder nada de particularmente grave... ¿o quizá sí? Medir una cicatriz no significa medir la causa, hay cicatrices que se vuelven pequeñas con el tiempo, pero que vienen de dolores profundísimos o bien, al contrario, heridas de poca importancia capaces de dejar trazos indelebles... ¿en cuáles heridas se está consumiendo mi cuerpo? Quizá debería de poner más atención a lo que me está diciendo. No tengo nada de ganas, que estoy enferma ya lo sé, los resultados de mis análisis no tienen necesidad de grandes explicaciones, todo está en saber cuanto resistiré... poco, mucho, seguramente siempre... podemos confiar que usted pueda convivir con este problema toda la vida... Mi doctorcito no habla como un libro impreso, su voz se hizo más lenta en la palabra problema, quiere hacerme entender, a su modo, no tiene que ser necesariamente el fin. Sonrío sin que él se de cuenta, sonrío porque el fin estará ahí y poco importa a que causa atribuirlo, cuando me dice que podré permanecer así toda la vida, me pregunto si sabe de verdad lo que dice, ¿qué cosa será de verdad toda la vida? Cuando mi vida termine, ¿se podrá decir de verdad que ha pasado toda? Ahora escribe cualquier cosa, indicaciones para otros análisis creo, antes de encontrar la terapia adecuada necesita hacer otras indagaciones, las terapias vienen calibradas sobre el sujeto singular, no existen curas genéricas que puedan servir para todos... siento fuerte el impulso de levantarme e irme, no se trata de miedo, no, no es eso, son las últimas palabras que apenas ha pronunciado... “no existen curas genéricas que puedan servir a todos”... y sin embargo es aquello que quisiera, sí, ser una entra tantas, una a la cual le pueda servir todo aquello que le sirve a los demás y en cambio soy yo, con un nombre, un domicilio, un diagnóstico específico... soy yo y no los otros, solo yo y me pertenezco...

VII

Me casé con Eric cuando ya no estaba enamorada de él, cuando su arte era la única cosa que todavía me interesaba. Eric se convirtió en un gran pianista, aún cuando yo dejé de amarlo. Es extraño pero nos hacen creer que las cualidades de una persona son directamente proporcionales al amor que sentimos por ellas. En cambio no, no es precisamente así, el talento de Eric ha resistido perfectamente la disolución de mi amor, sus manos resbalan todavía hoy de un teclado al otro del piano perdiéndose maravillosamente entre las notas. Yo ciertamente no he dejado de escucharlo solo porque no habíamos hecho más el amor. Un tiempo permanecíamos por horas en cuartos diferentes, yo con mis poesías y él con su música. Las palabras se dilataban en torno a mí, casi explotaban cada vez que Eric acentuaba una nota con obstinada fuerza, el martilleo del teclado destacaba mis sílabas, las abría y las cerraba como un inmenso, larguísimo respiro, después cuando tronaba la furia potente de las notas mas oscuras, aquel mismo respiro se contraía en jadeo y abría de par en par la boca deseosa de aire como si estuviera a un paso de asfixiarme, después los sonidos se seguían oyendo siempre más claros, hasta que cada nota singular caía de lo alto sobre ese teclado como una gota de agua resplandeciente y limpia, caía y aquel único sonido parecía durar una eternidad, una única gota de lluvia que jamás se convertiría en tormenta... entonces regresaba a mis latidos regulares, una inmensa dulzura me obligaba a levantarme...antes, sin embargo, una última mirada al papel blanco que ya no era más blanco, una espesa red de palabras sobrepuestas había emergido quién sabe de dónde y quien sabe cuándo, las leería después, ahora tenía que ir con él... Eric terminaría de tocar apenas oyera mi puerta abrirse, una señal convenida, sí, una señal convenida, pero que ninguno de los dos habría convenido realmente con el otro...abro su puerta y está enfrente de mí, nos detenemos a medio respiro el uno del otro... Eric tiene los labios más bellos que jamás haya visto, aún cuando descienden a lo largo de mi cuello consigo verlos, cuando aferran mis pezones están aún enfrente de mis ojos, los veo apoyarse sobre la carne rosa y apretarla, son seguros, fuertes, me hacen temblar, resbalo con la espalda a lo largo de la puerta ya cerrada a mis espaldas. Eric resbala conmigo y continua chupando, como si bebiera de una linfa vital... Mi seno se endurece

entre sus labios... Dios, Eric, me haces enloquecer... sé que ahora descenderá siempre de más... come directamente de mi sexo, sus labios sobre los labios de mi vagina, se besan sin pudor... le paso los dedos entre los cabellos, no quiero acariciarlo, quiero solo empujarlo cada vez más, quiero solo que le llegue la misma cosa que me hace sobresaltar... la barba ríspida rasguña la parte interna de las caderas, pequeños alfileres de una tortura excitante, no puedo estar quieta, el siente que me estoy mojando pero no deja de mezclar sus labios con mi humor... tiene libres las manos y con ellas tira sobre mi panza, son cálidas. Giran en torno a la vida y descienden atrás, tras los glúteos, los dedos se infilan en la fisura, la exploran en profundidad... después, de improviso, un gatillo, siento su miembro durísimo entrar... su pecho me cubre, me domina, el se está apoderando de mí y yo no quiero hacer nada para impedirselo, me pulsa dentro y ese pulsar me rebota en las sienes, mis palabras no están más, puede ser que allá, en aquel cuarto donde todo se compone con insospechada facilidad, puede ser que allí mis palabras estén todavía, apoyadas en aquel papel, mientras esperan pacientemente que yo regrese a ellas, leí una vez en alguna parte que los poetas son esclavos de las palabras, que son poseídos y que ellas son terribles madres capaces de matar a sus hijos... pero cuando Eric está dentro de mí no reconozco en ellas ninguna maternidad y no permito que ellas me maten, como en un cuento antiguo soy capaz de transformarme, de ser al mismo tiempo mujer y hombre, una metamorfosis en la cual no sé decir donde comienza uno y termina la otra... no me interesa saberlo, aquello que se es de ser dos en una y esto me convierte de cierto modo en inmortal.

VIII

Apagué el radio
Un momento antes que hablaran de ti,
Tu nombre
Pronunciado por otros
Es blasfemo a mi oído.
Declinar cada carta, cada singular sílaba,
Es tarea de quien te ama,
Solo el poseído

Distingue el amor
A ninguno, pues, preguntaré por ti
Y aunque quisiera
Sin miedo me giraría de espaldas
No quiero, no quiero
Sentir tu nombre en el aliento de algún otro.
A medianoche estarás de nuevo aquí
Con la consuetudinaria rosa aún no marchita,
Entre tus dedos pero como si la tuvieras entre tus dientes,
Apoyaras tu cabeza sobre mi hombro,
Fingirás dormir cansado
Y entonces, solo entonces,
Liberaré tu nombre de la estrechez de mi vientre.

IX

Mi hermano es un pintor, vive lejos, midió su separación sobre la base de una cantidad precisa de kilómetros, escogió para sí un lugar que tuviera colores apagados, indefinibles,, confusos...solo así, me dijo una vez, me siento libre de rellenar las telas con los colores más bellos, solo así puedo hacer estallar manchas potentes delante de mis ojos... los colores siempre han sido su obsesión, no le interesa pintar personas, ni siquiera árboles o cosas similares... no, todo aquello que puede hacer es untar la tela blanca de manchas densas, similares a pequeños puntos o largos y filiformes como veteados que atraviesan el espacio... veteados tan sutiles que no pueden causar daño a quien las observa... es por esto que no ha querido venir nunca aquí. Este mar, este azul que no cambia nunca, sería una mancha de color demasiado fuerte para él, se sentiría tan lleno al punto de no poder siquiera apoyar un pincel en la tela, sufriría la intromisión, como si este mar al final de cuentas hubiera hecho ya todo por sí mismo... por esto no le he pedido jamás de venir, no podré nunca sentarme con él en esta orilla, hablarle al oído y decirle de verdad como están las cosas... ¿y verdaderamente sé yo como están las cosas para mí? Todavía hay tiempo, todavía hay tiempo, repite mi doctorcito, ¿usted, de casualidad tiene miedo del tiempo? Mi doctorcito es verdaderamente un hombre de ciencia, se preocupa del tiempo, de cómo medirlo, de cómo fijar su incidencia en la vida de cada

paciente, pero su tiempo no es el mío... Su tiempo está dado por cálculos estadísticos, medias equilibradas, dosis exactas y probadas con experiencias seguras, el mío en cambio está lleno de saltos, de quebradas, de enigmas escondidos, mi tiempo se detiene muy seguido precisamente cuando el tiempo de los demás sigue una velocidad diseñada, las manecillas de mi reloj pueden también desaparecer y dejar apenas una sombra de sí mismas en el cuadrante, mi tiempo comprende miles de tiempos que muchas veces ni conozco, se multiplica frenético cuando las palabras chocan entre ellas, se dilatan infinito en los vacíos y en los silencios, se retira discreto si a derramar es el amor, es siempre igual a sí mismo todas las veces que lloro... llorar es cansado, más que escribir poesías, llorar no es ni mucho menos liberador... te obliga a permanecer enredado en las cosas, pegado a esa realidad que en cambio una simple coma, puesta allí para distanciar dos inocuas palabras, puede transformar en pura imaginación... es por esto que enfrente de mi doctorcito no lloré, no tenía ninguna intención de dejarme arrastrar de aquella realidad que me explicaba en términos muy detallados y profesionales, en cambio el día en que Ana se fue lloré con todas mis fuerzas... lloré con todas mis fuerzas enfrente del mar...

X

Tú eres el mar. Eres el primero al que he confiado a Ana cuando nació, eres el último con él que quiero hablar de ella. Después apenas la última palabra será dicha, sin que tú me hayas respondido nada, regresaré a casa y comenzaré a secarme los ojos, las manos posiblemente me temblarán todavía un poco y es posible que retomaré mi pluma hasta mañana. Mañana estaré lista para mi labor de siempre, hoy no, hoy estoy cansada, con esta mano herida, apoyada demasiado tiempo en la manija sin la fuerza de abrir la puerta e ir tras ella, con mi mano herida y la infinita serie de porqués que en un relámpago me atravesaron. Tú eres el mar, tu conoces los porqués de todos los pueblos que te han navegado, has recolectado sus lamentos, has custodiado áncoras de oro y objetos de cáñamo, cambiaste tu sabiduría con jirones de aventura... tú eres el mar, tú puedes decirme porque se fue Ana... ¿qué incompreensión puede ser así de definitiva? ¿Cuál muda o cambio pretendido no puede ser satisfecho con las palabras?

Ana busca lejos y a lo mejor le tocará atravesarte un día... no le digas que te hablé, no le digas que me viste sobre esta playa, si tienes que hablarle de mi dolor, entonces dile que todo se concluyó tras las paredes de mi habitación, que ahí preferí permanecer... no le digas, mar, que llegué hasta aquí para sentir como la arena abofetea como un reproche, no le digas de este viento entre los cabellos, pero cuéntale que, con cuidado, hoy también los peiné delante del espejo... y no trates de detenerla tú, esa era tarea mía, tarea de madre y no de mar... ¿pero qué podía hacer? ¿Retenerla por la fuerza? ¿Decirle que se estaba equivocando? ¿De qué armas se puede servir una madre mientras se cumple su propio fallo? Ana no se fue para encontrarse a sí misma, su fuga no es una afirmación, Ana se fue por miedo, miedo de convertirse en mí, miedo que su madre, con su inmanejable bagaje de palabras listas para usarse, resolviera también su vida en un sinfín de estrofas en rima. Yo soy solo el espectro que se agita en su castillo, un espectro que en el castillo se ilusiona de convertirse en mágico y así invade cada uno de sus cuartos, se apropia de cada esquina, no hay paredes que lo detengan, ni cerraduras que le impidan el paso... Ana busca lejos, lejos de los cuartos infestados... Ana no quiere ser yo...

XI

Entre mí y mi doctor hay un sobre. Blanco, anónimo. Es por él que estoy en su consultorio. Es él la razón de nuestro encuentro. El quisiera que lo mirara, lo siento. Continúa viéndome, espera que desvíe la mirada y la dirija con naturalidad hacia el sobre. Yo en cambio permanezco así, inmóvil, le sostengo la mirada y me doy cuenta que sus ojos son negros, negríssimos, la pupila es estrecha como si todo aquel negro hubiera encontrado un puesto en el menor espacio posible. La mano derecha toma los anteojos, listos para ser montados para leer el contenido del sobre. También el armazón de los lentes es negro, una curiosa combinación con las pupilas de lo cual probablemente ni cuenta se ha dado. Quién sabe cuantos otros sobres blancos como esta habrá leído hoy, y ayer, y antier, hace una semana, hace dos semanas, cantidad incalculable de sobres blancos y anónimos que transitan en su escritorio, son abiertos, leídos con atención, descifrados, comentados, y al fin puestos en las manos

de quienes se sientan enfrente. Sí, debe ser así, esos sobres no le pertenecen, tienen un legítimo propietario y no hay duda que aquel sobre entre mi doctorcito y yo sea propiamente el mío. Mientras tanto se ha puesto los lentes, la mano derecha, ahora libre, se acerca al sobre, lo toma y me lo pone por delante por su lado más largo... como un árbitro que decidió castigar mi falta extrayendo una tarjeta de amonestación o, en el caso de una falta mucho más grave, de expulsión, solo que su tarjeta no tiene color, no es color amarillo ni rojo, solo blanco, inmaculado y blanco como cierta ropa blanca de algunos anuncios televisivos... no se si mi doctorcito me esté amonestando por el escaso interés en los encuentros con su sobre o si en este sobre está mi expulsión definitiva, si para mí el juego que comencé a jugar hace 48 años esté ya verdaderamente acabado. El sobre permanece ahí, obstaculiza la trayectoria de mi campo visual, pero el doctorcito comenzó a hablar, hay en efecto un sonoro ahora que acompaña la escena entera, un sonoro que me cansa distinguir, porque generalmente no presto atención a las palabras de los demás. Esta vez sin embargo debo esforzarme, no puedo permanecer tan pasiva, no puedo mostrarme así de evasiva conmigo misma, en este sobre están los resultados de mis últimos exámenes, un resultado que podría haber ya perdido todo su significado. Me pregunto si se habrá aprendido de memoria todos los números y tablas contenidos en el sobre, continúa a soltar datos sin extraer ninguna hoja, y, sin embargo, procede seguro, sin hacer inútiles pausas, quizá tiene prisa por concluir, no quiere hacer largo el asunto y probablemente mi absoluta inmovilidad comienza a fastidiarlo. Al fin, sus palabras se enlentecen, se acerca la pausa, él a la mejor no siente la necesidad, en cambio yo sí, espero una pausa suya más que lo que pudiera esperar el veredicto, espero una pausa suya para poder levantarme y salir de su consultorio, dejándolo así, a preguntarse porque demonios me había ido, exactamente como sucedió aquella vez con el editor a la salida del elevador. Estoy lista, advierto claramente que está por detenerse, así es, se detiene, no es una pausa, ha terminado verdaderamente, me empuja el sobre y es él quien se levanta, me da la espalda y sale. Yo permanezco dentro del consultorio, del otro lado del escritorio la poltrona está vacía, tengo mi sobre entre mis manos y pienso que por esta vez él ha vencido...

XII

Estoy sentada y escribo
Lejos, en mi ventana
Resplandores de oro.
Sobre mis papeles
Ordenada
Desfila una poesía.
No puse blancos visillos
En mi ventana.
Aún los resplandores de oro son poesía.
Las hojas rojas
En vilo sobre la pérgola,
El gato
Del enigmático ojo verde,
La habitación oscura
De mi padre ya viejo.
Todo es poesía.
Contengo la respiración,
Y regreso al mar.

XIII

Me había prometido a mí misma que regresaría al mar. Después de la segunda noche en la cual el dolor había golpeado mi cuerpo me había repetido que regresaría al mar... a este mar... que tiene los mismos colores con los cuales mi hermano embarra las telas, que todavía custodia a mi padre, que era el lugar predilecto de cada mirada de mi madre. Los sonidos debajo del mar pertenecen a Eric y a ningún otro, las olas son en cambio los caprichos infantiles de Ana aún niña. En mi mundo de palabras han hecho imprevista aparición números y cifras, el sobre blanco de mi doctorcito no tiene otra cosa, lo veo otra vez salir del consultorio y solo ahora me doy cuenta que en sus labios se abrió una sonrisa. Los números y las cifras son aquellas de un gran miedo desaparecido. Una indagación que ha descartado a todo sospechoso... mi dolor se quedará, de cuando en cuando se asomará, pero sin pretender otra cosa, sin que él decida

por mí cuando será el fin... y entonces regreso al mar... desciendo lentamente las escaleras, supero la calle hoy extrañamente con mucha gente, me encamino sobre la arena, me quito los zapatos, siento los granitos debajo de mis pies hacerse poco a poco mas húmedos, me detengo un instante, no es excitación, solamente la necesidad de dar a mis gestos un nuevo empujón, como cuando se carga al máximo la cuerda de un juguete para que su movimiento dure lo más posible. Quiero estar segura que una vez adentro tendré conmigo toda la fuerza necesaria para no caer en el engaño de las palabras, para no contarme otra vez las cosas diferentes a como son, se necesita toda mi fuerza para dejar que el gesto mantenga toda su pureza. Tú eres el mar, no pides ser conocido, porque tú conoces cada cosa, sabes encerrar y liberar, eres principio y fin, dividido e indivisible, tú eres el mar, la más grande fuente bautismal en la cual nadar, desde siempre recoges los pecados del hombre, desde siempre, después de haber condenado, eres el único que puede absolver. El agua sube progresivamente, de las rodillas lame ya el vientre, la falda y la camisa se adhieren a la piel, los brazos están sumergidos hasta los codos, pocos metros más y todo mi cuerpo estará sumergido, no hago movimientos inútiles, no soy una nadadora en busca de refrigerio, camino en el mar y es la única cosa que puedo hacer. Siento ya sobre los labios la sal, saco todo el aire por la nariz y contengo la respiración, cierro los ojos, los cabellos se están mojando, está hecho. Soy una sola cosa con el mar, mi bautizo es completo, me quedaré así hasta que mis pulmones aguanten, se necesita fuerza, toda mi fuerza, para que el gesto mantenga intacta su pureza, aquí debajo las palabras han perdido todo su significado, el agua produce un ligero zumbido en mis orejas, me quedo inmóvil, cuando salga tendré otra cosa que hacer. Olvidaré el sobre y las pupilas negras de mi doctorcito, buscaré a Ana y la encontraré, le ofreceré el encanto adecuado para desinfestar su castillo, no seré más su espectro y ella habitará tranquila sus cuartos, como una reina. El aliento en mis pulmones ha terminado, el bautismo también, es tiempo de recorrer el camino en reversa... tú eres el mar y puedes cambiar la vida...

**DRAMMATURGIA ITALIANA
CONTEMPORANEA**

UNIPERSONALI AL PALCOSCENICO

La sfida di uscire da solo al palcoscenico e in pieno auge.

Perchè significa mettere a confronto grandi sfide creative tanto per il drammaturgo come per l'attore.

Soprattutto quando l'attore ha scritto la sua propria sceneggiatura ed ogni tanto fa anche il proprio regista.

Questo implica un rischio che sembra forma parte dell'incanto, giacchè gli attori siamo fedeli a quell' "adrenalina teatrale" che non troviamo in nessun'altra parte.

L'attore come "juglar" moderno carica con le sue opere e le sue valigie ovunque vad a fare il suo lavoro.

Il tetro no ha frontiere e quello unipersonale ancora meno.

Sedici drammaturghi italiani assistiti dalla celebre Maria Letizia Compatangelo ci portano a un volo di grande altezza con l' "Acquila Sapiens, Sapiend" e altri interessanti monologhi che sono stati tradotti allo spagnolo.

Ringrazio a nome di tutti attori specialmente quegli messicani e italiani pero, preziosi monologhi che fra poco ci saranno nelle librerie, biblioteche e soprattutto nel palcoscenico de nostri paesi.

"Le opere con una sola persona in palcoscenico sono una tendenza, costi economici, possibilità di percorrere paesi e sfide artistiche.

AQUILA SAPIENS SAPIENS, CANTO PER PROMETEO

MARIA LETIZIA COMPATANGELO

Aquila sapiens sapiens è pubblicata nel volume *Il teatro dell'inganno - Opere Complete*, di Maria Letizia Compatangelo, collana "Il Meridiano del Teatro", edito da Enrico Bernard Entertainment & Art.

Il protagonista è in proskenio, intento a modellare la creta su una ruota da vasaio. Le mani sporche, il viso e gli abiti schizzati di fango. Curiosamente è in frac, ma l'eleganza dell'abito non cancella qualcosa di animalesco nel suo aspetto, ci si aspetterebbe quasi di veder spuntare da sotto la coda del frac, in fondo alle gambe dei pantaloni o dai polsini delle piume di rapace.

Come i balbuzienti, ogni tanto l'homo aquila si impunta, si inceppa, e "sgraaccrraa", ovvero emette il grido dell'aquila misto al verso dell'avvoltoio, un suono mai udito altrove. (Soprattutto quando si imbatte in sillabe contenenti la erre e la a.) Di contro, talvolta si impunta e con eccesso di perfezionismo cerca di rendere al massimo un'immagine o un concetto.

E' stata tutta colpa di Zeus. – Io me ne stavo lì, non so più da quanto tempo, traanquillo. Mi occupavo... delle pulizie intorno all'Olimpo. Non stavano mai quieti, quei benedetti! – Gli dei, no? – E un gioco oggi, e una scaramuccia domani, e scommesse, e vere e proprie guerre... E poi un dispetto, un capriccio continuo! – Insomma non vi dico cosa lasciavano sulla Terra: montagne di residui! Cadaveri, carogne, carcame putrido... un sacco di materiali organici di scarto che ingombravano i campi... E ce n'era sempre una tale sovra-sovraaaa-sgraaaaah! – una tale sovraa...bbon-dan-za! (*sorridendo*) Un surplus, un inbandimento, un mischia mischia di carni sanguino-

lente, di membra disarticolate, teste mozzate, di budella e carcasse marce che si abbrunavano e si disfacevano sotto i raggi di Iperione come tante bocche spalancate in una preghiera verso il cielo: mangiami, mangiami, eliminami! / Allora io scendevo, in lente, pigre volute, in cerchi perfetti... e provvedevo. / Poi, dopo quelle epiche scorpacciate, me ne tornavo in alto, fermo nell'aria, serio serio, muovendo appena la punta estrema delle ali... Ah, erano magnifiche! L'unica mia vanità: due ali immense, grandi più del mantello di Ares, capaci, quando le dispiegavo sotto il sole, di produrre ombra più vasta e accogliente di un pino centenario... ma i viventi non amavano venire a ripararcisi. – Rimanevo così (*a braccia aperte, muovendo soltanto la punta delle dita, come se suonasse il pianoforte nell'aria*) a guardare giù. In alto, fermo nel cielo. Ad annoiarmi. (*movendo la testa come un metronomo*) Noia. Siesta. Scorpacciata, siesta noia. Noia, scorpacciata, siesta – sì, questa è la progressione giusta. Insomma mi facevo gli affari miei, avevo individuato una nicchia di sopravvivenza e loro, gli dei, mi lasciavano fare volentieri, lieti che il profumino del mio pasto non andasse ad interferire con le loro ambrosie. Ero diventato una sorta di servitore di fiducia.

E questo è stato l'errore.

Non bisogna mai volare troppo in alto, è pericoloso farsi notare! Basso profilo, basso profilo e rimani a rimpinzarti come vuoi, quanto vuoi e senza fastidi! Diventa invece l'avvoltoio di fiducia... e prima o poi arriva la tegola! E infatti un giorno Zeus mi chiama e dice: ho una missione delicata da affidarti. Mi devi andare per un po' in trasferta nel Caucaso, c'è un tipo a cui bisogna dare una lezione, vedi bene che è proprio un incarico di fiducia.

Gra-graaa-graaaach! graande Zeus, rispondo io – ero un po' emozionato – obbedisco! Cosa devo fare? – Una cosetta di tutto riposo: ogni giorno, quando il carro di Febo appare all'orizzonte, gli devi mangiare il fegato. Tutti i giorni, sino a quando dirò io basta. Tanto poi la notte glielo faccio ricrescere.

– Ma chi è, graaande Zeus? Quale crimine ha commesso maai?!

– Lo so io... Deve imparare a portare rispetto. Ah, già: si chiama Prometeo. Vai, vai, vola sempre verso est, poi lo vedi, non puoi sbagliare, è incatenato a una vetta.

E così mi metto in viaggio, saluto i campi pietrosi rigurgitanti di tanti appetitosi manicaretti e dirigo il rostro verso le terre dell'au-

rora... est nord-est... Un viaggio lungo, faticoso anche per le mie ali possenti. Praticamente tutta una filata, oriente espresso dall'Olimpo all'Asia ... – sinché arrivo in vista delle cime del Caucaso. Scruto in lontananza il profilo erto della montagna, più bruno nella pallida oscurità del crepuscolo della notte, avanzo fendendo l'aria con battiti prepotenti, ascendo e piano sfruttando le correnti, mi avvicino ansioso ... e subito lo vedo.

Graaa-graaaach, sgraaachh! Graande! Un gigante corrucciato ... avvinto alla roccia, immenso, oscuro nell'ombra ... un Titano! – Che testa enorme, osservo molto impressionato ... No no! Non assomiglia a niente che abbia mai visto prima – ha un cranio di due taglie più grande di quello di Zeus... e che occhi! Capaci di penetrare la roccia, di gelare il sangue, di scuotere il senno... – se io allora ne avessi avuto.

E' lui, è lui, l'ho trovato! Zeus ha ragione, non è possibile confondersi.

Per un po' rimango immobile sulle remiganti. Sta per sorgere il sole, approfitto dell'attesa per riprendere fiato... poi, non appena la corona dei raggi lucenti si innalza sulle linee assonnate del Caucaso, mi dispongo, efficiente e puntuale, all'operazione divora-fegato.

E' la prima volta con un essere vivente, sono un po' impacciato.

Decido per una linea retta, attacco frontale, gli ordini sono ordini. Verticale, e giù! – E all'improvviso un urto terribile, come sbattere contro uno scudo gigantesco. Sto per precipitare, riprendo a stento il filo del vento, rinculo... (*terrorizzato*) Le urla, le urla, le urla! Io non c'ero abituato. Nell'Olimpo, non è che... Ci sono sistemi diversi... insomma... il capo c'ha la folgore, il vice il tridente, quell'altra l'arco, un altro la lancia... il serpente, il bastone, il cavallo, l'ulivo, la quercia, i pampini, la cetra... un carnevale che non vi dico! – Ma gli dei non parlano. Pochissimo. Giusto le nove sorelle, le Muse, ma loro veramente non volevano avere a che fare con me allora.

Insomma inizia la lotta. Le parole sono le sole armi di Prometeo, lui per fortuna è incatenato... ma funzionano! Un tuono potente, un rombo minaccioso... e tuttavia diverso, perché dentro c'è qualcosa... qualcosa ogni volta differente – un... un *segno* diverso! Sono confuso, stordito, meno giù colpi su colpi, e lui continua a urlare, imprecare, maledire... E sangue, piscio, smerdazza dappertutto... ho tutte le piume imbrattate, si stanno appesantendo, devo cambiare tattica... – Raccolgo tutte le energie rimaste, mi innalzo sino quasi alle ruote

del sole, salgo, salgo... All'improvviso mi lancio giù come una freccia e con tutta la mia forza lo colpisco sulla testa con il rostro.

Finalmente! Sono riuscito a farlo stare zitto. – Ma tu guarda in che situazione... Rivolgendo un voto non esattamente di gratitudine verso il re degli dei, riesco a portare a termine il compito del giorno sinché Prometeo è ancora privo di sensi.

– Zeus non l'aveva pensata proprio così, d'accordo, la mia è stata diciamo... un'interpretazione. – L'odore è diverso da quello del mio solito cibo. Dolce-frizzante... Senza contare che il sangue vivo gorgoglia, zampilla, schizza... Sulle prime il nuovo sapore mi disgusta. Mi ha fatto ribrezzo per molto tempo... Poi mi sono abituato. E d'altra parte non c'erano molte guerre sul Caucaso, una trasferta proprio disagiata, bisogna dirlo! Dovevo adattarmi per forza. – Ecco, io ho sempre avuto la capacità di adattarmi! Una questione genetica.

Anche agli urli raccapriccianti di Prometeo mi sono abituato, a quelle grida inumane di dolore – non vi dico di notte, quando gli cresceva il fegato! I primi tempi glielo divoravo più in fretta possibile e me ne volavo via sconvolto, a... a non fare niente, ma altrove! A cercare il silenzio, lontano da lui.

Otto cerchi intorno al ghiacciaio superiore, quattro cerchi sulla punta più bassa, di nuovo otto sull'ultima cresta erosa dai venti... Una grande noia. Beh, almeno questa l'ho ritrovata, mi dico. Pure, non è la stessa dei bei tempi dell'Olimpo, quella noia piena, soddisfatta, che non chiede e non si muove. Questa è una smania che rode dentro... una noia vuota – o noia del vuoto?

Magari del vuoto nel mio stomaco, penso, e mentre sono lassù che osservo l'immobilità delle pietre e dei ghiacciai, il mio sguardo cattura qualcosa. Ma sì, sì, è proprio vero! Quale sorpresa inaspettata, certo un regalo degli dei! Allora non sono stato dimenticato! Ringraziando Zeus scendo gioioso, pregustando commosso il sapore della carogna che il disgelo sta scoprendo sotto la coltre di neve e fanghiglia sulle pendici più basse... E' solo una vecchia lepre con una zampa spezzata, ma a me sembra più appetitosa di un turgido e tenero guerriero adolescente. – E poi quello che conta è il pensiero.

Al primo assaggio (*pausa, mima un certo disappunto*) mi dico che forse è soltanto un po' troppo rigida, anche per le mie abitudini. Annuso con attenzione... L'odore è lo stesso, più o meno... vabbè, forse non era proprio morta fresca fresca quando è stata congelata

– da due o tre giorni sarebbe la perfezione – ... comunque il ghiaccio sembra averla conservata intatta. Aspetto che si scongeli un pochino. (*sorridendo compiaciuto*) Ritento. (*esterrefatto ed impaurito*) Non mi piace... non mi piace più!!! Non è possibile, adesso riprovo. Devo riprovare! (*assaggia e sputa e tossendo*) Ma ha un sapore ripugnante, disgustoso!... Grande Zeus, cosa sta succedendo?! Mi fa schifo! Avanti, ancora una volta! Ho la gola chiusa dal ribrezzo... Sforzati!!! Ma mi sta schizzando lo stomaco di bocca dalla nausea!!!

Niente da fare.

Mi allontano sconfitto abbandonando la carcassa della lepre alla terra. Fuggo inseguito dalle ombre del crepuscolo che si allungano cupe alle mie spalle, ingigantendo le montagne. – Ritorno al mio ufficio. Mi sento colpevole per aver rifiutato un dono della sorte... ma soprattutto, mentre volo lento e meditabondo verso la roccia ove è incatenato il Titano, ho paura di confessarmi quello che la mia pancia ha già capito.

Domani. Domani all'alba mangerai, ha sussurrato.

E così è stato: ormai avevo bisogno di immergere il becco nel sangue vivo e zampillante! Cibarmi del fegato di Prometeo, giorno dopo giorno, luna dopo luna, anno dopo anno... aveva fatto mutare i miei gusti. Non riuscivo più a mangiare le carogne. (*disperato*)

E ora come faccio?! E che farò, quando potrò tornare all'Olimpo?! Sono diverso, sono un altro! – Traaa-traaaaach- traaanquillo, stai tranquillo, cerco di assicurarmi, è solo una traaaaasformazione della pancia... Mi ripeto che in fondo è un bene... adesso, almeno, la fuga quotidiana dai lamenti di Prometeo ha uno scopo preciso: ora che ho bisogno di carne fresca da squaaaa-squaaaarch-squartare, devo esplorare il territorio in cerca di cibo!

Così comincio ad andare a caccia tutti i giorni. Con metodo. – Anche se rifiutavo di accettarla, la realtà sopravanzava le mie intenzioni: i fatti, le cose... mi apparivano sotto una prospettiva nuova, ed io spontaneamente cominciavo a collegarli e ad ordinarli secondo una diversa esperienza. – Ho subito imparato, per esempio, che a caccia è fondamentale non essere mai troppo presenti nella stessa zona, altrimenti la preda ti avverte e resta rintanata... ma quelle montagne erano talmente simili l'una all'altra! Le cime del Caucaso sono quanto di più brullo e meno interessante ci si possa augurare: quante volte mi sono ritrovato senza accorgermene a battere una zona esplorata solo poche ore prima, tanto è monotono il paesaggio!

E allora un giorno, per non distrarmi, mi sono sorpreso... come a contare – beh, non è che sapessi proprio contare, era piuttosto un sentire, un distinguere... – Contavo i colpi delle mie ali e contemporaneamente ho cominciato ad ascoltare i battiti del mio cuore... Un colpo d'ala, un battito del cuore, tre battiti, un colpo d'ala: (*a ritmo di musica*) un-due-tre/un! un-due-tre/un! Quanti colpi del cuore, per un battito d'ali? Cuore, cuore, cuore, ali... ali... vento, cuore... – e... ed ho sentito il vento! Per la prima volta in vita mia, il vento che mi portava, che mi sosteneva, che mi sussurrava tra le piume!

Nulla era più come prima, le montagne non erano più monotone, né il panorama desolato, o il cielo troppo terso: io stavo VO-LAN-DO!!!

Sì, sì, lo so, mi dico, sto compiendo le stesse manovre di sempre, sto facendo esattamente le stesse cose, MA... io ora le... le sento! – Stavo assaporando un piacere, lo sentivo, un piacere diverso, che non aveva niente a che fare col cibo, né derivava dal riposo... un piacere che non nasceva soltanto dal corpo... (*si tocca la testa, ma non sa definire la nascita del pensiero estetico, la descrive*) qualcosa di completamente nuovo... una scoperta... una musica mai udita... Il piacere del volo, del volo in sé!

Un battito d'ali, e ancora e ancora un altro, e su! – Come il crescendo di una sinfonia: le mie ali come archi maestosi, il piccolo tamburo del cuore, e il vento con i suoi fiati caldi e squillanti... – Giù, verso quel crepaccio rossastro! Colore scuro, tonalità bassa e tenuta... e poi su, verso l'azzurro argentino del cielo, e avanti a volo radente a sfiorare le rocce, a spolverarmi le ali con bioccoli di nuvole basse! Io stavo go-den-do il mio volo!!! – E volavo, volavo, volavo, sotto il sole benigno, sugli zefiri sereni...

Acceleravo, bloccavo, piombavo in verticale e filavo veloce nell'aria azzurrina del meriggio, tra un lampo e l'altro del tramonto, nel chiarore della luna: per tre giorni e tre notti ho continuato felice a disegnare capriole nel cielo, a rocambolare inebriato nel vento, dimentico del mio dovere, di Prometeo e persino del grande Zeus. E la noia... la noia... non esisteva più. (*si tocca la pancia, le braccia, la testa*) Ero diventato un'Aquila! La mia trasformazione era compiuta.

E un giorno, mentre sono lì che mi libro, cabro, sperimento alcune picchiate clamorose... mi coglie l'uzzolo di volare più in alto. Perché? Forse per conoscere altre regioni del mio territorio... per vedere di più, più lontano! Per possederne di più. E' un desiderio nuovo,

che nasce nelle ali, mi percorre tutto e solletica dietro la nuca come un brivido dolce. Mi sento forte.

Salgo, salgo, salgo ancora, e mi sento sempre più leggero, mi sembra di diventare quasi parte del vento, scorgo i confini delle mie montagne, il mare nero che avevo trasvolato tanti anni addietro... e all'altra estremità un altro mare, e riflessa laggiù, un puntino in movimento tra le nuvole, la mia sagoma alata... Più in alto e in alto e in alto: sto diventando azzurro come il cielo e splendente come i raggi del carro di Febo, posso sentire le sue ruote stridere sopra di me, è meraviglioso! – Ma... che accade?! Le piume, attento! Stanno prendendo fuoco!!!

Per un micron non sono abbrustolito in una fiammata. Stavo per diventare uno spiedino stellare. – Ho perso i sensi, e solo la fortuna, il caso, ha voluto che una depressione mi risucchiasse in un nuvolone gravido di pioggia, che ha spento il fuoco e lavato la cenere dalle mie ali... Per tutti gli dei, com'erano ridotte! Malconce da fare pena, doloranti e deboli – ma sono riuscite comunque a riportarmi a casa.

Ero sconvolto, impaurito, e furioso con me stesso. Stupido, stupido, stupido! Dove volevi arrivare? Più in alto, più in là, dove?! Oltre! Ma sono cose da osare, non essendo un dio?! – Volevo soltanto vedere più lontano... più... Più lontano?! – Un momento... come pronunciano gli dei nella loro lingua? Vedere più lontano... pro-meteor, più innanzi... Ma è il nome del Titano: Prométeo!!!

Dev'essere stato lui... Certo! Con quelle sue strane parole... mi ha fatto un sortilegio! Ma... allora... tutto questo forse non esiste... E' solo il frutto di un incantesimo malefico, un'illusione, e io sono sempre lo stesso, lo stesso! Ah, ma gliela farò pagare!

Quella notte, una notte di tempesta terribile come la mia vendetta, mi sono avventato sul mio prigioniero con un gusto, una ferocia, un desiderio di annullarlo, di divorarlo pezzo a pezzo!... – Urla, maledetto, urla, non mi fai paura! Soffri abbastanza? Riesco a farti il male che vorrei? Urla, urla ancora! Sei un essere malvagio, volevi stregarmi, ma ora è finita, perché io ho capito tutto, e tutto tornerà come prima! Solo il timore di Zeus mi ha trattenuto dal finirlo – MA ho cercato di procurargli più dolore possibile. Potevo soltanto mangiargli il fegato, e quello gliel'ho roso sino all'ultima spugnosetta di sangue. Le sue grida si mescolavano alle mie invettive, al rombo del tuono, allo scroscio dell'acqua che si rovesciava inesausta dal cielo, e più la nostra roccia si trasformava in teatro di guerra e di sciagura, più lui urlava di dolo-

re, e più io godevo e infierivo e inveivo... Ma ad un tratto, tra le urla e il frastuono della tempesta, percepisco qualcosa di incredibile... Ci dev'essere un errore. Non distinguo bene... Macché, hai sentito benissimo: ride! – Rideva!!! Lui rideva... più io lo maledivo e lo martoriavo, più lui scordava il dolore e rideva! Allora non ho capito più niente, ho visto rosso, rosso come il fiume di sangue che fiottava dal suo fianco. Ho cominciato a menare colpi scoordinati, all'impazzata, lottando contro le sue risa e la tormenta che mi sbatteva e mi scagliava contro la roccia... sino a che sono crollato al suolo, con la sconvolgente risata di Prometeo che continuava a rimbombarmi nella testa: Lui ha capito, che Aquila! Ha capito tutto! Non hai nemmeno cominciato a capire, povero sciocco! Ti sei nutrito di me! Niente tornerà mai come prima!!!

Il giorno dopo decisi di farla finita con le novità. Io sono sempre stato un avvoltoio e per tutti gli dei tale voglio rimanere! Mi riabituero a mangiare come prima, è solo questione di longitudine, si sa che paese che vai... usanze che trovi. Spicco il volo, determinato, guadagno una quota dignitosa, guardo intorno per vedere se c'è da scovare qualche carogna... niente. D'accordo, ci vuole tempo, te ne sei scordato? – Mi dispongo dunque per piazzarmi lì, a piumeggiare immobile, nell'alto, come facevo in Olimpo... e cado. (*comicamente disperato*) Caduta a piombo! Verticale. Una piastra da stiro.

E' stato allora che ho capito. Non si può tornare indietro. Aveva ragione Prometeo. – E poi anche questa storia del "capire"... Non poteva trattarsi soltanto di fusi orari! Comprendere era evidentemente collegato alla mia trasformazione, alla mia nuova natura... – non per niente ancora si dice "essere un'aquila"... – (*sorride al ricordo*) Avevo operato una deduzione. Il mio primo approccio all'intelligenza complessa. Sì, ero proprio diventato Aquila. Troppo a lungo mi ero nutrito di Prometeo. Troppe cose erano mutate: non riuscivo più a galleggiare immoto nel cielo, non riuscivo più a nutrirmi di cadaveri... e soprattutto non riuscivo più a fare a meno di lui, che pure era alla mia mercé.

Mi accovacciavo di fronte a Prometeo e lo fissavo per ore. Mi stavo abituando anche al suo aspetto, che cominciava ad apparirmi interessante. Quel craaano così grande nascondeva saperi che mi incuriosivano ogni giorno di più, ed anche questo era uno dei tanti mutamenti che si stavano producendo in me, come la scoperta del piacere del volo... la *curiosità*. Ma adesso non mi opponevo più alle

novità, che anzi mi eccitavano e mi mettevano di buon umore. Tutto ciò che era movimento mi rallegrava!

Quello che invece non cambiava era l'ordine di Zeus, e la faccenda iniziava a crearrrr-creaaaaarrh-crearmi qualche imbarazzo. Io avrei preferito assorbire in altro modo gli insegnamenti del Titano, nutrirmi delle sue parole, che avevo cominciato ad intendere... e invece mi toccava rodergli quotidianamente il fegato! Ora mettetevi un po' nei miei panni... Come si fa poi a chiedergli un favore? Per piacere mi spieghi questo? Mi racconti come va questa faccenda, com'è che succede questa cosa?... Forse Zeus si è scordato di noi, penso, e un giorno mi decido e con il rostro comincio a martellare la roccia in cui sono inchiodate le catene del mio prigioniero.

Prometeo è sorpreso, mi osserva e tace, eppure scorgo un lampo di ironia nei suoi occhi, un risolino trattenuto che gli increspa appena le labbra. Picchio come un dannato, risoluto e sereno nella giustizia del mio proposito, la roccia scintilla sotto i colpi... Smettila, dice Prometeo. - Come, smettila? Ti sto liberando! - Piantala, non puoi... comunque grazie per l'intenzione. - Ma sei scemo? faccio io, continuando a martellare cocciuto e fiero, sino a che un urlo di Prometeo, potente e terribile come la prima volta, mi colpisce con la forza di un pugno e mi fa rotolare per qualche metro... giusto in tempo per schivare la folgore di Zeus, che si abbatte esattamente nel punto dove stavo scavando e ricompatta la pietra intorno alla catena.

- Te l'avevo detto, mi fa Prometeo.

- E tu accetti di rimanere incatenato per l'eternità?! domando perplesso, non appena riesco a riprendermi dallo spavento, è la seconda volta in poco tempo che rischio di finire arrosto!

- No, ma tu non puoi mutare il mio destino. E adesso mangia. Avanti, mangiami! - No. Non voglio! - Mangia, sono io che te lo offro!

Quel giorno mi sono reso conto di quanto nutrirmi di lui mi saziasse. Oh, certo, di tanto in tanto sentivo le mie budella ribellarsi, strepitare, pretendere, e allora fuggivo il più lontano possibile dal mio Titano, e cercavo di soddisfare l'animale che era ancora in me cacciando e sbranando qualche preda scovata con furia tra le pietre e gli arbusti delle montagne. Facevo a pezzi il malcapitato essere, straziandolo e divorandolo sino alla più piccola fibra, succhiandone il sangue sino all'ultima goccia... e poi me ne tornavo da Prometeo, che dalle piume macchiate indovinava il motivo della mia improvvisa sortita... e

di nuovo gli scorgevo quel lampo malizioso e allegro negli occhi, quel risolino agli angoli della bocca.

Ma il suo essere cibo era un'altra cosa.

Il sangue del mio maestro racchiudeva e trasportava una qualità del suo essere: ogni beccata traduceva in me qualche preziosa parte di lui... – e ogni volta, dopo, avevo la sensazione che il colore delle pietre, o la trasparenza del cielo e tutte le cose intorno cambiassero in qualche misteriosa porzione della loro essenza – o forse ero soltanto io a mutare, ancora...

Ma come soffriva... Lo ripeto per chiarire eventuali malintesi: Prometeo non godeva affatto ad essere seviziato, e il tormento era perpetuo, altro che pene dell'inferno! Di giorno la ferita, lo strazio, di notte la tortura della riproduzione del fegato... una catena spaventosa che ormai mi appariva di totale insensatezza. Perché?!! Perché un individuo così pacifico e simpatico doveva subire un tale supplizio? Perché proprio io dovevo esserne lo strumento?!!

... E non avrei fatto meglio a morire fulminato, piuttosto che continuare ad eseguire gli ordini?!! – Devo farla finita!

Ma tutti e due sapevamo che dall'Olimpo un altro servitore sarebbe stato inviato a perpetuare il supplizio... e io non volevo morire, ogni fibra del mio essere voleva continuare a vivere, e a parlare con lui.

E un giorno gliel'ho chiesto: perché? Cos'hai fatto a Zeus?

Di nuovo quella luce negli occhi, di nuovo quel risolino divertito.

– Insomma, Prometeo, sei impossibile! Non c'è niente di divertente in tutta questa faccenda! – E' che il re degli dei non ha spirito umoristico, replica lui. E ride.

– Scusa, sibilo seccato, fai ridere anche me, per piacere?

– Perché, sai già ridere? domanda lui, sorpreso e compiaciuto.

– So fare un sacco di cose, ribatto stridulo, ero proprio esasperato!, so anche provare pietà, se proprio lo vuoi sapere, e non so se avere più pietà per te che soffri o per me che non comprendo di quale gioco sia la pedina... Non voglio essere ricordato come quello che ha tormentato Prometeo!

– Grande madre di tutte le cose! Hai anche acquisito il senso del tempo! Lo sapevo che saresti stato un buon allievo. Bene, molto bene!

– Allora?!! – Che vuoi che ti racconti, sospira lui, è una storia lunga ... Io e Zeus eravamo amici, lui teneva moltissimo ai miei consigli, non per niente sono chiamato Pro-meteor, colui che guarda avanti... Nella

lotta di successione contro Crono ho previsto la sua vittoria e combattuto dalla sua parte ... Poi sono tornato ad occuparmi dei miei esperimenti, a creare anch'io, pur senza essere un dio... e questo ha cominciato ad infastidirlo. Non vuoi una ricompensa? Perché non vuoi diventare una divinità, mi fa... come Amaltea, la vuoi una bella costellazione? Come dio saprai tutte le cose... Per carità Zeus, non ne parliamo nemmeno, sai che noia! Io la realtà mi diverto a scoprirla... non ambisco a sapere tutto una volta per tutte! – Se la legò al dito... Lo so, lo so, non è stato da me, è stata un'ingenuità imperdonabile. A lui piace solo essere adorato, mentre io sono uno spirito libero. Non parliamo poi di come rimase – malissimo, una vera e propria crisi di nervi! – quando con la creta riuscii a creare i primi uomini... esserini imperfetti ma promettenti, che purtroppo ha spazzato via con un diluvio... Ora però ci sei tu.

– Come sarebbe a dire?

– Lo so io...

– Sempre così, rispondete voi immortali! Non si può mai andare oltre il mistero, con voi! Perché non vuoi dirmi cos'è successo? Perché dall'Olimpo sei rovinato su queste rocce desolate?

– Non esiste il mistero, esiste l'oltre, ricordatene! (*sospira*) Ho riportato il fuoco alle creature umane contro il volere di Zeus. Ora lasciami in pace.

Ho riflettuto intere lune su questa storia. Non riesco a capire cosa potesse esserci di tanto offensivo nel fare il *lucifero*... sino a quando mi è balenato nella mente che doveva essere qualcosa appartenente ad una categoria speciale, all'Autorità.

In breve, ero diventato Prometeo dipendente, il bisogno di stargli vicino mi avvinghiava l'anima. Ogni giorno gli mangiavo il fegato, ed ogni giorno osservavo qualche nuovo sapere crescere dentro di me... o meglio, un'attitudine al sapere – essendo un'Aquila, le cose poi le imparavo anche da solo.

Adoravo la mia vittima, il mio Titano, desideravo servirlo... ma come si può servire un individuo legato mani e piedi ad una roccia?!!

– Magari distraaendolo dal dolore, escogito un giorno. Potrei inventare qualcosa per distraaaaar-distraaaaarrch-distraaarro... Senti come si lamenta... ma cosa posso fare?! So parlare... ma lo stancherei di più. So cacciare... no, non mi sembra il caso di insistere col sangue... So costruire un nido! Lui è un esperto di architettura, gli interesserà... No, troppo poco spettacolare... - Un momento...

io so volare!!! E come so volare! Sì, volerò per lui! Eseguirò il mio volo-sinfonia, basterà solo adattarlo un po', ridurlo per farlo entrare nel suo campo visivo... Prometeo! Ehi, Prometeo!!! Ascolta... guaar-guaaaarrrch-guaardami! Ti prego, guaarrdami! / Ha smesso di urlare... – Ascolta Prometeo: ora picchio il rostro sulla roccia... senti questo suono? Senti il ritmo? Sì, così... esatto... tieni questo ritmo!

Il percussionista esegue il ritmo di Aquila, e poi lo raddoppia, come se ora anche Prometeo battesse in qualche modo il tempo, possibilmente accompagnandosi con la voce e modulando suoni e richiami ritmati.

Mi seguiva! Ero riuscito nel mio intento, ero così emozionato! Ho volato per lui la mia sinfonia dei colori dell'aria e della terra, spiccando balzi, piroette, avvitamenti, picchiate... seguivo un disegno della mente, tracciavo linee e fantastici solchi nel cielo, accelerando e diminuendo... assecondando il ritmo che Prometeo continuava a darmi, dimentico del dolore, come inebriato, e gridava: Vola, vola in alto Aquila, vola ancora! E' magnifico! Lo senti? Stai danzando! Danza, Aquila sapiens, danza! E' arte! Stai inventando l'arte!

Sentivo il maestro fiero di me e io ne ero così felice, così felice che ho danzato sino al tramonto, sino a quando sono stato certo che non sentisse più il dolore.

Da allora ogni giorno ho danzato per lui.

E cantato, quando la mia voce ha cominciato a modulare più di tre note... e narrato, quando la mia memoria è stata in grado di ricordare e rielaborare i miei saperi.

E un bel mattino, chi ti arriva? Eracle!

Ufficialmente per affari, prima di andare a catturare Cerbero, ma è evidente che il suo arrivo in una zona così periferica come il Caucaso non può non avere uno scopo preciso. Prometeo infatti lo sapeva già, lo attendeva. Da molte lune mostrava un aspetto più sollevato, incline al sorriso... ogni tanto però lo sorprendevo a fissarmi pensieroso. E quella mattina mi fa: Va' via, Aquila, è arrivato il tempo di dirci addio. Qui sei in pericolo.

Avendo imparato a fidarmi della sua preveggenza, so che dovrei seguire il consiglio, ma non riesco a salutarlo per sempre. Abi-abbbiamo traaaa-traasch-traascorso tanto tempo insieme, balbetto, non posso andarmene proprio adesso!

– Adesso che? fa lui, burbero, e io: Non è giunto il momento della tua liberazione? – Bene, ora sai anche prevedere! mi sfotte - gli è sempre piaciuto sfottere... - gli occhi gli brillano di arguzia, ma non insiste più per farmi partire.

Così, quando Eracle raggiunge la cima della nostra vetta, ci trova uno di fronte all'altro, a conversare delle stagioni e della divisione del calendario. Immaginatevi il suo stupore!

In sua presenza mi sento sopraffare dalla timidezza, non so dove mettere le zampe, io sono un sostenitore accanito di Eracle, per me è un semidio clamoroso! Lui invece mi guarda malissimo... mi rendo conto che ai suoi occhi sono soltanto lo spietato emissario di Zeus, il padre suo – che invece, assicura, è tanto pentito di aver inflitto tutti quei tormenti a Prometeo! –

(*sarcastico*) Sì, si dice sempre così, dopo. Chissà quali pene avrà sofferto tra le delizie dell'Olimpo, in tutti questi secoli! – Eracle però non c'entra, mi ripeto, lui è uno perbene, un vero eroe, e io lo ammiro infinitamente, è colpa sua ciò che combina il padre? Mi piacerebbe tanto potergli parlare, spiegarmi...

Ma un'occhiataccia di Prometeo mi impone di allontanarmi senza fiatare, mentre il colosso spezza finalmente le sue catene. – Ti ringrazio, valoroso figlio di Zeus, lo apostrofa, e rendo grazie anche al padre tuo per la sua benevolenza... Eehm... Adesso immagino che vorrai ripartire... mi dispiace, ma non so proprio come onorare l'ospitalità: capirai, sono secoli che sto qui incatenato, non ho potuto organizzare niente per il benvenuto...

Chiacchierano un po', Eracle per conto di Zeus invita Prometeo in Olimpo... ma di me neanche una parola. Alla fine imbraccia la clava, si accomiata e si avvia ad ovest, mentre io me ne volo dalla parte opposta un po' depresso, uscendo allo scoperto... Neanche una parola per me, neanche un saluto, dopo tutto questo tempo!... – E poi è stato un lampo, non so dire cosa sia accaduto: un dolore lancinante all'ala sinistra, l'urlo di Prometeo, o forse prima l'urlo e poi la freccia, destinata al cuore... Precipito. Quando riprendo i sensi, c'è solo Prometeo accanto a me, che medica la mia ferita. – Non potrai più usare le tue belle ali, mormora afflitto, ma ti insegnerò io come fare. Sopravviverai.

Eh già... Era quello l'unico messaggio per me da parte di Zeus: una freccia. Per cancellare con me, il servitore obbediente, il ricordo fastidioso della sua ingiustizia. Se non fosse stato per l'urlo di

Prometeo, che come al solito mi ha fatto prendere un accidente e sbandare, la freccia avrebbe trapassato il cuore. Mi ha salvato la vita / l'unico che avrebbe avuto ottimi motivi per volermi morto! Comunque anche da questo sangue, il mio per una volta, ho imparato qualcosa. Ho scoperto che cos'è il dolore... ho assaporato il miele dell'amicizia... e ho avuto il battesimo della politica.

Adesso però, finalmente, eravamo li-be-ri! Prometeo sciolto dalle sue catene, io ufficialmente defunto... Adesso potevamo abbandonare quelle montagne aride e uggiöse, via da tutti quei ricordi di infelicità!

Orizzonti infiniti si schiudevano dinanzi ad ogni desiderio, ma io non sapevo che farmene della libertà, io desideravo soltanto servire il mio Titano. A dir la verità, per lui non significava niente avere un servo, era importante per me: non avere più padroni era una sensazione così strana!... A tratti di allegria, di leggerezza, e allora cantavo, ridevo, e danzavo – anche se non potevo più volare... – ma anche di spaesamento, di vertigine... di solitudine.

L'unica vera passione di Prometeo era scoprire il perché delle cose, nulla lo interessava e divertiva di più di quell'ininterrotto chiedere, domandare, cercare e sperimentare... Ma anche lui, che conosceva così bene la libertà, aveva bisogno di qualcosa, di non sentirsi solo di fronte al cosmo, unico nel viaggio della conoscenza: aveva bisogno di condividere, e di lasciare la sua eredità... Per questo c'ero io. E siamo rimasti quassù, siamo rimasti legati.

E come aveva fatto con i primi esserini di fango, che senza di lui si erano estinti... mi ha insegnato ad usare... gli artigli, e poi le mie dita piumate... e modellavamo, e costruivamo... vasi, utensili, navi, palazzi... e visto che non posso più volare mi ha... rimodellato. Eh sì, ora ho un aspetto diverso, non c'è che dire. Oppongo il pollice. Cammino diritto. Cuocio il cibo...

A proposito di cucina, sono riuscito finalmente a farmi narrare la storia del fuoco! Era proprio come avevo immaginato a suo tempo: questione di lesa maestà! In sintesi, tra due offerte sacrificali, su consiglio di Prometeo, gli uomini avevano indotto Zeus a scegliere il sacco con le ossa, astutamente nascoste sotto uno strato di grasso... Un trucchetto, insomma, una specie di scherzo, di quelli che quando riescono bene – tipo il cavallo di Troia, per dirne una – l'autore si guadagna fama imperitura... Il re degli dei, invece, reagì senza un briciolo di senso dell'humour! Come si sono permessi!!! Si comincia

così, sbraitava, questo è il germe pericoloso dell'indipendenza! – E ha punito l'umanità privandola del bene più prezioso: il fuoco.

Immaginate cosa sia una notte senza luna perenne, il buio totale, l'oscurità che tutto avvolge e stringe la gola in una morsa d'angoscia?! E' quasi impossibile da concepire: io ho voluto sperimentare in prima persona, ed ho provato ad accecarmi, a privarmi della luce bendandomi gli occhi. – L'orrore delle tenebre è indicibile. Forse ci si può adattare anche al buio, ma il terrore improvviso di non poter più rivedere i colori... è come acqua che si insinua nei polmoni, e preme, e spinge, e soffoca... Mi sono strappato la benda dagli occhi temendo di uscire di senno, in preda alla paura folle e assoluta di non poter più rivedere la luce... - (*irritato*) Ma che razza di punizioni infligge, questo re degli dei!!! E' un sadico! (*cambia tono*) – Prometeo non ha resistito al tormento degli uomini. Ha rubato un po' di braci dal carro di Febo, le ha messe in una canna, o in un gambo di sedano, e ha riportato il fuoco all'umanità. – E poi è successo quello che è successo... una notte sono andati a prelevare a casa, l'hanno condotto qui e incatenato alla roccia. – Il mio maestro non mai voluto rivelarmi se avesse previsto anche la sua punizione. Io credo di sì, che abbia previsto il supplizio, ma anche la gioia degli uomini, se con il fuoco avesse donato loro la vita una seconda volta... e ha scelto di sfidare Zeus. Scientemente, perché il tempo per gli immortali è soltanto un battito di ciglia... – O forse anche per lui il tempo è uno spazio dell'anima, e mille e mille anni di tormento valgono meno di una notte che si incendia di festa e resta scolpita per sempre nella memoria della specie?

Il fuoco, la luce... Il calore, fonte di vita e di distruzione. E' il calore che fa crescere il pulcino nell'uovo, è il calore che muta l'ordine degli elementi. Nel calore c'è la differenza, e nella differenza c'è la possibilità della vita. Perché la differenza è movimento – e libera l'energia.

Ma devo stare attento. L'universo è in bilico, tende verso la vita come verso la morte: nulla è già scritto. (*angustiato*) Ed io non sono il Titano, non riesco a prevedere sino all'ultima mossa, sino all'ultima reazione di quello che genero alla ricerca dell'indivisibile, dell'ultima frontiera...

(*sorride*) Da quando l'ho capito, mi sono abituato a riconsiderare la possibilità del Caos, accanto a quella del Fato. Confesso che tale eventualità, sulle prime, mi ha gettato nello sconforto più atro-

ce, ero di nuovo solo nel cosmo, in balia del vuoto! Precipitavo in un buco nero che risucchiava la volontà, che mi toglieva l'Anima... – ma poi, piano piano, ho recuperato tutti i miei perché, ed ho ricominciato. Ripensando a Prometeo incatenato, alla storia generosa del mio Titano, ho anche compreso che è folle pretendere l'ordine assoluto, perché l'immobilità è la fine di ogni energia dell'universo – Anzi... ora, ogni tanto, permetto che qualcosa scivoli fuori posto di proposito, anche se la disarmonia mi indispettisce: e quando scorgo qualche improvvisa variazione in un piano stabilito, non intervengo più per correggerla, anche se mi inquieta... la lascio procedere, ed osservo con attenzione. E' il sistema che ho escogitato per educare, per limitare la mia mania di "sistemare" tutta la realtà...

Un'offerta al Caos. Un piccolo sacrificio per propiziarmi la parte vitale della sua essenza ed evitare che esso si scateni nella sua forma di furia devastatrice, magari esigendo atroci, finali olocausti. (*con un sorrisetto trionfante*) E vi dirò che proprio studiando le insidiose porzioni di realtà che sfuggono al mio controllo ho scoperto ogni volta immensi cancelli spalancati su nuovi mondi inaspettati!

Con questo gioco sono riuscito a regalarmi vette di soddisfazione assoluta. Soprattutto nell'arte. – A dir la verità è stata proprio l'arte ad insegnarmelo, facendomi assaporare per la prima volta i piaceri dell'inganno consapevole... Mostrandomi la capacità del Caos di generare l'armonia. E' sempre questione di trasformazioni, di produzione di mutamenti di stato, che nelle condizioni adatte generano qualità differenti che si condensano in nuove nature... in forma artistica! ... Ricordo la prima volta che Prometeo ed io con l'argilla, l'acqua ed il calore producemmo la terracotta! Una statuina deliziosa. E quando inventammo gli smalti?! E la forgia del ferro in mille forme, e arnesi, attrezzi... ed armi potenti. (*tossicchia imbarazzato*) Non sempre la ricerca è al servizio del bello... Forse l'universo è stato impastato col Caos. – Caos... caso.... e Fato! E dentro, secondo me, c'è il nostro lungo racconto, in mezzo ci sono soltanto le nostre parole, la nostra memoria di uomini.

Sì, la vita con Prometeo è stata una continua, eccitante scoperta.

A volte mi chiedo se verrà mai un tempo in cui l'uomo vedrà tutto e saprà tutte le cose... - Eh sì, sì! Lo so che ho appena detto il contrario, di aver imparato a non pretenderlo, ma è la mia natura di rapace che ancora urla e spinge da dentro, e non sempre riesco a domarla!

Ho tanta nostalgia del volo... E' una cosa che sogno spesso di fare... Ah, quelle belle planate a sfiorare la cima gemmata degli alberi nell'aria fresca della primavera, e poi su, su, nell'azzurro! – Ma Prometeo ha detto che ci si può riuscire. Un po' di tentativi li abbiamo fatti, sempre con delle protesi, però... e una volta il ragazzo cade perché si squaglia la cera, un'altra per poco Leonardo, l'italiano, non ci rimette le penne anche lui – non ha mai voluto che si sapesse in giro, ma ci ha provato, altroché se ci ha provato!

Protesi... è già qualcosa. Io però vorrei tornare a volare libero nel cielo! Così come sono ora, non in sofisticate gabbie di plastiche e metallo... E ci riuscirò, ci riuscirò, certo, gaaaar-gaarrch – sgraaaac! – gaarantito!

E' possibile, perché le leggi della fisica non lo proibiscono più... in assoluto. Come mi disse quella volta il mio Titano, una delle prime volte che parlammo? Non esiste il mistero, ricordati, esiste l'oltre! (*come riascoltando un'eco*) L'oltre! L'oltre... (*oppresso da un'angoscia improvvisa*) Quanto mi manca la tua voce, maestro! Io non ho chiesto di imparare a questo prezzo! (*confessando disperato*) Io non volevo perderlo, non volevo io, non volevo, ma lui pretendeva, pretendeva che continuassi a mangiare! Un pezzetto per volta. (*come un bambino*) No, basta! – Mangia! ... E quando mi sono accorto che senza l'incantesimo di Zeus le cose non funzionavano più come prima, che non avveniva più nessuna ricrescita ... era troppo tardi!

– No, non voglio, gridavo, ch'io sia inghiottito mille e mille volte nelle viscere della terra! Ma lui era irremovibile. Lui, Prometeo, colui che guarda avanti, sapeva che io ero destinato a sopravvivere. Il mio Titano... Aveva previsto la propria estinzione. E ne ha scelto il modo... Non è stata colpa mia!

– Prendi, diceva, non puoi più farne a meno... e neanch'io, sussurrava, sempre più debole, posso più farne a meno...

Ora lui non c'è più. E'... finito. Ma sarà sempre dentro di me.

Buio.

– Sgraaaaaach!

Fine.

ADDIO BELLO

ANTONIO SAPIENZA

Personaggi: uno, maschile, di età avanzata.

Un uomo anziano è alle prese con l'incombente "pace dei sensi", e con un monologo dialogo surreale, con molta ironia, su un palco vuoto, ma con luce su di lui - fa il punto della situazione.

"...certo, sono cose che possono accadere - certamente; e a tutti, ma, sapete, dopo l'ultima cilecca m'incazzai veramente, e reclamai perentorio:

"Allora, caro signore, mi vuol dire per favore, cosa sta succedendo? Perché queste ripetute defaillance?"

E lui serafico mi rispose:

"Si calmi, si calmi. C'è la crisi... Non arrivano i rifornimenti."

"Come crisi?" -gli dico scandalizzato- "Crisi, anche per questo? Che significa? E come mai non arrivano i rifornimenti?"

E lui mi fa, annoiato:

"E lo chiede a me? Che ne so io? Io ho bisogno di riposo... Si rivolga ai piani superiori; là, dove fanno tutto, dove sanno tutto...mi lasci in pace, io sono tanto, ma tanto stanco..."

Ed io, senza salutarlo, ma più incavolato che mai, mi recai lassù, come un fesso qualunque, per chiedere spiegazioni.

Al reparto deputato - una specie di sala macchine di un ferryboat - chiesi immediata udienza col direttore.

"Che succede?" Mi disse questi.

"Che succede?" Gli risposi sbottando "Succede che lì sotto le cose non funzionano bene; giù sono dei pigroni, per non dire indolenti e volutamente inefficienti e un poveraccio che fa?" - conclusi disperato.

"Si calmi, suvvia mi spieghi il suo caso, per favore."

“Mi spiego, mi spiego!” – risposi, poi calmandomi, pensai: ma, su certi argomenti diciamo delicati, come posso spiegarmi? - “Ecco” - dissi imbarazzatissimo – “signor direttore, dopo un mucchio di anni, proprio quando avevo finalmente convinto la mia compagna... a... a, insomma a provare quella cosa lì, come si chiama... insomma la fellatio, ecco che quel maledetto che sta di là sotto, fa le bizzze... dice che è stanco di tanti anni di lavoro, che non ha più forze, che ha bisogno di riposo. E, per chiarimenti, mi spedisce direttamente ai piani alti: da voi! Ed eccomi qua.”

Il direttore mi ascoltò attentamente, poi esaminò accuratamente la mia scheda e mi disse:

“Caro amico, lei aveva a disposizione circa mille fellatio, ma non li ha utilizzati al momento giusto. In seguito gliene rimasero soltanto cinquanta e, negli ultimi anni, ne ha usufruito solo di quaranta. Caro signore, si rassegni, ormai è agli sgoccioli, il suo tempo è terminato, e i suoi rifornimenti sono finiti.”

“Come finiti? Così di botto? Senza preavviso? No, non può essere.”

“Purtroppo sì, e non posso illuderla. Vede,” - mi disse toccando un manometro di una strana macchina che sbuffava come un vapore – “controlli lei stesso, la sua pressione si è esaurita, è quasi allo zero.

Ora, io non posso farci nulla, non è più competenza di questo reparto, mi spiace. Comunque vada sopra, in sala comando, chissà se lassù hanno qualche soluzione per il suo delicato caso.” - Detto ciò, mi spedì al piano superiore. Lì giunto trovai un Vegliardo chino su uno scrittoio che consultava delle cartelle. Neppure il tempo di salutare, che quello mi fa:

“Venga avanti, giovanotto.” Giovanotto? A me? Ma che mi prende per i fondelli, pensai. Ma quello tranquillamente, come se avesse sentito, continuò: “E’ un modo di dire... non ci faccia caso... Vede, sto controllando i suoi dati e le debbo dire, con dispiacere, che i signori ormoni deputati al suo organismo riproduttivo, si sono ridotti al minimo, sono quasi a zero. E, ancora purtroppo per lei, devo farle sapere che questi signori non si rigenerano più. Fine!

Ergo, da Presidente illuminato, a titolo di magra consolazione, le propongo queste tre opzioni surrettizie: La Saggezza, la Poesia e la Contemplazione. Ora, per lei, la Poesia è ancora sufficiente; la Contemplazione è in ascesa; ma la Saggezza è al di sotto dei livelli minimi. Pertanto si concentri sulla Saggezza e, possibilmente, ne elevi il suo potenziale impiego. Le farà senz’altro bene”

Restai di sasso. Pensai: Questa volta è fatta! E' finita! Non sono più "masculu". Respirai profondamente, poi gli dissi con voce pietosa:

"Signor Presidente, non si potrebbe fare un'eccezione?"

Il Vegliardo mi rispose sospirando:

"Eh, caro amico, purtroppo con le nostre risorse non è possibile ripristinare la funzione. Però ci sarebbe una soluzione chimica... insomma si tratterebbe di una questione personale, molto delicata, direi etica e di colore... azzurro. Se putacaso a noi arrivasse tale spinta, saremmo costretti ad ordinare ai piani bassi - ma a malincuore, beninteso - di procedere alla bisogna..."

Chimica? Azzurra? Il viagra! Pensai. Perciò gli risposi:

"No, e che c'entra? La faccenda, se si poteva, si doveva appianare con le sole nostre forze naturali, senza aiuto dall'esterno. No, così non vale. No, no. Ma quando mai...Sa invece cosa le dico? Che accetto il suo consiglio sull'opzione saggezza. Adesso vado, scendo giù e... quel che deve succedere - succederà!"

Il Vegliardo mi sorrise compiaciuto, poi mi porse un piccolo biglietto - sul quale aveva vergato pochi segni- sussurrandomi nel frattempo qualcosa all'orecchio:

"lo consegno al titolare dei piani bassi, con i miei saluti." - mi disse, stringendomi la mano.

Salutai, scesi al piano inferiore e bussai alla porta, dove una elegante targhetta diceva: <Pene - Fallo – Membro & C.>, e quando il titolare mi aprì, gli mostrai il biglietto. Lui lo prese, lo lesse, poi mi guardò interrogativamente e mi chiese:

"Cosa significa S.S. P.P.?"

Gli risposi con aria di sufficienza:

"Suppongo che voglia dire: Servi Solo Per Pipì. Addio bello e... non darti più tante arie – caro signor Minchia!

ARES, LA PENULTIMA VERITÀ

PATRIZIA MONACO

Personaggi: Ares, dio greco della guerra, in multiformi personalità che traversano i secoli

In scena, oltre a pedane e praticabili, alcuni oggetti: un attaccapanni su cui stanno appesi una maschera antigas, un passamontagna nero, una borsa da computer, contenente un portatile, un elmo greco. Ai piedi dell'attaccapanni, un paio di scarponi anfibi neri, con dentro infilate delle calze dello stesso colore.

In un angolo tre rotoli di seta, uno rosso, uno verde uno azzurro. Il suono di un clarinetto basso fara' da contrappunto ai diversi momenti.

Nota dell'autrice: Piena liberta' di esecuzione e' lasciata al regista. Il linguaggio e' volutamente ripetitivo, come lo sono le guerre.

Entra Ares, con orecchino e tatuaggio, pantaloni militari multitasche e canottiera verde. Scalzo.

ARES: *(soppesando un sasso)* "La terza non so, diceva Einstein, ma la quarta di sicuro sarà combattuta con la clava." O con i sassi? Forse proprio quelli delle strade insanguinate della Palestina.

Al tavolo della pace, dopo la seconda guerra mondiale, nelle loro stiratissime uniformi coloniali, gli Inglesi presero una cartina del Medio Oriente e un righello e zac, tirarono una bella riga dritta, di qua gli ebrei, di là i Palestinesi. Loro, gli ebrei, affamati dai campi di sterminio e i palestinesi attanagliati dalla sete millenaria del deserto.

All'inizio una stentata coabitazione fra disgraziati, poi... E' facile trasformare il deserto in belle oasi e piantagioni di pompelmi, a suon di dollari. E così l'Arabo è pigro, è scaltro, è sciatto, è ladro, non gli riesce proprio a farne un giardino di questo deserto come

han fatto gli israeliani... Gli anni passarono e le cose peggiorarono. E così, come in una novella delle Mille e una Notte, vi fu una magia, una magia nera. Gli agnelli sacrificali diventarono falchi. *(con rabbia lancia il sasso)* Intifada!

Ares ora indossa la maschera antigas e prendendo a tracolla la borsa del computer si reca verso un altro praticabile, estrae il computer dalla borsa e batte sui tasti per qualche istante.

(al computer) Bingo! *(solleva la maschera antigas)* Con le armi intelligenti adesso la guerra, che va in diretta televisiva, riduce al minimo le vittime fra i civili. Casalties, in inglese, la lingua che ora ha sostituito il greco e il latino. Bella parola, casualties ... casualties, più che la morte ricorda la moda, il "look", *(mostra i suoi pantaloni coi tasconi laterali)* "casual". La gente poi fa tanto chiasso quando le casualties sono fra gli ospedali o nelle ambasciate. Loro non capiscono che le armi sono intelligenti anzi intelligentissime, ma si sa che la maggior parte delle persone intelligenti hanno studiato molto e chi studia si rovina la vista e perciò diventa miope. Allora anche le armi sono miopi pure loro... Ma a noi che ce frega?

Noi ci scusiamo. E quelli sono i nostri nemici. E neanche li vediamo. Schiacciamo un bottone dopo aver programmato al computer. Un lavoro di grande soddisfazione, e ben pagato. E non so neppure com'è fatto il sangue.

Accordo di clarinetto basso.

Disteso, con maschera antigas a fianco, tende il braccio come se avesse una flebo inserita.

Un tumore. *(pausa)* Com'è possibile? Non ho mai fumato, ho sempre mangiato verdura fresca e cavolfiori. Ah, e una mela al giorno.

Lo stesso mia moglie. Eppure nostro figlio è nato senza tre dita... Sarà perché dovevamo maneggiare uranio impoverito? Ma ci avevano detto che era innocuo. E poi io non avevo pensato di congelarmi lo sperma prima di partire per la missione umanitaria... Noi italiani siamo sempre un passo indietro rispetto agli americani.

(con orgoglio) Ma il cancro ce l'abbiamo pure noi!

Inno dei marines. Ares si mette a sedere, indossa gli anfibi. Si alza e calza un elmetto con fronde a scopo mimetico.

Semper Fidelis. (prende il rotolo di seta verde e lo svolge lungo il palco).

Quella sporca guerra, tutto quel sangue, fragore, sudore e morte.
Tutto per vendere la Coca Cola.

Lo so, non sono affari miei. Come il petrolio nella Guerra del Golfo o gli scopi pseudo umanitari in Bosnia. Io sono un marine pagato per uccidere, anzi, nato per uccidere. Born to kill.

Ricordo (*si abbassano le luci*) sul sentiero Ho Chi Min, che adesso è meta per turisti...

Non sapevamo mai in quella giungla del cazzo dove stava il nemico.. Quando ci accampavamo per la notte, il buio era spaventoso e il caldo era terribile. Scavavamo le trincee e cominciavamo a fissare il buio, aspettando gli ordini, cercando di riposare ma soprattutto preoccupandoci per ciò che sarebbe successo.

Sapevamo che il nemico era là fuori, nella giungla, territorio sconosciuto, più del pianeta Marte, per noi ragazzi di città o di campagna. Sapevamo che il nemico aspettava il momento giusto. Eravamo tesi, poi finivamo con l'addormentarci. Ci svegliavano per fortuna i fuochi dell'artiglieria, fuochi d'artificio ci sembravano nel dormiveglia, come se fosse il quattro luglio.

Spaventoso e allo stesso tempo, bellissimo.

Fango, sangue, bagliori di fuoco, case distrutte, campi bruciati, civili in fuga, tappeti di cadaveri.

(luce sfolgorante)

Napalm, Zyklon B, defolianti... La chimica al servizio dell'uomo.

Ora sono un veterano in pensione ma chi me li paga tutti quegli anni, gli anni della mia giovinezza? Fra tutto quello sventolare di bandiere.

Accordo dolente dello strumento.

Dicono che la guerra non piace a nessuno.

Intanto, piace ai fabbricanti di armi. Che sono uomini importanti, alleati coi politici, che dichiarano le guerre e che spesso, attraverso le guerre, diventano popolari, e quindi piace pure a loro. Poi ci sono i militari di carriera, i poveracci che si son arruolati per fame,

quelli che hanno firmato per girare il mondo... e poi ci sono quelli che ci si trovano in mezzo quando sono di leva, o richiamati. Dicono di disprezzarla, di odiarla, ma nel cuore, dentro dentro, e non lo confessano quasi mai, sono quelli che dicono che non si sono mai sentiti così vivi come quando erano in guerra...

(Pausa) Eppure... io conosco le sofferenze degli uomini comuni, dei servi di Ares, pedine nel Gioco dei potenti.

Si toglie l'elmetto e indossa il passamontagna.

(Levando il pugno) Nada mas! In migliaia arrivammo dal Chiapas sulla Piazza delle tre Culture a Città del Messico. Lungo la strada si erano uniti a noi tutti i disgraziati gli sfruttati i diseredati.

Fu una ragazza a parlare per prima, col volto coperto come il mio, come quello del suo comandante. Nada mas! Cominciò. Mai più. Mai più svendere la nostra terra alle multinazionali delle banane.

Mai più portare negli uffici della Delmonte gli scalpi degli indios per avere cento dollari e la strada libera per disboscare...

Mai più votare, ascoltare, leggere la propaganda di coloro che hanno un buco nero al posto del cuore.

Si toglie il passamontagna e la canottiera. A torso nudo indossa l'elmo greco. Sul tappeto verde ora srotola quello rosso.

ARES: Io sono il fiammeggiante pianeta Marte. Io sono Ares, il dio greco della guerra, che seminava terrore e paura e godeva del sangue.

Gli uomini comuni, servi di Ares, una volta bersagli per frecce di frassino, poi carne da cannone ed ora casualties, delle armi intelligenti.

Io sono in ogni battaglia, non parteggio per nessuno ma combatto e vengo anche ferito. Dicono che dopo la guerra di Troia sarei andato a piagnucolare da mio padre...

Ma dopo la guerra di Troia quante altre guerre fino a .. fino a.... quando questo mondo sarà governato dai Grandi, quelli che si riuniscono ogni tanto qua e là e decidono delle sorti degli Ultimi della Terra? E guai a chi si oppone. (pausa) Come sono fastidiosi e cattivi i pacifisti! Bisogna dargli sempre una lezione!

(pausa)

Io son stato dappertutto.

Ve l'ho detto che c'ero anch'io sul sentiero Ho Chi Min, sono stato ferito, e mentre si aspettava l'elicottero...

Si toglie l'elmo al suono di pale d'elicottero. Assordante. Oppure suggerito dalla musica.

Mi son rimesso dentro, pazientemente, tutti i visceri.

Dato per spacciato all'ospedale di Saigon.

La città dei bordelli.

Semper Fidelis.

Poi le mie ferite si son cicatrizzate.

Perché io, vedete, sono eterno.

(pausa)

Noi dei guardiamo giù verso voi uomini con invidia.

Noi possediamo il dono dell'immortalità

In altre parole, la maledizione di non poter morire.

Musica dal clarinetto.

La vita umana ci dicevano su nell'Olimpo non è che malattia, vecchiaia, morte, ignoranza del domani e angoscia del futuro.

Ma i servi di Ares, gli uomini dell'età del bronzo, non hanno il tempo di invecchiare, muoiono in pieno combattimento, non hanno avuto neanche un'infanzia. Solo le fatiche di Ares.

Musica.

Lo conoscete bene voi Ares? I suoi miti. I denti del drago e la nascita degli Sparti. Sempre secondo quegli Ateniesi colti e occhialuti che disprezzano l'aggressività.

C'era una drago a custodire la mia fonte, nei pressi di Tebe. Cadmo, marito di mia figlia Armonia, lo uccise e seppellì i suoi denti.

I denti del drago germogliarono e scaturirono, armati e già uomini fatti, gli Sparti.

Gli uomini di Ares, le pedine, le casualties.

Loro, creati solo per combattere, potevano sfuggire al loro destino?

Srotola il tappeto azzurro che andra' coprire gli altri due.

(Pausa, cui segue un dialogo di cui non si sentono le risposte per cui brevissima pausa dopo ogni battuta)

Cosa c'è?

Chi mi chiama? Qualcuno cerca di bere a questo fiume, per dimenticare.

Ehi tu, chi sei?

Non capisco.

E neanche ti vedo bene, sei un'ombra in cammino.

Come?

Gay?

Ah. Enola Gay.

L'aereo del fungo.

Hiroshima Mon Amour.

Il pilota dell'aereo del fungo.

Sì ne muoiono ancora adesso, cancro leucemia, sì, dopo più di cinquant'anni...

E tu, cosa vuoi da me?

Hai obbedito agli ordini.

(Scuote la testa) Lo so, questo, qui, non ti consola.

E t'hanno cacciato tutti,

Il Dio dei Cristiani,

Il Dio degli Ebrei,

Il Dio dei Musulmani...

Ma forse Dio è solo un amalgama di memorie abbandonate nei sotterranei della Microsoft...

Musica.

Il Dio della Guerra è la tua ultima risorsa. E' da me che vuoi una risposta...

Ares si allontana dal ruscello dopo aver dato un'occhiata a dove presumibilmente sta quell'ombra.

E' toccato a me.

Nel pantheon indù ci sono non so, credo due milioni di dei, o duecentomila, comunque una bella cifra. In quello greco, molti meno, ma sempre tanti. E ognuno era il dio di qualcosa.

A me, Ares, figlio di Zeus e di Era, è toccata la guerra.

Non l'ho chiesto io, capitava così. Non proprio per caso, ma quasi. Dal modo in cui si nasceva o dal carattere che si preannunciava. E i modi di nascere erano tanti e fantasiosi. C'è chi è nato da una coscia di Zeus, come Dioniso, chi è nato dalla testa di Zeus, armata di tutto punto, come Atena, la mia nemica (*pausa*), cioè, colei che nel gioco dei ruoli era la mia nemica... Io ero iracondo e impetuoso e passionale e con poco cervello e poiché i greci, specialmente gli ateniesi erano degli intellettuali, mi affibbiarono la guerra.

La guerra non piace a nessuno. (*ammicca*) E perciò io non gli andavo molto a genio, ero più apprezzato come Marte, dai Romani, una razza di gladiatori, ma questa è un'altra storia.

Ho detto che la guerra non piace a nessuno. E' una di quelle frasi che sembrano vere, ma se ci riflette, sono false.

Voi direte, per uno che ha poco cervello, ne dice di cose, questo. Intanto il poco è solo relativo. E' poco in funzione del tanto. Di quello di Ulisse, di cervello, dico, ad esempio, o di Atena, che è nata appunto dalla testa di mio padre. Io che son nato in maniera normale, ragiono di più con (*si tocca i genitali*) la parte anatomica più consona e banale per generare.

Niente di male a ragionare col cazzo, le donne dicono che ra-gionino con la fica, pardon, la vagina.

Niente di male, a non essere cerebrali, ad essere tutto senso, sesso e cesso.

La vita è tutta qui, no? Mangiare bere cacare uccidere e fottere. Scopiamo, violentiamo, stupriamo le donne dei nostri nemici, preda di guerra. Quante ne ho sentite godere sotto di me! I loro "no" erano un ... come si dice.. pro forma. Parte delle regole.

Anche le loro urla, anche quando si afflosciavano sanguinanti e con gli occhi sbarrati in mezzo al fragore della battaglia.

Squarciate dalla possanza di tanti membri. A volte, per divertirci un po', non usavamo neanche il cazzo, ma altre cosucce, così, alla portata di mano, archi,rami,mitra, obici...

Silenzio.

Accordo dello strumento.

Si toglie gli anfibì e annusa i calzini, che poi mette nelle scarpe.

Poi a volte, quando le palle tornan vuote... si riflette...

(pausa)

Mio padre, Zeus, mi avrebbe anche detto, una volta, secondo Omero, quell'accecato, pardon, "non vedente", che ero "Un fazioso incostante, a me e a tutti i Celesti odioso. E risse e zuffe e discordie e battaglie, ecco le care tue delizie!"

Turbolento e litigioso! Certo, una volta per uno scherzo mi chiusero per diciassette anni in una botte di bronzo, quando ne uscii se non ero incazzato io, ditemi voi!!!

Dicevano che io andavo in battaglia accompagnato dalla mia altrettanto antipatica prole Deimos, il terrore e Fobos, la paura. Con noi c'era mia sorella Eris, la Discordia, e la compagnia dei bravaccioni era così completa.

Quello che non si dicevano è che i figli li avevo avuti da Afrodite... dea della bellezza e dell'amore, scusate se è poco..

E da lei ebbi anche una prole un po' più simpatica, ai cari mortali: Eros e Armonia.

Accordo di clarinetto basso.

Eros e Armonia. Cosa c'è di più bello? L'amore e l'armonia.

Ma questo gli ateniesi se lo volevano dimenticare, perché preferivano darmi addosso come dio sanguinario. Il loro "killer instinct" era salvo, quegli ipocriti davano la colpa a me e loro potevano così discutere di filosofia.

Discutevano del "thumòs", mi ricordo, che vuol dire tanto coraggio come ira...

E nella vita, è inutile raccontarsi storie, ci vogliono tutte e due... ed io le rappresento entrambe, alla faccia loro.

Accordo di clarinetto basso.

Afrodite era nata dalla spuma del mare, un'altra versione della leggenda racconta che è nata dallo sperma di Urano, dopo che il figlio Crono gli aveva tagliato i genitali, e gettati nel mare Oceano... capito, chi dice a ME, sanguinario?

Secondo altri Afrodite era figlia di Zeus, e non so chi, quindi mia sorellastra. Afrodite. La mia amante preferita. Incesto? Oh, nel nostro ambiente non si faceva caso a queste cose.

Con Afrodite ce la siamo proprio spassata. E ci amavamo, sul serio. Altrimenti non potevano nascere Eros e Armonia, se non ci fossimo tanto amati. Un vero amore, quello che ti fa sentire come se tu avessi un gatto vivo nella pancia. Che ti fa impazzire. Che ritorni bambino, anche se non lo sei mai stato. Afrodite era regolarmente coniugata con quello storpio di un Efesto, Vulcano per i Romani. Dicono che i nostri genitori, sempre gli stessi... lo scagliarono giù sulla terra perché non gli piaceva, altri invece dicono che lo buttarono di sotto perché nato zoppo.

Insomma, zoppo di nascita o zoppo da caduta, Efesto era proprio brutto, il dio del fuoco, che pur non m'era antipatico, perché io amo tutto ciò che è fiammeggiante.

Con Afrodite ci vedevamo un po' dappertutto, e sapete com'è la passione, ad un certo momento, diventammo imprudenti e qualche dio ci vide. Ce n'erano tanti e sempre tutti ad infrattarsi di qua e là o fra loro o con i mortali. Certo che la nostra religione non era una barba come quelle monoteiste... Ora mi ricordo, fu proprio Eolo, dio dei venti, eh, a scopirci. Efesto furibondo ma molto più furbo di noi, escogitò una trappola. Preparò una rete di bronzo, sottile come un velo ma solidissima, e la assicurò segretamente ai lati del suo letto coniugale. Quando Afrodite tornò da casa mia, in Tracia, tutta sorrisi e con la scusa pronta, mi pare gli avesse detto che era andata a Corinto, per certe faccende.. Efesto le annunciò tutto amoroso: "Perdonami cara consorte, ma debbo recarmi per lavoro a Lemno, starò via alcuni giorni." Afrodite non perse tempo, mi chiamò subito. Ah, voi vi chiederete come. Avevamo i nostri sistemi. Mercurio ad esempio, il messaggero degli dei. Un ruffiano, sapeste che ruffiano.

Efesto era fabbro, ma anche un dio, e le sue catene le aveva fatte invisibili. Ci coricammo svelti svelti (*ammicca al pubblico*) e all'alba ci svegliammo intorcicati fra noi, nudi e senza scampo, avvolti in una rete come tonni. Neppure la mia forza sovrumana riuscì a farci

districare dalle catene. Per essere liberati dovetti promettere a Zeus di non veder più Afrodite... E lei, la mia amata, la mia Afrodite, come soleva fare ogni mese, si immerse nelle acque di Pafo, nell'isola di Citera, la sua bella isola, dove recuperava la verginità bagnandosi in quel mare.

(sospira)

Con la dea dell'amore io ho generato Amore. Avevo anche generato le Amazzoni, altra mia colpa, perché donne guerriere. E cosa significa? Erano sole, dovevano difendersi, chi l'ha detto che le donne devono solo nascere e fare figli e morire davanti al forno a microonde?

E intanto le guerre continuavano. Venivano condannate, ma continuavano.

Clarinetto. Ares si rimette maglietta e anfibì.

Ed io mi contorcevo, perché non avevo neanche più Afrodite con cui consolarmi... *(indica un punto dove si suppone arrivino le note del clarinetto basso)* Armonia...mah... forse adesso è solo nella musica.

Eros, invece...Amore, ah quello c'è, esiste sempre, c'è sempre amore, ovunque, anche quello nei cessi delle stazioni è amore, ed io ci credo perché sono stato io a generarlo. Poi qualcuno è venuto a predicarlo. Amate gli altri come voi stessi. Era bello, è stato bene, ma intorno ci han fatto su troppa filosofia.

E divieti e tabù. Io che una volta ero di poche parole. Il dio dal membro eretto.

Che ragiona col cazzo. *(guarda il pubblico)* Non sono certo l'unico e non c'è bisogno di essere un dio per farlo.

Fine.

BEATRICE CENCI

ENRICO BAGNATO

Roma. Notte illuminata da una livida luna. Una figura umana, avvolta in un lungo, nero mantello che la copre sino alla punta dei piedi, e con un ampio cappuccio calato sul volto, percorre con irrefrenabile agitazione, in lungo e in largo, lo slargo dinanzi a Castel Sant'Angelo; quindi imbocca il prospiciente ponte sul Tevere, che attraversa più volte in su e in giù con passo frenetico. Si blocca infine a mezzo del ponte e, con un gesto convulso, libera il capo dal cappuccio scoprendo un diafano volto spettrale di bellissima giovane donna dalla lunga chioma bionda. Un nastro di nero velluto le cinge il collo.

Il mio spirito non ha requie, mi divorano, incontenibili, una smania, un assillo, un delirio per la mia iniqua sorte; io patisco un eterno strazio dopo aver sofferto inenarrabili tormenti da viva. Giovinetta, fui stuprata dal mio genitore, l'uomo cui dovevo affetto e venerazione, che chiamavo padre, e che era, invece, un mostro! In quell'afosa estate del 1593, avevo sedici anni e, per il gran caldo giacevo seminuda sul letto nella mia camera; avevo chiuso la porta a chiave, e l'avevo riposta sulla toletta. D'improvviso sentii girare una chiave nella toppa e la porta si spalancò: sulla soglia, mio padre mi fissava con uno sguardo affascinato e un osceno sorriso sulle labbra. Non proferì parola, si gettò accanto a me sul letto, infilò il braccio tra le mie gambe, e brancicò con la mano la mia intimità. Saltai su con un grido, lo respinsi urlando e fuggii giù per le scale, fuori, oltre il giardino, sulla sponda del Tevere; fuggii; lui mi urlava dietro, io correvo, correvo affondando i nudi piedi nel limo sino alle caviglie, mi ferivo su radici e contro rami che schioccavano in viso come taglienti lame; trovai rifugio infine nel folto di un canneto. Vi rimasi nascosta fino a sera.

Quello fu l'inizio.

Mio padre, chi era? Un nobile di quarantacinque anni, un uomo violento e dissoluto, un maniaco del sesso, un perverso. Francesco Cenci sperperava ingenti somme in orge e gozzoviglie; dilapidava i beni di famiglia in eccessi e sfrenatezze d'ogni genere, e per risarcire stupri, collocare presso accoglienti famiglie figli nati da donne che violentava o con cui aveva una relazione; per risarcire coloro che feriva in risse o in agguati e per corrompere la giustizia ed evitare la prigione. Nonostante ciò, era ricchissimo, possedeva terre palazzi castella, un immenso patrimonio che aveva ereditato dal padre, tesoriere generale della Camera apostolica, un monsignore, perciò tenuto al voto di castità...

Non soltanto con le donne mio padre sfogava un'insaziabile libidine, bensì con quelli dello stesso sesso aveva turpi commerci, prediligeva giovani stallieri che seduceva e si portava in casa senza vergogna. Era insomma un mostro, un orco!

Alla morte della mia povera madre - una santa donna, dal brutale e sconcio consorte-padrone trattata come una schiava, che costantemente egli metteva incinta affinché non se ne fuggisse, e che dopo aver messo al mondo sette figli, e dopo dodici gravidanze e numerosi aborti, stremata, morì -, io e mia sorella maggiore, Antonina, fummo messe a convitto nel monastero delle suore francescane di Santa Croce a Roma; i due fratelli più piccoli, Bernardo e Paolo, furono affidati a una famiglia di conoscenti. I figli maggiori, Giacomo, Cristoforo e Rocco, a quel tempo, già conducevano vita autonoma.

Da vedovo, mio padre, intensificò la sua condotta scandalosa.

Quando rivolse la prima volta su di me le sue insane voglie, da poco io e mia sorella eravamo uscite dal convento e si viveva in casa insieme con i due fratelli minori, anch'essi rilevati dalla famiglia che li accudiva: mio padre aveva deciso di tenerci tutti presso di sé per risparmiare. Col regime di vita spartano cui ci costringeva, gli costavamo quasi niente, così poteva spendere di più in bagordi e sconchezze. Con nostra meraviglia e disgusto, incurante della nostra presenza, in casa dava corso a sozze pratiche con fantesche, stallieri e donne di strada. Alla vista di quelle laidezze, tutti si scappava a rinchiudere nelle proprie stanze. Dove, ugualmente, la rombante voce di lui ci raggiungeva con grida, sghignazzi ed oscene espressioni.

I fratelli maggiori, erano in rotta col padre poiché, a loro volta licenziosi e rissosi, pretendevano che - così come egli faceva per sé - anche sborsasse per trarli d'impaccio dopo aver compiuto le loro malefatte.

Per fortuna, mio padre spesso si allontanava da casa per lunghi periodi per correre le sue laide avventure e per amministrare i possedimenti. Pure partì il giorno in cui, per la prima volta, io fui oggetto delle sue lascive attenzioni.

Al ritorno, annunciò le sue imminenti nozze. E, di lì a poco, sposò Lucrezia Velli, una vedova di dieci anni più giovane, dal fisico piacevole, ma che, frolla e senza carattere, era come una cedevole creta nelle sue turpi grinfie. Egli l'aveva convinta al matrimonio promettendo che avrebbe provveduto al mantenimento del figlio minore e delle tre figlie già grandicelle e di dotarle. E non vi era dubbio che se ne sarebbe occupato, ma a suo modo...

Trascorso il primo periodo di vita matrimoniale, mio padre riprese le sue sconce pratiche con fantesche e garzoni. Ma incappò in una denuncia per stupro di una serva di sedici anni e fu incarcerato. Al processo egli si difese accusando a sua volta di calunnia chi l'aveva denunciato. Come già altra volta, inviò una supplica al pontefice Clemente VIII, persona notoriamente avida, affinché fosse rilasciato dietro il pagamento di una somma a discrezione. La supplica fu accolta: col versamento di centomila scudi nelle casse pontificie, mio padre riottenne la libertà. Tornò a casa come un lupo mannaro, imbestialito per l'umiliazione del carcere e del processo, per l'enorme somma sborsata, e per le sofferenze che gli davano la gotta e una rogna contratta durante la detenzione. Per un nonnulla dava in escandescenze, maltrattava e batteva tutti e ci faceva mancare quasi del tutto il sostentamento. Scoppiavano furibonde liti tra lui e i figli maggiori che pretendevano sempre più denaro, e i loro alterchi erano sempre lì lì per sfociare nel sangue. In casa la nostra vita era un inferno, più di prima. Io sola, benché di norma lo scansassi ed evitassi di trovarmi da sola in sua presenza, io soltanto tenevo testa ai suoi soprusi e ai suoi scoppi di rabbia ricevendo oltraggiose contumelie e percosse che mi procuravano lividi e ferite. Ormai non ne potevo più, si era superato ogni limite di umana sopportazione. Per tramite di amici feci giungere a un influente cardinale di Curia notizia del nostro miserevole stato di

vita familiare pregandolo di sollecitare un intervento del pontefice affinché vi ponesse rimedio.

Il cardinale si adoperò con zelo. Papa Clemente dispose che il capofamiglia dei Cenci assicurasse ai famigliari un tenore di vita proporzionato all'ingente patrimonio che possedeva; che i figli maggiori beneficiassero di alcune rendite; che la figlia più grande fosse riccamente dotata per sposare un partito che le fu immediatamente proposto, e che fu accettato; e stabilì per me un uguale trattamento per quando raggiungessi la maggiore età. Le determinazioni del papa fecero impazzire di rabbia mio padre che, quando gli furono notificate, in un parossismo d'ira, ci picchiò tutti con ferocia. Tuttavia egli le adempì. E si ritrovò in un mare di debiti, ma seguì lo stesso nelle sue dissipazioni.

Non soddisfatti delle rendite ottenute, i miei fratelli miravano a far interdire il padre a causa della sua vita pazzamente dissoluta. E tra essi e il genitore scoppiavano continue liti e correvano minacce di morte. A motivo di ciò, nonché per sfuggire ai creditori, mio padre decise di lasciare Roma. Chiese ospitalità all'amico principe Marzio Colonna, e l'ottenne nel castello della Petrella, negli Abruzzi.

Mentì alla moglie e a me col dire che avremmo trascorso alcuni giorni di vacanza in un suo casale nel Lazio. Perciò noi accettammo di buon grado. Partimmo di primo mattino in carrozza con un bagaglio che mi sembrò esagerato per il breve soggiorno prospettatoci.

Al calar della sera ancora non si era giunti a destinazione. Ci fermammo a una locanda per pernottare. Ormai nutrivo forte sospetto circa la nostra vera meta, perciò insistetti per conoscere dove realmente fossimo diretti. Mio padre sbottò in una risata beffarda e seguì a ridere sguaiatamente nell'informarci che ci trasferivamo nel Regno di Napoli.

Protestai per l'inganno. Lui mi tacitò con una violenta scarica di manrovesci che mi stordirono.

Alle prime luci dell'alba dovemmo precipitosamente partire inseguiti dal locandiere che rabbiosamente scagliava sassi contro la nostra carrozza e urlava minacce e impropri poiché, poco prima, mio padre era entrato di soppiatto nella camera della figlia per abusarne, ma le grida della giovane avevano dato l'allarme.

Quando giungemmo alla Petrella - il castello messoci a disposizione da Marzio Colonna sorgeva su un monte circondato da alte vette

aspre e solitarie - mi sentii come relegata fuori dal mondo. Tuttavia ci accolse con gentilezza e calore il castellano, Olimpio Calvetti, un bell'uomo bruno, alto e robusto, che aveva a stessa età di mio padre, ma di anni ne dimostrava assai meno. In seguito apprendemmo che era una testa calda, che aveva combattuto ed era stato ferito a Lepanto, che aveva ucciso più di una persona con cui era venuto alle mani e che aveva evitato l'arresto grazie alla protezione di Marzio Colonna.

Ci sistemammo al primo piano della parte abitativa del castello, al piano di sopra abitava il Calvetti con la moglie e due figli in tenera età.

Ci acconciammo a vivere come meglio si poteva in quell'esilio montano. Mio padre trascorreva gran parte del giorno occupato nella caccia o in lunghe galoppate. I guai cominciavano al suo ritorno, quando, per sfogare la rabbia di trovarsi tra quei monti impedito allo sfrenato esercizio delle sue perversioni, teneva comportamenti triviali e oltraggiosi. Urlava e imprecava per un nonnulla contro Lucrezia e me e, per offenderci e umiliarci, addirittura orinava e defecava in nostra presenza obbligandoci a suon di botte a portargli il pitale che poi ci obbligava a svuotare, non prima di averci costrette a nettargli il sedere.

Da me, rabbrivisco a dirlo, con la forza pretendeva una prestazione particolarmente laida e ripugnante. Dovevo massaggiare con un unguento le sue parti intime che in carcere si erano infettate con la rogna, fino a che sotto la mia mano la sua montante virilità non traboccasse.

Non ho parole per dire quali fossero il ribrezzo, la vergogna, la rabbia, l'umiliazione che provavo e di cui ancora arrossisco.

Ma tutto questo ancora non gli bastava. Gli mancavano gli efebi. Costrinse Lucrezia a scrivere al figlio quattordicenne di venire in visita alla Petrella. Curzio era un adolescente alto e bello, un biondo cherubino con gli occhi celesti.

Giunto alla Petrella, mio padre elesse il figliastro a suo compagno di caccia. E alla prima uscita, nel folto di un bosco, tentò di usargli violenza, ma il ragazzo riuscì a liberarsi e fuggire.

Curzio raccontò tutto alla madre che lo scongiurò di tornare immediatamente a Roma. Lucrezia ricoprì di insulti il marito. Lui la percosse con un frustino sino a farla svenire.

Dopo quel turpe episodio, alla Petrella subentrò un periodo di tranquillità poiché mio padre volle sottrarsi all'isolamento che gli impediva di dare illimitato sfogo ai suoi bassi istinti, e rientrò a

Roma, benché temesse di essere incarcerato per debiti e di venire ucciso dai figli maggiori, nonostante che Rocco, il più scapestrato e violento, nel frattempo fosse morto in duello. Per godere della massima libertà, ricorse allo strattagemma di ricoverarsi in un ospedale per uscirsene poi di nascosto per correre sordide avventure.

Approfittando della sua assenza, riuscì a far giungere a mio fratello Giacomo una lettera con cui chiedevo che si adoperasse per liberare me e Lucrezia da quel crudele esilio e ci facesse tornare a Roma. Non so come, mio padre venne a saperlo. Accorse alla Petrella di furia. Picchiò selvaggiamente me e Lucrezia, ci minacciò di morte se avessimo osato altra volta chiedere soccorso e ci relegò nell'appartamento al piano di sopra, obbligando la famiglia del castellano a trasferirsi al piano sottostante; fece serrare tutte le porte e le finestre, lasciando soltanto una piccola bocca di lupo per l'aria, per così impedirci qualsiasi contatto con persone. E minacciò di morte chiunque tentasse di liberarci.

Ci aveva sepolte vive. Dopo di che se ne tornò Roma.

Da tempo avevo maturato l'idea di compiere qualcosa di definitivo, uno strappo anche violento, per uscire da quella vita d'inferno. La salvezza sarebbe stata il matrimonio - avrei sposato anche il diavolo pur di andare via da casa! - o nel ridurmi in convento; ma nell'un caso e nell'altro, era indispensabile che avessi una dote, e mio padre non ci pensava nemmeno a fornirmela. In quei frangenti, l'unico a cui potevo rivolgermi per realizzare il progetto di una definitiva liberazione era Olimpio Calveti. Il castellano e sua moglie, sin dal nostro arrivo alla Petrella, erano stati gentili con me e Lucrezia, avevano mostrato umanità e disponibilità anche quando eravamo state segregate, consentendoci di uscire di nascosto per qualche ora in giardino o in terrazzo, con ciò rischiando la vita se mio padre ne fosse stato informato. Olimpio si accostava a me e cercava di consolarmi e di distrarmi riportando notizie del mondo esterno e raccontando di sé, delle sue imprese a Lepanto; insomma, si mostrava, con sensibilità e tenerezza, attratto dalla mia persona. Quando fui certa che si era invaghito, accettai la sua corte. Ma poi null'altro gli concessi se non lunghi colloqui e qualche furtivo bacio, non mancando mai di lamentarmi dei soprusi di cui ero vittima, cosa che faceva montare la sua rabbia nei confronti di colui che ne era l'artefice.

Per sventura, di lì a poco tempo, mio padre fece definitivamente ritorno alla Petrella. Vi fu costretto dalle malefatte - risse stupri so-

domie - per cui rischiava il carcere. E, per colmo di disgrazia, volle installarsi nella stessa camera che dividevamo io e Lucrezia. Egli riprese le ributtanti e oltraggiose pratiche di prima e, per di più, ero costretta ad assistere ai suoi carnali congiungimenti con Lucrezia.

Un giorno, al desinare, gli ricordai che si era formalmente impegnato a fornirmi la dote per farmi sposare. Urlando egli si levò di tavola e, chiamandomi «puttana», mi riempì di botte, lasciandomi per terra svenuta.

La sera, al momento di coricarci, scacciò dalla camera Lucrezia e mi prese con la violenza.

Morì dentro di me tutto quanto ancora era vivo. Ma, sulle macerie del mio corpo violato, divampò una delirante volontà di vendetta e di liberazione. Mio padre l'avrebbe pagata con il suo sangue.

Dopo lo stupro, io mi relegai in uno stanzino dove da sola pranzavo, dormivo e trascorrevi tutto il tempo. Con Olimpio, che continuava a cercare la mia compagnia, intensificai la civetteria; il suo trasporto per me, da infatuazione, divenne passione. Ormai non poteva stare un solo giorno senza vedermi, parlarmi. E doveva inventarsi i più ingegnosi pretesti e strattagemmi per farlo, così mettendo a repentaglio la sua e la mia vita. Per realizzare il mio piano, io dovevo continuare ad alimentare la passione, fargli crescere l'ardore fino a rendere Olimpio, nelle mie mani, un inesorabile strumento; ma, al tempo stesso, dovevo impedire che egli venisse da me: mio padre prima o poi se ne sarebbe accorto e avrebbe ucciso entrambi, oppure avrebbe risparmiato soltanto me per avermi a suo libito tra le turpi grinfie.

Mentre mi aggiravo come una belva in gabbia nella mia cameretta, pensando a una soluzione, scoprii in una parete il foro di una canna fumaria collegata ad un comignolo sul terrazzo. Allora, per alcuni giorni, impedii a Olimpio di incontrarmi adducendo il rischio mortale che correavamo. Quando lo vidi disperato e come fuori di senno, sul punto di commettere qualsiasi imprudenza pur di parlarmi, con un biglietto, che gli lanciai dalla finestra, lo invitai a recarsi sul terrazzo per comunicare con me attraverso il comignolo. Alla sera, la voce appassionata di Olimpio risuonò giù per la canna fumaria. Il nostro dialogo era ripristinato.

Giunse improvvisa notizia della morte di mio fratello Cristoforo, ucciso dall'amante di una donna che egli insidiava. Mio padre si recò a Roma per le esequie. Sulla strada del ritorno, incappò in

una masnada di briganti che a quel tempo infestavano il territorio; purtroppo, però, riuscì a fuggire. Giunto alla Petrella, affannato ma euforico per lo scampato pericolo, non ebbe miglior pensiero che tentare di abusare della moglie di Olimpio, il quale era in giro per i possedimenti. La donna gli resistette e, lui, per vendicarsi - ma pure per timore di una ritorsione da parte del marito - chiese e ottenne da Marzio Colonna, che il castellano con la famiglia si trasferissero in paese.

Io allora mi sentii perduta. Senza Olimpio, come avrei realizzato il mio progetto?

Il giorno stesso che partirono, a notte fonda, sentii bussare piano alla finestra, che subito dopo dall'esterno fu forzata e aperta, e scorsi Olimpio su una scala a pioli davanti al davanzale. Lo feci entrare. Egli Mi abbracciò tutto felice di quell'espedito che gli consentiva di entrare da me a suo piacimento. Mi coprì di baci e, spasimando per il desiderio, voleva che fa facessimo l'amore a tutti i costi. Riottosa, mi negai. Lui incalzava, supplicava chiedeva: «Perché...? Perché...?» Infine, vincolandolo al segreto, gli rivelai che ero stata violata da mio padre, e che, da allora, nemmeno più riuscivo a pensare di far l'amore con chi che sia. Olimpio ascoltò incredulo e sgomento, e si infiammò d'ira. «A tanto quel miserabile bastardo è arrivato! Io lo ucciderò!» esclamò con voce strozzata. Pronta, io glielo feci giurare. Poi gli suggerii un'idea che mi era venuta dopo l'agguato dei briganti cui mio padre purtroppo era scampato. Se fosse stato possibile mettersi in contatto con una delle tante bande, si sarebbe potuto commissionarne, dietro compenso, l'assassinio. Io, però, intendevo questo piano come un'alternativa all'uccisione diretta di mio padre per mano di Olimpio. Al quale, l'idea di ricorrere ai briganti, subito piacque. E dichiarò che quel giorno stesso avrebbe incaricato, un suo amico fidato, di nome Marzio Catalano, che già aveva contatti con le bande, di trattare la cosa con il capo di una di esse.

Nel giro di qualche giorno, conoscemmo le condizioni dei briganti: dietro compenso di ventimila scudi, di cui la metà da sborsarsi in anticipo, avrebbero rapito e soppresso mio padre. Non possedevo una tale somma. Perciò inviai Olimpio a Roma da mio fratello Giacomo, che non vedeva l'ora che il padre morisse per ereditare, affinché insieme elaborassero un piano di più agevole attuazione. Giacomo propose il ricorso al veleno. E consegnò a Olimpio un

pozione di sicura efficacia e dell'oppio. Ma un fatto nuovo impedì l'uso del veleno. In quei giorni mio padre - chissà, o per un sospetto o per un acuto senso di diffidenza - pretese che prima di servirgli i pasti, io e Lucrezia gli facessimo credenza, cioè che assaggiassimo prima di lui portate e bevande.

A questo punto, non restava che Olimpio come esecutore. Ma lo vedevo incerto, vacillante nel proposito che pure aveva giurato di eseguire. Dunque dovevo rafforzare la sua determinazione, infondergli risolutezza. A questo scopo gli dissi che ormai mio padre sospettava ancora di più di tutto e di tutti, perciò estremamente più rischioso era darci convegno, dunque prudenza voleva che non dovessimo più incontrarci. Olimpio protestò, giurò che per starmi accanto avrebbe dato la vita. A quel giuramento, acconsentii a riceverlo quella notte stessa.

Venne e si mostrò appassionato, focoso addirittura. Al culmine della brama gli feci solennemente giurare che avrebbe ucciso mio padre di sua mano. Giurò. Allora cedetti. E fui sua.

Insieme discutemmo e mettemmo a punto un piano. Proposi che io stessa avrei somministrato a mio padre dell'oppio nel vino, e dopo che si fosse addormentato, Olimpio lo avrebbe soffocato. Poi ne avremmo buttato il corpo nell'orto da un soprastante balcone di legno dopo averne spezzato alcune assi del fondo per far credere a una caduta accidentale. Olimpio, invece, fu d'avviso di ucciderlo a bastonate, non da solo, ma insieme a Marzio Catalano, già incaricato delle trattative con i briganti, perciò senz'altro da coinvolgere affinché, da complice, non avesse interesse a mai rivelare alcunché. Questa variante non mi persuadeva, trovavo imprudente il ricorso a due esecutori, ma Olimpio si intestardì: non avrebbe ucciso da solo. Capii che era indeciso, che aveva paura, e che, dunque, per confermarlo nell'intento, bisognava che gli promettessi anche un ricco compenso. Promisi che avrei riccamente ricompensato lui e l'altro, una volta che fossi venuta in possesso della mia parte di eredità. Dapprima Olimpio si schermì, ma gli occhi gli si accesero di cupidigia e gli si imporporarono le guance, quindi con fervore accettò e mi ringraziò stringendomi convintamente la mano. Convenimmo sulla necessità di aver complice anche Lucrezia, poiché dormiva col marito.

Si era all'inizio dell'autunno, fissammo l'attuazione del piano per la sera del 7 settembre, durante la cena. Ma contrattempi e intoppi

si susseguirono quasi come una maligna premonizione di fallimento. Quella sera mio padre bevve il vino oppiato che gli servii, ma non ne risentì. Di oppio, forse, ne avevo messo troppo poco, dovendo prima anch'io berne per fargli credenza. Olimpio e Marzio intanto erano in attesa, nascosti in uno sgabuzzino. A un tratto, dalla finestra, essi scorsero la moglie di Olimpio che a rapidi passi si avvicinava al castello, sicuramente ella era in pensiero e veniva per chiedere del marito che, uscito all'alba per il giornaliero giro di lavoro, non era più rientrato. Olimpio, per impedire che l'arrivo della moglie mandasse tutto a monte, uscì di soppiatto, le andò incontro e, dopo averla rassicurata, la riaccompnò a casa.

A notte tornò alla Petrella. Mio padre era ancora lucido quando si era ritirato per coricarsi. Decidemmo di aspettare l'alba. Alle prime luci, Olimpio e Marzio uscirono dallo sgabuzzino con in mano, l'uno, un martello, l'altro, un randello. Bussarono tre lievi colpi convenuti alla porta della camera da letto. Dopo qualche istante ne uscì Lucrezia in camicia da notte, con un dito sulle labbra, che mormorò loro di non essere sicura che il marito dormisse profondamente e soggiunse tutt'agitata che, per timore di Dio e della Vergine, di cui in quel giorno si festeggiava la nascita, desistessero dalla trista impresa o, almeno, la rinviassero.

Olimpio e Marzio rimasero interdetti e, presi dal timore che il marito, potesse destarsi e li affrontasse, precipitosamente fecero marcia indietro e si rinchiusero nello stanzino. Dove io immediatamente li raggiunsi. Marzio, sbiancato in volto, affermava di voler abbandonare l'impresa. Olimpio minacciava di accopparlo. Spronai entrambi col dire che il loro compito era semplice, il fatto sarebbe parso una disgrazia e non si sarebbe corso alcun rischio.

Ormai era giorno fatto. Mio padre, sicuramente era già sveglio e non avrebbe tardato a uscir di camera. Perciò rimandammo tutto all'indomani.

Il giorno seguente, sull'imbrunire, Olimpio e Marzio si intrufolarono di nuovo in casa e si chiusero nello sgabuzzino in attesa del momento propizio. Non passò molto che mio padre chiese di cenare. Io gli servii un boccale di vino con molto più oppio della sera precedente e ne bevetti per fargli credenza. Prima che il narcotico facesse effetto su di me, corsi ad avvertire i due di tenersi pronti, che la cosa procedeva per il giusto verso. Ma trovai Olimpio che soffocava gran

colpi di tosse, e continuò a tossire mentre, a segni e con mozzate parole, faceva intendere che non era in condizione di agire. Marzio lo fissava sconcertato, e assentiva. Afferrai l'uno e l'altro per un braccio e, scrollandoli, presi a inveire. «Vigliacchi, cos'è questa messa in scena! Siete uomini o donnuciole? Olimpio, tu ti sei impegnato con giuramento e ora ti fai venire la tosse per trarti indietro! O me sventurata a fidarmi di un simile codardo senza onore e del suo vile compare! Le migliaia di ducati che vi promisi io li raddoppierò se avrete animo di liberarmi dal mostro!»

Olimpio, paonazzo d'ira e di vergogna per la tosse nervosa che non riusciva a reprimere, con gesti e frasi smozzicate, fece intendere che era prudente che sul momento se ne andasse, ma che sarebbe tornato. Entrambi sgattaiolarono via.

Tornarono a notte fonda. Li accompagnai davanti alla camera da letto. Avevano in mano l'uno il martello, l'altro il randello. Ai tenui colpi che bussai, la porta si aprì. Lucrezia s'affacciò e: «Dorme!» mormorò in un soffio. Rientrò rapida per accendere il doppiere. I due varcarono la soglia al vacillante chiarore delle candele. Io non ebbi cuore di entrare. Lucrezia uscì e chiuse la porta.

Segui un silenzio lunghissimo. Poi, roca e ghiaccia, risuonò la voce di mio padre: «Oh, che mi fate!...». Segui un altissimo grido.

Quando uscirono, Olimpio e Curzio erano lordi di sangue, inondati dal sangue, entrambi come emergessero da un sanguinoso lavacro.

«Che avete fatto?» urlai. «Non dovevate provocargli ferite, fargli versare sangue!» Olimpio, con lo sguardo stranito, abbassò gli occhi, fissò il martello stillante, e, senza proferire parola, con forza lo scagliò contro una parete.

Entrammo io e Lucrezia. Inorridite, vacillando come ubriache, entrambe con una mano sulla bocca, ci accostammo al letto. Il cadavere giaceva sulle coltri inzuppate di sangue. Tre orribili squarci gli sfiguravano la faccia: su una tempia, sulla fronte, sotto un occhio.

Sopraggiunsero Olimpio e Marzio, sveltamente presero il cadavere l'uno per le spalle, l'altro per i piedi e si avviarono a completare l'opera. Li bloccai sulla soglia. «Che fate, balordi?» gridai. «Prima bisogna rivestirlo, deve risultare che era già in piedi e vestito quando si è recato sul balcone!»

Rapidamente gli togliemmo l'insanguinata camicia da notte, lo rivestimmo degli abiti, gli infilammo calze e scarpe.

Albeggiava. Il balcone era umido di guazza. Olimpio e Marzio si applicarono a spezzare alcune assi del fondo. Il legno, benché con segni di marciume, resistette. Il varco che infine si aprì risultò troppo stretto. Dovettero spingere a forza il cadavere per farlo passare attraverso. Il corpo infine piombò tra le erbacce con un tonfo sinistro.

Io e Lucrezia frettolosamente ci demmo a cancellare le tracce del delitto. Io presi a lavar via la scia di sangue dalla soglia della camera da letto al balcone. Lucrezia intanto ne ripuliva e rassettava l'interno; però, istupidita, come resa stolida dall'accaduto, commise una serie di madornali errori. Ripose in un cassetto del canterano un lenzuolo e la fodera del materasso lordi di sangue, nascose la lana del materasso e del cuscino zuppa di sangue in un ripostiglio, non sostituì il materasso, sicché il letto, rifatto, pendeva sbilanciato da una parte.

Terminate quelle incombenze, demmo la stura alle grida e ai pianti mostrando sgomento e disperazione per l'improvvisa disgrazia. E veramente nell'intimo eravamo in preda all'angoscia. Accorsero i servi e le fantesche, trasecolarono con raccapriccio dinanzi al forame nel balcone e scorgendo in basso tra le erbacce il corpo inanimato di mio padre. Tra essi, vi fu chi, di lì a poco, aprendo il cassetto del canterano e entrando nel ripostiglio, notò i capi e la lana macchiati di sangue.

Il cadavere era stato riportato a casa, ripulito e composto su un cataletto nel salone.

Una confusa agitazione percorreva la casa, che in breve si riempì di gente che sempre più numerosa affluiva dal paese e dai dintorni manifestando cordoglio, stupore, financo incredulità circa le circostanze della disgrazia, sia per le ridotte dimensioni del foro nel balcone che per gli squarci che sconciavano il volto del cadavere sembrando chiaramente incompatibili con una caduta sulle zolle erbose.

Colsi al volo mormorii e diffidenze, che espressero - mi accorsi - pure i preti venuti per dare l'assoluzione al cadavere; allora immediatamente feci chiudere il corpo nella bara e disposi che fosse portata in chiesa in paese per la funzione religiosa.

Mentre il feretro veniva portato via, il cielo si oscurò e, tra formidabili tuoni e saette, scrosciò una pioggia tempestosa. Lucrezia, in preda al terrore, si strinse a me singhiozzando.

Sembrava, alle nostre illividite coscienze, che la natura si ribellasse per l'assassinio di un giusto. Ma mio padre non era un giusto, al contrario, era il più iniquo degli uomini.

Olimpio intanto, in chiesa, incalzava i preti affinché senz'indugio celebrassero la funzione; di persona prese a suonare la campana per dare inizio al rito; eseguito il quale, incitò e aiutò con le sue mani i becchini a seppellire rapidamente il feretro sotto il pavimento della chiesa.

Il suo contegno indusse a maggiori sospetti.

Ormai tra la gente della Petrella correva unanime voce che Francesco Cenci fosse stato assassinato. La moglie di Marzio Catalano, quando la voce le giunse all'orecchio, agitata dal dubbio per aver proprio quella notte Olimpio bussato alla porta di casa ed essersene allontanato poi insieme col marito, si confidò con Plautilla, che la rassicurò e la esortò a non dar credito alle dicerie. A sua volta turbata e dubbiosa, Plautilla s'imbattè in Lucrezia, che mise a parte delle sue ansie. Nella sua balordaggine, Lucrezia la tranquillizzò confidandole che l'assassino non era Olimpio, ma Marzio Catalano.

Costui si presentò da me il giorno dopo per chiedermi il compenso pattuito poiché voleva darsi alla fuga. Io non avevo denari, ma sopravvenne Olimpio che gli dette alcuni scudi. Andato via Marzio, Olimpio dichiarò che l'avrebbe raggiunto e ammazzato perché non ci si poteva fidare. Mi opposi, non volevo che un secondo delitto seguisse al primo.

Giunsero intanto i miei fratelli Giacomo e Bernardo per condurre me e Lucrezia di nuovo a Roma. Alla partenza si ruppe un assale della carrozza e si perse tempo per sostituirlo. A causa di ciò, Giacomo non volle fermarsi in paese per far celebrare una messa di suffragio, e procedemmo oltre tra due ali di folla sempre più sconcertata e sospettosa.

A Roma, dette ulteriore motivo di sospetto la presenza di Olimpio in casa e la confidenza che mostrava nei miei confronti. Ma io che potevo fare? Come potevo allontanarlo? Egli era il mio complice, l'esecutore del delitto da me ideato e voluto. Con me si era anche più volte vantato di aver commesso alcuni delitti, non avrebbe potuto prima o poi confidare a qualcuno di aver ucciso Francesco Cenci su mia istigazione? Egli intanto era smanioso di ricevere il compenso pattuito. Ma

la situazione patrimoniale lasciata da mio padre era assai ingarbugliata, ancora non consentiva la disponibilità di grosse somme di

denaro. Perciò avrei subito la familiarità di Olimpio fintanto che non fossi riuscita a compensarlo.

Pure liberata dalle brutalità e laidezze di mio padre, non avevo ritrovato la serenità: la vita a Roma trascorreva in un'atmosfera cupa, plumbea. Fu un periodo atroce, di ansie e di lutti che si abbatterono improvvisamente sulla nostra famiglia. Morì di parto la mia povera sorella Antonina. E poco dopo, consumato da una febbre maligna, mio fratello Paolo.

Inaspettatamente, io Giacomo e Lucrezia fummo convocati dalla Corte Criminale per essere sottoposti a un interrogatorio, che subimmo separatamente. Le chiacchiere e i sospetti sorti alla Petrella, che correvano ormai per tutta Roma, avevano fatto aprire un'inchiesta. Giacomo si tirò fuori dichiarando che al momento della disgrazia non si trovava alla Petrella. Io ripetei la versione della caduta accidentale e, quando mi si chiese perché non avessi partecipato alla esequie, risposi che me n'era mancato l'animo. Lucrezia, al solito, si diffuse in svariati particolari e dettagli e cadde in non poche contraddizioni.

Un ispettore fu inviato alla Petrella per ispezionare i luoghi e raccogliere testimonianze, indizi e prove. Le indagini furono svolte di conserva dalle Corti di Giustizia di Roma e del Regno di Napoli nel cui territorio era avvenuto il delitto.

Alla Petrella frattanto era giunto Olimpio, che aveva lasciato rapidamente Roma non appena venuto a conoscenza delle nostre convocazioni. Da lui si recò subito Marzio Catalano, per chiedergli il compenso promessogli, ma ricevette soltanto minacce di morte. Entrambi, messi in allerta dalla presenza dell'ispettore, presero il largo per non subire un interrogatorio: Olimpio fece ritorno a Roma, non prima però di aver alquanto allargato il buco nel balcone da dove avevano gettato il corpo di mio padre; Marzio si nascose nei boschi. Plautilla, frattanto, commise delle gravissime imprudenze. Contrariamente a quanto le avevo raccomandato prima di partire, non sostituì i materassi del letto, anzi, uno dei tre rimasti, alquanto macchiato di sangue, lo donò a un parente, un altro, pure con macchie, lo pose nel proprio letto, e il terzo, anch'esso con evidenti tracce di sangue, lo nascose dentro un baùle.

Nel sopralluogo, l'ispettore si accorse che il foro nel balcone era stato ampliato di recente e che, nonostante ciò, era insufficiente perché vi passasse un corpo; notò anche la mancanza dei materassi

e, dopo aver messo Plautilla alle strette, ottenne la consegna dei tre di cui lei aveva disposto.

L'ispettore inoltrò una relazione in cui sostenne che vi erano prove e indizi concorrenti che Francesco Cenci fosse stato assassinato su istigazione della moglie e dei figli per mano di Olimpio Calvetti e Curzio Catalano; e che questi ultimi egli non aveva potuto interrogare, poiché si erano resi irreperibili.

Frattanto, mio fratello Giacomo, indispettito e angustiato dalla presenza in casa di Olimpio, sia per il disdoro che comportava che per i sospetti che alimentava di una eliminazione violenta di mio padre per sua mano su nostra istigazione; temendo, inoltre, ricatti o imprudenti confidenze da parte di lui, ordì, a mia insaputa, un piano per farlo uccidere, che però non sortì l'effetto.

Di lì a poco, in seguito a risultanze emerse da ulteriori indagini - alla Petrella fu inviato anche un anatomista che, fatto disseppellire il cadavere, riscontrò che le ferite mortali alla testa erano state inferte da un arnese tagliente -, io, i miei fratelli, Lucrezia, Olimpio e Marzio Catalano fummo formalmente incolpati di omicidio e sottoposti a giudizio.

Di lì a poco, Curzio Catalano fu scovato e arrestato; messo alle strette, si dichiarò estraneo al delitto, ma riferì di aver saputo da Olimpio che, su commissione di Beatrice e Lucrezia, egli si era recato a Roma per prelevare da Giacomo Cenci un veleno e dell'oppio che poi esse avevano somministrato a Francesco Cenci.

Giacomo e Bernardo smentirono la confessione di Catalano. Io e Lucrezia subimmo incalzanti interrogatori nei quali sostenemmo che non avevamo nessun motivo per volere la morte di chi ci trattava amorevolmente e nulla ci faceva mancare. Però, al solito, Lucrezia si contraddisse più volte.

A questo punto, il giudice minacciò Curzio Catalano di sottoporlo al supplizio della corda per fargli rendere piena confessione. Il supplizio della corda era disumanamente doloroso. Legati per i polsi dietro la schiena, si veniva sollevati da una fune inserita in una carrucola fissata a una trave del soffitto, sicché il peso del corpo torceva in alto le braccia e ne slogava o spezzava le ossa e i legamenti con orribili scrocci. Egli, terrorizzato, cedette. Confessò tutto, raccontò come si erano svolti i fatti, però sostenne di aver partecipato al delitto perché costretto da Olimpio sotto minaccia di morte.

In seguito alla sua confessione, io e Letizia fummo interrogate e smentimmo quanto egli aveva dichiarato. Lo stesso fecero Giacomo e Bernardo. Allora il giudice dispose un diretto confronto di ciascuno di noi con Catalano sotto tortura, benché avesse già confessato, per indurci a nostra volta a confessare o per compassione dei suoi tormenti, o per il terrore di subire lo stesso trattamento. Prima Lucrezia e poi io fummo poste dinanzi al suppliziato. Pure impietosite e angosciate dalle sevizie che davanti ai nostri occhi subiva, negammo quanto egli invece confermava. Ma il confronto non andò molto oltre, poiché Catalano, dopo due giorni di confronti, morì barbaramente straziato.

Nessuno sapeva dove si trovasse Olimpio. Io mi auguravo che fosse al sicuro, nascosto lontano da Roma, e che non cadesse in mano alla giustizia, poiché sotto tortura, sicuramente avrebbe confessato ogni cosa.

Giacomo, spinto dallo stesso timore, organizzò un piano per scovarlo ed eliminarlo, dell'esecuzione del quale incaricò, tramite un domestico che dal giudice era stato autorizzato a rendergli servizi fuori dalla prigione, un parente e un amico fidato. Con il pretesto che urgeva avvertire Olimpio che non mettesse più piede in Roma, e di procurargli un più sicuro rifugio, essi vennero a sapere da un suo congiunto dove egli frattanto si nascondeva. Ai due si unì un loro cognato per sbrigare la faccenda, il quale si mostrò addirittura entusiasta del compito poiché si riprometteva di intascare, per soprappiù, anche la taglia che la legge metteva sul capo di un ricercato per assassinio. E fu appunto il cognato, dopo che tutt'e tre uccisero Olimpio nel tragitto verso quello che doveva essere per lui un più sicuro nascondiglio, a spiccargli il capo, a riporlo in una sacca e consegnarlo all'autorità.

Dopo l'assassinio di Olimpio, il giudice, che pure era già in possesso delle prove dell'omicidio di Francesco Cenci, ma ugualmente pretendeva che la condanna seguisse a una completa ed esplicita nostra confessione, ordinò di sottoporci a tortura. Ma, per la nostra condizione di nobili, potevamo subirla soltanto dietro un'apposita autorizzazione del papa. Il quale certamente l'avrebbe data, dal momento che, come ormai in tutta Roma si vociferava, l'avidò Clemente VIII aveva messo gli occhi sui beni dei Cenci per confiscarli dopo la condanna e distribuirli ai suoi numerosi parenti.

Come era da aspettarsi, il papa diede l'autorizzazione.

Per primo, Giacomo subì la tortura. Non reggendo all'atroce sofferenza, accusò del delitto me e Lucrezia. Toccò poi a Bernardo, allora appena diciottenne, il quale, per far cessare l'insostenibile strazio, ammise - il che non era vero - di aver udito il piano per uccidere il padre nel colloquio, a Roma, tra Giacomo e Olimpio. Lucrezia evitò la tortura: non appena le legarono le mani dietro la schiena, terrorizzata dall'imminente supplizio, accusò me e giustificò la sua complicità con la paura di essere ammazzata a sua volta, e svenne. Quindi fu il mio turno. Benché denudata, sotto il torbido e fisso sguardo dell'inquisitore sopportai senza un lamento l'indicibile strazio, e respinsi le accuse. Mi trascinarono davanti a Bernardo che di nuovo sottoposero a tortura affinché, per pietà dei suoi tormenti, io confermassi la confessione che egli, tra strazianti grida, rinnovava. Morta nel cuore, distolsi gli occhi e mi tappai le orecchie, ma resistetti. Quindi fui condotta davanti a Lucrezia singhiozzante che legarono di nuovo per sottoporla a tortura. Compresi, in quel punto, che era inutile resistere. Mi persuasi che le nostre confessioni servivano soltanto all'orgogliosa crudeltà di una giustizia che non aveva nessun bisogno di ulteriori prove per emettere la sentenza di condanna.

Confessai. E, sotto il luciferino sguardo del giudice, firmai il verbale.

Il papa scoprì le sue rapaci mire: vietò che al nostro difensore si permettesse la consultazione dei verbali delle confessioni per così privarci di un'adequata difesa. L'avvocato, un luminaire del foro di Roma, si recò dal pontefice per chiedergli il rispetto dei diritti della difesa.

Clemente, burberamente lo redarguì perché osava pretendere il rispetto di diritti per coloro che non avevano rispettato i diritti dell'assassinato, e lo cacciò in prigione. Ci volle del bello e del buono - una supplica dell'avvocato e l'intervento di alcuni cardinali e diplomatici - per ottenerne la liberazione.

La perorazione difensiva, benché eloquente e appassionata, non convinse né commosse i giudici, e la sentenza, per tutti, fu di condanna a morte. Anche per Bernardo, che manifestamente era innocente. Le suppliche di mutare la pena capitale nel carcere a vita, che Giacomo, Bernardo e

Lucrezia inviarono al pontefice, e la mia, che invece indirizzai a un cardinale amico affinché intercedesse presso Clemente per

persuaderlo a tenere conto dello stupro e dei maltrattamenti subiti, rimasero senza risposta. Era evidente l'intento del papa che non restasse in vita nessun erede diretto di Francesco Cenci per incamerarsene l'intero patrimonio.

Ciascuno di noi stilò il testamento. Diversamente da Giacomo e Bernardo, disposi che non venissi sepolta nella chiesa di famiglia, ma in quella di San Pietro in Montorio sul Gianicolo, una chiesa che frequentavo da bambina con mia sorella Antonina e le compagne di educando nelle primaverili passeggiate con le suore, una chiesa che mi ricordava gli unici sereni giorni della mia vita infelice. E disposi un lascito - accompagnandolo con la supplica al pontefice che ne autorizzasse poi l'adempimento - per dotare giovani indigenti affinché si sposassero e avessero una famiglia scampando a un disgraziato destino come il mio.

Nei due diversi carceri in cui eravamo rinchiusi, nel mezzo della notte prima dell'esecuzione fissata al mattino, nella cella che dividevo con Lucrezia, così come in quella in cui erano reclusi Giacomo e Bernardo, si presentarono, in neri sai e incappucciati, reggendo in mano lunghi ceri accesi, i confratelli della Buona Morte per darci conforto. All'alba, nelle cappelle dei rispettivi carceri ascoltammo la messa e ci comunicammo. Giacomo già da alcuni giorni aveva fatto recapitare una ulteriore supplica al papa con cui scagionava Bernardo e chiedeva che gli fosse risparmiata la vita.

Il palco dell'esecuzione era stato eretto nello slargo dinanzi a Castel Sant'Angelo. Le condanne sarebbero state eseguite con modalità differenti secondo il grado di responsabilità e il sesso. In extremis giunse il provvedimento di clemenza per Bernardo. La clemenza, pelosa e crudele di papa Clemente salvava la vita di mio fratello, ma lo condannava in perpetuo ai remi sulle galere e gli imponeva di assistere, sul palco, alle nostre esecuzioni.

Dopo la messa, ci avviammo al patibolo. Giacomo e Bernardo su due carrette precedute da due file di confratelli incappucciati e da una compagnia di soldati. Giacomo procedeva innanzi e, davanti agli occhi di Bernardo, veniva frattanto orribilmente torturato: i carnefici, con tenaglie roventi, gli strappavano brani di carne dal petto e dal dorso. Egli, mostrando una straordinaria resistenza e forza d'animo, non emetteva un lamento. Io e Lucrezia, avvolte in neri mantelli, facemmo un differente percorso. Una folla immensa

si assiepava intorno tumultuando, inveiva clamorosamente contro Clemente e i giudici e gettava fiori su di noi.

I cortei giunsero quasi contemporaneamente nella piazzetta dove si ergeva il palco. Bernardo vi fu fatto salire affinché, assistendo da vicino, si riempisse gli occhi dello strazio dei fratelli, come era stato benignamente deciso. Dopo di lui, barcollante, con il corpo straziato da orribili lacerazioni e bruciature, fu fatto salire Giacomo, che tuttora non faceva motto sopportando con incredibile forza il disumano tormento. Egli remissivamente pose il capo sul ceppo. Con un poderoso colpo di mazza il boia gli sfracellò il cranio facendo schizzare sangue e cervella sul palco e fin sulle prime file. Quindi con una mannaia squartò il corpo e ne appese i pezzi a degli uncini.

Poi, più morta che viva, fu trascinata sul palco Lucrezia. Davanti al ceppo, svenne, sicché non ebbe coscienza quando la mannaia le troncò il capo.

Io salii eretta gli scalini, sul palco rivolsi un pallido sorriso di saluto al povero Bernardo che singhiozzava. Mi giungevano i sospiri e i pianti della folla. Levai gli occhi al cielo, nell'intimo interrogavo l'imperscrutabile giustizia divina, riconoscevo la mia colpa, ma anch'io mi sentivo una vittima di un non minore delitto.

Posi il capo sul ceppo, il boia mi afferrò i capelli, li torse da un lato e mise a nudo il collo. Avvertii il sibilo della mannaia e l'urlo di raccapriccio che si levò dalla folla. Poi la mia testa rotolò grondando sangue. Il boia la raccolse per i capelli, la sollevò sgocciolante e la mostrò all'ingiro, quindi la scagliò nella cesta.

Giustizia era fatta.

Beatrice, come invasata, corre di qua e di là sul ponte, agita le braccia, si serra il capo tra le mani, il nero mantello le fluttua indosso come le ali di un pipistrello. Poi si blocca.

Talora il Cielo abbandona degli infelici a un destino di errore e sofferenza affinché dal loro errare e soffrire altri imparino la retta via. Io venni al mondo per compiere questa missione, per impartire questo insegnamento, per lasciare un segno, un segno...

Con rapido gesto slaccia il nastro che le fascia il collo mettendo a nudo una profonda rosseggiante cicatrice. Sipario

DALLA FACCIA NON SI DIREBBE

LUCIANA LUPPI

Tutto ebbe inizio diversi anni fa, ai tempi della mia adolescenza.

Cominciò con un senso di leggera sorpresa che andò via via intensificandosi, fino a diventare un vero e proprio stupore, per trasformarsi poi in un certo disappunto che sconfinò ben presto in un senso d'impotente rabbia.

Apparentemente, i motivi erano futili, banali; ci si sarebbe potuti anche meravigliare di questa mia reazione spropositata, a detta di qualcuno, ma, a pensarci bene e soprattutto a lungo andare, la situazione non poteva che manifestarsi in tutta la sua drammatica realtà.

Quando mi trovavo a dover esprimere emozioni o sentimenti, negativi o positivi che fossero, ecco che sorgeva il conflitto.

“Sei contento del regalo?” mi chiedeva mio padre con una certa ansietà.

“Oh sì, molto!” rispondevo io con entusiasmo.

“Dalla faccia non si direbbe.” replicava lui, con una cert'aria di rimprovero.

“Sentirai la mia mancanza?” mi domandava la nonna, in partenza per un soggiorno alle terme.

“Naturalmente!” esclamavo io, sottolineando col tono l'inutilità della domanda.

“Dalla faccia non si direbbe.” rispondeva lei con un'ombra di rincrescimento.

“T'è piaciuto fare l'amore con me?” mi chiedeva anni dopo la mia ragazza.

“Altro che!” rispondevo io, cercando di convincerla.

“Strano, dalla faccia non si direbbe.”

Era diventata un'ossessione!... “Ti piace? Sì. Dalla faccia non si direbbe”... “Ti dispiace? No. Dalla faccia non si direbbe”.

“Sei adirato? Sì. Dalla faccia non si direbbe”... “Sei tranquillo? No. Dalla faccia non si direbbe”.

Era un continuo, una specie d’incubo a occhi aperti che aveva finito per limitarmi, o comunque condizionarmi, in tutte le mie manifestazioni emotive, psichiche e infine anche fisiche.

Cominciai col correre davanti a uno specchio, ogni volta che sorgeva in me una qualsiasi emozione, per constatare “de visu” il manifestarsi di quei mutamenti somatici, consequenziali allo stato d’animo del momento, ma devo ammettere, a onor del vero, che non riuscivo a cogliere sulla mia faccia il benché minimo cambiamento.

“Possibile” pensavo “che io debba restare così indifferente, nonostante lo scorrere delle mie emozioni?!”

Lo specchio era diventato la mia seconda ossessione. La prima era la mia faccia.

Ero arrivato al punto di tenermene uno sempre in tasca, per schiaffarmelo davanti, ogni volta che venivo colto da gioia, ira, tristezza o turbamento amoroso.

Appena assalito dallo stato d’animo, prima ancora di avere il tempo di manifestarlo all’amico o al nemico, ecco davanti ai miei occhi “lo specchio della verità”, in tutta la sua spietata indifferenza.

Niente! Non esprimevo niente. La faccia era sempre la stessa, sempre uguale, monotona, noiosa, insopportabile! E tutti continuavano, come un tormentone, con la stessa ormai consueta frase: “dalla faccia non si direbbe”.

“Io dovrei essere diverso” pensavo, torturandomi. “Anzi, io devo assolutamente essere diverso!”

Ma poi, subito dopo, mi rendevo conto che non si trattava di “essere”, ma di “apparire”. Io gioivo, soffrivo, m’agitavo, m’infuriavo, m’entusiasmavo, mi tormentavo, mi rattristavo, mi compiacevo, minacciavo, supplicavo... ma sulla mia faccia, su questa mia stramaledetta faccia, non appariva nulla, assolutamente nulla.

Cominciai a sentirmi in profonda disarmonia con il mio autentico modo di essere; non ero in grado di riconoscermi davanti allo specchio e così finii per patire una sensazione di non esistenza. Pensando ai grandi divi del cinema, che esprimono tutto con uno sguardo, la mia inespressività m’apparve come una miserevole lacuna.

“Devo assolutamente fare qualcosa.” pensai “Potrei andare da un chirurgo plastico e sottopormi a qualche piccolo intervento, in

modo da rendermi più espressivo: che so... allungarmi gli occhi, per esempio, affinché perdano un po' quest'aria da gufo e diventino più ridenti... Ma anche ridere in continuazione, senza motivo, non è poi così opportuno, senza contare che potrei essere scambiato per un superficiale, se non per un ritardato...

E se mi facessi allargare la bocca?... Forse con una bocca più larga potrei... Ma cosa potrei fare, se non delle boccacce!... Beh, come in quello spettacolo giapponese che avevo visto tempo fa: quelli sì, però, che erano attori espressivi!... Magari un po' esagerati... d'altronde, nel mio caso, è solo l'eccesso che può smuovere il mio viso impietrito... Ma sì, perché no, potrei fare qualche boccaccia a caso, ogni volta che provo un'emozione... No, decisamente no, mi si perdoni il bisticcio, ma "a caso" non è proprio il caso! E' insensato per non dire demenziale! Le boccacce, eventualmente, dovrebbero essere mirate; per esempio, in un momento di gioia, potrei spalancare la bocca e muovere la lingua... Ma no, no, no, cosa sto dicendo, questo è osceno!...

Però, quando sono depresso, malinconico o deluso, potrei tirare giù gli angoli della bocca. Di solito si dice così: "era triste, aveva due pieghe amare agli angoli della bocca"... Eh già, ma sono sicuro poi che, così facendo, riesca a esprimere amarezza e non piuttosto una sensazione di schifo?!...

E se mi facessi ritoccare il naso?... Forse con un naso, come dire, più leggero, potrei acquistare mobilità espressiva.

E se poi non fosse così?!... Col naso non si scherza! Se poi mi ritrovassi un nasino stupido, insignificante, ridicolo, senza aver risolto il mio problema?!...

Conclusione, finii per scartare l'idea del chirurgo plastico.

Accadde allora che lo specchio, dapprima inseparabile e indispensabile suppellettile della mia tormentata esistenza, divenne improvvisamente il mio peggior nemico.

Quello che tenevo in tasca lo gettai, senza pensarci due volte, in un cassonetto dell'immondizia.

Ma sì, lo sapevo anch'io che, se si fosse rotto, ci sarebbero stati anni di guai, ma che me ne importava!... Io ero già nei guai ed erano guai seri e irrisolvibili.

Avevo finito per far sparire tutti gli specchi della casa e quelli che non potevo trasportare li avevo coperti con dei panni neri. La mia immagine non doveva più apparirmi, nemmeno per sbaglio.

In questa paludosa situazione, mia madre era letteralmente sconvolta, mio padre, alquanto sconcertato e la nonna aveva deciso di fermarsi assolutamente alle terme, finché questo “strazio degli specchi” non fosse finito.

“Cerca di essere ragionevole, cerca di vederti con più obiettività.” tentava di sdrammatizzare mio padre, mentre si spazzolava energicamente la testa semicalva, neanche fosse la criniera di un leone.

“Hai un viso estremamente interessante, davvero insolito.” gli faceva eco mia madre.

“Sei un bellissimo ragazzo, te l’assiculo io!” mi scriveva la nonna tra un fango e un’irrigazione.

“Non hai nulla di che lamentarti.” replicava la mia ragazza “Proprio nulla. Sei perfetto nella tua indecifrabilità.”

Appunto! Non capivano niente: non si trattava di vanità e nemmeno di un capriccio. Ancora una volta, le mie esigenze e i miei sentimenti non venivano riconosciuti.

Mi sentivo ineluttabilmente incompreso e poiché mia madre, durante i bagni spumeggianti, le creme leviganti antirughe, antirughe, antirugone, le lozioni purificanti, le maschere stimolanti, i massaggi rilassanti e quelle rinvigorenti, la pettinatura, la laccatura, l’abbigliamento, la truccatura, l’ingioiellatura, aveva bisogno più e più volte al giorno di una specchiatura... ogni volta veniva colta da un attacco isterico, con relativo pianto finale e lamento in coda: per cui, fui costretto a lasciare la casa paterna e andarmene ad abitare per conto mio.

La mia bicocca era poco più grande di uno scompartimento ferroviario, ma riusciva tuttavia a contenere tutto l’occorrente per la mia vita scombussolata, compreso alcuni quadri, rigorosamente senza vetro, un paravento di materiale opaco, le foto dei miei divi preferiti, quelli che, per intenderci, dicono tutto con uno sguardo... e assolutamente niente specchi.

Così, mi sentivo libero finalmente, o meglio, più tranquillo; non c’era più pericolo che io potessi in qualche modo vedermi. E poiché anche l’immagine riflessa nei vetri della finestra, quando calava il buio, mi era insopportabile, tolsi la loro trasparenza dipingendoli di vari colori.

“Potevi mettere delle tende pesanti” berciava la mia ragazza. “Almeno di giorno si sarebbero potute scostare e un po’ di luce sarebbe entrata in questa casa di mentecatti!”

Ovviamente, finì per non venire più a trovarmi e, poiché io sarei potuto andare da lei solo previa copertura di specchi o simili, cosa a cui lei si ribellava vistosamente, finimmo per non vederci più.

Finché un giorno lessi due righe in grassetto, su un giornale della salute: “Paura di riconoscersi, due punti, dismorfofobia, virgola, malattia scoperta nel lontano 1886 e fino a ieri quasi sconosciuta.”

Vuoi vedere che è il mio caso?! pensai e, nello stesso tempo, mi cadde l’occhio su un numero telefonico. Rimasi perplesso per un attimo e poi, spinto più che altro dalla curiosità, composi il numero.

Mi rispose una voce da castrato, di cui faticai non poco a riconoscere il sesso. “Speriamo che non sia lui l’analista.” pensai “Se dovesse rivolgermi domande con questa voce, mi si paralizzerebbero le corde vocali!”

Fortunatamente era la segretaria che si affrettò a passarmi il professore. Avvertii subito il suo tono laconico, tuttavia esposi il mio caso con dovizia di particolari. Seguì un attimo di silenzio e poi, come un incubo persistente, molesto, intollerabile, la solita medesima frase: “Strano, dalla voce non si direbbe!”

No! Decisamente no! Non avrei iniziato nessuna terapia! Perché terapia?!... Terapia di cosa?!... Non ho voglia di guardare la mia faccia, né adesso, né mai, cosa c’è di tanto strano, di tanto anormale?!...C’è chi si piace e chi non si piace. Chi non ne ha mai abbastanza di guardarsi e di mirarsi e chi non lo desidera affatto. Chi non fa altro che specchiarsi e chi detesta gli specchi. Io appartengo a quest’ultima categoria, punto e basta!

Tuttavia il quotidiano, già noioso di per sé, mi si presentava in tutta la sua molestia, a causa di quella massa incolta di persone che hanno l’esecrabile abitudine di ficcare il naso negli affari altrui.

“Ma non ti sei visto, hai un baffo di biro sul mento...”

“Guardati, hai un brufolo sul naso...”

“Ma non ti sei visto, hai gli occhi gonfi, stamattina...” “Guardati, hai una macchia di unto, proprio sul nodo della cravatta...”

“Ma non ti sei visto... guardati... ma non ti sei visto... guardati... ma non ti sei... ma non... ma...” Un incubo! Tutti pretendevano, contro la mia volontà, che io mi vedessi ad ogni costo!

Finché un giorno, un estroso e indimenticabile giorno, qualcuno, dopo avermi squadrato da capo a piedi, mi disse: “Ma guarda, hai la classica faccia impassibile di un lord inglese.”

Non so perché, ma questo mi procurò immediatamente un vago conforto. Non solo, ma qualche giorno dopo, ripensandoci, quello sguardo esaminatore, a cui ero stato sottoposto, mi si rivelò, all'improvviso, particolarmente interessato nei miei confronti e, oserei dire, anche affascinato.

Forse m'illudevo... non so, ma fu così che cominciai a non dispiacermi l'idea di questa mia apparente imperturbabilità. L'idea che l'accavallarsi delle emozioni, lo scontrarsi dei sentimenti, l'affacciarsi delle paure e dei conflitti, insomma che tutto questo non trapelasse minimamente sulla mia faccia, ma che restasse segretamente custodito dentro di me, come in uno scrigno, cominciai a desatare in me un certo orgoglio, per questo specifico modo di essere. Io ero fatto così e questo non era né giusto né sbagliato, né buono né cattivo, né conveniente né sconveniente. Era solo un dato di fatto. Questa era finalmente la mia identità, la mia peculiarità e non era neanche delle peggiori.

Ripensando a una certa categoria di persone che esprimono non solo con gli occhi, ma anche con la bocca, col naso e perfino con le orecchie, non potei fare a meno di valutare piuttosto plebeo questo modo di essere e trovai che la mia imperturbabilità da lord inglese, come mi avevano fatto notare, non era poi così detestabile, anzi, aveva sicuramente un suo fascino e un suo lato aristocratico.

Fu così che cominciai a vestirmi all'inglese. Andai a scovare particolari negozi che trattavano capi d'abbigliamento "made in England" e, da allora, divennero i miei esclusivi fornitori.

"Caspita, come sei elegante!" mi dicevano "Inglese dalla testa ai piedi!... Fa proprio per te quest'abbigliamento... s'addice alla tua faccia."

Per parecchie settimane avevo cercato di vedermi attraverso le espressioni di compiacimento degli altri e mi accontentavo dei loro complimenti; ma col tempo, sorse in me l'antica esigenza di vedermi riflesso in uno specchio, per poter avere una conferma dell'approvazione generale che mi stava gonfiando di un insolito piacere.

Timidamente, tentai di guardarmi attraverso una vetrina: dapprima di sottecchi, poi con una certa "nonchalance", finché vi rimasi inchiodato davanti, stupefatto della mia incredibile trasformazione. Avevo acquisito un'aria disinvolta, vissuta e, per la prima volta nella mia vita, non mi vedevo per niente goffo, ma, al contrario, apparivo talmente spigliato da non credere ai miei occhi, tanto che avrei con-

tinuato a guardarmi, per avere una costante conferma di quell'immagine di me, in cui finalmente mi riconoscevo.

Mi comprai un cappello a cilindro, accessorio indispensabile per un abbigliamento inglese e, incredibile ma vero, finalmente andai in cerca di uno specchio che riflettesse per intero la mia figura. Per la prima volta, dopo tanto tempo, ebbi il piacere di vedermi, di guardarmi e di riconoscermi nella mia autentica singolarità. Quello finalmente ero io, con la mia identità: stile inglese perfetto... "aplomb" irrepreensibile... eleganza discreta... espressione inesplabile.

Per i primi tempi non potevo fare a meno di portare il cilindro in ogni occasione. Naturalmente dovetti sopportare non poche chiacchiere; per la gente ero un individuo alquanto bizzarro che passava da fobie a manie, con la massima indifferenza. Ma la nonna, che nel frattempo era tornata definitivamente dalle terme, dove l'avevano irrigata dalla testa ai piedi, era entusiasta del mio cilindro e del mio nuovo "look" e volle fare una serie di foto con i suoi abiti migliori e con la sua dentiera nuova da esibire in mostruosi sorrisi, accanto alla mia figura eccentrica, elegante e incappellata. Finché venne il giorno in cui la mia identità si mostrò talmente chiara, in me, che il cilindro divenne superfluo e così lo abbandonai. Ma la gente, ignara e ignorante, continuava a commentare nei miei riguardi: "Prima non faceva che guardarsi allo specchio, fino al punto di averne uno perennemente in tasca..." mormoravano "Poi, all'improvviso, ha detestato gli specchi, fino a eliminarli tutti... Poi è diventato maniaco del cilindro e non faceva un passo senza quel ridicolo tubo in testa... E adesso, di punto in bianco, basta, eliminato anche il cilindro, ma, per contro, gli è venuta una tale faccia da menefreghista, che lo prenderesti a schiaffi."

Un'ampia risata, sonoramente inespressa, m'inondò segretamente l'anima: ero io quello di cui stavano parlando, io con la mia individualità. Una faccia da schiaffi?!... E che me ne importa?!... Sarà da schiaffi, ma è la mia, unica e irripetibile e non deve piacere a nessuno, tranne che a me. E a me piace. Mi sento finalmente bene con questa faccia: con questa faccia che non esprime nulla, o meglio, che esprime il mio naturale e irriducibile autocontrollo.

E ora mi sento in armonia, non tanto con quello che percepisco, ma con quello che sembro che, in ultima analisi, è poi quello che sono: impassibile, imperturbabile fino all'impertinenza, forse insopportabile, ma imperterrito nel mio personale e particolare solenne distacco.

DNA DRAMMI VERTICALI 2015

DUSKA BISCONTI

(Una viola suona al buio mentre la scena si illumina molto lentamente su un groviglio di fili neri molto grande. Sullo sfondo della scena una donna chiusa in una struttura fatta di figure geometriche affastellate sul suo corpo nella penombra suona una viola. Lentamente comincia a perdere pezzi della struttura, come se uscisse da una crisalide, rimane di spalle suonando la viola fino al buio. Sul buio parte il parlato. Luce molto lentamente durante il parlato) “ L’antropologa Ada Santi, famosa per i suoi studi sul rapporto tra scienza e sciamanesimo è misteriosamente scomparsa da due giorni. Di lei non si trova traccia. Le ricerche della polizia sono partite stamani quando la sua amica e collega che l’attendeva per una riunione dei docenti all’università, ha dato l’allarme. Le ricerche sono in corso.” Luce su una cantina semi arredata. Un tavolo con sedia. Diverse forme geometriche sparse per lo spazio e cumulo di fili neri annodati. Una donna da fuori scena parlando al telefono entra: “ Beh, sono un po’ preoccupata sì! In genere lascia sempre detto dove va...e non mi pare che sia scappata con un principe azzurro....ne sono praticamente sicura perché si lamentava proprio l’altro giorno che...no, non ne aveva di principi all’orizzonte al cantina. Vado a controllare meglio, magari trovo qualcosa di utile. Tua madre si rifugia spesso là sotto, è completamente isolata, il cellulare non prende. Per questo mi aveva dato le sue chiavi di casa. Sì, quando ci incontriamo per andare a cena fuori la stano sempre qua dentro! Come che cosa fa? Non lo sai? Studia quelle assurde formule magiche che ha imparato dalla sciamana siberiana. Ultimamente si era fissata su questo. Ci sentiamo dopo tranquilla...lo so non è facile stare tranquilla sulle sorti della propria madre quando si vive in Australia...Va bene, quando hai il volo fammelo sapere.” -Si guarda intorno, poggia il cellulare su un rombo. Febbrile cerca fra le carte sul tavolo e trova una lettera. La legge in piedi frenetica.

“Carissima, prima di andarmene per la mia strada, per non mandare perduto il mio lavoro dell’ultimo anno, voglio lasciarti questo manoscritto. Non l’ho steso definitivamente sul computer perché ritenevo di farlo più in là. Ma ho deciso di andarmene ora e impegnarmi a vivere senza paura. Lascio a te il compito di scriverlo se lo riterrai opportuno. Sono sicura che la tua competenza e apertura, malgrado le nostre discussioni sul concetto di cultura e scienza, ti faranno prendere la decisione giusta. E’ uno studio che ho portato avanti per più di un anno e per qualche tempo sono stata titubante nel renderlo noto. Persino tu che sei la mia migliore amica, non sai fin dove sono arrivata. Dopo aver letto parecchi documenti scientifici sul DNA mi sono incuriosita sul rapporto tra la memoria delle donne e il DNA mitocondriale...

“DNA mitocondriale? Ma che cosa? Ah sì! Mi aveva accennato di coincidenze da verificare...sulla struttura della memoria mi pare, ma che c’entra il DNA? -vede il manoscritto. Si siede e legge- “Il DNA è una sequenza di proteine e aminoacidi di cui sono fatti anche gli esseri umani. L’umanità odierna discende da un unico Adamo, portatore del cromosoma Y, e da un’unica Eva, portatrice del cromosoma X. Ambedue i cromosomi sono forniti del DNA mitocondriale. Questo consiste in elementi cellulari che generano energia chimica, si tratta di ex batteri assoggettati dalle cellule animali. Analizzando il DNA mitocondriale si riesce a leggere tutto ciò che fa parte della memoria, ovvero delle esperienze attraversate dagli esseri umani fino ai nostri giorni. Quando lo spermatozoo feconda l’ovulo perde il suo mitocondrio. Il nuovo essere erediterà perciò la memoria per la maggior parte dal mitocondrio materno.”

-posa lo scritto sul tavolo- ma che cosa vuol dire? che la memoria è condizionata dalle madri? Non ci capisco niente...ma qui c’è un registratore! -lo accende- “Ho fatto una ricerca sul campo nei momenti liberi dall’università intervistando 100 donne con una sola domanda “qual è la prima frase che ti viene in mente pensando a tua madre?” I risultati sconcertanti puoi viverli in prima persona in questa stanza. Ogni delle intervistate ha vissuto. Prendi in mano le figure geometriche che trovi. Comincia dal cerchio e rivivrai un pezzo della tua memoria che corrisponde nella modalità a quella di migliaia e forse milioni di donne. Quello che proverai direttamente in contatto con queste forme è dovuto a un trattamento particolare il cui segre-

to non ti posso svelare. Non è invece un segreto, e le sciamane lo sanno bene, che le figure geometriche non sono solo forme, ma veri e propri simboli viventi. Ogni simbolo, ogni figura, è una specie di circuito elettronico stampato ed ha un preciso potenziale energetico che la colloca nel tempo e nello spazio e quindi può subire variazioni sia spaziali che temporali. “ -Sbigottita lascia il registratore e torna alla lettera-“come sai io sono anche un po’ strega, anzi sciamana! Non mi cercate, ho fatto il mio salto personale oltre la paura. Dì a mia figlia che le voglio bene. Con affetto Ada” -posa la lettera. E’ confusa, Stupita-“Oh Dio!... ha messo in pratica la stregoneria che le ha insegnato la vecchia sciamana...non ci credo! Ma come può una mente scientifica come la sua.!! -riprende a leggere il manoscritto-“Le memorie hanno una vaga forma geometrica e somigliano nella loro struttura a quella del DNA. Entrambi (il DNA e le memorie dalla vaga forma geometrica) sono una sorta di anelli concatenati in una sequenza che si snoda ad intervalli regolari. Infanzia-pubertà-adolescenza-maternità-maturità saldate insieme da ritmi regolari scanditi nostra struttura comportamentale. Ma questi devono adeguarsi all’esterno, alla società. E nessuno più delle madri è preposta a fare da guardiano. -Posa il manoscritto. Riflette-“e nessuno più delle madri è preposta a fare da guardiano!.ma che c’entra il DNA con la sciamana? Magari è solo impazzita...no, non può essere...com’è che ha detto? La lettera (cerca la lettera) no, no è sul registratore! -lo accende-prendi in mano le figure geometriche che trovi...comincia dal cerchio e ti ritroverai a vivere un pezzo della tua memoria”(spegne)...ma dov’è il cerchio? -lo cerca e lo trova. Cambio luci-in mezzo al cerchio trova una bambola in pezzi, la raccoglie e rimane nel cerchio, da le spalle al pubblico e comincia a piangere sommessa-

Dramma 1: Il cerchio

(Singhiozzi di bambina. Un pianto disperato ritmato dai singhiozzi alternati a un canto di ninna nanna con voce adulta. Luce concentrata sulle mani che reggono i pezzi della bambola.)

VOCE 1: "Oh! Rotta...rotta perché mamma?...perché mamma?...mamma Perché! (pianto inconsolabile)

VOCE 2: qualche volta le cose si rompono...

VOCE 1: (pianto inconsolabile)

VOCE 2: adesso l'aggiustiamo... ecco fatto....

VOCE 1: (felice ha preso la bambola riparata. La stringe forte e si rompe di nuovo. Pianto inconsolabile) perché mamma? Perché! (sparpaglia i pezzi) mia...vedrai mamma te ne compra una più bella

VOCE 1: no, no e no! io voglio questa , questa è bella...

VOCE 2: ecco, guarda com'è bella...cara, cara..(le mostra un'altra bambola)

VOCE 1: (ha preso la bambola) cara, cara....no, no, no!! io voglio quella (pianto)

VOCE 2: piccola mia... non piangere... tutte le cose si rompono... tutte...

VOCE 1: aggiusta! La mamma fata buona aggiusta tutto...

VOCE 2: non tutto... non tutto

VOCE 1: cattiva...mamma fata cattiva (pianto inconsolabile) (piano piano buio)

VOCE 2: dormi adesso...su...(canta) ninna oh, ninna oh, questa bimba a chi la do la do? la darò all'uomo nero che se la tiene un anno intero.... (buio molto lentamente . Esce dal cerchio spaventata) “è incredibile, è simile alla mia vecchia bambola rotta! Non ci pensavo da anni e anni...non ci posso credere! Sembra uno scherzo...uno stupido scherzo da luna park! “ -Si siede e si calma. Riprende a leggere il manoscritto-

“Tutto ciò avviene secondo ritmi ben precisi studiati dagli scienziati. Il ritmo è fondamentale per gli esseri viventi fin dalla nascita :risveglio, nutrimento, sonno eccetera... e tanto più lo è per il DNA. Gli elementi che lo compongono, si muovono e creano nuove combinazioni seguendo ritmi a noi molto familiari come quelli delle ninne nanne e delle filastrocche. Tanto è vero che gli scienziati hanno dimostrato che ci occidentale e la trascrizione dei ritmi e melodie prodotti dalle sostanze contenute nel DNA. Si tratta di melodie semplici e ripetitive che ricordano molto da vicino le filastrocche e le nenie dell'infanzia trasmesse soprattutto dalle donne ai figli o ai bambini con cui interagiscono.” -ferma la lettura. Si alza. “ ma che cosa mi vuole far credere? Se mi metto a cantare “giro giro tondo casca il mondo casca la terra...”poi dove vado a finire? Giro giro (inciampa sul triangolo e ci entra. Continua la canzoncina con la voce della suora) “Giro giro tondo, casca il mondo casca la terra, tutti giù per terra!”

Dramma 2: Il triangolo

(appare lentamente una croce)

VOCE DI UNA SUORA: ve lo dico io che sono suora da 40 anni: noi abbiamo un solo Dio, ricordatevelo... Ecco! quel triangolo dietro di me dove c'è l'occhio dentro... vedete bambini? quello è l'occhio di Dio che vi guarda sempre...giorno e notte....senza fermarsi mai... e controlla se voi peccate...l'occhio di Dio guarda e giudica chi fa bene e chi fa male...Noi di tutte le razze che crediamo in un solo Dio abbiamo disgusto di certe cose... Primo: toccarsi le parti intime! È peccato! e Dio punisce chi si tocca dopo che si è lavato quando ha fatto la pipì e i bisognini. Soprattutto voi bambine, mi raccomando fate come vi dico: vi lavate svelte svelte, non vi guardate per nessun motivo! E poi dite un'ave...Maria. Solo così siete libere dalla tentazione del diavolo che vi porta

se vi piace dite un gloria e basta. I maschietti anche...ma per voi maschietti basta un Padre nostro...Noi di tutte le razze che abbiamo un Dio solo abbiamo disgusto di certe cose: ricordatevelo!

(pausa. Rispondendo a qualcuno che le sta domandando qualcosa) Sì, l'occhio di Dio vi guarda sempre, perché Dio non va mai a dormire, lui non ce ne ha bisogno....è per questo che può controllarci tutti quanti. Soprattutto voi bambine, state attente, perché a voi il diavolo vi tenta di più... Ai maschietti meno...

(pausa)

Silenzio! Silenzio! diciamo un'ave mentre aspettiamo la ricreazione. (Comincia a recitare la preghiera e a metà suona la campanella. Canta: "Giro giro tondo..."

La luce si abbassa mentre lei continua a cantare "giro giro tondo casca il mondo casca la terra, tutti giù per terra!" e mentre gira si ritrova nel rettangolo)

Dramma 3: Il rettangolo

(tutta la scena seguente si svolge di spalle mentre lei pettina i lunghi capelli di una bambina immaginaria) "la bella lavanderina che lava i fazzoletti per i poveretti della città... fai un salto, fanne un altro, fai

la riverenza, fai la penitenza, guarda in su, guarda in giù dai un bacio a chi vuoi tu!”

VOCE 1: ahi, mi tiri i capelli

VOCE 2: uh, scusa amore

VOCE 2: certo amore mio...tu sei bellissima, ti ho fatta con gli occhi azzurri, i capelli biondi...sei una vera principessa !

VOCE 1: perché le bambine che hanno i capelli neri e gli occhi neri non possono essere principesse come me?

VOCE 2: (ride) che domande! Perché i principi vogliono solo le principesse bionde con gli occhi azzurri!

VOCE 1: io quando sarò grande sposerò il principe azzurro, vero mamma?

VOCE 2: sì cara, certo...

VOCE 1: io non sposerò un principe qualunque...il mio sarà quello azzurro vero mamma?

VOCE 2: sì amore...

VOCE 1: mamma tu non dici bugie vero?

VOCE 2: certo che no...ma perché mi fai queste domande?

VOCE 1: Martina mi ha detto che non è vero niente...che sua mamma aveva i capelli biondi e gli occhi azzurri, era una principessa insomma! e il papà l'ha abbandonata per andare in Thailandia... dice che tu dici le bugie...

VOCE 2: Che idea! Tu devi credere alla tua mamma bambina mia... non alle amichette invidiose... (silenzio) tu sposerai il principe azzurro... tu devi credere a quello che dice la tua mamma... se te lo dico io! (ride) ci devi credere...(ride di gusto di una risata sadica) trapezio. Fa per raccogliarla ma comincia a cantare senza neanche volerlo “cavalluccio giù giù giù, prendi la biada che ti do” cerca di uscire dal trapezio ma non ce la fa.

Dramma 4: Il trapezio

(suono di carillon di giostra)

VOCE 1: Susanna...Susanna vieni a casa è ora di tornare!

VOCE 2: di già! Ma tutti gli altri restano perché devo tornare solo io!

VOCE 1: ti ho detto di tornare a casa e basta...

VOCE 2: no, voglio andare ancora sul cavalluccio...adesso!!... ci va anche Tommaso e poi Francesco...e poi io.

VOCE 1: no tu non ci devi andare... non ci devi giocare coi maschi.

VOCE 2: se non mi dici perché io non scendo neanche morta!

VOCE 1: adesso hai le tette e le devi conservare belle, se vai sul cavalluccio degli indiani ti si possono sciupare. Non puoi più fare giochi coi maschi. Forza, cammina, scendi da quel cavalluccio.

VOCE 2: no, no, no, e poi no! Non voglio! Ma perché non posso giocare coi maschi ! siamo amici!

VOCE 1: tu devi stare con le amichette ...

VOCE 1: io non ci voglio stare con quella cretina di Deborah che fa la smorfiosa e la delicatina...Con le femmine non si può giocare a cazzotti ci si annoia da matti!...guarda mamma: così è la guardia da pugile (esegue)...destro...gancio (rumore di schiaffo sonorissimo)

VOCE 1: adesso basta...adesso devi imparare a farti guardare le tette... devi imparare a farti desiderare dai maschi...devi farti guardare le tette, hai capito? E adesso basta!

VOCE 2: mamma ti odio...io ti odio!

VOCE 1: canta filastrocca :l'austriaco felice sulle cime dei monti, quando vede un amico lo saluta così alalalaia allalalaiuu ecc... (la luce si spegne all'improvviso. Si stacca dal trapezio ed esce dall'incantesimo spaventata. Si siede. E' sconvolta.) "come è possibile che io mi riviva le stesse cose dell'infanzia? ..non ci posso credere! Non è razionale! Sono situazioni che appartengono alla mia storia...e che...come ha detto? (cerca febbrile la lettera) no, non è qui...ah! Il registratore certo, il registratore...(accende) ogni figura è legata alle memorie che almeno il sessanta per cento delle intervistate hanno vissuto (spegne) cioè: altre donne hanno vissuto come me l'asilo dalle suore, la bambola, gli schiaffi della pre-adolescenza nelle stesse modalità che...(prende la lettera. La rivede) ah! Qui c'è un post scriptum che non avevo visto: ti troverai a rivivere la tua personale esperienza ma con la stessa dinamica che hanno vissuto milioni di donne come te. (posa la lettera) E' incredibile!.." (riprende il manoscritto. Legge camminando per la stanza) " Come per il DNA e la sua intima struttura, non sappiamo quanto i codici comportamentali (che qui chiamiamo drammi verticali in quanto creano delle della loro creatura e quanto invece siano risultato di condizionamento esterno." (Riflette camminan-

do. Si imbatte in un ventaglio e un pezzo di carta luccicante dentro ad un pentagono. Non entra nel pentagono, lo evita attentamente e prende il ventaglio con la carta. Tuttavia non sfugge alla scena successiva).

Dramma 5: Il pentagono

(ventaglio sulla mano destra e una carta sulla sinistra.

Canticchia una filastrocca mentre si guarda allo specchio)

“Apelle figlio di Apollo fece una palla di pelle di pollo, tutti i pesci vennero a galla per vedere la palla di pelle di pollo fatta da Apelle figlio di Apollo”

VOCE 1: (usando il ventaglio si rivolge ad una figlia immaginaria): su cara fammi vedere come stai....sorridi!...devi sorridere di più....tu che sei una brava bambina non devi avere paura di niente...adesso esco. Devo uscire, giocheremo un'altra volta. Gioca con Tess...lo so deve rigovernare i piatti ma fra un piatto e l'altro... (seccata)...tieni questi cioccolatini e quando ti manco te li mangi.... Vedrai che non avrai paura...ma io lo so che tu sarai brava e non avrai paura di stare solanon piangerai..Apelle figlio di Apollo... Guarda un po' di tv e poi a letto...da brava donnina. Fammi vedere come mangi su!

VOCE 2: (con la carta in mano fa rumore, mangia) sì mamma.

VOCE 1: allora io vado (chiude il ventaglio)

VOCE 2: (mangia cioccolatini e vomita. Alla terza volta cambio luci. Ha una maschera neutra che lascia la bocca in primissimo piano. La luce è solo sulla maschera con grande enfasi sulla bocca)

VOCE DI DONNA: allacciati, allacciati....sei tutta scollacciata non vedi?....ricordati Che adesso sei una donna e puoi fare un bambino... non devi dare confidenza ai maschi, ti mettono incinta! Copriti e prendi la pillola così siamo al sicuro da brutte sorprese. Poi quando decidi di fare un figlio, da grande, allora la smetti...Adesso però abbottonati l'utero! Guardami negli occhi. Ricordati bene: se sei incinta a casa non ci devi tornare nemmeno, hai capito? Ti vuoi rovinare tutta la vita? Eh? Se vuoi passare i migliori anni della giovinezza a badare a un bambino senza mai...senza mai...vuoi rovinarti ora? Dai, dillo subito se vuoi rovinarti così la vita senza neanche godertela un po'. ...così io mi preparo...mi preparo a... (Si ferma. Piange) ti porto

dalla psicanalista, ti faccio curare... ti faccio curare subito così non ci penso più a quanto soffrirei se tu ti facessi mettere incinta...Non devi dare retta a quello che ti dicono gli uomini...Hai capito? (piange) SILENZIO (Ridice pezzi di tutto quello che ha detto. Buio sulla bocca. Lentamente. Quando si vedono solo le labbra che si muovono senza più parole cambio luce. Posa la maschera e canta: "c'era un bel grillo in un campo di lino la formicuzza gli chiese un filolino larizumpalari-llallero larizumparalilla..Disse lo grillo che cosa ne vuoi fare...calze e camicie mi voglio maritare Larizumparalillallero larizumparalilla-llà... Disse lo grillo lo sposo sarò io, la formicuzza ne son contenta anch'io..Larizumparalillallero....ecc della filastrocca e poi lo cambia per la scena seguente).

Dramma 7: L'ottagono

(sfuma la luce ma non si abbassa completamente. Cambia posizione, entra nell'ottagono continua a suonare un altro ritmo più frenetico).

VOCE 1: da bambina: così mamma... ecco guarda quando vado in disco ballo così ...poi Federico mi porta sulla pedana e io ballo per quello che mi mette i soldi nella tasca ...(ride) quando me li mette mi passa la mano sul seno... sulle mutande.. dappertutto!...che forza....è troppo forte....

VOCE 2: da adulta: Ma tu ci vai a pippare con loro?

VOCE 1: No, non ci vado io a pippare con loro...(ride) mi hanno detto che a undici anni non posso ancora pippare ma'... però per toccarglie- lo un po' sono abbastanza grande (ride) che dici vado bene così oggi?

VOCE 2: certo vai benissimo sei forte... vai vai... sdraiali sdraiali tutti....fatti vedere quanto sei bellafatti vedere quanto sei forte e li sdrai tutti! Fagli vedere che tua madre ti ha fatta perfetta...che ti ha fatta per farli godere...pensa: tu col tuo culetto li fai impazzire...falli impazzire e ce li hai tutti pronti a sbavare...ecco devono sbavare ... gli deve tremare la mano dalla voglia...quando prendono i soldi per toccarti come se fossi lì per fargli una grazia. La madonna del sesso! Vai, vai figlia mia...vai! Vai! (continua a suonare i bottoni fino a che arriva al tavolo. Lo poggia e lo osserva silenziosa. Piange. Si siede e riprende a leggere il manoscritto visibilmente angosciata) dello stes-

so messaggio: l'istinto di espansione, collegato alla gioia, all'amore, alla creazione, va assolutamente controllato se non cancellato dalla propria memoria.

Tutto ciò in totale contrapposizione alle modalità di espansione ed inclusione caratteristiche del DNA. Tutte le geometrie create dal desiderio e dall'apertura verso il mondo che si creano spontaneamente in una persona vanno perdute.”

(posa il manoscritto. Silenzio. Si alza di scatto.)... io me ne vado da qui...mi sembra di impazzire! dov'è il telefono? (lo cerca disperata) devo andarmene! Ah! Eccolo... ma è in un rombo! (spaventata guarda il rombo e il telefono) calma! Devo stare calma e ragionare. Dunque, sì! il rombo è composto da due triangoli che condividono la stessa base... La stessa base. Ma sì! Il mio primo amore!

(prende il telefono e il rombo)

Dramma 8: Il rombo

Lei al cellulare.

VOCE 1: O Romeo, O Romeo, perché sei tu Romeo? Rinnega tuo padre e rifiuta il tuo nome...o se non vuoi legati solo in giuramento all'amor mio e io non sarò più una Capuleti. Il tuo nome soltanto è mio nemico...tu sei sempre tu stesso, anche senza essere un Montecchi. Che significa Montecchi? Nulla: non una mano, non un piede, non un braccio, non la faccia né un'altra parte del corpo di un uomo... Non giurare per la Luna, la incostante luna che ogni mese cambia nella sua sfera, per timore che l'amore tuo riesca incostante a quel modo. Via, non giurare...non giurare affatto... (silenzio)

l'eternità....tu mi amerai per sempre vero? noi due ci ameremo per sempre di amore assoluto perché nessuno ci ha obbligati a stare insieme. Non è così? sì, certo, solo i tuoi occhi mi hanno obbligata ad amarti... Noi ci siamo scelti, nessun genitore ci obbliga a unirci o a separarci... per questo resteremo insieme Sì, il mio amore per te è senza confini e senza ombre. Assolutamente. Assolutamente. Noi cammineremo mano nella mano per tutta la Vitaandiamo, camminiamo insieme dentro la vita!

(Canta): oh mamma mamma mamma, sai che c'è, me batte il corazon me gusta un bel muchacho, me gusta un bel muchacho oh mammà enamorada son...l'ho visto al rancho grande, l'ho visto al rancho grande oh mammà enamorada son . E' bello e me comprende è bello e me comprende, oh mammà enamorada son... (canticchiando si trova vicino ad una corda nera lunghissima con tanti nodi. La tirerà per tutta la scena seguente finchè il quadrato attaccato alla fine della corda non le arriva fra le mani a conclusione della scena).

Dramma 9 : Il quadrato

VOCE 1: non ce la farò mai... mai... sicuramente morirò...non può uscire, non uscirà mai e morirà... adesso conto : . . uno, due, tre, respiro... inspiro...espiro... no, devo espirare...ahia!! non mi ricordo!! non mi ricordo più se devo inspirare o espirare. Va bene mi rilasso... è una parola, rilassati! la fanno facile loro...rilassati!!... me. Oddio!! ma perché non ho chiesto l'epidurale... tanto non cambiava molto...anzi! No, no! ho fatto bene...Sai che ti dico? questo dolore...è quasi sopportabile... e poi partoriscono tutte le donne del mondo!... anche quelle antipatiche... quelle odiose.. le monache...le cretine poi partoriscono tantissimo! tutte lo hanno fatto!...me la caverò in qualche modo...intanto spingo: uno due... ah! non devo spingere? Ma se in tutti i film c'è sempre lei che spinge! Allora? Non è vero?!...Va bene la finisco di chiacchierare...Ecco adesso buona buona respiro e massaggio... così... ecco sì, si sta aprendo? Mamma mia che bello! E se poi non si apre? Sì,sì ecco! ecco mi rilasso...ah, non basta? Canto una filastrocca: la gallina sotto al muro mangia il grano che è maturo in via Dolci 23... Oddio e se non basta? Sì, va bene ce la metto tutta... adesso devo spingere .(riprende a cantare) becca qua, becca là.. Va bene. Sì, sì spingo...uno due tre... si vede la testa?... Incredibile ! si vede pure la testa! Sì, spingo...come nei film... si è visto il viso? Oddio che cosa incredibile.. ma ce l'ha il naso?...in-somma è tutto a posto vero? no perché ho avuto paura che non lo avesse.....va bene non dico cretinate e spingo... è fuori fino allo stomaco? ...eh un attimo! Certo se non lo faccio soffoca...Adesso spingo eh? Mi concentro subito...no, non la voglio soffocare già da piccola! C'è tempo per questo. Allora spingo... è uscita? È già sulla pancia? Veramente non me ne ero accorta... figlia! Ah già nascono senza capelli ecco perché mi

sembrava un maschio!!!. E adesso?... che faccio?! (prende la bambina in braccio e canta filastrocca: la gallina sotto al muro mangia il grano che è maturo...becca qua becca là...)

BUIO (Luce lentamente su tavolo. Sfinita va direttamente a leggere il manoscritto) “Questo meccanismo sembra messo in moto per impedire un movimento o forse un eccesso, ma di quale eccesso si tratti non sappiamo. Se tutto questo fosse vero, non sorprende il fatto che questa memoria sia stipata proprio nel DNA di chi avrebbe probabilmente il potere e la forza di spezzare queste catene. “

Buio. SILENZIO. Rumore di catene. In luce un groviglio di fili neri con tanti nodi. Uno dei grovigli ha la forma di una spirale a elica a somiglianza del DNA. Prende la spirale mentre recita la scena seguente e la lavora con le mani)

Dramma 10 –spazio e tempo: La spirale

VOCE 1: ecco figlia tu diventi donna e io vecchia.....la linea curva che è il moto e passa sulla linea dell’ orizzonte crea il tempo, la spirale.

(prende due fili dal groviglio e comincia a lavorarli come due spirali di Dna e poi li disfa ritmicamente)

della sopravvivenza. Compresa la frase che mi ha portato fino alla vecchiaia .”meglio la paura che conosco che la libertà che non ho mai assaggiato.” Mamma, ecco ti restituisco tutto, pago il pegno di essere stata messa al mondo. Ecco mamma ti restituisco ciò che mi hai dato .. (brandisce le eliche di Dna e le rompe, le getta intorno come per disegnare una spirale) per saziare la tua fame cannibale e ridarti quello che hai dovuto toglierti per far crescere me...ecco mamma! Mamma! restituisco al cielo le bellissime speranze che hai dovuto strappare alle stelle per vivere, così che diventino le stelle guida di altri. Quando te le avrò rese tutte la tua vita sarà finita..... seppellita sotto miliardi e miliardi di cose -oggetti che ti sono passati per le mani ... i pettini, i ventagli, le bambole....i bottoni delle vesti...tutti i testimoni muti che hanno suonato la stessa musica da quando non ti chiamavi più Eva, Giunone, Estia, Cerere, Ecate, Echidna, Gorgone, Diana, Minerva, Arianna, Aracne, Penelope, Daf-

ne , Ishtar, Circe, Mnemosine, Empusa, Ninhasharg, Tiamat.... Ecco mamma, ti restituisco tutte le forme della vita che hai attraversato il triangolo e il cerchio, il rombo e l'ottagono, il pentagono e il trapezio il rettangolo... e il punto nello spazio che ti servirà per disegnare una bambola tutta nuova. Una bambola che non ti farà piangere più. (va verso il centro prende una viola e comincia a suonare mentre scendono piano le luci fino al BUIO. Nel buio squilla il telefono e sempre al buio risponde)

“sì? allora? arrivi domani alle 16...va bene ti vengo a prendere. Non si sa niente no..ma sto cercando fra le sue carte un indizio, qualcosa che spieghi magari...beh, forse sì, forse l'ho trovato. Ma ne parliamo appena arrivi.”

Fine.

HAMMAMET

MASSIMILIANO PERROTTA

CONSULENZA STORICA DI MATTIA FELTRI

Il difficile non è cavalcare la tigre,
ma riuscire a scendere senza farsi male.

Bettino Craxi.

Personaggi:

Bettino Craxi

Io narrante

La tragedia ha debuttato a Roma il 25 novembre 2008, diretta dall'auto-re e interpretata da Roberto Pensa ed Emanuele Carboni.

Nella parte destra del palcoscenico c'è la scrivania dell'io narrante, un uomo sui trentacinque anni.

La parte sinistra della scena mostra lo studio di Bettino Craxi nella sua casa di Hammamet, in Tunisia. Sessantenne, alto, corpulento, malato, Craxi siede su una poltrona dal gusto arabeggiante e indossa una giacca sahariana. Accanto alla poltrona c'è un piccolo tavolo con sopra una caraffa, un bicchiere, alcuni libri, alcuni appunti manoscritti, una penna, un telefono, un registratore portatile e numerose audiocassette. Da qualche parte una finestra, in fondo una porta. Appesa alla parete la bandiera rossa del Partito Socialista Italiano. È una notte del 1999.

IO NARRANTE: Smettetela di ridere. Smettetela di ridere, vi prego. C'è un tempo per ridere e c'è un tempo per pensare, c'è un tempo per il furore e un tempo per la pietà.

Craxi ha in mano la cornetta del telefono.

CRAXI: No, no... *(pausa)* no, che cosa vai a illuderti: è finita, finisce così. Anzi, è il momento di tracciare un bilancio, un bilancio obiettivo... *(pausa)* della politica e di tutto. *(Pausa)* No, guarda, comincio a registrarlo subito, ora stesso e domani te lo mando. Lo faccio trascrivere e domani mattina te lo mando: tu mettilo da parte, servirà per dopo... *(pausa)* per dopo. *(Pausa)* Sì, sì, certo, mi curo. Comunque domani ti mando tutto. *(Pausa)* Ti lascio, ci sentiamo domani. Buona notte.

Craxi pigia un tasto del telefono.

Per oggi basta telefonate!

IO NARRANTE Quest'uomo un tempo fu potente: per anni e anni segretario del partito socialista, rispettato presidente del governo... Adulato e avversato, scacciato dalle stanze del potere, fuggito e perseguitato... Onore ai vinti, Bettino!

Craxi ha in mano il registratore portatile che ha da poco azionato.

CRAXI: ...no, non è questo che voglio: mi resta abbastanza lucidità per capire che è tempo di deporre le armi, di arrendermi al mio destino e di provare a fare un bilancio obiettivo. Ora che la vendetta mi è preclusa, ora che mi appresto a togliere il disturbo, voglio provare a parlarvi senza rancore, serenamente... *(pausa)* serenamente per quanto la mia condizione me lo consenta.

A lungo ho covato sentimenti di rivalsa: per respirare ancora la battaglia, per sentirmi ancora io... Ora basta, ora mi rivolgo a tutti, non più e non solo ai pochi compagni fedeli, ma agli italiani tutti e segnatamente a quelli che verranno dopo.

Craxi posa il registratore portatile sul piccolo tavolo e continua a dettare.

Vi parlo da lontano, da questa villa di Hammamet che per me rappresentava il luogo dell'evasione e da sei anni in qua è, di fatto, il mio luogo di reclusione. Reclusione agiata, certo, più comoda di qualsivoglia prigionia italiana ma... anzi no, lasciamo da canto i punti più controversi: consideratemi un latitante se vi pare. Quello che brucia è altro. Quello che brucia è altro e non ha nome, o ne ha troppi.

No, non è la solitudine a pesare. La solitudine è la condizione naturale del politico: perché deve diffidare per professione, perché deve sempre calibrare le parole affinché nessuno ne faccia un uso distorto, perché nel momento drammatico della decisione si è sempre soli con se stessi.

Quello che brucia è lo sguardo di chi ti fissava con ammirazione e oggi fatica a nascondere la pietà.

A bruciare sono certi eccessi di disumanità, di accanimento senza scopo. Spero soltanto di non aver mai trattato nessuno come sono stato trattato io, me ne vergognerei.

Quello che brucia è il rimpianto dell'incompiutezza, il vedere disfatto quanto con fatica avevo edificato, il vedere annientato il partito per il quale avevo speso tutta la vita...

Quello che brucia è il pagare in pochi le colpe che erano di tanti. Noi classe dirigente, nel bene e nel male, eravamo lo specchio del paese: quello specchio l'avete ridotto in frantumi. *(Pausa)* Adesso quei frantumi sono io.

IO NARRANTE: Il 17 febbraio 1992 viene arrestato a Milano, con l'accusa di concussione, l'amministratore pubblico Mario Chiesa, socialista. È l'inizio della fine della cosiddetta prima repubblica, il cinquantennale governo della Democrazia Cristiana e dei suoi alleati minori: socialisti, socialdemocratici, repubblicani, liberali. Nei mesi seguenti i principali esponenti dei partiti di governo vengono inquisiti: chi per corruzione, chi per concussione, chi per illecito finanziamento ai partiti... L'opinione pubblica si schiera coi magistrati: il destino di un'intera classe dirigente è segnato.

CRAXI: Odio, odio e poi ancora odio. Quelli furono gli anni dell'odio e dell'eccesso. La sentii montare l'ondata dell'odio, l'ondata del furore senza argine. L'euforia regnava sovrana nelle strade, nei bar, nelle case. Mai si era vista in Italia un'ondata di violenza verbale così veemente, così minacciosa, così unanime. I professionisti del linciaggio a mezzo stampa si scatenarono: numerosi giornalisti si trasformarono in commissari del popolo e imbastirono frettolosi processi a senso unico. Centinaia e centinaia di reputazioni furono buttate al macero, così, con pochi tratti di penna. Incendiari, sobillatori, mestatori di ogni sorta ebbero gioco facile a fomentare l'odio so-

ziale. Si favorì la criminalizzazione indiscriminata dell'intera classe politica di governo: una caccia alle streghe di inconfondibile marca totalitaria. Ben presto a nessuno interessò chi fosse colpevole e chi innocente, diventammo tutti colpevoli di essere al potere. I potenti, che usualmente le angherie le commettono, stavolta le subirono. Si inneggiò a una presunta rivoluzione morale per via giudiziaria. Si sancì il principio antidemocratico secondo cui la parola di qualsiasi rappresentante della pubblica accusa fosse pregiudizialmente più attendibile di quella di qualsiasi politico democraticamente eletto. Taluni magistrati si trasformarono in sceriffi, pretendendo e ottenendo di dettare al Parlamento le stesse leggi. Si scatenarono perverse guerre fratricide: non pochi provarono ad approfittare delle difficoltà degli amici più prossimi per prenderne il posto... Odio, odio e poi ancora odio.

IO NARRANTE: Bettino Craxi, in alcuni appassionati discorsi al Parlamento, difende le ragioni della classe politica di governo e accusa i partiti dell'opposizione d'ipocrisia: anch'essi hanno fatto ricorso a finanziamenti illeciti. Craxi subisce diverse contestazioni di piazza e si sottrae ai processi riparando in Tunisia.

Le elezioni politiche del 1994 sanciscono il tracollo di democristiani e socialisti, la sconfitta della coalizione di sinistra e l'inattesa vittoria di Silvio Berlusconi: ha inizio la seconda repubblica.

Questi, in gran sintesi, i fatti della storia. Ma qui non si fa storia, la storia lasciamola alla storia...

CRAXI: Sì, ho sbagliato, lo ammetto subito. Ho sbagliato anch'io, come facciamo tutti, niente santini. In quasi cinquant'anni di vita politica tante cose ho da rimproverarmi e tante cose mi rimprovero.

I finanziamenti illegali, certo. Anche da parte mia ci fu un eccesso di disinvoltura nel reperimento e nella gestione del denaro. Ma è pur vero che la politica aveva costi esorbitanti: c'erano i funzionari di partito, gli uffici, le segretarie, i giornali... C'erano le sempre più costose campagne elettorali. C'erano i congressi, i convegni, le manifestazioni. C'era tanta gente bisognosa d'aiuto; tanti soggetti politici, italiani e non, da sostenere anche finanziariamente...

Ma va detto che altri partiti di finanziamenti ne ricevevano più di noi, anche dall'estero, anche da potenze militari al nostro paese ostili.

Nessuno ignorava la provenienza del denaro necessario alla politica, sapevamo che a procacciarlo erano anche affaristi e filibustieri, ma la battaglia politica infuriava e andava combattuta colpo per colpo, giorno per giorno, non c'era tempo per stare troppo a controllare. I soldi servivano e ne servivano tanti...

Del resto, mi assunsi le mie responsabilità già in quei famigerati discorsi al Parlamento. Lo dissi: o si risolve il problema politicamente, visto che tutti siamo corresponsabili del malcostume, o si apre la porta alla furbizia, ai ricatti, alla decimazione.

Da tempo immemorabile la politica si finanziava irregolarmente, quel sistema non l'avevo certo inventato io. Da cinquant'anni tutti fingevano di non sapere e come simbolo dell'immoralità venni scelto io che proponevo di parlare il linguaggio della verità. Bel paese il nostro! *(Pausa)* E lasciamo da canto l'accusa di aver condotto una vita da nababbo... mi dovrete credere sulla parola e la mia parola oggi non gode di molto credito.

Va poi aggiunto, ad onore del vero, che la maggior parte degli imprenditori le tangenti non le pagava sotto ricatto: gli imprenditori finanziavano la politica perché la politica aiutasse l'economia. Certo, si trattava di un sistema ingiusto che metteva fuori gioco chi i finanziamenti voleva non darli, ma era un sistema del quale beneficiavano in tanti e di cavalieri senza macchia in giro se ne vedevano pochi.

Ebbene, quanto paventavo in quei discorsi al Parlamento si è puntualmente avverato: taluni politici hanno subito l'onta del linciaggio, altri l'hanno fatta franca; alcuni partiti sono stati distrutti, altri graziati o addirittura premiati. *(Pausa)* Io proponevo di cambiare la classe dirigente in modo non traumatico, si volle invece a tutti i costi creare il vuoto politico esponendo la democrazia al vento del pericolo. Perché? A quali interessi serviva? Chi ne ha tratto vantaggio?

IO NARRANTE: Quel sistema era iniquo, il paese guasto. Ma per combattere la corruzione abbandonammo il sentiero della ragione.

CRAXI: Di sicuro ho commesso errori nella scelta dei compagni di strada: la classe dirigente del partito non s'è rivelata all'altezza della situazione. Purtroppo, quando divenni segretario, molti dei giovani più bravi se li erano già accaparrati gli altri partiti. Ma è proprio in questo che consiste l'arte della politica, nel saper cavare il meglio dal poco

che c'è. L'azione politica è condizionata dal contesto storico in cui ci si trova ad agire e dalle forze reali presenti nella società. Ai politici della mia generazione toccarono condizioni difficilissime, con spazi di manovra risicati, in quello che non era un paese normale. Erano tanti i paesi stranieri che interferivano nella nostra vita politica: era in corso la cosiddetta guerra fredda. Il mondo era diviso in due blocchi contrapposti e l'Italia – alleata degli americani – fronteggiava l'Unione Sovietica e la sua dittatura comunista. La tempesta infuriava ed era un'impresa ardua riuscire a tenere la nave in equilibrio.

Craxi prende il bicchiere e beve, poi resta un attimo soprapensiero.

Quando fu? In quale momento la vita mi sfuggì di mano? (*Pausa*) È stata la politica a rubarmi la vita. La politica è una febbre che divampa e brucia tutto il resto. Ma m'inorgoglivava fare qualcosa per il mio paese: sin da ragazzino sentivo che toccava proprio a me, non saprei come spiegarlo. (*Pausa*) Ricordo ancora la contrarietà di mio padre, la sua fermezza nel dissuadermi...

Craxi posa il bicchiere sul piccolo tavolo.

Come tutti mi sono illuso di detenere davvero il potere, di tenerne saldamente le redini... ma non è facile restare lucidi sulle altitudini del comando.

Quanti errori, quante situazioni sfuggite di mano, quante omissioni... (*pausa*) ma la mole di cose da fare ogni giorno era enorme, in perenne corsa contro il tempo; decine le decisioni da prendere... E bisognava documentarsi, ascoltare autorevoli pareri, leggere dossier... In politica commettere degli errori è inevitabile, non necessariamente vi ha parte la malafede. Ma guardavo l'Italia crescere, vedevo i successi internazionali della nostra politica... e mi dicevo la nave va, continuiamo...

Del resto, penso di aver accumulato anche qualche merito.

Ho riunito e rafforzato un piccolo partito litigioso e l'ho trasformato in una solida forza di governo. Sono riuscito a porre il socialismo riformista al centro dello scacchiere politico nazionale.

Da presidente del Consiglio dei Ministri ho garantito la governabilità e stroncato la crescita dell'inflazione. Sento spesso ripetere

come un ritornello che sotto la mia presidenza la spesa pubblica era fuori controllo. Ma nessuno spiega che quei soldi non finivano tutti nelle tasche dei ladroni: quelle risorse servivano a favorire lo sviluppo e a colmare tante disuguaglianze sociali. *(Pausa)* Ma certo, i conti non erano a posto, certo.

A livello internazionale ho sostenuto fattivamente diversi dissidenti nelle loro battaglie per abbattere tiranni fascisti e tiranni comunisti. Sono stato un alleato fedele ma non subalterno degli americani...

Tutto questo non conta niente? Davvero il mio cursus honorum è quello di un bandito di stato?

Craxi si guarda intorno pensoso.

Quello che brucia è la nostalgia dell'Italia. Questo paese che ho amato ma del quale ho visto troppo poco, questo paese del quale conosco meglio gli alberghi e gli aeroporti che non le opere d'arte o gli scenari naturali... Ecco, quando la sera scende e imperiosa mi assale la nostalgia per Milano, ecco... *(Bruscamente)* Basta, divento patetico!

Craxi spegne il registratore portatile. Beve guardandosi intorno sopraffansiero, poi posa il bicchiere sul piccolo tavolo e fa ripartire la registrazione.

C'è poi il capitolo sulla cosiddetta società civile, quella che nel nome dell'antipolitica favorì il nostro annientamento. Quella società civile che auspicava il governo dei tecnici. Ma un governo dei tecnocrati, degli esperti, dei presunti migliori, non legittimato da nessun elettorato, non è che l'arbitrio nella sua quintessenza. E invece tutti in coro a ripetere che la politica deve essere gestita dai tecnici. Secondo me la politica la devono gestire i tecnici, la devono gestire gli operai, la devono gestire i contadini, la devono gestire le donne, i giovani, gli imprenditori, i sindacalisti, gli intellettuali...

Per decenni ci si era attesi dalla politica la soluzione di tutti i mali, la si era caricata di speranze messianiche: era inevitabile che tutto sfociasse in rabbiosa delusione. Ma come irrazionalmente ci si era aspettati dalla politica la soluzione di tutti i mali, altrettanto irrazionalmente si passò ad accusarla di tutte le nefandezze. Io

che la politica l'ho guardata negli occhi, ne ho avvertito il lezzo ma anche la nobiltà. Parlo della politica vera, non di quella idealizzata o fantasticata. Il compito della politica in una democrazia non è di sovvertire l'ordine vigente, ma è quello di costruire attraverso l'arte della mediazione una sintesi la più avanzata possibile delle forze sociali in campo. La politica non mira, come sostengono i reazionari, al male minore, ma al bene possibile in un dato momento e in una data condizione.

Certo, la politica è anche esercizio del potere. Ma quando il potere riesce a realizzare una qualche finalità allora si riscatta e in qualche modo redime se stesso.

Craxi prende in mano il registratore portatile per controllare se l'audio-cassetta stia per terminare. Interrompe la registrazione, estrae la cassetta, la ripone accanto alle altre e la sostituisce con una nuova. Infine riavvia il registratore.

Rivedo la mie scarpe sulle strade polverose dell'infanzia, le passeggiate con mio padre in Piazza Duomo... Rivedo le serate con gli amici a parlare di politica e del futuro che era lì lì per arrivare... Rivedo quella ragazza che veniva a prendermi in tram all'uscita del lavoro, quel suo sorriso che si apriva su un mondo tutto da inventare... Rivedo Milano...

Craxi sembra perdersi nei ricordi.

Divago. Veniamo piuttosto a una questione che molto mi preme, ovvero se io sia stato o non sia stato un socialista.

Sin dal mio ingresso nella scena politica nazionale comunisti ed extraparlamentari di sinistra mi hanno avvertito come un corpo estraneo. Avversari acerrimi del mio socialismo liberale, essi avviavano immediatamente una campagna di demonizzazione della mia figura, delle mie idee, del mio operato. A giudizio di costoro io non ero di sinistra, Fidel Castro sì. Persino le Brigate Rosse erano «compagni che sbagliavano», io invece no, non ero un loro compagno: ero un mistificatore, un traditore, un venduto.

Con la caduta del muro di Berlino si palesò la verità storica: noi socialisti avevamo ragione. E invece il nostro partito è stato elimina-

to per via giudiziaria, i cosiddetti postcomunisti sono ora al potere. Si è così arrivati al paradosso tutto italiano per cui oggi giorno essere stati socialisti è più infamante che essere stati comunisti.

Craxi posa il registratore portatile sul piccolo tavolo.

Certo, il tasso di corruzione del partito era davvero elevato, molti vi militavano per interesse, ma c'erano tanti compagni onesti che non meritavano tutto questo! Si vuol far dimenticare che le conquiste sociali e il benessere raggiunti nel nostro paese sono frutto anche delle lotte di tante compagne e di tanti compagni socialisti!

Quanto poi sia di sinistra una classe dirigente che conquista il potere cavalcando l'antipolitica vorrei capirlo. Quanto sia di sinistra svendere tutte le aziende statali vorrei proprio saperlo. Io mi sono sempre battuto per garantire il controllo della politica sull'economia, oggi i poteri forti sono fortissimi e la politica sempre più debole...

Ho sempre pensato che sporcarsi le mani per il poco socialismo attuabile in una data condizione storica fosse preferibile all'aspettare al bar la rivoluzione di domani. Purtroppo anche il socialismo sembra uscire ammaccato da questo feroce secolo che si conclude, ma dove e quando è stato davvero realizzato s'è rivelato il miglior risolutore delle contraddizioni della società moderna.

IO NARRANTE: Nella notte senza vento ombre circondano la casa: custodi, cani, guardaspalle... Ombre nella stanza, ombre dal passato...

CRAXI: Quello che brucia è il tradimento, il tradimento dei più. A sentirli oggi erano tutti miei oppositori. Eppure questa casa era sempre piena di amici, di adulatori, di cortigiani... Nessuno sapeva, nessuno vedeva: il mostro sono io. *(Pausa)* Del resto, non si può dare il coraggio a chi non ce l'ha. *(Pausa)* O forse anch'io al loro posto avrei fatto così. Chissà...

Craxi lancia un'occhiata a un appunto manoscritto posato sul piccolo tavolo.

Visto che siamo in tema di bilanci, non si può non constatare che l'operazione "Mani pulite" s'è rivelata una falsa rivoluzione. I fat-

ti hanno finito per darmi ragione. È stata una falsa rivoluzione perché dopo aver immolato sugli altari della giustizia politica le teste di alcuni, tutto è continuato più o meno come prima, con gli stessi vizi nazionali ma con maggiore ipocrisia. Davvero abbiamo assistito in questi anni alla rifondazione del paese? Davvero in questi anni di seconda repubblica c'è stata la rigenerazione morale che veniva promessa? Davvero ci sono oggi più libertà, più meritocrazia, più giustizia sociale?

È giunto il momento di considerare “Mani pulite” per quello che è: il peccato originale di questa sedicente seconda repubblica, una ferita aperta nella nostra coscienza nazionale.

IO NARRANTE: Oggi sappiamo che quei mali erano i nostri. Nepotismo, affarismo, corruzione sono i nostri mali nazionali, i mali del nostro paese. Oggi sappiamo che non è la canea giustizialista la via più ragionevole per accertare le responsabilità penali dei singoli. Oggi sappiamo che sperare è necessario, ma con pazienza.

CRAXI: Ebbene, non me l'aspettavo. No, proprio non me l'aspettavo. Il trattamento riservatomi è stato davvero ignobile. Rende onore al nostro popolo l'essersi scagliati tutti contro alcuni?! Avete fatto di me il simbolo del male, il capro espiatorio sul quale riversare tutto l'odio sociale per lavare la vostra coscienza e sentirvi rigenerati.

A bruciare non è certo la perdita del potere, il potere è volatile per sua natura: quello che brucia è la perdita della reputazione. Tutto quello che avevo edificato fu d'un tratto seppellito sotto quintali di fango, di fogli di giornale, d'ignominia... fino alle monetine, alla vergogna di quel giorno! Avevo diritto alla presunzione d'innocenza, un processo giusto lo si deve anche a chi ha sbagliato, ma voi avevate fretta di condannarmi e anziché aspettare le sentenze dei tribunali mi avete condannato a colpi di monetine. Ma io non accetto giudizi a colpi di monetine! Io non accetto le urla minacciose, la violenza di piazza, il pubblico linciaggio! Un tale trattamento grida vendetta davanti al tribunale della storia!

Quanti di quegli esagitati venuti a molestarmi davanti al mio albergo furono fermati? Quanti subirono un regolare processo? Nessuno. Il messaggio doveva essere chiaro: chi avesse voluto accoppiarmi l'avrebbe fatta franca. E io avrei dovuto farmi processare

in quel clima di violenza orgiastica? Pensate in coscienza che ci fossero le condizioni per un processo sereno?

IO NARRANTE: *(soprappensiero)* Quelle monetine...

CRAXI: Ebbene, in qualche modo l'ho voluto io! Fatale fu il mio non piegarmi al vento della cosiddetta rivoluzione. Fui l'unico ad opporre resistenza e me l'hanno fatta pagare: me la sarei cavata meglio se avessi trattato la resa. *(Pausa)* Ma non è così che si comporta un uomo!

IO NARRANTE: Si può ridurre una vita ai suoi errori?

CRAXI: Questo è quanto mi premeva testimoniare. Certo, a bocce ferme si capiscono tante cose... ma se potessi tornare indietro forse rifarei lo stesso. Avrei potuto rimanere in Italia, cercare il martirio... ma la mia libertà equivale alla mia vita!

Resta la spiacevole impressione di una vita non compiuta... *(pausa)* ma forse m'inganno, forse tutte le vite lasciano in bocca quest'aroma amaro. Forse ogni vita in questa incompiutezza trova la propria sintesi che è poi il suo destino.

Craxi guarda in direzione della finestra: comincia ad albeggiare.

È l'alba. Ormai con serenità mi affido al giudizio della storia, col mio cumulo di meriti e di errori. Spero vengano presto tempi migliori per il nostro paese e spero che un giorno la bandiera del socialismo italiano torni a sventolare.

(Con amarezza mista a commozione) Evviva il socialismo, evviva l'Italia!

IO NARRANTE: Bettino Craxi è morto ad Hammamet il 19 gennaio del 2000. Alla storia l'ultima parola.

Il testamento di Bettino Craxi attinge in parte da suoi discorsi e riflessioni, in parte dall'immaginazione.

Ringrazio la Fondazione Bettino Craxi, Stefania Craxi, Bobo Craxi, Nicola Mansi, Paolo Pizzolante, Filippo Facci, la Fondazione Nevol Querci,

Anna Querci, Bianca La Rocca, Alessio Trabacchini, Andrea Orazi, Marco Castelli e Stefano Benassi.

Un grazie speciale, per la sua consulenza, a Marco Travaglio.

Un libro più degli altri mi ha aiutato a ragionare sulla caduta della prima repubblica e sul caso Craxi: La guerra civile, una lunga intervista di Giovanni Fasanella al senatore Giovanni Pellegrino, dal 1994 al 2001 presidente della Commissione parlamentare d'inchiesta sulle stragi e sul terrorismo.

IL GIUDICE PENTITO

GUGLIELMO MASETTI ZANNINI

Lavoro

Un personaggio: Un giudice della sezione lavoro di un Tribunale parla della sentenza che riguarda un datore di lavoro e si pente di averlo assolto.

GIUDICE: Ecco, sono andati via. (L'uomo si alza e si mette davanti alla cattedra). Adesso lo posso dire: era una sentenza ingiusta. L'ho scritta io, sull'onda della crisi economica. (Con enfasi) Il giudice ha ritenuto che si debba tutelare prima di tutto chi offre il lavoro. E tutti erano d'accordo: politici, sindacati, giornalisti, opinione pubblica... tutti a dire che bisogna salvaguardare il lavoro, e che dopo vengono i lavoratori. Ecco perché quell'imprenditore non poteva essere condannato e io ho trovato il modo per assolverlo. Ho scritto semplicemente che non ha commesso il fatto. Dunque, il lavoratore sarebbe morto per colpa sua. (Si volta e legge un brano della sentenza).

"È rimasto vittima della sua condotta abnorme, in quanto aveva coscientemente disatteso le norme precauzionali, salendo sull'impalcatura privo di dispositivi di protezione individuali. Eseguendo il lavoro di smontaggio dell'impalcatura, cadeva da un'altezza di dieci metri precipitando al suolo".

(Lascia il foglio e continua a parlare tra sé). Poveretto. Ma ormai è morto, pace all'anima sua. E comunque non si poteva incolpare il datore di lavoro. Di questi tempi gli imprenditori sono i veri benefattori di questo Paese. Quello lì poi è l'unico che dà lavoro nella zona. Cosa gli sarebbe successo se fosse stato condannato? È vero che ci sarebbero stati altri gradi di giudizio, ma intanto avrebbe dovuto interrompere il lavoro e licenziare gli operai. Non gli avrebbero assegnato altri appalti e col tempo sarebbe finito sul lastrico, trascinando

nella rovina intere famiglie. E poi diciamocela tutta: l'operaio sarebbe morto lo stesso. Era troppo sicuro di sé, antipatico, arrogante, spavaldo. Si credeva un super uomo. Salire sul ponteggio senza cinture di sicurezza e senza osservare le istruzioni dell'imprenditore. Un pazzo! Se è morto, è colpa sua ... se l'è cercata.

In fondo era solo un operaio, uno dei tanti che lavorano in nero, che non hanno la tessera del sindacato e nemmeno la previdenza. Insomma, non valeva niente. Erano giorni che leggevo queste cose sui giornali, insieme ai commenti della gente. A chi interessa un lavoratore, che non ha famiglia? Ma sì, quel tizio si voleva suicidare, ecco tutto. I vicini lo dicevano, che si ubriacava sempre. Ha trovato il modo per farla finita e dare la colpa ad una brava persona, padre di famiglia e gran lavoratore ... e pure generoso. Eh sì, lui dà lavoro a 100 operai. Non potevo non tenerne conto. Così ho scritto che la colpa era del lavoratore e buona notte. I giudici non vivono sotto una campana di vetro e spesso si lasciano influenzare. (Pausa). Ma io una volta avevo una coscienza. (Diventa severo con se stesso) 'Perché hai scritto tante falsità? Tu sei il giudice!'

Lo so, lo so e mi vergogno, ma cosa potevo fare? 'Chiediti cosa hai fatto di male!'

(Il giudice prende i fogli, li accartoccia e li butta per terra).

Ora la sentenza non esiste più. Carta straccia! 'Non te la puoi cavare così'. Hai ragione, hai ragione. C'è il rischio che la faccenda venga insabbiata.

'E tu non lo vuoi, vero?' (Si dispera) No, no, no! Devo fare qualcosa, devo rimediare, devo rimediare... (Si calma) Parlerò con il procuratore e gli dirò di impugnare la sentenza. Ci sono tutti gli elementi, signor procuratore. (Torna verso la cattedra, prende una penna e comincia a scrivere). Punto primo: si è detto che il lavoratore avrebbe perso l'equilibrio in seguito alla propria condotta scriteriata, ma questo è falso. L'operaio non era ubriaco e non giocava sull'impalcatura.

Punto secondo: non è stato messo in luce il nesso causale tra la responsabilità del datore di lavoro e la morte dell'operaio. Eppure il legame tra le due cose era evidente, perché l'imprenditore non aveva fornito le indicazioni precise circa le operazioni di smontaggio dell'impalcatura e non aveva tutelato il lavoratore, in ordine agli

incidenti che potevano derivare dalla sua negligenza, imprudenza e imperizia. Al contrario l'aveva spinto a scegliere una procedura più rapida, anche se meno sicura e più pericolosa.

Punto terzo: la conclusione. Per questi motivi l'imprenditore deve essere condannato per omicidio colposo. (Stacca la penna dal foglio). Non sussistono attenuanti, signor procuratore. Certo che c'è bisogno di lavoro, ma non ci si può affidare a imprenditori senza scrupoli. Altrimenti oggi si dice che è morto un povero operaio, ma domani ne moriranno altri e i cantieri saranno sempre più pericolosi.

Mi rivolgo a Lei, signor procuratore, affinché ricorra in appello contro la sentenza che io ho disgraziatamente firmato. Non si lasci condizionare, come ho fatto io, dal clima politico-economico di questi mesi. Non tutti gli imprenditori sono bravi e onesti. Questo datore di lavoro ha lasciato morire un suo operaio. Signor procuratore, lei lo deve condannare, non entro nel computo della pena, ma auspico che quel tizio non lavori più fino a quando non avrà capito cosa ha fatto di male.

Quanto a me, meriterei una punizione esemplare per averlo assolto con la formula più ampia. Ma nessun collega mi accuserà, quindi non rischio nulla.

Eppure la pena me la voglio infliggere lo stesso. Mi autosospendo dal servizio per un paio di mesi. Diciamo che mi voglio prendere una pausa di riflessione. Nemmeno questo è possibile, perché c'è tanto lavoro da sbrigare? E va bene: nessuna punizione. E, però, almeno una cosa la voglio fare: giuro a me stesso che da ora in poi mi comporterò da giudice imparziale, anche a costo di non far carriera. Il mio giudizio peserà come se fosse l'unico veritiero. 'Bravo! Sono fiero di te'.

Il giudice ha fatto pace con la sua coscienza, prende il foglio ed esce di scena. Buio.

IL MARE NON ESISTE. MONOLOGO PER CINQUE VOCI E UN PERSONAGGIO

ANGELA VILLA

“E quando ci chiederanno cosa stiamo facendo
tu risponderai loro: noi ricordiamo”
Ray Bradbury, Fahrenheit 451

Personaggi: Mnemo: piccola, minuta. Indossa un abito bianco, è scalza.

Bagnoli, Praia a Mare, Paderno Dugnano, Barletta, luoghi di vita e di lavoro ma anche di morti bianche. Mnemo (Mnemosine dea del ricordo), nei panni di una giovane donna. Nei primi cinque momenti scenici, sarà la voce delle giovani figlie senza più padre. Nell'ultimo quadro, non più voce, personaggio: una giovane operaia morta in seguito al crollo di una palazzina. Ogni quadro sarà contraddistinto da paesaggi sonori riferiti all'ambiente di lavoro rappresentato. La scena rappresenta una fabbrica abbandonata. In un angolo, una piccola valigia Al centro un'altalena.

I voce - L'impalcatura

Paesaggio sonoro: suoni, rumori confusi, crolli, boati, martelli pneumatici. Poi una nota sola che diventa respiro, voce. Luce su Mnemo seduta sull'altalena ha un foglio in mano, lo strappa in quattro parti.

MNEMO: La mia maestra quando disegno il mio viso con la pelle bianca e i capelli biondi, mi strappa il foglio, dice che io non sono così, che la mia pelle è scura e che devo usare il marrone per la faccia e il nero per i capelli. Ma la mia faccia non mi piace, a me piaccio-

no i colori chiari, il giallo del sole e il rosa dei fiori, il nero no, il nero non lo sopporto proprio. Mamma ha messo il nero e non l'ha tolto più da quando papà è caduto dall'impalcatura. E' volato in cielo, lei dice così, per consolarmi, ma io lo so che è caduto con la faccia nel fango, a testa in giù e senza neanche un grido. Papà non gridava mai. Non è volato. Quando si vola, si va su, quando si cade, si va giù, si precipita come i sassi.

Si vive lentamente e si muore in un attimo.

Era alto il mio papà, mamma lo chiamava il gigante buono. Era il più agile, sembrava un equilibrista, per questo lo facevano lavorare lo stesso anche senza documenti. 25 euro al giorno. Papà mi aveva insegnato a fare bene le moltiplicazione. Se uno è povero, l'operazione più importante è la moltiplicazione. 25 per 30 fa 750 euro al mese poco per andare via, poco per restare e vivere senza pensieri. Papà mi diceva sempre che le cose cambiano, che non bisogna farsi abbattere dalle cattiverie della vita o della gente, anche se intorno a te c'è l'autunno, ricordati di conservare l'estate nel cuore lui sognava di essere regolare, con tutte le carte a posto.

-Quando saremo più tranquilli, potrò sposarti. Pensava di avere chissà quanto tempo davanti.

Invece in una caduta, il suo tempo è volato via. Non è vero che il tempo è uguale per tutti, è diverso, soprattutto per noi. Il nostro tempo corre veloce. In un attimo, arriva la sera. (Scende dall'altalena).

Il voce - La Fabbrica di veleni

Paesaggio sonoro: nebbia e rumori confusi.

MNEMO: Oggi non sono andata a scuola. Nessuno mi ha svegliato. Meno male.

Non avevo studiato la poesia e avevo dimenticato pure di fare le operazioni, sicuramente la maestra mi avrebbe messo un'altra nota sul diario e chi lo sente a papà.

-Tu che ti sei messa in testa, vuoi fare la mia fine? Tu devi studiare.

Io non ho voglia di studiare, a me piace ballare, sono brava. Io da grande non voglio fare come la mia mamma che fa i servizi tutto il giorno e lava sempre i panni di papà. Papà lavora in una fabbrica e

la sera, quando torna, ha la faccia stanca, piena di polvere. Mamma gli chiede sempre:

-Com'è andata oggi?

A volte non risponde, è troppo stanco, altre volte, quando ha voglia di scherzare, dice:

-Oggi nebbia in Val Padana! Certi giorni il fumo è così forte che non vedi manco chi lavora vicino a te. Sorride e le manda un bacio, da lontano però. Lui dice che lavora con le stoffe colorate, ma a casa porta solo il nero e il grigio, i colori se li prende tutti la fabbrica. Siede sul divano e accende la tv ma non la guarda veramente, sta con gli occhi in un altro posto. Forse pensa che doveva fare un altro lavoro. Quando si soffia il naso, esce il nero e pure quando tossisce. Tossisce forte, io non lo posso sentire, mi tappo le orecchie e me ne vado in camera mia. Lui non ci abbraccia mai quando torna a casa, ha paura, dice che ha il veleno addosso, che non lo dobbiamo toccare. Ma se ha il veleno perché ci va? Ma perché ci va? Mamma dice che i soldi non bastano mai, che dobbiamo fare i sacrifici, tutti quanti. A volte litiga con papà, lei vorrebbe andare a lavorare così almeno lui se ne va dal posto delle puzze. Ma papà non vuole:

-L'uomo sono io e tocca a me pensare alla famiglia.

Poi la prende fra le braccia e le fa fare un giro di valzer. Mamma ride, ride... è felice quando balla con papà... (accenna passi di danza) lo da grande farò la ballerina, sarò famosa in tutto il mondo, mi chiameranno a ballare in tutti i teatri, diventerò ricca e comprerò pure una casa nuova, una bella villa ai miei genitori con il giardino e tutto il resto, come quella del proprietario della fabbrica, dove lavora il mio papà. L'hanno fatto vedere alla televisione, hanno intervistato lui e la moglie: stavano seduti su un grande divano bianco, la moglie diceva che è il nostro benefattore...così si chiamano quelli che fanno del bene, una specie di eroe. Mia sorella mi prende in giro dice che sono una stupida, che gli eroi non esistono. Che i veri eroi sono quelli che sudano per poche lire al giorno. Come il mio papà è un eroe. Spesso lo chiamano a lavorare anche di sabato, però da un po' di tempo non va perché tossisce forte e non sta molto bene. Prende tante medicine a volte va in ospedale e rimane qualche giorno ma poi torna, torna...ieri, però non è tornato... Quando lavorava di sabato, portava soldi in più a casa, allora la sera andavamo sul lungo mare a mangiare prima la pizza e poi gelato. Faceva una cosa pericolosa, per questo gli davano

quei soldi in più, mamma non voleva, diceva che erano soldi rubati non erano guadagnati onestamente. Lo chiamavano, per scavare di nascosto delle buche profonde, dentro ci mettevano i veleni colorati. Il veleno finiva sotto terra ma non lo sanno che da lì se ne va nel mare? Il mare c'è, ma per noi non esiste, qua tutti pensano alla fabbrica, pensano che la fabbrica è la nostra vita e si sono dimenticati del mare. Tutte queste cose me le spiega mia sorella, babbo dice che è filosofa. Ma con la filosofia non si mangia.

Papà ripete spesso di non dire a nessuno dei buchi nel terreno vicino alla fabbrica, perché sono cose che non si devono fare, lui le faceva perché se no perdeva il lavoro.

Silenzio

Il telefono suona da stamattina. Papà non è tornato. Mamma al telefono dice a tutti la stessa cosa.

-Sì... ieri sera. Sì...mesotelioma...sì...domani.

Io mi immagino che un giorno viene un cavaliere buono...

Oppure un principe azzurro...che mette tutte le cose a posto: alla gente che soffre, la fa stare meglio e a quelli che fanno gli imbrogli, per diventare sempre più ricchi, li fa diventare poveri come a noi. Poi voglio vedere come fanno. Mia sorella mi dice che sono stupida, che non capisco niente, che i cavalieri non esistono e nemmeno i principi azzurri, che non verrà nessuno ad aiutarci... lei dice che è colpa loro, di quelli della casa coi divani bianchi e se ne va di là, in camera da mamma...

Io lo so che ha ragione, è proprio così, è colpa loro...Ma io da mamma non ci voglio andare, non guardo mentre piange lacrime e lamenti. Io, senza lacrime, a quelli dei divani, gliela farò pagare.

IV voce - La fabbrica di rifiuti

Paesaggio sonoro: il boato di un'esplosione.

MNEMO: La O di EURECO, se la trasformi in a, diventa EUREKA, però devi mettere la K e cambiare l'accento. Altri significati, altre vite. Sul giornale hanno scritto: è morto un operaio. Ma il mio papà non era

solo un operaio. Amava ballare, viaggiare, leggere, sognava di cambiare lavoro. Lui in quella fabbrica non ci voleva stare.

«Una vita nei rifiuti? La rifiuto».

Prendeva la vita ridendo questo è stato il suo errore, ma anche il nostro, quello di tutti noi.

Tutti lo sapevano. Quei rifiuti erano nocivi, non dovevano essere mescolati con altri liquidi.

C'era chi parlava di trasformazione... ma a scuola mi hanno insegnato che un rifiuto è un rifiuto e se è pericoloso, non si può trasformare, miscelare, manipolare... E che me l'hanno insegnato a fare?

Non è vero che tutto si può trasformare. Quello che non si può trasformare, esplode... Alcune cose se le trasformi, sono guai. Se i rifiuti non li sai trattare la parola giusta è: peggiorare.

Tutto è avvenuto perché qualcuno pagava. Finché c'è qualcuno che paga, qualcuno che sta zitto, qualcuno che finge, allora non cambierà mai niente. Tutto rimarrà tale e quale.

Lo chiamano "setaccio molecolare", sprigiona gas infiammabili. Il setaccio molecolare uccide.

Rifiuti manipolati. Rifiuti, di vite rifiutate.

Omicidio colposo plurimo, lesioni colpose gravissime, incendio colposo, frode fiscale, stoccaggio, traffico, smaltimento illecito di rifiuti pericolosi... Un lungo elenco di parole. Altre vite, altre parole.

Andava a lavoro col sorriso, il mio papà ma secondo me, non era tranquillo, aveva paura. Non l'ha mai detto ad alta voce, a che serviva? Avevamo bisogno di soldi. La paura e la miseria sono la vera miscela esplosiva. La paura e la miseria sono la vera miscela esplosiva. La paura e la miseria, l'hanno portato via. Ma non l'ho perso solo io. Tutti, anche tutti voi, l'avete perso.

V voce - L'amianto

Paesaggio sonoro: il fischio di una sirena. MNEMO costruisce una barchetta con un foglio annerito dal fumo, la poggia su un bidone.

MNEMO: Vai prima a lavarti, così sporchi il divano!

Ma lui era troppo stanco per farlo, per questo nessuno aveva mai tolto la pellicola trasparente che ricopriva il divano...Era rimasto

così da quando l'avevamo comprato, mio padre, comunista convinto, era orgoglioso di quel bel divano rosso, acquistato a credito... Su quel rosso, avvolto nella pellicola trasparente, ci passava le serate, spesso si addormentava, pensando di essere chissà dove. Non se lo immaginava ancora che i suoi polmoni sarebbero diventati sottili come quella pellicola...

VOCE FUORI CAMPO Amianto, dal greco Amìantos, immacolato, incorruttibile, perpetuo, inestinguibile.

La polvere grigia si appoggiava sui panni appena lavati, sulle ringhiere dei balconi, sul mare che trasportava il materiale, sul mare che puzzava di ferro. Alle 6, alle 15, alle 23, la sirena segnava l'inizio e la fine dei turni di lavoro degli operai. Fischiava due volte, la prima volta aveva un suono grave, la seconda il canto si faceva più acuto e deciso. Vediamoci dopo la sirena delle 15... così noi ragazze fissavamo gli appuntamenti. E quando la sera uscivamo, i nostri genitori dicevano, dovete tornare prima... Cioè "prima del suono della sirena", quello delle 23. Era l'orologio che dava

il ritmo alle nostre vite. Se fischiava fuori orario, qualcuno era morto vicino all'altoforno, allora, tutto si fermava, tutti facevano silenzio. Vicino all'altoforno gli operai facevano pure il caffè. Mettevano la macchinetta sulle lamiere e in pochi minuti usciva ... Noi bambini giocavamo ai piedi della collina di Posillipo, ci riempivamo di piccole macchie rosse, con una calamita raccoglievamo tutta quella polvere, vinceva chi ne prendeva di più. A volte guardavamo in alto: -Lì ci sono le case dei ricchi, la polvere lì non arriva, la collina la fa tornare indietro, il maestrone la spinge verso il basso, verso di noi. Così diceva quell'operaio, lui sapeva tante cose, sul mare e su quella lingua di terra in mezzo al mare, che è un'isola e nessuno lo sa. Le case sulla collina erano solide, colorate e no come le nostre, grigie e un po' spente.

VFC Amianto, dal greco Amìantos, immacolato, incorruttibile, perpetuo, inestinguibile.

Al tramonto la colata riempiva il cielo di rosa, le nuvole non le vedevamo mai, se l'erano mangiate tutte quante, i metalli fusi. Le finestre le

tenevamo spesso chiuse, le aprivamo un poco la mattina per cambiare l'aria, ma poi subito le chiudevamo.

-Chiudete, entra la polvere, ci tengo alla pulizia!

Così diceva mia madre. Anche lei non lo sapeva, non sapeva ancora niente. Quella polvere non era semplice polvere. Per noi era tutto un gioco, la sirena, la colata rosa, le corse...Poi qualcuno ha cominciato a morire...

Fischio di una sirena Poi respiro Poi voce

Mnemo operaia

Viviamo in un Paese avanzato... Una moderna democrazia...Uno Stato civile.

(Siede come davanti a una macchina da lavoro)

Siamo in tre, lavoriamo sotto a questo scantinato fianco a fianco, da diversi anni. Lavoriamo tante ore al giorno dobbiamo andare d'accordo per forza. Quasi quasi stiamo più tempo fra di noi, che con i nostri mariti. Per chi ce l'ha, il marito...

(Prende la valigia, la apre. Solleva lentamente un vestito rosso, la guarda, lo accarezza, lo sistema con cura a proscenio)

Grazia è la più piccola, si è sposata da poco ha trovato un bravo ragazzo che l'accontenta in tutto, le porta pure il caffè a letto la mattina. E' timida, per tirarle fuori una parola ci vuole il cavatappi... dice sempre sì, sì, a volte è esagerata vuole fare tutti contenti, ma mica si può vivere così... alla fine trovi il furbo che ti mette i piedi in testa.

Io glielo dico spesso.

Grazia tu devi imparare a dire NO.

L'altro giorno il titolare l'ha chiamata per sapere se voleva fare qualche ora di straordinario. Per qualche euro in più, doveva alzarsi alle sei di mattina e scendere a lavorare pure di domenica, perché lui aveva delle consegne urgenti da fare.

Grazia non ci andare, le ho detto, non ci andare, puoi dire di no, non succede niente, non ti preoccupare fa scendere la moglie a lavorare. Nessuno ti licenzia, stai tranquilla, lui ha bisogno di noi. Sì è

vero anche noi abbiamo bisogno di lavorare, ma mica possiamo farci sfruttare fino all'osso così è troppo se prende il vizio che qualcuna di noi può venire pure di domenica è finita la pace, è finita la tranquillità.

Va bene che questa parola per noi non esiste: il nostro non è un lavoro tranquillo sempre chine sulle macchine con una luce artificiale tutto il giorno, il sole c'è ma non si vede. Ma non fa niente, va bene anche così... dove la luce è assai le ombre sono scure e fanno ancora più paura...

Che cosa possiamo fare?

Meglio questo che niente. No? (Prende una gonna, dalla valigia, come nell'azione precedente, anche questo sarà sistemato con cura a proskenio)

Poi ci sta Matilde. Matilde ha 29 anni un bambino piccolo di due anni, per fortuna glielo cura la madre. E' sempre malato soffre di allergie, basta niente e si prende un raffreddore...Avrebbe bisogno di fare una bella vacanza al mare o in montagna, ci vorrebbe un po' di aria buona ma chi ce li ha i soldi... E' separata, il marito se n'è andato l'hanno scorso con una più giovane di lei, adesso però, questa, l'ha lasciato per un altro, che storie...

Gli sta bene!

Matilde quando l'ha saputo, quasi quasi voleva ritornare a vivere assieme.

Lui era arrivato a casa con un mazzo di rose rosse così...

Era rimasto senza un soldo e senza casa...

Ma noi le abbiamo detto:

Pensaci bene Matì, pensaci bene!

Veramente vuoi tornare a vivere con quello lì che ti faceva fare la vita della serva e correva sempre dietro alle altre donne?

Per non parlare degli schiaffi, poi, Matì, te li ricordi gli schiaffi o no?

Non c'è ritornata.

Meno male.

Dicono che mo' vive con una russa che lo comanda a bacchetta, se lo merita!

Quando parliamo di questo, ci facciamo certe risate... (silenzio, siede su un mucchio di mattoni, prende una camicia dalla valigia anche questa sarà disposta a proskenio)

E poi ci sono io. Non c'è molto da dire. Mi chiamo Teresa, sono la più vecchia, di qualche anno però... Ho 36 anni li ho fatti proprio oggi.

Mio marito non se l'è ricordato che oggi è il mio compleanno.

Su di me non c'è proprio niente da ridere, sono sposata da sedici anni. Eh, mi sono sposata giovane, ma chi me l'ha fatto fare...

Lui la mattina non mi saluta nemmeno, certi giorni manco si ricorda che esisto.

Si ricorda di me quando vede che non ho fatto il mio dovere

-E come non hai stirato? E io che camicia mi metto? Non c'è niente da mangiare? Non sei andata a fare la spesa?

Uh...mamma mia! Certi giorni mi viene voglia di tirargli un piatto in testa!

Io me ne andrei ma dove vado, da mia madre? Non le voglio dare questo dispiacere, ha già i suoi problemi. Mo' sto troppo imbrociata mane e piedi. Aspetto che finisco di pagare il mutuo ... e poi, ognuno per la sua strada.

Sto mettendo qualcosa da parte, per pagare l'avvocato. La sera lavoro in un ufficio faccio le pulizie, quanta gente vive meglio di noi. Lo capisci dalle loro scrivanie dalle cose che buttano nei cestini.

Quando svuoto i cestini mi accorgo pure se una si è comprata che so... un paio di calze nuove e un braccialetto, un profumo, capisci i gusti della gente. Capisci le mode, ma anche i dolori. C'è uno che beve sul lavoro, forse è triste, la gente è triste pure se c'ha un lavoro sicuro. Io non ho mai smesso di fantasticare...La domenica quando mi voglio rilassare vado vicino al laghetto e mi metto a sognare ad occhi aperti. Mi piace guardare i cigni. I cigni non sanno volare... Prima di alzarsi in volo ci metto un bel po'. Aspettano aspettano e quando sono proprio sicuri se ne vanno in cielo. Fanno proprio come me. Certe volte mi faccio dei sogni... Mi piacerebbe aprire una maglieria tutta mia, ho tante idee le mie amiche dicono che sono creativa pure il titolare me lo dice:

-Teresa che facciamo? Fatti venire qualche idea...

Eh ma le idee si pagano però. E questo non vuole cacciare manco un euro.

Mi piacerebbe sì, mi piacerebbe assai... una maglieria tutta mia...

Ma chi me li dà i soldi? Le banche non fanno prestiti alla gente come me, che garanzie posso offrire? Nessuna. Perciò mi debbo accontentare...

Lavoriamo dalle otto alle quattordici ore al giorno, a seconda del lavoro che c'era da fare. Ogni giorno, su queste loro macchine, confezio-

nando magliette e felpe. Le stesse che comprate e che vi piacciono tanto. Sono alla moda, non sono care e se ne possono prendere diverse. Abbiamo comunque ferie e tredicesima pagate, senza contratto ...c'è chi sta peggio. Non mi voglio lamentare io non sopporto la gente che si lamenta sempre, qualcosa può cambiare, qualcosa di buono arriva prima o poi. Ma che sto dicendo? Certe volte non capisco neanche se è arrivato il giorno... entriamo in questo scantinato col buio e ce ne usciamo col buio. Bisogna saper aspettare, ma soprattutto bisogna saper vedere.

Spesso mi fermo a guardare quell'oleandro che sta qua fuori, fiorisce sempre ogni primavera, non si dimentica mai di noi ... Quando arriva la bella stagione a volte

prendo un fiore e lo metto sul tavolo da lavoro... Anche quella mattina, ho raccolto un fiore.

(Silenzio)

Stavamo per finire il turno, mancavano solo due ore. Poi è andata via la corrente.

-E' saltata un'altra volta la corrente

-Vado a vedere cosa è successo... -Da che hanno fatto i lavori nel palazzo affianco, io non mi sento più sicura qua dentro.

-Ma cos'è questo rumore? Lo sentite anche voi?

-Uh, Madonna mia, il palazzo... Cigola.

-Ma che dici?

-CHE DICO? Vi dico che qua crolla tutto.

-Scappiamo ... La porta è bloccata...

-Spingiamo più forte... più forte...no, non ce la possiamo fare.

-Ce la dobbiamo fare...Ce la dobbiamo fare. Forza e dai...Apriamo questa cazzo di porta!

-La porta è bloccata! Ehi, CI SENTITE?

-C'è nessuno? Ci sentite?

-Scappiamo dal finestrino!

-No, no di là, di là ci stanno le scale, no!

-E dove allora, DOVE?

-Fateci uscire, fateci uscire...Ehi, CI SENTITE? AIUTO!

-Guardate là, guardate in alto...

Non c'è più tempo, venite amiche mie, datemi la mano, nessuno ci salverà.

(Un'unica nota grave, poi silenzio. Toglie il camice, lo piega con cura lo lascia a terra)

Siamo morte per poco: quattro euro l'ora, senza contratto. Se non fossimo finite così, nessuno avrebbe saputo di noi. Una palazzina ci ha inghiottito. Sotto i mattoni, le nostre voci, parlano ancora. E dove non si sentono le voci, si sentono i pensieri. Raccontate, scrivete, parlate. Portatele con voi, queste vite saltate.

Non ci dimenticate...

Si gira di spalle, va verso l'altalena siede, resta immobile. Luce accesa sugli spettatori, rumori confusi, assordanti. Un boato. Poi solo il cigolio dell'altalena.

Fine.

IL RE È PAZZO

FLAVIO SCIOLE'

Copione depositato alla SIAE sez DOR 1999

Personaggi: Re

Al centro del palco c'è un uomo legato con delle catene ad una poltrona fatiscente. L'uomo è scalzo, indossa una camicia bianca sporca di sangue ed una gonna blu. Ha un occhio marcatamente segnato con una matita nera, l'altro con della matita rossa. Tutta la scena è buia tranne la poltrona illuminata da un fascio di luce blu che scende dall'alto.

RE

VOCE 1: Cosa è accaduto? mi chiamavi sempre. Ma io non ho mai saputo reggere le tue prospettive.

VOCE 2: Disarticolami, sono pronto. Io vomito come ogni volta che ho saputo di non essere. Come quando rotolavo su pagine strappate. Colle pupille piene di spilli. Colle pupille piene di spilli. Consacrami consacrami

VOCE 3: Decido ora dove estrapolarvi. Come i giorni rubati ad un sentimento fugace.

Tu ne rammenti i colori, erano gli stessi che usavi per controllarmi quando incrinavo vetri rossi.

VOCE 4: Uccidero' i tuoi fratelli. Sfaltero' i tuoi movimenti. Releghero' i tuoi giudizi. In stanze buie. Strapperò ogni camice

VOCE 1: Come reimpieghi questo stare nell'assenza? Dovevamo portarci altrove.

VOCE 5: I don't want this way. If I am crazy you are the devil. inside. inside.

VOCE 1: comunica senza fare gesti. E non portarmi più da mangiare.

VOCE 4: Credi. Non era questo il tempo. Tu ricordane i momenti.

VOCE 3: Dovevi saperne ancora. Dovevi, dovevi, dovevi. Come l'ultimo vuoto che hai disegnato. Sui miei ventricoli disfatti

VOCE 2: Sono malato come i tuoi occhi cavi. Ti strapperò il cuore con bisturi affilati. Violenterò tua figlia. Sgozzerò il tuo cane. Io non credo a chi si sfalda. Non credo.

VOCE 3: Resta a guardarmi spegnere il vuoto. Io non ricordavo più. I giorni spesi nel suicidio.

VOCE 2: Ne ricomponi il senso. Disinvestendone i momenti. Tu lo hai detto o lo hai ascoltato.

VOCE 4: Io stavo seduto tutto il giorno. Come un guerriero ferito. Deportandomi sensi e odio.

VOCE 3: Avevi cera negli occhi. Mentre bestemmiavi. Alla ricerca di tua madre.

VOCE 1: le avevo detto di non parlarmi. Da dietro i vetri non posso vederti. Hanno già cancellato i miei sguardi

VOCE 2: Mi ricordi sempre nelle tue preghiere?. Non dirmi di guarire, ho finito le medicine. E mangiato tutte le pagine del tuo libro nero. Dammi una flebo e salvami da te.

VOCE 3: Non dovevi seppellirmi. Non dovevi scuoiarmi. Non dovevi amarmi. Non dovevi frustarmi. Non ho bisogno dei tuoi sentimenti.

VOCE 1: Io ne parlavo spesso. Ma tu non sapevi stare altrove. Tu non sapevi stare altrove.

VOCE 4: Lasciami morire male. Non voglio essere. Non credo nell'uomo. Non sono sano. Non sono sano.

VOCE 2: Liberami dal male. Ma non farmi piu' mangiare. Liberami dal male ma non farmi piu' mangiare. Ho ingoiato troppi medicinali al tuo funerale. Ho ingoiato troppe medicine al tuo matrimonio.

VOCE 6: Lasciami dipingere il soffitto. Ho bisogno di altra vernice.

VOCE 3: Qualcosa non va. Qualcosa non va. Qualcosa non va. Dammi un momento per respirare. Non ho problemi. Non ho problemi.

VOCE 5: This way is so bad. This way is so bad. Can you give me another? Can you give me another?

VOCE 4: Tutto e' obliquo. No ordinary. No ordinary

VOCE 1: Non darmi altro tempo. Non posso tornare a ieri.

VOCE 5: Yes, i'm crazy. Yes, i'm crazy. The king is here. Madness sickness fuck god.

VOCE 3: Sostituiscimi nei tempi obliqui di un sistema differente. Destituiscimi nel mediocre e difforme stare di queste ipotesi deviate.

VOCE 4: Comando io o non ho piu' un regno? Vomito sui tentativi di detronizzarmi. Solo una sodomia impellente. Su tua madre. Fermerai i miei occhi. Gettati, solo ieri, nel pozzo

VOCE 6: Tu leccavi i miei testicoli nel chiostro abbandonato ferita ed orgogliosa di essere altrove.

VOCE 2: Macchie di caffe' sul lavabo. Visioni prostrate dentro me. Io intercetto i tuoi motivi e prego in ginocchio dinanzi al tuo altare viola.

VOCE 7: I'm the best king in the space.

(Dall'alto scendono delle bambole impiccate: circondano l'uomo e si fermano all'altezza della sua testa. Il Re cerca invano di colpirle col capo)

VOCE 3: Non sapete dove andare a farvi riempire uteri infetti e ripugnanti. Io chiedo pietà per nessuno. Non ho bisogno dei tuoi disturbi mentali, ricordalo!. Non chiedo altro tempo, non chiedo altro tempo!

VOCE 6: Raccoglievi fiori blu nella cantina di carta

VOCE 2: Il cielo cambiava colore ed io mi specchiavo libero in laghi di cristallo.

VOCE 4: “Solo tu puoi salvarmi” mi disse. Ed io feci tesoro di ogni parola Prima di impazzire. “Avrai parole di vita” lessi Sopra il portone chiuso prima di bestemmiarmi.

VOCE 3: Strozzero tua madre per molto meno. E strapperò i tuoi capelli come fossero quelli dell'ultimo dottore che mi ha destituito dalla vita.

VOCE 1: Confonderò i tuoi pensieri definendone le linee originali, comunicandone il vuoto

VOCE 2: Se non posso essere. Uccidero'. Uccidero'.

Buio

VOCE 8: i kill, i kill, i kill.

VOCE 7: Your god.

Sipario. Urla da diverse zone della sala.

IL SEGRETO DI PULCINELLA

LUIGI PASSARELLI

Pulcinella entra in scena. E' in attesa, sembra sereno. Entra in scena una donna che gli si avvicina. Gli fa ingoiare una pasticca. Poi si allontana. Pulcinella sputa la pasticca. Si sente un brano musicale. E pulcinella inizia una strana danza. Poi prende la sua chitarra.

PULCINELLA: Mi hanno chiesto di spogliarmi... Ed ecco ciò che rimane. E' stata dura. Per chi non lo so, ma un risultato è sempre un risultato...

Dicevo... Risultato... Ah sì, l'esperimento... Separare, dividere, tagliare, spezzare, mozzare... E poi hanno preso il frutto... Il frutto dell'esperimento...

Qualcuno dice che è sfuggente, invisibile... Ma se lo chiedi a me... Cosa vuoi... Sono sempre io, o no? Insomma quasi...

Pulcinella strimpella la chitarra

PULCINELLA: Io devo... E' un ordine impellente... Solo che, senza... Un meccanismo... Mi manca l'atmosfera... Possibile che solo a Carnevale io possa... E poi? Gli altri che fanno? Sono spariti!! Io vedo solo super eroi... Loro ora possono... Ma Pantalone, Brighella?? Dove sono? Tu lo sai?

Mi hanno detto che Arlecchino si è sfracellato contro un muro importante... Forse lui e lei sono di nuovo insieme, dovrei provare anch'io, ma... Devo ancora restituire il soldo del costume... Sono in agguato...

Questo è il concerto di un uomo... Che non sa cantare, non sa ballare, non sa ridere, non sa abbracciare, non sa baciare, non sa vivere...

Sì perchè lei costa, è un ospite, è il mio segreto, l'unica cosa che rimaneva di vero e assoluto... Un peso insostenibile, per questo

sono andato... Tutti dicevano NO!!! Lei è leggera, lei è importante, lei è tutto!! Ma io volevo essere... Come lei...

Silenzio. Pulcinella prende una moneta e la getta di fronte a sè.

PULCINELLA: Sì? No!! Voglio le pennette all'arrabiata!! Voglio le pennette all'arrabiata!! Io... Io Napoli l'ho rimossa... Non voglio la margherita con le alici... No... Ho rimosso tutto!! Ho perso... Ho perso il contatto...

Dicevo...

Il golfo... Il comparto... Poi mi dissero che era fuggita, non ho fatto in tempo neanche a provare un mio momento, una sicurezza, fuggita... Non ci sono prove, testimoni... Nessuno si è preso le sue responsabilità, mi hanno messo qui, tornerà, dicevano, tornerà, dici se è tornata!!

No, mai più... Non c'è una prigione per lei, è libera... Libera di scegliersi il contenitore adatto... Io... Io forse lo ero... Cosa posso offrirle? E se fosse già qui? Fra noi? Nascosta nei buchi del soffitto? Nel buco del chiavistello? Nei buchi... Nei buchi...

Dovrei cercarla negli anfratti dello spazio a me disponibile... In questo grattacielo senza piani che sfiora la volta celeste... Lei potrebbe... Potrebbe essere tornata da dove è venuta... Delusa da me... Delusa da tutto... Ma cosa si aspettava? Un'esperienza? Ma cosa voleva sperimentare se ragiona a modo suo... In una maniera che non ho mai capito... Distante da una logica quotidiana, di fatto... Non ha bisogno di nutrirsi, non ha bisogno di imparare... Lei voleva solo soffrire nel mondo terreno, ma attraverso di me... Il suo involucro... E' sadica, sadica...

Pulcinella cammina in tondo.

PULCINELLA: Sadica, sadica, sadica

Mi hanno detto che girando in tondo, nel verso in cui gira l'acqua, che sprofonda in un turbine dentro un qualsiasi buco, ci sono buone possibilità di riprendersi ciò che si è perso... Non è che me l'hanno detto, prima me lo hanno consigliato, poi me l'hanno

(segue) ordinato... Ed ora si aspettano un nuovo risultato... La sua superiorità le consente di fare qualunque sciocchezza, ma il du-

bbio che sia qui, a farsi beffe di me è concreto, concretissimo... lo eseguo, quando posso... Eseguo...

Appunto volevo essere come lei, per non dover stare come al solito ad eseguire gli ordini... Non eseguire e non far eseguire... Tramutare tutto in una gentile richiesta, senza obbligo... Ogni volta che mi sono ribellato a lei però... Ah, il dolore... Ma lo so anch'io che c'è un'unica via, cento disponibili, ma solo una è quella giusta... Basta tentativi...

Entra in scena la donna, Pulcinella si blocca in una posa classica, la donna gli poggia una pezza bagnata in fronte.

PULCINELLA: Quando sono arrivato qui... Mi hanno detto che era il mio specchio, prima parlava, o almeno mi pare di sì... Non so a questo punto se fosse un'illusione, una voce registrata... C'è un legame fra lo specchio e lei... Ci sto riflettendo...

Pulcinella si toglie la benda e prende la chitarra, poi getta di fronte a sé una moneta

PULCINELLA: Questo era il concerto di un uomo... Era un concerto, di un uomo che non sapeva...

Sì... Non c'è più mistero... Pulcinella non ha più segreti... Ci si arriva tardi, quando i giochi sono fatti... Quando tutto torna...

Pulcinella guarda nel vuoto verso un lato. Poi si mette a parlare senza emettere voce, come se stesse vedendo qualcosa o qualcuno. La cosa dura per un po'

PULCINELLA: Ero un privilegiato, almeno in alcune e determinate circostanze, stanze, stanze. Sì, dipendeva dalla stanza, ma rimpiango il privilegio, perchè è qualcosa di più di un diritto... Un privilegio è un diritto non ancora riconosciuto... Solo che non lo si può pretendere, mentre il diritto, almeno una volta, un tempo... Si poteva tentare di prenderlo... La lucidità mi viene meno perchè... Io penso che lei sia un diritto

(segue) e non un privilegio... Ma con quale forza si può? Con quale protesta... Non è una protesta, se non è nemmeno un lamento... Su cosa posso fare leva, se il termine è senza spazio e senza tempo...

Puntiforme. Come può un punto geometrico assumere tanta importanza se poi altro non è che immaginario, una convenzione, tanto quanto basta per dubitarne sempre... Ma io no, cospiro per averla, respiro per sperare di incamerarla, aspiro, aspiro a lei... E' inutile cercare di cambiare aria, cambiare luogo, mari, monti, fiumi, laghi... In sua assenza sarebbe tutto inutile... Come non esserci, sì resterò qui, o meglio mi nasconderò qui... Nella mia vana attesa... Il tempo giusto per dimenticare i bei tempi andati... Quando tutto appariva facile, scontato, immediato, corposo... Nelle Circo -Stanze

Ma sarà davvero puntiforme? Eppure io l'ho vista, o mi sembra... No, è invisibile!! Muta e immutevole... No!! Parla, parlava attraerso di me!! Godeva del mio lento degrado corporeo per sperimentare, anche lei, sperimentare la vita... A mie spese... Dotata di un peso invisibile ma sostanzioso... Mi domando se ci fosse stata possibilità di scelta allora, se ogni mio piccolo passo qui sopra fosse dettato dalla sua volontà e mai dalla mia... Ciò significherebbe che mi ha abbandonato...

Entra in scena la donna. Pulcinella è immobile in una delle sue pose classiche. La donna lo spolvera con un piumino, poi esce di scena.

PULCINELLA: Dicevo...

Pulcinella si distrae e vede volare qualcosa, sembra allegro, poi si ferma e fissando un punto parla da solo senza emettere voce

PULCINELLA: E' un normale contenzioso. Ci sono le parti, le pareti e un giudizio che non accontenta nessuno

Se almeno mi avesse lasciato detto qualcosa, un saluto d'addio motivato, un pour parler, un bigliettino di due righe, o magari un arrivederci... Mi lascia qui con un segreto svelato, che sembra riguardare solo me, e il mistero della sua dipartita... Sono ore, giorni, che.

(segue) cerco di riorganizzarmi, vi dedico tutto il mio tempo... Non so più se concentrarmi su di me o sulla sua mancanza... I calcoli a cui mi sottopongono restano senza risultante...

Dovrei fingere... E' la seconda parte del programma per cui ho firmato... Devo dare l'illusione prima di tutto a me stesso e poi a chi, disperato, mi incontra... Che nulla è cambiato, tutto è come pri-

ma, fa parte della storia... Una storia finita, passata in giudicato. Un trapianto indolore, per modo di dire, senza bisogno di anestesia... Come un dente da latte che cade senza tante complicazioni... Prima o poi rifletteranno su quanto convenga tenermi qui, in una sala d'attesa per un evento che solo la statistica renderebbe plausibile... Non ho forse esaurito il mio compito?

Sono sotto osservazione. Non credono mai alle mie parole. Ho giurato di dire la verità, ma non mi credono. Valutano altri parametri. Ritengo ingiusto rimanere a disposizione, va ben oltre lo spirito di sacrificio. Tuttavia, non avendo vie di fuga, posso cogliere, a volte, uno strano senso di lucidità. Che mi ricompone. Come adesso.

Pulcinella fa degli esercizi di respirazione, inspira ed espira.

PULCINELLA: Inutile lottare. Bisogna rilassarsi. Essere grati di questa luce artificiale ed eliminare il pensiero. Solo così, a poco a poco, tutto diventa vano, di secondaria importanza. Uno come me, in queste condizioni, a cos'altro potrebbe ambire? Dopo aver girovagato per il mondo, dotato di un senso compiuto, ora mi trovo a dovermi disinteressare di tutto e proiettarmi in un futuro sempre uguale e quindi prevedibile. In questo modo posso scordarmi della compagnia, delle storie, degli episodi, dei palcoscenici, insomma di tutto l'ambaradam.

Inspiro questa aria condizionata, la detergo coi miei polmoni, e la rendo tossica espirandola. Un'essenza cristallina scorre nelle mie vene, elettronica. Posso attendere il prossimo input con calma e serenità. Peace and love. Ma l'amore vero, me lo dava solo lei, potevo spaziare senza temere, ero protetto dalla sua aurea. Consapevole e felice. Nè diritto nè privilegio. Sto forse diventando vecchio? Era immaginabile che una

(segue) figura si potesse invecchiare? Sgualcire sì, scolorire sì, diventare obsoleta anche, ma invecchiare pensavo di no.

Pulcinella si siede e rimane assorto. La donna entra in scena con un bicchierino di plastica. Con un po' di difficoltà fa bere il bicchierino a Pulcinella.

PULCINELLA: Pensano sia sostituibile. Neanche gli alchimisti lo pensavano, probabilmente. Ingurgito preparati senza più chiedere a

cosa servano o da cosa siano composti. Ma di vino non me ne danno mai. Troppo pericoloso.

L'unico test che non gradisco è osservare le foto dei miei cloni che appaiono altrove. Hanno quello spirito appuntito che forse avevo anch'io. Si danno da fare, poi spariscono, riappaiono. La mia vita insomma. Che a vederla così, da fuori mi sembra pure ingannevole. Ma qui c'è una certa invidia per chi ha saputo mantenere la propria libertà. Il proprio segreto. Mai bisogna far intendere di essere liberi. Mai e poi mai!! Almeno un capo fittizio vi deve essere. Una figura che si prenda anche le mie colpe ci deve essere. Una volta uscito di qui, la prima cosa che dovrò fare, sarà quella di trovarmi un capo. Anche più di uno se possibile. Perché senza il mio segreto e senza l'oggetto o il soggetto stesso del mio segreto, non posso far altro. L'immagine della libertà è sparita.

Hanno saputo. Prima di me, il funzionamento del gioco. Sì, sì, sì, sì è questa la verità. Sarei stato così sciocco da rinunciare a lei? Non credo. L'artefice di questo luogo, lui sì, la sapeva lunga!! Mi ha tratto in inganno, mi ha promesso e ha mantenuto. Per togliermi lei, ha usato questa architettura, simile fino nei minimi dettagli alla mia casa abituale. Qui, dove tutto è uguale e contrario. La vera alchimia, il vero esperimento. La verità è che sapevano e io invece ingenuo, ho capito e saputo troppo tardi... La mia ignoranza mi ha reso cieco e vuoto. In un attimo ho perso tutto.

Pulcinella riprende la sua chitarra, strimpella malamente

PULCINELLA: Questo è il concerto di un uomo... Che... Che canta la sua resa... Che accetta una nuova realtà... Nata dalla sua sconfitta...

Non posso far altro che arrendermi. Finire il trapasso. Troverò un ripiego, un essere somigliante, un'enigma in cui credere? Basterà un amore terreno? Sento suonare le campane, un segno di presagio, ma non ne capisco il significato... Se fosse solo un allarme?? Una chiamata valida per tutti e che non posso raccogliere... O forse, sono per me?

Dopo la resa c'è il dimenticatoio. Facile. In genere la memoria fa parte del mio profilo. Ma dopo un tale marasma, chi è che vuole ricordare qualcosa? E' un discorso relativo alla mia nuova professione, tutta da trovare. Dimenticare, dimenticare il bene e il male. La som-

ma deve fare zero, zero, zero... Una tabula rasa per nuovi bozzetti... Quando arrivano queste pennette?? Perchè qui è sempre così buio?

Ecco, già non mi ricordo... Dicevo... Estasi... Ripagare il costume, vendere prima la chitarra... Argomentare... Riuscire dove qualcuno non è riuscito, sì... Devo trovare un luogo dove qualcuno, lasciandosi andare, ha perso il suo scopo, e tentare di sostituirlo, per mandare avanti la stessa macchina, al suo posto, il suo posto... Nulla cambierà... Produzione di anidride. Soffiare sulle piante di giorno. Tagliarle di notte. Tornare ad essere ambivalente senza di lei, un'impresa difficile, ma forse possibile, in un luogo con rarefazione umana, demoscopia zero. Con tanti pericoli naturali, un deserto, una siberia, tornare ad essere primate... Un'organizzazione che segue la natura, disciplinata dal sole, dal vento, dai pericoli... Osservare la volta celeste con la coscienza a posto e con soddisfazione... Un'ora al giorno di dedizione e contemplazione...

Trovare un posto degno del mio scheletro. Una caverna sui cui disegnerò malamente, ma con amore, i miei incubi, per poter dormire sereno con la fioca luce del braciere...

Basta pensieri negativi, è ora di reagire!! Io reagirò!!

La donna entra in scena con una frusta. Pulcinella è immobile. La donna fa sbattere la frusta per terra e Pulcinella comincia a muoversi a comando, come una tigre ammestrata

PULCINELLA: Che roba!! Le tentano proprio tutte, buon segno che sia arrivata la disperazione!! Mi mette di buon umore!! Mi fa quasi credere che io possa ancora qualcosa!! Grande bugia e grande sentimento!! Fatemi provare!!

Pulcinella si mette a guardare i fari del teatro e comincia a parlarci senza che la voce si senta.

I fari si accendono e si spengono, pulcinella sembra comandarli col pensiero.

Pulcinella sembra felice, sotto quella luce prende la chitarra e la suona in maniera violenta e bestiale. Poi si illumina un angolo con una luce rossa dove si trova un microfono. Pulcinella vi si avvicina incredulo.

PULCINELLA: Fra me e la maschera c'è un rapporto stretto... Io sono il corpo e lei l'anima... Solo che... Solo che ogni tanto lei parte e va... Mi lascia solo con i miei problemi... E va in giro a chiacchierare, dall'alto della sua immortalità, della sua eternità... Eppure così sciocca e ingenua, si fa prendere da mille tentazioni... Ma quando è così lontana da me, quando sembra non tornare più... Io! E lei! Sì, scatta qualcosa... Che io... Io... Non riesco a spiegare... Si è fatto tardi... La maschera!!! La maschera!!

Pulcinella si allontana dal microfono e soffrendo molto si avvicina al centro del palcoscenico. Una musica lo accompagna. La donna entra in scena con una siringa. La donna inietta pulcinella.

Sipario.

L'ASSAGGIATORE DEL RE

AQUILINO

Mi chiamo Bastardo.
Sono stato allevato dal boia, ma solo il re è stato buono con me.
Viva il re!

Mia madre di professione faceva la padrona di trenta oche. Era una donna molto bella e indipendente. Fu accusata di stregoneria e portata nelle carceri reali. Lì mi partorì, prima di essere dissanguata dagli assalti dei dignitari anziani, bramosi di accoppiarsi con una strega nel momento della sua morte.

Per sette giorni giacqui dimenticato tra il cavalletto e la ruota, in una pozza di sangue. Era quello di mia madre e me ne nutrii.

Quando il boia mi notò, mi sballottò per vedere se ero vivo. Io non piansi, ruggii.

“Non hai voluto morire? Peggio per te” disse lavandomi con una secchiata d’acqua.

Fu lui a insegnarmi il mestiere. Ma fui solo io a occuparmi di me stesso. Comunque... viva il boia!

In pochi mesi imparai a stare eretto, a camminare, a parlare. Dovevo fare ogni cosa in fretta. Il ritardo mi avrebbe ucciso.

Abitavo nei sotterranei. Si estendevano al di là delle mura del castello e passavano sotto il villaggio, la foresta, il lago, le colline e forse anche il mare. Quando compii otto anni, feci un fagotto con un tozzo di pane e una fiasca d’acqua e partii per scoprire dove finissero: sarei andato a occidente e se fossi rientrato da oriente avrei dimostrato che quelli erano i sotterranei del mondo. Me ne importava qualcosa? No, ma avevo otto anni e volevo compiere un’impresa.

Stetti via dodici mesi. Quando tornai presi tante di quelle bastonate che il corpo mi si riempì di gobbe. Ne era valsa la pena? No. Poiché mi ero perso, non potevo dimostrare niente. Avevo, però, visitato

un bel po' di sotterranei diversi dai nostri. Alcuni erano bassi e stretti, tanto che dovetti strisciare come una biscia per più di un mese; altri erano tanto alti che sul soffitto si formavano le nuvole e scoppiavano temporali spaventosi; altri ancora erano solo gallerie abitate da vermi grossi quanto il mio braccio: non erano cattivi, solo un poco salati.

Viva il cibo in tutte le sue forme!

Crebbi robusto e sano. Facevo molto sport. L'attività che preferivo era il corpo a corpo con i ratti grossi quanto me. Mi assalivano con un sorriso beffardo sotto i baffi che usavano come pugnali. Erano baldanzosi e facevano conto di soverchiarmi in meno di cinque secondi. Ingenui. Li ammazzavo a morsi. Portavo le carcasse a Vincenzo, il boia che mi aveva adottato... e la sera facevamo la grigliata.

Vincenzo era alto come due uomini, largo come tre, forte come cinque, brutto come pochi, cattivo più di tutti, ottuso come nessuno... ma a modo suo mi voleva bene e c'erano dei giorni in cui non mi picchiava.

Lo dovevo chiamare zio Enzo, affinché gli altri, che lo chiamavano boia Vincenzo, capissero quanta familiarità ci fosse tra me e lui. Lui, per me, fu infatti padre, fratello e madre. Io, per lui, fui sempre e solo Bastardo. Ma, lo ripeto, a modo suo mi voleva bene.

Non avevo amici. Da quelle parti, dichiararsi amico di qualcuno era peggio che offendere e ci scappava subito una rissa sanguinosa.

Viva i nemici! Quelli, dopo, li puoi mangiare senza imbarazzo.

Dalla finestrella con l'inferriata spiavo i ragazzini. Prendevano a calci una palla e gridavano incitamenti e insulti. Allora anch'io urlai: Andate via, bastardi! Scapparono terrorizzati, ma poi tornarono e mi gridarono: sei tu il Bastardo! Da quel giorno, li spiai immaginando come torturarli ridendo della loro disperazione.

A me piaceva il silenzio. Forse perché c'era una tale confusione, nei sotterranei! Gente che strillava, bestemmiava, imprecava, ululava...

C'erano quelli che duravano un mese e per tutto il mese emettevano urla. Dove trovassero tanta energia, proprio non lo so. Io mi innervosivo e gli andavo abbastanza vicino, ma non troppo per non essere colpito dagli schizzi, e gli sussurravo: Muori, no? Muori, così non soffri più e la smetti di gridare.

Pur così piccolo, ero già dotato di buonsenso.

La mia era una dieta di proteine. Sui bracieri arrostito le bestie che catturavo. Certi biscioni!... Sgranocchiavo pipistrelli che era un

piacere. Gli altri no, loro non mangiavano bestiacce. I loro piatti erano a base di filetto e fegato di giustiziato, ma a me che cosa toccava? Mi toccavano gli avanzi, di solito le ossa con brandelli di muscolo attaccato. Un giorno, il giorno che compii dieci anni, lo zio Enzo mi disse: Ormai sei un uomo, è ora che ti guadagni il pane.

Finalmente! Non solo avrei staccato bistecche dalle cosce dei morti torturati, ma... il pane! Quanto lo desideravo! Che tormento sentirne il profumo e non poterne avere un pezzo! Di notte masticcavo saliva e uggiiavo per la bramosia, mentre in sogno mordevo pagnotte calde e fragranti.

Da anni mi allenavo con i gatti che attiravo nei sotterranei con gli avanzi delle grigliate di topo. Avevo il mio stanzino con il gancio sul soffitto, il cavalletto di misura ridotta, una piccola ruota e una serie di tenaglie, seghe e trapani adatti alle mie mani di bambino.

Una volta lo zio Enzo mi disse: Bel lavoro. Avevo svuotato un cane senza mai lasciarlo morire, e tenevo in mano il cuore che pulsava ancora. Mi ero talmente emozionato ed ero talmente fiero di me che quando lo zio Enzo se ne fu andato riattaccai il cuore al cane per farlo vivere ancora un'ora.

E invece morì, quel cane vile.

Abbasso i cani! Gli divorai il cuore, crudo.

Venne il momento del mio primo essere umano.

Si trattava di un terrorista che non si era inchinato al passaggio del re.

Sapevo che lo zio Enzo mi spiava, anche se fingeva di dedicarsi ad altro. Avrebbe capito subito se ci sapevo fare e se valeva la pena di continuare con il mio addestramento. Mi concentrarai per non fare nemmeno un errore.

L'uomo aveva un'emorragia e se avessi insistito con quello che stavo facendo l'avrei perso prima ancora di dare inizio alle grandi manovre.

Gridava cose stupide e insultava il re e io non potevo permetterlo, quindi mi trovai ad affrontare il primo dilemma: gli strappo la lingua sì o no?

Non è mai una buona mossa di partenza, perché intervenire su uno che non grida impedisce di dare il buon esempio agli altri in lista d'attesa; d'altronde, nessuno poteva permettersi di essere maleducato con il re.

Decisi di amputargli solo un pezzo di lingua e di cauterizzare la ferita con il ferro rovente, così avrebbe potuto urlare, ma non parlare.

Era un intervento delicato, ma me la cavai in modo egregio.

Evitai amputazioni e lesioni profonde e non sprecai una sola goccia di sangue, procedendo con schiacciamenti diffusi, arroventamento dei bulbi oculari, storpiamenti vari e bruciature dei capezzoli, del pene e dei testicoli. Gli infilai anche un ferro rovente nell'ano, per fargli intendere quale fosse la mia opinione nei suoi riguardi.

Appena perdeva i sensi, gli buttavo addosso acqua salata mista a calce. Riuscii così a farlo durare quasi sei ore. Lo zio Enzo, con una manata sulla testa che mi scaraventò lungo disteso sul pavimento, mi fece intendere che ero stato promosso aiutante.

Non ero più un ragazzino a caccia di animali domestici, ero diventato un uomo. Che poteva mangiare vera carne come gli altri veri uomini dei sotterranei. E che aveva tanta fame arretrata e tanta voglia di mostrare a tutti quanto era bravo.

Viva i veri uomini!

Quando compii i tredici anni, riuscii a mandare lo zio Enzo in vacanza. Lo iscrissi alla crociata contro gli adoratori del Bue, selvaggi senza patria e senza religione. Si divertì moltissimo, prima di essere catturato, bollito, fatto in spezzatino e servito ai maiali.

L'esuberanza giovanile, il gusto per la sperimentazione, la naturale curiosità di conoscere persone nuove mi stimolarono a dare uno stile diverso al lavoro.

Feci adattare l'illuminazione alle mie esigenze, con punti luce che crearono angoli suggestivi. Rinnovai l'arredamento e feci disporre divanetti, tappeti, tavolini bassi; e poi una ghiacciaia; e infine un mobile bar e una dispensa.

Approfittai di un prigioniero acculturato, uno scrittore di teatro che aveva offeso le istituzioni. Gli feci scrivere una supplica al re. Io non ho mai avuto tempo per imparare a scrivere e nemmeno voglia di perdere tempo. Gli promisi una riduzione delle sofferenze e mise giù delle parole proprio belle. Lo ringraziai e gli tagliai la testa.

Seppi poi che il re scoppiò a ridere, quando lesse la mia supplica, ma solo perché era entusiasta della mia iniziativa. Ebbi così a disposizione cinque suonatori che sistemai, nudi e con la testa rasata, nell'angolo delle ossa.

Quindi feci stampare gli inviti.

Inviti molto esclusivi. Non volevo feccia nel mio locale.

Viva la nobiltà!

All'inizio, solo alcuni nobili annoiati scesero le scale di pietra viscide sulle quali avevo steso una passatoia di velluto rosso. Erano scettici e snob, ridacchiavano annusando flaconi di profumo e tirando su nel naso una polverina bianca. Mi squadrarono con alterigia e gradirono l'aperitivo con sussiego, come se gli facesse schifo.

Poi, però, servii la cena.

Ma che cos'è questa delizia? Ma che cos'è questo pasticcio di paradiso? Ma che cosa sono questi bocconcini d'estasi?

Mica potevo dirglielo. Mica potevo rispondere: coglioni di democratico, mammella di puttana, chiappa di ladro, fegato di strega, polpa di drammaturgo... Mica potevo dirgli che nel vino c'era il sangue dei disgraziati che loro stessi avevano condannato e che il pane era fatto con la farina delle loro ossa. L'unica cosa importante era che gli piaceva. Uh, come gli piaceva la mia cucina!

Dovetti buttarli fuori, traballanti e scarmigliati, che era già mattino.

La sera dopo il locale era pieno. C'erano anche le dame.

Scesero le scale strillando quando i topi guizzarono tra le gambe fasciate di seta.

Non furono da meno dei cavalieri. Mangiarono, bevvero, lanciarono squittii di appagamento, applaudirono, diedero suggerimenti idioti, provarono a fare incisioni sul petto dei prigionieri più astanti, andarono perfino in calore e dovetti convincere una coppia dai bollori eccessivi a ritirarsi nel separé.

Ci tenevo a un certo decoro. Viva me.

Dopo quindici giorni, venne il re.

Solo un giro di controllo, disse. Solo per assicurarsi che i prigionieri fossero trattati con umanità. In realtà, aveva sentito decantare la mia cucina e un crapulone come lui non aveva resistito.

Mangiò da re.

La voce si sparse. Tutti i nobili vollero assaggiare i miei piatti ormai famosi: Cocktail de turcas, Flan de spaccagginocchi, Bourride de mordacchia, Garrotta à l'étuvée avec sauce gogna, Soufflé di collare spinato à la biscaïenne, Mousse di schiacciatesta, Fricandeau di libertino impalato...

Mi lanciarono monete d'oro come chicchi di riso a un matrimonio eretico e io divenni ricco. Non sapevo che cosa fare dei soldi e

ammucchiavi le monete in un angolo buio, dove rimasero fino alla mia scomparsa, quando i miei aiutanti se le contesero ammazzandosi a vicenda, nessun superstite.

Viva la povertà!

Visto che lo zio Enzo non tornava dalla crociata, fui nominato sia primo boia sia primo cuiniere reale. Viva il Bastardo boia reale! Viva il Bastardo cuiniere reale!

Con la duplice nomina non ebbe inizio un futuro luminoso, ma la mia fine. Ahimé, il lavoro non mi disse più niente. Taglia, scortica, squarta, arrostitisci, strappa, ustiona, schiaccia, metti a bollire, aggiungi aromi, assaggia la salsa, sperimenta nuovi piatti, arrosto di giustiziato ancora vivo... sempre le stesse cose.

Avevo tre assistenti, erano diventati bravi, sempre più spesso lasciavo che facessero tutto loro.

A diciassette anni mi sentivo già vecchio e inutile. Perché non riuscivo a godermi il successo?

Dormivo poco. Le urla dei prigionieri non mi facevano più da ninnananna. Erano diventate un'ossessione. Come lo sbattere di un'imposta nel silenzio della notte.

Mi alzavo e sbraitavo: Urla! Sempre urla! Basta urlare! Ma è vita, questa? E sempre questa puzza di cucina!

Mi alzavo e ne ammazzavo qualcuno, ma gli altri urlavano con più convinzione. Allora fuggivo nei sotterranei profondi e dormivo con i topi. Lasciavo che mi assaggiassero qua e là, in ricordo dei vecchi tempi.

Fu in quello stato d'animo che provai curiosità per la mia clientela. I cavalieri e le dame erano diversi dai prigionieri e dai miei assistenti: non puzzavano, si muovevano con grazia, parlavano cinguettando, ridevano arpeggiando e non smettevano mai di parlare e di ridere.

Noi, meno si parlava meglio era e mai e poi mai si rideva. Al massimo un ghigno in faccia ai prigionieri intellettuali.

Mi misi ad ascoltare le conversazioni.

Mi sembrò incredibile che nel mondo di sopra esistessero tutte le cose di cui parlavano. Avevo sempre creduto che il mondo di sopra fosse più o meno come il mondo di sotto, un sotterraneo rovesciato; invece, a sentire loro, c'erano meraviglie da perdersi nei sogni a occhi sbarrati, come in un labirinto. Cercavo di immaginare carrozze foreste arazzi laghi selvaggina levrieri cristalli cannoni palazzi...

Mi resi conto che non avevo ancora conosciuto il mondo reale, quello dove c'era la luce del sole.

Nemmeno una donna avevo mai conosciuto.

Ma sì, ogni tanto si faceva sesso con le prigioniere, prima e dopo. Capii, però, che c'era un altro tipo di sesso, che poteva durare più di un minuto e che si faceva con calma, senza squartare.

Si chiamava amore. Quando gustai la dama che era stata tanto incosciente da appartarsi con me, scoprii un nuovo gusto. Mi piacque. La sua carne non sapeva di sudore, orina e terrore. Deliziosa. Me la cucinai di notte, in una solitudine frenetica.

Viva l'amore!

Il re mi volle come cuiniere personale. Va bene, risposi. L'ordine era arrivato al momento più opportuno. Forse mi sarei annoiato di meno, nel mondo di sopra. Ero eccitato e accettai a occhi chiusi anche un altro incarico. Il re aveva appena perso l'ultimo assaggiatore e io fui subito disposto a rimpiazzarlo. Più che un lavoro, mi sembrò un divertimento.

Dovetti cambiare le mie abitudini e prima ancora dovetti cambiare gli indumenti che avevo portato per anni senza mai toglierli. Dovetti anche fare un bagno e mi si impose di farne uno tutti i giorni. Mi lamentai per lo spreco d'acqua, ma capii che tutto doveva essere sprecato, altrimenti non sarebbe stato degno del re. Anche di assaggiatori c'era stato uno spreco: quindici in un mese. Mi fu assegnata una stanza e anche quella mi sembrò uno spreco. Nella stanza c'erano perfino i mobili e dissi che sarebbe stato uno spreco, perché non ne avevo bisogno. Mi mandarono una donna e, imbarazzato, dissi che era uno spreco, perché mi ero sempre arrangiato da solo. Invece mi stupii di me stesso: superai in fretta l'imbarazzo facendo con lei quel tipo nuovo di sesso, dopo il quale la donna rimaneva viva.

Fra tanti sprechi, ne approfittai per avanzare le mie richieste: ogni giorno mi doveva arrivare carne fresca dai sotterranei. Dai sotterranei? Non dalle macellerie reali? No, proprio dai sotterranei. Ma nei sotterrai non c'erano stalle e pollai e nemmeno foreste per cacciare il cervo e il cinghiale! Chi se ne frega, voglio carne fresca dai sotterranei. Fui accontentato.

Viva la carne fresca!

C'era una congrega di invidiosi che ci avrebbe voluti tutti e due morti, me e il re. I veleni nelle pietanze furono raddoppiati. Come

accidenti facessero non lo so, dato che le carni arrivavano direttamente dai sotterranei. E poi ero io l'unico a maneggiarle. Ma quello era un mondo fatto così: spie, congiure e veleni.

Dovetti ingurgitare le sostanze più tossiche, fabbricate dagli alchimisti nei laboratori in cui mi era vietato entrare. Oppure procurate dai mercanti giunti dall'Africa, dalle Indie o da chissà che cavolo di posto.

Io bevevo e mangiavo senza rovinarmi l'umore. Nessun veleno mi era letale.

Dovetti ringraziare l'allenamento sostenuto nella prima infanzia, quando fui svezzato con carne e piscio di topo di fogna. L'effetto dei veleni si manifestava solo con emicranie, mal di stomaco e vertigine. Ma in questo modo il re veniva messo in allarme.

Finalmente il re poteva contare su di un assaggiatore stabile, che non gli avrebbe vomitato addosso e sarebbe sopravvissuto alla colazione. Ero nelle sue grazie. Ero potente.

Viva ancora il re!

Fu in quel periodo che alcuni funzionari rottinculo scoprirono l'origine della materia prima della mia cucina. Scoppiò lo scandalo. Fui arrestato e incatenato nel mio sotterraneo, tra i miei assistenti allibiti. Rimasi in catene solo tre ore. Il re in persona venne a liberarmi. Aveva convocato d'urgenza il consiglio dei ministri. La delibera era stata votata all'unanimità: che riprendessi all'istante le mie funzioni e i miei onori, perché alla mia cucina non si doveva rinunciare.

Erano intossicati, i damerini. La carne di torturato li aveva drogati. Non potevano più fare a meno dei miei disgraziati. La proclamazione della mia cucina come buona, salutare e metaforica della vera giustizia convinse anche gli ultimi recalcitranti: una bistecca di eretico al sangue allungava la vita.

Le richieste aumentarono e divennero eccessive: non c'erano, nel regno, tanti reprobì da torturare e giustiziare!

Andai dal re e gli dissi: Re, non ti sembra tempo di fare una guerra? Ho pronte nuove ricette per i popoli che abitano i regni confinanti. Da leccarsi le dita.

Non volevo una guerricciola da poche migliaia di uomini, quella me la potevo fare da solo, ma una guerra mondiale, in modo che ci fosse da viaggiare. Avrei conosciuto altri usi e costumi di combattimento, ammazzamento e tortura. E, perché no, anche di cucina. Mi sarei divertito un sacco.

Partimmo. Il popolo ci salutò festosamente. Dopo tre giorni vinchemmo la prima battaglia. Una montagna di teschi.

Dopo sei mesi il re era stanco e voleva fare la pace per tornare al castello. Io avevo previsto almeno cinque anni di guerra e mi arrabbiavo e protestavo e lui mi minacciò e io capii che fin che lui fosse stato il re e io un suddito non mi sarei potuto divertire come volevo.

Lo ammazzai. Non lo feci di notte o a tradimento. Lo ammazzai davanti a tutti tagliandogli la testa con un colpo netto e preciso. Ero un professionista. Gridai: Il re è morto! Viva il re! Gli tolsi la corona e me la ficcai sulla testa. Poi appesi il cadavere al gancio, lo feci a pezzi e lo cucinai. Fu un banchetto molto chiassoso. I presenti non sapevano più che cosa dire e che cosa fare. Li avevo spiazzati. Molti si ubriacarono per evitare di schierarsi. Molti si ammazzarono tra di loro. Io ammazzai i superstiti. Ammazzai anche i figli dei nobili ammazzati, le loro dame, e poi i dignitari, i paggi e infine tutti quelli che mi andava di ammazzare.

Poi, presi il popolo e lo portai in giro per il mondo, ad ammazzare tutti quelli che incontravamo.

Ne incontrammo tanti e tanti ne ammazzammo. Dopo un anno, non rimase più nessuno da macellare. Eravamo ridotti alla fame.

Salii sulla cima della montagna. Allungai lo sguardo verso ognuno dei quattro punti cardinali. Vidi ovunque colonne di fumo salire vorticoso. Il mondo era mio prigioniero e io ne ero l'assaggiatore. Pensai: mondo, sei conciato male, che cosa ne faccio di te?

Scesi dalla montagna e comandai di prepararsi alla marcia. Si tornava a casa. Fu un viaggio silenzioso. I più forti divorarono i più deboli. Quando arrivammo al castello, fummo accolti da un silenzio tetto: tutti pelle e ossa, tutti folli e feroci.

Scesi nei sotterranei e ammazzai i pochi prigionieri ancora in vita. Tirai un sospiro di sollievo e di soddisfazione.

Ero a casa.

Scesi nei sotterranei più profondi e ripartii all'esplorazione delle viscere del mondo.

Ed eccomi qua.

In questa oscurità, in questo silenzio, in questo brulicare di occhietti crudeli, in questa verità di vita che divora vita, ora mi sento felice.

Sto ancora percorrendo le budella nelle quali i sogni sono incubi. Ogni tanto riaffioro in superficie per rendermi conto del cammino

percorso. Sono un fiore velenoso che sboccia all'improvviso in una piazza di paese, in un pascolo, in una strada, dentro una casa... Mi guardo intorno, vedo donne che preparano il pranzo, bambini che giocano, uomini che lavorano... Ammazzo e divoro tutti quelli che vedo e torno nel labirinto del mio pensiero cupo, cercando la via per il cuore del mondo, che voglio divorare. Crudo, come il cuore del cane che non era vissuto abbastanza per soddisfare il mio piacere. Io quanto vivrò? Sotto i miei piedi scorre un rivolo di sangue e fango, ma qui non scorre il tempo e io sono votato all'eternità.

Mi nutro dell'umanità che si è sempre e da sempre nutrita di se stessa. Così mi hanno insegnato. Vorrei solo qualcuno, ora, a cui trasmettere la mia arte. Ma, poi, lui divorerebbe il suo maestro.

Io sto bene da solo.

Tutto il resto è cibo.

NIJNSKIJ: LO SPETTRO DELLA ROSA

MAURA DEL SERRA

Personaggi:

Vaslav Nijnskij

Ombre

Voci

Interno con pareti bianche; a sinistra una finestra con inferriata a croce greca; sul davanzale, una pianta secca di rose in vaso e un recipiente; a destra una porta, e accanto un letto basso con cuscino. Luce rossastra e brusio di voci dalla stanza accanto. Lontana si ode la sirena di un'ambulanza. Nijnskij, in calzamaglia nera con camicia bianca a maniche ampie, è seduto a gambe incrociate al centro della scena. Via via che parla, il suono della sirena e la luce crescono, mentre le voci si allontanano.

Nijnskij (con voce assorta, intensa, pausata) – La morte è venuta, perché io volevo che venisse. Dicevo a me stesso che non desideravo vivere. Non ho vissuto a lungo. Ero felice, ma dicevano che ero pazzo, che ero cattivo. Pensavo di essere vivo, ma non mi davano pace. Ho visto il nulla. Tutto intorno a me è vuoto. (Il suono della sirena è vicinissimo; N. si alza, prende il recipiente dalla finestra e annaffia la pianta di rose, sogguardando ansiosamente fuori; torna al centro della stanza e grida) Romola! Romuska! Perché?! Sei stata tu a chiamarli?! (Puntando il dito verso il pubblico) Siete stati voi?! (La sirena tace. Va alla porta e vi si accosta, allargando le braccia) Romola! (Torna al centro; più calmo) Lo so, tu lo credi. Anche loro lo credono. È perché pensi troppo, Romuska. Tutti pensate troppo. Ma io penso poco; non posso impazzire. Io so quello che sono. Capisco quello che sento. Io sento attraverso la carne. Sono Dio, se lo sen-

to. Sono Dio in carne e sentimento. Sono semplice come la natura. Sono solo e semplice. (Ride sommesso) Non ho belle maniere come te, Romuska (accenna un inchino); o come voi, signori carissimi, che chiamate i medici per non vedere, per non ascoltare. Io non ho cultura. Dio non è cultura, è saggezza. Gli uomini sono vermi nel corpo del mondo; il mondo è un verme nel corpo di Dio. Voi fingete di ammirare chi ama gli uomini, ma in realtà pensate che è pazzo. Oh, sì, avete ragione: non è un pazzo inoffensivo. È un uomo in un milione, una nuvola di uomini. Io sono un uomo in un milione: tutti quelli che avete ucciso. (Note di "Lili Marleen") La guerra è finita, dite; tutto sarà ricostruito, dite; le campagne, le città, le fabbriche, i teatri, la dolcezza di vivere. Ma neanche uno di quel milione di cuori. Non sappiamo ricostruirlo, non possiamo. (Grida) E allora non potete esaminare il mio cervello! (Calmo, quasi ironico) Prima devo esaminare io la vostra mente. Voi sapete come si uccide. Dovete scegliere: o uccidete la mente, o uccidete la vita. (Volta le spalle al pubblico, mentre la luce si abbassa. Canti tradizionali russi. Sul fondo, ombra e voce di Thomas Nijnskij, che batte in cadenza le mani): «Eleanora, vieni a vedere i bambini nel passo a tre che ho creato per loro. Guarda Vaslav: è dotatissimo, un prodigio naturale! Gireremo tutte le Russie. Lui sarà quel che non ho potuto essere io: un grande professionista, forse un solista dello Zar!». (Ombra e voce di Eleanora): «Oh, Thomas, io ti seguirei in capo al mondo, lo sai. Ma i bambini sono stanchi di questa vita da zingari. Dovrebbero avere una casa, una scuola ... lo? Che cosa ti ho fatto? No, che dici? Non è vero che sono sempre triste. Sono stupida, ecco ... (grida) Lei chi è? Thomas, non lasciarmi, ti prego! Che ne sarà di me, dei nostri piccoli? (Con dolore sommerso) Sì, mi sono sciupata ... non ho più avuto fascino per te, da quando ho smesso di danzare. L'ho fatto per loro, lo sai. Thomas! (L'ombra di Thomas Nijnskij esce con un gesto sprezzante. N. fa un gesto verso l'ombra di Eleanora, ora affaccendata come a dei fornelli. Musica lieve, sincopata. Ombra di Eleanora) Vaslav, prendimi la farina, là, sulla credenza ... e le uova e lo zucchero sulla mensola. Sì, oggi faccio il dolce, è domenica. Ai pensionanti piacciono i miei dolci, vero? ... Ma certo, tesoro, è anche merito del tuo aiuto! Sei un bravo ragazzo, Wacio. (Sospira) Se solo ti accettassero alla Scuola Imperiale di Danza ... sarebbe una benedizione, e non solo per i soldi ... Wacio, smettila con quella fionda! Dai, finiscila,

piccola peste! Smettila, ti dico!». (L'ombra di Eleanora esce coprendosi la testa con le mani e ridendo, come inseguita. Entra l'ombra di N. bambino, gridando gioiosamente): «Mi hanno preso, mamma! Ce l'ho fatta! Sono un allievo della Scuola Imperiale! (serio) Ora penserò io a te, a Stanislav e a Bronia. Non dovrai più fare debiti, non avremo più fame». (Lo circondano ombre di compagni irridenti, che scandiscono in coro): «Ci-ne-se! Ci-ne-se! Fac-cia tar-ta-ra! Tam-buro rot-to! Zit-to-ne! Cocco del professore! Cocco di Shaljâpin!». (Voce di uno di loro, che arriva di corsa): «Filiamo, c'è il sorvegliante!». (Tutti fuggono. Luce rosso-arancio. Voce del basso Shaljâpin nell'aria della pazzia e morte del "Bor'is Godunov". La voce sfuma; N., alzando le braccia): «Fjodor Michàilovic, io voglio essere come voi, un cavaliere della Santa Russia». (Voce del maestro Cecchetti): «Studiare, ragazzo, stu-dia-re! (In sottofondo, grida di folla in subbuglio) Segui le lezioni di Petipa, invece dei comizi della Pavlova e della Karsàvina. Voi siete degli artisti: non avete nulla a che fare con rivolte e scioperi, ve lo dice Cecchetti. (Grida più forti) Ancora tumulti! Comincia male, questo millenovecentocinque! Su, riprendi da capo. Non sarà la Santa Russia a fare di te un grande, ma le tue gambe e il tuo cervello!». (Grida miste al suono del piano): «Viva la rivoluzione! Viva gli operai! Vogliamo pane! Viva il pope Gapòn!».

(Il piano si ferma di colpo. Sul fondo appare l'ombra di N. coi libri sotto il braccio, e quella di alcuni cosacchi a cavallo che sparano e colpiscono con bastoni dei popolani tumultuanti; una voce grida): «Fratelli, non colpiteci, per l'amor di Dio!». (Mentre N. resta immobile, la sua ombra si slancia in loro aiuto; un soldato lo colpisce alla testa. Buio sul fondo. Sulla scena, N. si accascia in ginocchio, reggendosi la testa. Colpi sordi e cadenzati. Voce recitante f.s.): «Marciapiedi di gente che fugge. Si fa buio. /Il giorno non riesce a levarsi. /Al crepitio di una scarica / risponde /un'altra scarica dalle barricate. /Ho quattordici anni. /Tra poco ne avrò quindici. /Queste giornate sono come un diario. /Vi leggi, aprendole a caso». (In sottofondo, voce di Cecchetti che scandisce più volte: «Uno, due, tre, quattro ...» e svanisce. I colpi diventano battiti di cuore; la luce si fa soffusa e rossastra. N. si alza, come preso per mano. Sottofondo di musica da ballo, risate, tintinnio di bicchieri, ecc. Voci carezzevoli e sensuali di donne da vari punti della scena): «E allora, mio bel ragazzo, vogliamo fare conoscenza?». «Ti piace la festa del principe?». «Vuoi starte-

ne da solo su quel divano tutta la sera? Vieni, passerotto, di là ce n'è uno più comodo ... Via, non fare il monacello, l'ho visto come mi guardavi! Andiamo a inzuppare il biscottino ... Muori dalla voglia, eh?». «Ragazze, un po' di tatto! Non vedete che è la prima volta?». (Ridono; N. vaga per la scena come spinto qua e là, con gesti fra la ripulsa e il desiderio, le braccia tese e i capelli scomposti. Si ferma, accostandosi a una parete laterale, mentre risuona la voce imperiosa di Diaghilev): «Fuori dai piedi, stupide cagnette! Tornate dai vostri pari e lasciatelo in pace!». (Appare l'ombra di Diaghilev che si avvicina a N. e fa il gesto di ricomporgli delicatamente i capelli e le vesti; poi, con voce carezzevole): «Sono Diaghilev. Sergej Pavlovic per gli amici ... per voi Serjoža, se volete. È come se ti conoscessi da sempre, Vaslav: posso chiamarti così, vero? ... Ma che occhi hai ... tabernacoli di segreti ... Vieni, ragazzo mio, andiamocene da quest'orgia volgare. Ho molti progetti per te ... per noi. Sul mio onore, Vatz: io farò di te una étoile. Tutto il mondo ti ammirerà, ti amerà alla follia. Non lo sai che sono un uomo d'onore?». (Musica avvolgente; la luce si abbassa, mentre l'ombra di Diaghilev si confonde con la figura di N. Luce su N. che, muovendosi verso il centro della scena, recita lentamente, con voce a tratti tremante ma fiera): «Non posso chiamarti per nome, perché non ho un nome da darti. Non voglio che tu pensi che sono nervoso. Sono in grado di scrivere con calma assoluta. Io non ti temo. So bene che nell'intimo tu non mi odi. Io ti amo come si ama un essere umano, ma non voglio mai più lavorare con te. Non sono morto, voglio che tu lo sappia. Sono vivo e lavoro, perché Dio vive in me, e io in Lui. Tu ami chi si umilia davanti a te. Io non lo farò. Non voglio il tuo sorriso, è morte. Tu hai cervello, ma nessun sentimento. Conosco tutti i tuoi trucchi. Quando stavo con te, spesso fingevo di essere nervoso, ma non lo facevo per cattiveria. Avevo Dio con me, ma tu sei una bestia, non capisci l'amore. (Pausa) Ora sono tuo, perché sono mio. Io amo, ma non sono carne e sangue, sono anima. Tu non hai voluto capirmi per vivere con me in amore d'anima. (Minaccioso) Ti auguro... (Pacato) Ti auguro tutto il bene». (La luce su N. si smorza; rumore di sedie mosse nell'altra stanza. Voce di Kyra, ansiosa e angosciata): «Aspettate un momento, signori, vi prego ... Non può essere il vostro responso definitivo. Professor Freud, datemi una speranza!». (Voce maschile): «Non ce ne sono, signorina Nijnskij. Vostro padre è incurabile. Nemmeno la

psicanalisi può nulla nel suo caso. Sono dolente». (Voce di Kjra c.s.): «Voi, professor Jung, col vostro nuovo metodo di analisi ... tentate ancora, vi prego, restituitelo a se stesso, alla sua arte!». (Altra voce maschile): «Sono dolentissimo, mademoiselle. Questo è il primo caso dopo anni che mi trova nuovamente d'accordo col professor Freud; ma non me ne rallegro, credete. La sindrome schizoide è troppo avanzata. È prigioniero per sempre delle Madrii (Voce di Kyra, c.s.): «E voi, dottor Ferenczi ...? No, non ditelo: non voglio più sentire quella parola!». (Scoppia in singhiozzi. Terza voce maschile): «Non la ripeterò, mademoiselle. Ma porti suo padre in quella clinica di Londra che le ho consigliato. Ora che Hitler è caduto, anche il regime di Stalin non vi perseguiterà più». (Accordi di piano che sfumano, diventando colpi discreti alla porta. N., che durante il precedente colloquio si era inginocchiato davanti al letto, ripetendo sommessamente): «Tutto il bene ... tutto il bene ...» (Si rialza, sta in ascolto, va alla finestra, guarda fuori e si ritira in fretta. Poi, tristemente). Li hai chiamati di nuovo, Romuska ... Sei tu che li porti qui tutti i giorni, a strapparmi il cuore dall'anima ... (grida) Vattene!». (Ombra e voce di Kyra, seguita da un'ombra maschile che ha in mano dei fogli): «Papà, calmati, sono io ... Ti ho portato una visita, un amico che vuole parlarti. Aspetto di là. Chiamami, se hai bisogno ...». (L'ombra maschile si sovrappone a quella di Kyra, al centro del fondale, crescendo di dimensioni. N. la scruta, poi indietreggia; a bassa voce) Io non sono più il Nijnskij dei Balletti Russi. Sono il Nijnskij di Dio. Nessuno di voi può parlarmi, se Dio non vi battezza nel fuoco. (L'ombra, parlando con calore un po' concitato, come temendo di essere interrotta): «Vedo con gioia che mi riconoscete, Vaslav Fòmich ... Sì, sono Leonìd Mjàshin ... Massìne! Quanto tempo, eh! Quasi trent'anni. Certo, avrei dovuto venire prima. Ma sapete, gli impegni di lavoro, le tournées, poi la guerra, la compagnia da riorganizzare ... Il mondo è diventato piccolo, ma la danza è ancora fondata sul sacrificio personale, come ai vostri tempi ... ai nostri, voglio dire. Ah, ho imparato molto da voi, allora ... Anche Serghej Pavlovic, pace all'anima sua, lo disse a Cecchetti ... ve lo ricordate, vero, il maestro Cecchetti? Quando mi scopri in una scuola privata, mi portò da lui e gli disse: "Enrico, insegnategli alla svelta tutto quel che sapete e fatelo danzare come Nijnskij". (N. volta le spalle) Oh, scusatemi, forse non dovevo rammentarvi ... ma ormai, pensavo che ... (Pausa imbarazzata; N.

avanza lentamente verso il proscenio, mentre l'ombra cresce ancora di dimensioni) Ecco, sono venuto per chiedervi se potete aiutarmi nel mio progetto; forse vostra moglie ve ne avrà parlato ... Sto ricostruendo gli antichi Balletti Russi; voglio curarne un riallestimento per il nuovo pubblico di questi anni. Sapete, è rinato un interesse enorme per le avanguardie di allora; c'è un ritorno alle origini, un bisogno di ritrovare l'identità culturale europea ... Anche Strawinskij e Schönberg sono disposti a collaborare ... Ecco, in sostanza volevo chiedervi se avete altri disegni delle vecchie scenografie di Bakst e di Benois, oltre a questi che vostra moglie mi ha dato ...». (Alza la mano che tiene dei fogli; N., senza guardare, con tono dolce) Ma certo, Leonid. (Corre verso il fondo, mentre l'ombra diminuisce velocemente di dimensioni; fa il gesto brusco di strappare di mano all'ombra i fogli e di stracciarli. Buio sul fondo; N. va verso il letto, prende dei fogli con dei disegni e li mostra al pubblico. Con veemenza) Non sono quelli i veri disegni: sono questi! (Musica wagneriana: "La morte di Isotta". Si volta di scatto indicando il fondo, dove compaiono in successione disegni surreali a colori violenti, con figure animali ed umane in un vortice espressionista di linee concentriche; l'immagine si fissa infine sul disegno alla Redon di una grande farfalla con la testa di N., minacciata dalle zampe di un grande ragno con la testa di Diaghilev. La musica sfuma.) È questa l'anima dei Balletti Russi! (Ironico, come declamando) I Balletti Russi di Serghej Diaghilev, signori! (Disperato) L'anima della Russia prigioniera per sempre delle sue trame. (Lentamente) Io sono colui che muore quando non è amato. Eppure lui dice di amarmi. Tutte le notti me lo dice, quando lei dorme. Lui entra, e poi ... (Fa un gesto brusco, come per difendersi; poi ride, frivolo; luce chiara su N.) Oh, tutti dicono di amarmi, tutti adorano il dio della danza. (Confidenziale e malizioso) Sapete, ieri, a Venezia, Isadora Duncan mi ha chiesto di fare un figlio con lei. Lo chiede a tutti gli artisti celebri d'Europa. Danza libera, amore libero ... Ma io non posso, perché ho già un figlio, vero, Romuska? Volevo dire una figlia ... Kyra, la mia piccola Camargo. Ha dieci dentini, e appena sente suonare un organetto si mette a ballare ... (Suono di organetto di Barbena; in un cono di luce rosata, N. balla come tenendo Kyra piccola in braccio, cantando teneramente) Vostra amabilità, gattino mio, piccina mia ... (La luce ridiventa bianca, e il tono di N. frivolamente divertito) Serghej, ti ricordi quel poeta italiano a Ve-

nezia? Ti somigliava; anche lui si credeva uno zar ... come si chiamava? Danun ... D'Annunzio! Appena presentato, mi dice: "Voi siete Nijnskij? Per favore, danzatevi qualcosa". Io gli dico: "Per favore, scrivetemi qualcosa", e siamo pari. (Ride; poi, serio) Lui non era semplice. Pensava troppo, non mi sentiva, non sentiva nessuno. Era rinchiuso in un alveare di parole, parole, parole ... Voi siete Nijnskij? (Inclinandosi) lo sono Nijnskij. Quando danzo, per l'entusiasmo a Praga fanno a pezzi le poltrone del teatro, lanciano sulla scena tutto quel che capita: fiori, vestiti, oggetti. A Budapest gli studenti staccano i cavalli dalla nostra carrozza e ci portano sulle spalle all'albergo. Tutti aspettano il mio gran salto finale nello "Spettro della Rosa". Ogni sera mezz'ora di applausi. Ma io sono stanco: non sono un saltatore, sono un artista. (Riflessi di luci multicolori su tutta la scena; N. si muove a passo di danza. Rumore smorzato di applausi, che si trasforma in tintinnio di monete. Voce trionfante di Diaghilev): «Ventimila franchi oro a sera, due milioni di franchi quest'anno, Vatz! Però, capisci, ho già dovuto spenderne tre. Sul momento non posso pagarti; ma l'Aga Khan mi ha promesso ... » (Sfuma; N. grida): Non voglio denaro! (Più piano) Io non amo il denaro, Serjoža. Amo la vita, il ritmo della vita nel mondo, nella gente. Voglio che mi sentano, quando danzo. Che creino con me la bellezza, la verità. Però devi pagarmi: devo mandare trecento franchi a mia madre e a mio fratello, a Pietroburgo. Lo sai, è pazzo da quando aveva dieci anni. (Come fra sé) Io so come si parla ai pazzi. Ma me, mi lasceranno stare, perché danzo bene. (Al pubblico, avanzando verso il proscenio) Io so, vi piacciono i tipi strambi, vi divertono. "È un pagliaccio un po' matto, come i buffoni di Shakespeare": lo dite, vi ho sentito. Voi siete i poveri, Dio è il ricco. Ai poveri non basta regalare denaro e cibo. Bisogna dar loro la vita. Io do loro la vita: me. Sono il regalo di Dio. (Voce di Diaghilev): «... l'Aga Khan mi ha promesso quindicimila franchi per i tuoi quattro minuti di assolo, alla sua festa di Londra. Non puoi rifiutare, Vatz. Ci saranno tutti: la famiglia reale, la nobiltà, gli ambasciatori, la stampa ... no, la stampa non la inviterò, perché la marchesa mi ha detto ...». (Sfuma; luce abbagliante. N., al centro della scena, a braccia aperte, con pathos e intensità crescenti): Danzo, volo. L'uomo uccello, mi chiamano. Un vortice di polvere in un raggio di luce. Scivolo sulla scena come la barca sul mare, in spirali che pulsano avvolte al vostro sguardo. Danzo, sono farfalla.

Sulle ali ho la polvere di tutti i vostri sogni. Salto, volo, sto in aria più che posso. Poi ... (La luce cambia di colpo, diventando rossastra) giù, dentro il ritmo obbediente della terra, dentro le sue vene magnetiche; le vostre vene pulsanti di me. Sono ritmo: tutto è battito, ritmo, volo di desiderio. Ogni cosa, per esistere, danza. Rosa e oro, una perla iridescente: sono la perla del tuo anello, Romuska. Te l'ho dato a Rio, quando ci siamo promessi. Salto, rimbalzo in aria, cercando il mio filo celeste ... (Si ferma al proscenio; con un gesto di supplica) No, non applaudite! Vi sbagliate. Non l'ho mai raggiunto, quel filo che mi muoveva, che ci muoveva tutti. Quando entravo in scena, lo sentivo formarsi nella spina dorsale. Eccolo, è dietro la musica, le figure, i colori. Quando mi fermo sull'ultima nota è là, su quella goccia di turbine sospeso ... No, non applaudite, non gridate! (La luce cala; resta illuminato solo il viso di N., che prosegue lentamente). È scomparso. Ricado nella carne, in mille pezzi. Sono muscoli gonfi, martello dentro il petto; sete; sudore; corolle disfatte ... Come quando lui, sopra di me ... dentro ... (Luce rosso porpora, che cresce gradualmente) No! Io sono il Nijnskij di Dio. Sono immobile, sono ricongiunto. Sono il chicco nel grembo della terra. Il granello nell'ostrica, che dà vita alla perla. Il figlio che fa nascere sua madre, suo padre ... suo padre che è tornato ... per sempre. Che lo abbraccia con forza, con tenera purezza. Sono tanto più piccolo di lui. Il mio piccolo corpo è fermo nelle sue braccia. L'anima ride e danza in quella fonte, nel bene sconosciuto che mi conosce tutto. Il cielo giù nel fondo della terra; le acque buiolucenti sopra i cieli. Io danzo come un albero, o un uccello che dorme. Danzo verso l'origine del respiro e del moto. Immobile, divento ciò che sono: una stella. (Musica del "Petruska" di Strawinskij; con vivacità) Sono Arlecchino, il servo padrone dei padroni. Sono Petruska, il genio del mio popolo, il muijk sempre vinto, sempre oscuro, immortale. Sono il Fauno, l'aurora della coscienza umana ... della vostra coscienza senza veli e menzogne. Basta col falso sublime romantico! Basta con quella grazia morbida e sdolcinata, con Giselle e le Silfidi e il chiar di luna e i cigni! L'Ottocento è finito. Il Novecento chiede un'altra forma: linee dritte, angolose, cadenzate; pause scandite; piedi saldi a terra. Geometria del caos, linguaggio dell'energia. Prima di Apollo, prima di Dioniso; prima di Orfeo, del canto, della grazia. Un viaggio dell'alto nel profondo, ai primordi. (Nella stanza echeggiano risate) Ridete? Sì, avete

riso anche ieri sera, alla prima del mio “Fauno”. (Ride ed ammicca) Una bella battaglia, quei dodici minuti! (Musica dell’ “Après-midi d’un faune” di Debussy. Sul fondo e alle pareti, folla di ombre che grida, lanciando oggetti): “Bravo!” “Ridicolo!” “Sconvolgente!” “Inaudito!” “Buffone!” “Splendido!” ecc. (Fischi e applausi, sovrastati dalla voce trionfante di Diaghilev): “Parigi, Berlino, Pietroburgo, New York, Costantinopoli! Tutta l’Europa discute del “Fauno”, Vatzza!” (Al centro della parete di fondo cresce un’ombra maschile con un giornale aperto; legge compiaciuta): «Chi ci parla d’arte e di poesia a proposito di questo spettacolo, si prende gioco di noi. Tutto quel che abbiamo visto è un fauno sconveniente, dai vili movimenti di bestialità erotica e dai gesti di pesante impudicizia. Queste realtà animalesche, il vero pubblico non le accetterà mai». (Getta in aria il giornale e si unisce alle altre ombre, che escono schiamazzando. Ombra di un vecchio che abbraccia commosso quella di N., in costume da fauno, con orecchie a punta e coda): «Sono Auguste Rodin. Ti ringrazio, figlio mio. Tu hai dato vita ai miei sogni. Vieni a posare per me: voglio scolpire la tua statua. Sarai il nuovo David». (Le due ombre si allontanano insieme. Ombra e voce di Diaghilev, con ironia e malcelata irritazione): «Vatzza, finiscila con quelle ridicole sedute a Meudon! Hai di meglio da fare che posare nudo per quel vecchio scalpellino che ti fa bere del Bordeaux alle tre del pomeriggio: per scopi artistici, naturalmente ...». (N., ridendo con maliziosa sorpresa): Sei geloso, Serjoza?! Di un gran signore, un uomo del Rinascimento, un genio come te?! (Si rabbuia) Anche Fokine è geloso di me, da quando ho fatto la coreografia del “Fauno”. Ha paura che lo eclissi, mi sfugge ... e tu non fai niente per chiarire il malinteso, anzi ... è come se tu non volessi che il Balletto Russo abbia un’anima sola. Forse vuoi che abbia solo la tua, ha ragione Romola ... Sì, ci hai sempre contrapposti l’uno all’altro: è il tuo metodo: lanci uno di noi bene in alto (fa il gesto del tennista) e corri subito dall’ altra parte a lanciare un altro alla stessa altezza, così le due palle si scontrano, e si neutralizzano: (fa il gesto di lanciare palle con la racchetta, alternativamente col braccio destro e col sinistro, in direzione convergente sopra la testa) Bakst (rumore di palla) contro Benois (rumore di palla) Strawinskij (rumore di palla) contro Prokofiev (rumore di palla) la Pavlova (rumore di palla) contro la Karsävina (rumore di palla) Massine (rumore di palla) contro Nijnskij. Dovevi stare al gioco

senza perdere un colpo: il progresso, la moda (rumore di palla); impressionismo, espressionismo (rumore di palla); futurismo, cubismo. (Rumore di palla, che cade rimbalzando in scena. N. la raccoglie ed arretra fino al fondo, sul quale appaiono la sua ombra, in tenuta sportiva, e quella di due ballerine vestite analogamente, con gonna sotto il ginocchio e racchette da tennis in mano. L'ombra di N. abbraccia e bacia prima l'una, poi l'altra; quindi si baciano le due ragazze; infine i tre si abbracciano con passione, come danzando con le racchette alzate, posa in cui si fermano. Buio sul fondo. N., ironico) Il flirt: lo sport amoroso del nostro tempo dinamico! La macchina igienica dell'amore! (Al pubblico) Dite, signore e signori, non è forse à la page il mio balletto "Giochi"? (Scandisce) Il tri-an-go-lo! Sì ... ma non avete capito qual è quello vero. (Musica di "Jeux" di Debussy) La vita che tu sognavi, Serjoža. Strano; non ti sei riconosciuto? Il tre, la perfezione dell'amore, dicevi. Io ero te; le ragazze erano i due ragazzi che volevi portarti a letto insieme: Vatzà e quell'altro: Pàsha, Misha, Kòstja ... (Ride) Ma Vatzà rifiuta sempre, quello stupido represso. (Accorato) La sua anima d'angelo è ferita, sta per morire sotto di te. Tu sei il colpo, io la ferita. (In un cono di luce, prendendosi la testa fra le mani, e come ripetendo una lezione) Amare le donne è una cosa orribile, indegna di un artista ... lo ti credo, Serjoža. (grida) Ma perché, perché ti credo? Sono prigioniero del tuo amore feroce! Sono cieco, ho guardato troppo con i tuoi occhi. Mi hai rubato le lacrime. Non ci vedo, senza lacrime: un prigioniero cieco! (Voce di Diaghilev, sicura e dolce): «Sono io il tuo prigioniero, Vatzà. C'è forse libertà in amore? Io ti appartengo, e tu appartieni a me: sei la mia opera d'arte fatta carne, il mio specchio. (Musica di "Shéhérazade" di Rimskij-Korsakov; con tono più intimo) Quando danzi lo schiavo moro di Shéhérazade ... felino, carezzevole, imperioso, giocoso ... tu sei l'amore, Vatzà, l'eros che crea e distrugge ridendo ... senza legge né freno, splendido, superiore ... lo so quanto ti affascina quello specchio di te. Io so quello che vuoi, quello che senti nel fondo. (N. scuote la testa e si schermisce con forza) Vieni a vivere con me, Vatzà. Lascia questo buco di albergo. Penserò io a te, a tua madre, a tua sorella. Ti somiglia molto, Bronia ... farò entrare anche lei nel Balletto. Non dovrai più preoccuparti di nulla. Vieni con me, non vedi che stai male? Hai il tifo, Vatzà. Sei come un bambino: hai bevuto l'acqua infetta di quella brocca. Ti curerò io, farò venire il medico dello

Zar: è qui a Parigi, lo conosco bene. Hai sete? Tieni, ecco l'arancia che mi hai chiesto». (Fa il gesto di porgere un frutto. N., avanzando verso il proscenio con la mano tesa come per reggerlo, lentamente): Ho dormito con l'arancia in mano. Mi sono svegliato all'hôtel di Diaghilev ... nel suo letto. (Gira la mano verso terra) L'arancia era sul pavimento, tutta schiacciata. (Voce di Diaghilev, c. s.): «Sei ingiusto con me, Vatzà. Io ti ho dato tutto, ho messo ai tuoi piedi il mondo intero, e me stesso. (Sprezzante) Le donne?! Tu non sai nulla di loro». (N., in fretta e intensamente): No, nulla. Qui a Parigi passo ore per le strade, a seguire le prostitute. Brucio, mi vergogno, non so decidermi. Le guardo entrare con gli altri nei portoni, guardo i lumi rosa nelle mansarde... Se salissi, potrei restare lassù per sempre. (Voce di Diaghilev): «Le donne?! Non ti basta averle come partners in scena? Ti piace la Karsavina, a quanto vedo. Mi deludi, ragazzo mio. Mi costringi a pensare che vali poco. (forzatamente scherzoso) Via, torniamo alle cose serie. Io geloso? E di chi, di quella? (Ride) Ma se ti ho chiesto io di prenderla con noi, la tua piccola ungherese intrigante ... la figlia della gran diva nazionale, la De Pulsy. Eri tu a non volerla: è una dilettante, dicevi ... (Tagliente) Altro che dilettante... ha fatto bene il suo gioco, la sguadrinella». (Colpi alla porta e voce di Kyra): «Papà, fammi entrare, dobbiamo partire. Rispondi, papà, stai bene?» (N. si volta verso il letto; con commozione sognante, come accarezzando una figura): Romola! Come sei semplice! Sei bella come le stelle sconosciute di questa notte in mare. Resta qui con me, sul ponte! (Sul fondo, ombra di Romola seduta ai piedi di quella di N., che suona Bach al piano (inizio del "Largo ma non tanto" del "Concerto in Re min." per violino e archi. Voce di Romola): «Che idea meravigliosa, Vaslav Fòmich ... mi permettete di chiamarvi così, vero? Un balletto su musica di Bach: danza pura su musica pura: geometrie dell'anima! Sapete, sono così felice di partecipare alla vostra tournée in Sudamerica ... e ... ringrazio Dio di avermi fatto vivere in questo tempo, perché ho potuto vedervi danzare, e creare ... ed esistere». (N., commosso, rivolto alle ombre): Romola, io credo che noi due ... Ma che cosa avete lì? (Ombra di Romola, porgendo un piccolo cuscino): «Ecco, Vaslav ... il cuscino che vi aveva dato vostra madre quando lasciate la Russia, e che l'anno scorso avete dimenticato al Grand Hôtel di Montecarlo. L'ho tenuto io». (N., c.s., mentre le ombre spariscono): Volete, signorina ... voi e me? (giunge gli indi-

ci) Datemi la mano. (Fa l'atto di infilare un anello) Il tuo Gesù Bambino di Praga ti ha esaudito, Romuska. Ti ho visto nella tua cabina: lo pregavi tutte le notti, perché io ti amassi. Ora noi siamo uniti. Tu devi dirmi tutto, perché l'amore è verità, è libertà, e tu sei libera. Voglio che tu mi ami soltanto per amore. Se incontrassi qualcuno che senti di poter amare più di me, devi dirmelo. Se è degno di te, farò di tutto per farti felice. Io voglio la gioia dell'amore, il suo seno di luce, la primavera del mondo, lo spirito che danza sulla terra e sull'acqua! (Musica del "Sacre du Printemps" di Strawinskij) Voglio mostrare al mondo le radici della vita, le radici della Russia cristiana e pagana, madre segreta di tutti i paesi! (Ombre in folla, grida e tumulto. Un uomo grida: «Osceno!» e una donna gli sputa addosso; due uomini si battono in duello, poi si allontanano confondendosi con le altre ombre; in primo piano una dama con l'occhialeto alzato dice ad un'altra): «Allora, principessa, cosa ne dite di questo nuovo balletto, come si chiama ... (legge il programma) "La Sagra della Primavera"?». (L'altra, risentita): «Cosa ne dico? Ho sessant'anni, ed è la prima volta che mi si prende in giro!». (Escono. Ombra del maestro Cecchetti, che arriva scuotendo le mani): «Figliolo mio, ma perché sprechi il tuo genio con questa musica da gatti malati che fa Strawinskij? Ti sei montato la testa anche tu? Chiassate, provocazioni, esibizioni! Tanto lavoro, sì, ma per che cosa? Per distruggere il patrimonio della danza! Movimenti spigolosi, disarmonici, brutali ... Credi di non avere più doveri verso la tradizione? Ah, che tempi, che tempi! E, come se non bastasse, vuoi anche sposarti! Io me ne vado in pensione!». (L'ombra si dissolve; su uno sfondo di palme si odono ritmi brasiliani, che si trasformano nella marcia nuziale del "Lohengrin"; passano a braccetto le ombre di N. e Romola, in abito nuziale con strascico, ed escono solennemente. N., salutandole con un gesto affettuoso, va alla porta e la apre, come per farle uscire. Entra l'ombra di Romola che porge un foglietto): «Vaslav, finalmente mi hai aperto! Ero preoccupata ... Guarda, c'è un telegramma per te. E di Diaghilev ... perdonami se l'ho letto. Dice che viene a trovarti ... dopo dieci anni! Ma forse ti farà bene rivederlo ... Decidi tu, caro». (Cade dall'alto un foglietto rosso; N. lo raccoglie. Voce fonda e decisa di Diaghilev): «Londra, venticinque settembre millenovecentotredici. Ricevo da altri notizia vostro matrimonio. Balletto Russo non ha più bisogno vostri servizi. Non raggiungeteci. Serghej Pavlovic Dia-

ghilev». (Buio completo. Musica cupa. N. grida): Il mio amore è bianco, non rosso! ... La guerra! (Luci psichedeliche, sotto cui N. vaga per la scena con gesti disperati; poi, con voce accorata, mentre la luce torna a crescere e a fissarsi gradualmente): Nella guerra tutti perdono, vinti e vincitori. Tutti questi giovani cuori, travolti senza ragione ... tutti questi miei figli massacrati ... (grida) Nessuno può strapparmi! Nessuno può strapparmi la gioia! (Più piano) L'arte vive dentro di me, anche se non posso più danzare, anche se sono prigioniero di guerra qui a Budapest ... Come? Libero?! Libero sulla parola?! Finalmente! Grazie, Eccellenza ... Grazie, Maestà ... Grazie, Santità. (Si inchina in varie direzioni; poi, con voce lieta) Sì, vado in America, il mondo nuovo. Là c'è la libertà, la fraternità, l'uguaglianza. Gli uomini sono tutti uguali. È semplice, no? Sono tutti la stessa persona. Non lo capite, dottore? Le barriere, le frontiere, le montagne, io le odio. Vogliono esistere, ci fanno credere di esistere, ma non esistono. Quello che separa gli uomini sulla Terra non esiste, è illusione. La Terra è la testa di Dio; Dio è il fuoco dentro la testa. Il fuoco non si può dividere in luce e calore. Come dite, dottore? È un bel pensiero? (Ride) No, io non ho pensieri in testa, ma foglie. Sono una foglia; sono una colomba. Sono Tyl Eulenspiegel, il burlone del popolo, lo spirito della libertà. (Musica del "Tyl" di Strauss; N. ammicca al pubblico) Sì, mi hanno impiccato, ma ci vuol altro per uccidere un uomo, la sua speranza, la sua giovinezza. (Musica jazz; sul fondo, profili di grattacieli e sagome di aerei anni '10. Ombra di N. che, su un aereo sospeso a mezz'aria, grida «lhuuuu!» agitando il berretto. Ombra di Kyra piccola che salta e grida): «Papà, papà, portami con te!» (La musica cessa. Buio sul fondo. N., a braccia aperte che richiude lentamente): Gli aerei sono terribili, Kyra. Distruggono gli uccelli. Io ho volato, e ho pianto. (La musica jazz riprende. Ombra di Charlot, con bombetta e bastoncino, che abbraccia quella di N. Ballano insieme, a braccetto; poi parlano; la musica copre le parole; quindi Charlot prende la mano di N. e, mentre la musica sfuma, fa l'atto di leggerne le linee; subito la respinge, gridando): «No! Non è possibile! Perdonatemi!». (Ombra di N.): «Cosa avete visto? Ditemi la verità, non ho paura. Morirò presto?». (Ombra di Charlot): «No, no ... ma peggio, peggio ... ». (Grido di Romola): «Nooo!». (Charlot, con allegria forzata): «Via, Vaslav, non dicevo sul serio. Gli attori scherzano sempre con la tragedia, lo sapete». (Le due ombre retrocedono len-

tamente verso il fondo). «Potremmo fare grandi cose, voi e io. Voi amate il cinema, io amo la danza. Facciamo un film insieme. Ora non scherzo, Vaslav». (Le ombre scompaiono. N., ridendo): Non scherzi, eh, Charlie? Ma se qui in America scherzano tutti, come ragazzini! È tutto un gioco, tutto facile, senza peccato. (Colpi alla porta) Romola, vai a vedere chi è. (Ombra di uno sceriffo, con cappellone e cartuccera, che, mani ai fianchi, dice solennemente): «Sono lo sceriffo di Omaha. Tu e questa donna siete in arresto. Avete preso questa camera per scopi im-mo-ra-li!». (Buio sul fondo; rumore di treno. Voce di Romola): «Cinque mesi in tournée su questo treno, e la bambina a New York ... Oh, Vaslav, non avremo mai una casa nostra?». (N., con malinconica furezza): Abbiamo tutti i continenti, Romuska, come gli uccelli migratori ... ma non dove posare il capo. (Con fervore, dopo una pausa) Io non vivo nelle città del mondo, vivo negli uomini. (Con struggimento) Tornare a Pietroburgo ... fondare la mia scuola, il mio laboratorio ... sarà di legno scolpito e dipinto, come una grande izba ... Ma no, che cosa dico? Lascero la danza, tornerò in Russia a fare il monaco, oppure il contadino. Tolstoj ha ragione: devo salvarmi l'anima, rinunciare a me stesso. (Luce giallo-rossa; musica spagnola e suono crescente di nacchere) Sì, ha ragione ... Però è bello, qui a Madrid. La Corte mi ama, le donne vanno pazze per me. (Ammicca ridendo) Sapete, mi rubano la biancheria intima, come quelle di Boston ... (Si inchina) Oh, re Alfonso, benvenuto. Come? Davvero, Maestà, cercate di imitare i miei salti e le mie piroette quando siete solo? È dolce il vostro paese, pulsa al ritmo del sole. Io e mia moglie amiamo il Prado. Kyra gioca nel giardino, e noi guardiamo i quadri e leggiamo poesie, perché anch'io sono una poesia. (La luce si concentra su N. che si dispone come in ascolto; due voci f.s. recitano brani poetici di Wilde e di Tagore):

«Ma certo è qualche cosa essere stato
il più amato da tutti per un poco,
avere camminato mano in mano all'Amore,
aver visto una volta le sue ali
purpuree volteggiarti nel sorriso».
«Tutto quello che sa chi giace in carcere
è che il muro è robusto, e che ogni giorno
è come un anno dai giorni infiniti.
E questo so, che ogni legge degli uomini

getta via il grano e conserva la pula
col suo vaglio perverso».
«Le catene sono tenaci, ma il cuore mi duole
quando tento di spezzarle.
Solo la libertà voglio, ma mi vergogno di sperarla.
Mi ricopre un sudario di cenere e di morte;
io lo detesto, eppure lo stringo con amore.
E quando vengo a chiedere il mio bene,
io tremo dal timore
che la preghiera mi sia esaudita».
«Colui che vive più di una vita
deve morire più di una morte».

(Le voci tacciono e la musica sfuma. N. ripete assorto): Più di una vita ... più di una morte ... (grida, quasi singhiozzando) Lui è terribile! È un'aquila: la sua ombra uccide gli altri uccelli! Mi ama perché ha bisogno di me. Lui è il coltello, io sono il pane, lui è il torero, io sono il toro ... il toro Apis. (Con voce ritmica, litanica, piegandosi sulle gambe e giungendo le mani) Sono un uomo ferito. Sono un egiziano. Sono un indiano. Sono un pellerossa. Sono un negro. Sono un cinese. Sono uno straniero. Sono un uccello marino. Un albatros caduto sul ponte della nave. (In ginocchio, come fra sé) Io non avrò mai un figlio, perché non sono stato tuo figlio. (Grida) Perdonami, Serjoža! Dimmi che mi perdoni! (Echeggia una risata maschile; poi, voce di Romola): «Ma come puoi illuderti ancora, Vaslav? Vuole solo annientarti, distruggere la nostra vita insieme! A Barcellona ci ha fatti arrestare, per costringerti a tornare in Sudamerica a sfiancarti in quell'assurda tournée! Come, non ricordi? Sei così stanco, caro, così cambiato ... Ho paura. Maestro Cecchetti, vi prego, aiutatelo! Non può farcela da solo. È più di un uomo, ma è meno di un bambino. Sì, con lui sono felice, però ... sono così confusa, non so più cos'è il bene e cos'è il male». (Voce di Cecchetti, con un sospiro paterno): «Eh, bambina! L'hai voluto, il sole del genio! Ma io ti avevo avvertito: a toccarlo, scotta; e l'oro resta attaccato alle mani! Il Balletto Russo è una banda di esaltati: troppi geni, troppi capi, troppe primedonne! Nessuno che voglia lavorare e basta. Per noi della vecchia Europa, è facile amarli, questi russi, ma capirli ... per me, dopo trent'anni, sono sempre un mistero. Credimi, sono dei pozzi senza fondo; e anche pericolosi. Certo, Vaslav basta guardarlo, lui non è

...». (All'ultima frase di Cecchetti, compare l'ombra di N. in posa di danza; rullo di tamburi; Cecchetti grida): «Attento, figliolo!» (Ombra di un grosso contrappeso che cade dall'alto con un tonfo; l'ombra di N. si scansa con un agile balzo, poi scompare. Voce di Romola, agitata ed amara): «Ora non avrai più dubbi, spero! Gli emissari di Diaghilev si sono infiltrati nella tua troupe per ucciderti! È orribile, devi denunciarli, Vaslav! Il pubblico deve sapere che cos'è diventata la tua vita, la nostra vita!». (N., calmo): Non sanno quello che fanno, Romuska. Sono incoscienti, ignoranti, ma non sono cattivi. Diffidano di me perché non mi sentono. Ma io vincerò, ho già vinto, perché non ho paura. La verità vissuta distrugge il male. (Va alla finestra e indica) Guarda: là c'è Sils-Maria; quella è la casa di Nietzsche. Era un grande; io lo amo. È impazzito perché sapeva che la verità della vita è amare gli uomini, ma non è riuscito a sentirlo. (Al pubblico) Io sono Dio, se lo sento, se faccio quello che Lui è. Sono l'ombra del suo manto, dove vivono e respirano tutte le creature. Amo Nijnskij non quando è Narciso, ma quando è Dio; quando è il cerchio che ha il centro dappertutto. Guardate. (Prende e mostra dei fogli, avanzando sul proscenio) Leggete, vi prego. È il mio sistema di notazione della danza. L'ho inventato io. Nessuno ci era riuscito prima. È basato sul cerchio, sulle figure e i numeri del ritmo circolare. Lo pubblicherò; voi mi aiuterete. Finalmente la danza non sarà più bellezza effimera. Sarà eterna, come la musica. Non scolpiremo più delle statue di neve. (Ombre di folla armata e tumultuante, grida, spari. Ombra di strillone con giornali, che grida più forte): «Lo Zar fucilato con tutta la famiglia! Lenin al potere! Le frontiere con la Russia chiuse!». (Musica drammatica; N. lascia cadere i fogli e corre verso il fondo; poi, tornando avanti lentamente, con tono accorato): Madre mia! Non ti vedrò più. (Si inginocchia e china la testa; poi, mentre appaiono ombre di dame che gli si dispongono intorno come a semicerchio, si sdraia in mezzo alla scena, restando semidisteso in posa noncurante. Musichetta salottiera. Ombra di una dama, in tono mondano): «Oh, il nostro carissimo Nijnskij! Allora, Maestro, cosa avete composto di nuovo in questo millenovecentodiciotto?». (Altra voce di dama): «Qualche nuovo stupendo balletto per festeggiare la pace, vero? Oh, tutti i vostri fans sono così impazienti!». (N., in tono fatuo, alzandosi): Cara lady Morrell, stasera siete incantevole, bella come una giraffa. Cosa ho fatto? Oh, un esperimento artistico. Bisog-

na sempre studiare, no? Ho recitato per tre mesi la parte di un pazzo, un po' alla Dostojewskij. Ci hanno creduto tutti: mia moglie, mia figlia, i medici, la servitù. (Esclamazioni estasiato e gridolini delle dame): «Oh, che interessante!». «Audace!». «Très ravissant!». «Degno di voi!». (Voce della prima dama): «E diteci, Vaslav Fòmich ... quella gran croce d'oro che portate sempre sulla cravatta quando uscite a passeggio, in paese ... fa parte dell'esperimento artistico?». (N., fra il grave e il satirico): Io lancio delle mode, lady Morrell. Non posso lanciare quella di cercare la verità? (Ride. Buio. Musica sacra ortodossa, mista a colpi di cannone e a grida lontane. N., in piedi sul fondo, davanti ad una gran croce, con tono grave): Vi ho invitati qui, all'Hôtel Suvretta di Saint-Moritz, perché oggi è un giorno sacro. È il giorno del mio matrimonio con Dio. Ora tutto è semplice, tutto è uno. Io sono pronto, voi siete pronti. Ora vi mostrerò come viviamo, come soffriamo, come creiamo, noi, gli artisti, i prediletti di Dio. (Avanza e si ferma al centro della croce; si siede a gambe incrociate e resta in silenzio per mezzo minuto. Colpetti di tosse, brusio nervoso e sconcertato. N. si alza; con calma quasi minacciosa, lentamente): Ora vi danzerò la guerra. La guerra che avete sempre dentro, che non avete impedito, che ha divorato l'anima del mondo. Vi danzerò l'orrore, la distruzione, la vitamorte; la pietà tradita, la ragione calpestata, il cielo sventrato, gli angeli violentati; e il sangue. Il sangue sparso dappertutto qui intorno: sulla neve dei monti, sulle vette pure, sulle sorgenti, sui sentieri di casa. Il sangue del Dio fatto a pezzi, che non abbiamo salvato. Il sangue muto dei suoi figli, che grida innumerevole sulle nostre porte. Vi danzerò la croce. (Luce fissa, musica concitata. Allarga le braccia e gira su se stesso vorticosamente, lasciandosi poi cadere rannicchiato. La musica cessa. Luce soffusa. Ombra di Diaghilev che tende le braccia, con voce stanca e trepida): «Oh, Vatz, quanti anni ... hai letto il mio telegramma? Sei contento di vedermi? Non ti trovo male, sai ... Però ti sei impigrìto, eh? Vieni, vieni con me: voglio che tu torni alla danza. Nessuno ti vale. (Piano) Ho bisogno di te. (Più forte, come correggendosi) Ho bisogno di te per la nuova stagione dei Balletti Russi. Il pubblico ti aspetta sempre, non può dimenticarti. Allora, Vatz?». (N., che si è alzato lentamente, con pacato dolore): Non posso ... perché sono pazzo. (L'ombra di Diaghilev, reprimendo i singhiozzi, fugge via, Musica lieve, giocosamente naïve; luce azzurrina. Voce di Kyra piccola che canta;

poi, dopo dei colpetti alla porta, entra la sua ombra di bambina, che dice in tono grave e protettivo): «Vieni, papà, dobbiamo partire. Fuori c'è l'ambulanza. Torniamo al sanatorio dove ti trovi tanto bene». (N., con gioia): Kyra, tesoro! Sì, capisco quello che dice il tuo canto. Tutto è gioia, tutto, anche l'angoscia, anche il nulla. Vieni, vieni a vedere la neve; guarda lo zucchero del cielo! (Va alla finestra e accenna fuori; poi indica la croce proiettata dalle sbarre della finestra sul pavimento; prende dal letto il cuscino e lo apre, facendo volare le piume) Guarda la danza! Guarda i petali! Guarda la rosa! (Prende dal davanzale la pianta, ora tutta fiorita di rose bianche, va al proscenio e si inginocchia protendendola; poi, al pubblico, mentre la luce si concentra su di lui): «Guardate nel mio cuore, guardate ciò che è. È forma senza forma, indefinibile, intatta. È in alto ma non è luce. È in basso ma non è buio. È terra nella terra, cielo nel cielo, rosa eterna. (Lentamente) La rosa è senza perché, fiorisce perché fiorisce. Non c'è lamento nella completezza. Non c'è separazione nel giardino. (Si volta verso il buio) Sai, Kyroska? Se i bruchi la divorano, lei lascia cadere un altro seme alle radici, e rivive e rifiorisce, e non sa come. (Al pubblico, ancor più lentamente) Io sono lo Spettro della Rosa. Sono la rosa bianca, la rosa rossa ... rossa ... Russia. Madre, madre mia. Io amo mia madre. Amo mia moglie ... Amo mio marito. Ecco il mio cuore di gioia: prendetelo, mangiatelo, guarite il mondo dal suo dolore! (Lentamente posa ed abbraccia la pianta di rose. Musica gioiosa e luci multicolori)

Buio.

L'URLO DELLA SCIMMIA

GENNARO FRANCIONE

«Quando avviene l'uccisione di un personaggio in un dramma, l'attore cambia il suo trucco ed entra in una nuova parte. Naturalmente l'attore non è stato veramente ucciso; ma, se morire è solo cambiare corpo come l'attore cambia costume, o anche uscire dal corpo come l'attore esce dalla scena quando non ha più nulla da dire o da fare, cosa c'è di tanto pauroso in questa trasformazione degli esseri viventi l'uno nell'altro? Le uccisioni, la morte... tutto deve apparirci come lo spettacolo del cambiamento delle scene a teatro... [Sul palcoscenico] ogni uomo ha il suo posto, un posto che si conviene al giusto come al malvagio:... là parla e agisce, nella bestemmia e nel delitto come in ogni forma di bontà; perché gli attori portano in questa commedia quello che erano prima che la commedia fosse messa in scena...». (Plotino, filosofo neoplatonico - 205-270 d. C.)

Personaggi:

Giovanni Santofruci: l'attore

Scena vuota

Un teschio sul proscenio.

In un angolo uno specchio.

Entra in scena l'attore Giovanni Santofruci con una bottiglia di Merlot a cui dà una sorsata. Recita dei versi di A. Rimbaud da: 'ma bohème'...

L'ATTORE: ... me ne andavo, i pugni nelle tasche sfondate e anche il mio cappotto diventava ideale. Sotto le stelle il mio albergo era la grande orsa, oh! Musa io ero il tuo fedele...

Pollicino sognante, nella notte sgranavo rime... gocce di rugiada mi solcavano il viso come un vino vigoroso ... ah! Arturo ...

... Che cosa c'è di meglio al mondo di un buon bicchier di vino?
Una fiasco di nettare di-vino!

(Fa una bella bevuta, pulendosi la bocca col braccio)

Aaaa! E' vero che la sbobba è nemica dell'uomo. Ma è anche vero che chi fugge davanti ad un nemico è un vigliacco! Merlot alla spina, ma come fa a esse bono, e che so' merlo io? ... ma si nun c'è de mejo ...

(Altra bevuta. Poi si porta in proskenio e afferra il teschio)

Essere o non essere, questo è il problema: se sia più nobile d'animo sopportare gli oltraggi, i sassi e i dardi dell'iniqua fortuna, o prender l'armi contro un mare di triboli e combattendo disperderli. Morire, dormire, nulla di più...

Morire, dormire, nulla di più... Essere o non essere, questo è il problema. Irrisolubile.

Per questo non voglio aver più problemi. E allora mi libero di questo teschio. (Lo mette giù di peso) Occhio di scena non vede, cuore d'attor non sente. E abbasso Amleto!

(S'inginocchia e carezza il teschio) Signori, voglio fare una follia. Lo vendo a uno di voi. E' il cranio autentico di Dante e lo cedo per soli 500 euro! E' un affare!!

(Si alza e guarda tra il pubblico)

Veramente vi sembra un po' caro? Cosa dite... non siete sicuri che sia proprio il teschio di Dante? Guardate l'ho preso da un vecchio rigattiere fiorentino di Ponte Vecchio con la garanzia...

No, no... Ne volete uno più economico? (Col piede spinge da un lato il teschio grande e trae dalla tasca un teschio più piccolo). Ci sarebbe questo piccolo teschio per soli 25 euro! Di chi è? Ma di Dante quando era bambino, ovviamente!

Non lo volete? Non volete neppure questo? Ma voi siete incontentabili! (Depone il teschietto accanto all'altro) Allora vi regalerò un morto un carne ed ossa. Un cadavere fresco sotto i vostri occhi così non avrete dubbi e sarete soddisfatti.

Sì amici io sono qua. Come attore voglio recitare la mia ultima parte prima di trapassare.

Voglio creare con queste mie stesse mani una morte metaforica così come fu la mia nascita. Sì, perché per il colmo della sorte, io attore Giovanni Santofruci sono nato nella patria del grande magistrato drammaturgo Ugo Betti, a... Camerino.

Ehilà nel camerino. C'è nessuno? (Urlando) C'è nessuno? Solo io sono qui in questo teatro vuoto e il camerino è ancora più vuoto. Neppure i miei costumi di scena!

Sei di Camerino?

Non ti mettere in cammino

se la bocca non sa di vino;

e se il dottor dice che è troppo,

meglio il vin che lo scioppo!!

(Fa una sorsata)

Dovevo scegliere fra: ALCOOL DROGA MORTE. Ho scelto le prime due che mi hanno portato alla terza... La MORTE!

Ma ho ancora qualche minuto da dedicarvi, signore e signori, prima di farla finita. Sì, vi lascio il mio testamento orale, sputato da questa bestia da palcoscenico che è Giovanni Santofruci.

Se spaccherai il cuore di un atomo vi troverai l'Universo. Se spaccherai il tuo cuore con uno spillone, vi farai uscire il senso misterioso della vita...

(Sognante)

E' notte. Un gufo mi guarda, la luna mi sorride, le stelle mi parlano e le nuvole creano disegni di ogni tipo: iiihhh e cche ssò quelle?- sono le nuvole... - e cche ssò ste nuvole?- boh... - come so belle, come so belle...- ah! Straziante meravigliosa, bellezza del creato... la devo smettere di bere e farmi le canne!!!

Sulle sale vuote

O tempora, o morti! Dove sono più gli attori di una volta? Oggi trovare un attore è difficile come trovare un Ugo in un Pagliai!

Se oggi qui, in queste dannate stamberghe teatrali vengono cinque persone a sera che diventano sei il sabato e sette la domenica, è tutto grasso che cola!

O Charles Baudelaire qual fiore del male hai gettato sul palcoscenico quando hai detto: “Ciò che ho sempre trovato di più bello, a teatro, è il lampadario”!

(Al pubblico, con voce alternata)

“Com’è andata? Vi siete divertiti a teatro ieri sera?”.

“Sì, un spettacolo veramente stupendo. I quattro intervalli sono stati la parte migliore!”.

“Dai dai dai... La commedia non era poi così orrenda; era il teatro che non andava, aveva le poltrone rivolte verso il palcoscenico!”.

“Sì, (con erre moscia), caro, una splendida rappresentazione Rometta e Giulio! Come non si vedeva da tempo!” hai visto don Calogero? In quello spettacolo così osè... che ci faceva lì? ... una messa in scena ...

La fame

Io, gente, ho fatto soprattutto l’attore drammatico. Shakespeare, Eschilo, Sofocle... ma soprattutto Famocle. Sì ho fatto la fame.

A quel tempo, avevamo una tale fame che nella credenza c’erano i topi che piangevano. (Squittisce e piange) Eravamo una famiglia povera, noi, ma talmente povera che anche dopo, col bum (fa rumore dello scoppio) economico e gli elettrodomestici, una volta aprendo il frigo abbiamo trovato una fetta di prosciutto... che solitudine!

Mica solo noi cristiani nel mondo moderno ci moriamo di fame, anche i musulmani che pure ci hanno il petrolio! (Tra sé) Anche se mi chiedo tutti i soldi dell’oro nero dove vanno a finire. (Pausa lunghissima) Mistero dello sceicco!

Sapete come si chiama il ministro della fame araba? Ali Menthari...

(Fa una bevuta)

Per sfamarmi ho fatto il comico. Il riso fa buon sangue e, se non hai mangiato, con la risata almeno ossigeni i globuli rossi. E poi la gente vuole ridere, ridere, ridere.

Il riso oltre che sangue fa cassetta...

Non sempre. Spesso, anche col comico, ho fatto la fame lo stesso.

Da ragazzo i miei continui e disinteressati slanci di altruismo mi diedero la fama di buono. Da grande quella di fesso. E con quella fama progredì la mia fame.

Il mio pezzo forte era quando raccontavo dell'idraulico che va ad effettuare una riparazione presso la casa di un noto attore teatrale. Rimasto solo con la moglie di questi, ne viene sedotto.

Sul più bello rientra il marito. Dopo il primo momento di panico, l'idraulico si rende conto che l'uomo è rimasto impassibile con una espressione di sdegno in viso davanti alla porta e così apostrofa la consorte: "Fedifraga! Io ti credevo una Cornelia, madre dei Gracchi, invece ti sei rivelata una Poppea! E adesso me ne vado con uno strozzo alla gola!". Detto questo, esce di casa, sbattendo la porta. Bam!

L'idraulico pensa rientrando a casa: "Sarà anche cornuto, ma che bella figura che ha fatto!".

Al rientro trova la moglie a letto con il suo amico falegname. Dopo una prima reazione inconsulta, ripensa alla "bella figura" dell'attore e cerca di emularlo, dicendo alla moglie: "Fotografa! Io ti credevo una cornacchia e invece ti sei rilevata una pompiera! E ora me ne vado come uno stronzo a galla!".

(Prende a ridere come un matto e beve)

Divertente, vero? Non sempre, al mio impresario non piaceva, quando gli ho chiesto se mi aumentava lo stipendio, mi ha detto che era la prima volta in dieci anni, che lo facevo ridere ridere!".

Ingrati. Ti squalificano professionalmente a parole brucianti, pur di non pagarti. E poi dicono che l'arte non rende. E' l'avidità umana che non elargisce il giusto!

C'è un mio amico che si è esibito alla Scala. Una sola volta ed è bastata per renderlo felice e prosopopeico per tutta la vita.

Per me il teatro è stata sempre in salita. Io sono stato per tutta la mia vita alla... scala!

Il requisito fondamentale per un grande attore, signori, è che si piaccia quando recita. E io non mi piaccio, affatto... tranne qualche volta. I momenti più entusiasmanti del lavoro di attore sono quelli in cui riesci a sorprendere te stesso. Rarissimi.

Quando mi viene chiesto qual è il più grande segreto del successo di un commediante, rispondo: la sincerità. Una volta che puoi fingerla, puoi ottenere tutto. Io non so fingere, dunque, non sono un grande attore. Forse non sono un buon attore, ma qualsiasi altra cosa avessi fatto, sarebbe stato peggio!

Se ho sogni nel cassetto? Ma certo come tutti! Diventare una star è il sogno dell'agente, non dell'attore e, quindi, non mio. Io non sogno nulla. Anzi quasi nulla.

L'attore non recita, non imita, o pretende. Egli è se stesso. Un beone coglione della vita!

Ogni uomo è un attore e tutto il mondo è un palcoscenico.

Quando ho cominciato, giovane attore alle primissime armi, mi venne offerta da un regista rinomato che credeva in me la grande occasione di un'apparizione in scena, seppure per una sola battuta.

Toffanin, così si chiamava il maestro, mi rese noto che avrei dovuto entrare in scena e, scorgendo una persona a terra, priva di sensi, avrei dovuto esclamare: "Poffarbacco un cadavere!".

Entusiasta della chance, provai più volte la battuta.

(Afferra lo specchio e si guarda dentro, ritornando in proscenio di spalle, cambiando grottescamente espressione, ad infinitum, cercando di trovare la forma più idonea. Ripete fino all'inverosimile la fatidica frase): "Poffarbacco... un cadavere! Poffarbiacca... un cadavere! Poffarbignocca! Un cadavere!".

(Depone lo specchio accanto al teschio)

Finalmente. Arrivò il giorno fatidico della prima e giunse anche il momento in cui il nostro doveva entrare in scena. (Si porta tra le quinte. Montando) Ero molto emozionato, le gambe mi tremavano, mi mancava il respiro, il battito cardiaco era a oltre 120 pulsazioni e, quando mi spinsero sul palcoscenico (si spinge e viene in proscenio quasi a cadere giù), era buio pesto nella mia mente. Sudavo freddo, mi concentravo per alcuni lunghissimi secondi, poi sbottai... (guardando il teschio) "Cazzo, un morto!".

(Fa un salto e va all'estremità del proscenio)

Una volta la mia entrata in teatro fu molto bella perché c'erano 150 trombe che squillavano alla mia destra e 150 squillo che trombavano alla mia sinistra.

Io sono uno che ha fatto tutto nello spettacolo. Mi sono fatto le ossa così e anche... la carne...

Ebbene sì, signore e signori, io sono uno che ha fatto anche il porno, per campare e mangiare. Voi che avreste fatto al mio posto?

Ma il colmo è che sul set sexy con una bella gnocca sotto... una volta non sono riuscito a entrare nel personaggio. che figuraccia del Cazzo!

Alla fine ho sofferto una crisi d'identità e per questo ora mi trovo a questo punto, sull'orlo del suicidio.

Per mesi ho fatto la parte del maiale in una commedia di Francione un collega del Betti: "Vespertiliones", in cui vari animali parlanti venivano processati per aver ammazzato il fattore crudele.

Nell'assalto micidiale guidato dal maiale, da me (fa un grugnito) l'asina stuprata dallo zotico gli tirava un bel calcione negli zebedei(raglia), io l'azzannavo(altro grugnito), la gatta lo sfregiava(miagola), il cane lo mordeva(abbaia), il tacchino lo becchettava(-goglotta) e il ragno succhiava il piede(sibila).

In una civiltà superavanzata dove alle bestie si riconoscono(più o meno) gli stessi diritti dell'uomo, viene intentato un processo ad alcuni animali di una fattoria, rei di aver ammazzato il fattore. Una parodia animalittica su alcuni sistemi giudiziari ed etici cosiddetti umani, degni invece di essere definiti "bestiali", con un finale ad alta sorpresa.

Basta! Sono vivo e vegeto. Sono vivo. E vegeto. Ma non vegetale. Animale piuttosto. E ho fatto il maiale nella pièce.

*Grugnisce e innesca una danza che termina con una potente scoreggia.
Alterna le parti del Presidente e del Maiale.*

IL PRESIDENTE: (con voce solenne): "Ma come vi permettete? Qui siamo in un'aula di giustizia e voi non potete fare i vostri porci comodi! (Con la mano sventola l'aria dinanzi al naso per la puzza che promana dalla bestia).

IL MAIALE: (in modenese, rincantucciandosi per quello che può): Uuuh, mi scusi tanto, signor President'! M'è sfuggita... sarà l'emozione. (Grugnisce, in a parte) Avevo sete e mi avete dissetato, avevo fame e mi avete sfamato, volevo affetto e mi avete affettato.

IL PRESIDENTE: (con voce solenne con le mani messe a cannuccia sul naso): La prossima volta vi sbatto fuori! Maiale! Continuiamo!

IL MAIALE: (in modenese, ripetendo a stordirsi): Uuuh, mi scusi tanto, signor President'! (Grugnisce) Uuuh, mi scusi tanto, signor President'! Signor President'! Signor President'! (Grugnisce)

L'ATTORE: Bell'opera.: Nuova Commedia dell'Arte del Medioevo Atomico che mi ha rovinato la vita.

Le relazioni più intense sono quelle tra attori e personaggi. C'è un fuoco che brucia nel cuore, e noi comedianti ci saltiamo dentro con la stessa ossessione che abbiamo per i nostri amanti.

Dopo un mese dalla smobilitazione dello spettacolo facevo il pastore nella "Figlia di lorio" e, ragazzi, non riuscivo a liberarmi del personaggio. (Grugnisce) Continuavo a grugnire e a parlare modenese.

(Fa una scoreggia) La mi scusi signor lorio, sarà l'emozione!

Mi sentivo maiale e non riuscivo a uscirne fuori. Il grugnito era diventato un tic. Facevo scoregge dappertutto e mutavo al bar, in pubblico, nei discorsi privati il mio italiano in inflessioni modenesi.

Sì sono dovuto andare dallo psicanalista: "Dottore... ho una crisi di identità! Sono passato sopra uno stagno e alcuni cacciatori mi hanno sparato. La paura è stata tanta che, ancora, ho la pelle d'oca...! No scherzo, dottore, non ci faccia caso sono un cabarettista. La cosa è seria. Non in un'anatra m'identifico ma in un maiale" (Grugnisce).

Paranoia da teatro ha diagnosticato Felisetti. Con possibili deviazioni schizofreniche in scissione della personalità.

Mi ha offerto come soluzione di fare la scimmia. La scimmia elettrica!!!

(Gira per il palcoscenico e fa la scimmia stridendo e urlando e battendosi il petto con delle scariche improvvise che lo fanno ridere).

L'omo e la scimmia

L'Omo disse alla Scimmia:

“Sei brutta e dispettosa:
ma come sei ridicola!
ma quanto sei curiosa!

Quann'io te vedo, rido:
rido non se sa quanto! ...

La Scimmia disse: “Sfido!
T'arissomijo tanto!”.

“Recitare non è molto diverso da una malattia mentale: un attore non fa altro

che ripartire la propria persona con altre. E' una specie di schizofrenia”.

Un attore perfettamente sano è un paradosso.

Felisetti mi ha rivelato che quello era il nucleo autentico della mia ossessione che ha assunto (con aria accademica) nella mimesi la forma del maiale a vita.

Per abreare la fissazione era necessario creare un contronucleo ovvero l'andamento della scimmia, essere piegato, assolutamente antilinare, capace coi suoi urli di rompere lo schema della rigidità scenica.

“Tu sei l'anello di congiunzione tra la scimmia e l'uomo di Neandertal” mi ha detto. E sia.

(Gira ancora per il palcoscenico e fa la scimmia stridendo e urlando e battendosi il petto).

Pensavo di essere guarito ma ora sono talmente dentro la scimmia che non riesco a liberarmene. Che fame! (Prende banane e ne mangia a iosa) Sapete cosa dice una scimmia con la diarrea? Macaco addosso.

(Beve dal fiasco di vino) E' scema la scimmia beona e non più arrapata eh?! Ma chi è più scemo di me? E non vedete come sono diventato pesante? Una scimmia autentica paralitica incinta è più agile di me. “Sì” dicono, “il teatro ti salverà”. Perché? In un teatro a cosa servono le quinte? A rimettersi in sesto!!

5-6, 5-6. Quinte-sesto...

(Ruggendo) Voglio tornare in Africa nel mio habitat naturale. Forse là, nella giungla gli indigeni, per sbaglio, mi uccideranno scam-

biandomi per la vera scimmia di Tarzan. E uno di essi correrà ad avvisare Tarzan gridando: “Tarzan! Tarzan! Cita muorto Cita muorto!!” E Tarzan: “Cita muorto a me??!! Cita stra muorto a te!!!”.

“Morire, dormire, sognare forse: ma qui è l’ostacolo che ci trattiene: in quel sonno della morte quali sogni potranno venire, quando noi ci saremo sbarazzati di questo groviglio mortale? E’ la remora, questa, che di tanto prolunga la vita ai nostri tormenti.

(Si alza e gira per il palcoscenico)

Chi vorrebbe, se no, sopportar le frustate e gli insulti del tempo, le angherie del tiranno, il disprezzo dell’uomo borioso, le angosce del respinto amore, gli indugi della legge, la tracotanza dei grandi, i calci in faccia che il merito paziente riceve dai mediocri, quando di mano propria potrebbe saldare il suo conto con due dita di pugnale? Chi vorrebbe caricarsi di grossi fardelli imprecaando e sudando sotto il peso di tutta una vita stracca, se non fosse il timore di qualche cosa, dopo la morte, la terra inesplorata donde mai non tornò alcun viaggiatore, a sgomentare la nostra volontà e a persuaderci di sopportare i nostri mali piuttosto che correre in cerca d’altri che non conosciamo? Così ci fa vigliacchi la coscienza; così l’incarnato naturale della determinazione si scolora al cospetto del pallido pensiero. E così imprese di grande importanza e rilievo sono distratte dal loro naturale corso: e dell’azione perdono anche il nome...”⁸

Basta non ne voglio più sapere. E’ ora di chiudere il sipario.

Si alza e riprende a fare la scimmia, saltellando e poi facendo l’atto di arrampicarsi.

L’ATTORE: Più in alto la scimmia sale su questo colosso dell’antico impero romano, più mostra il culo.⁹

(In proskenio a recitare)

“Morii come minerale e divenni una pianta; morii come pianta e divenni animale; morii come animale e fui uomo. Perché dovrei

⁸ William Shakespeare, To be, or not to be, from Hamlet 3/1.

⁹ Michel De Montaigne.

temere? Quanto diminuii morendo? La morte non è nel non poter comunicare, ma nel non poter più essere compresi. Ora sono talmente dentro che penso non vi sia una soluzione per risolvere la faccenda. Addio Maya, addio Kate, addio Garcia, addio mammà. Che cosa meravigliosa mi attende! Volare dal Colosseo ai fori imperiali grazie alle miei mani e piedi prensili approfittando di questa selva d'alberi che coprivano nel neolitico questa zona di Roma. S'impara a vivere tre giorni dopo la morte...

Lancia un urlo tremendo e si getta nella platea.

Fa finta di essere morto.¹⁰ Resta a lungo a terra. Si rialza. Prende i due teschi e il bottiglione di vino.

L'ATTORE: Poffarbacco! Un cadavere! Poffarbacco! Un cadavere! Poffarbacco! Un cadavere! Per Bacco Baccone! Un cadavere...

Esce traballando e masticando ancora le ultime parole dal fondo della sala.

Voce fuori campo dell'attore:

L'attore che muore sulla scena, cambia maschera e riappare in un'altra parte, non è morto per davvero. Morire è cambiare corpo come gli attori cambiano maschera.¹¹ Sì, la morte dell'attore non distrugge la vita della scena.¹² Oggi è finita ma domani ricominciamo, qui o da qualche altra parte.

Chiusura del sipario vuoto.

¹⁰ "Un attore deve saper controllare se stesso e la propria partecipazione emotiva anche nella morte: che è sovente lasciata all'interpretazione personale, senza grandi interventi del regista, per cui uno muore così come si sente di farlo e i silenzi, le pause, i rantoli sono squisitamente suoi" (Glauco Mauri, da "La Buona Sera").

¹¹ Plotino.

¹² "Il teatro è massimamente lingua dell'essere in-morte. Colui che la dice è già morto più volte, e più volte in-sé". Paolo Ferrari, Aforismi in-Teatro, Sestri, agosto 2002, su <http://www.in-absence.org/aforismi/aforiteat.htm>

LUI E LEI

LILIANA PAGANINI

Nel buio si sente avvicinarsi una música suonata da una banda paesana di passaggio. Alla luce entra in scena Adele, una donna di circa cinquant'anni, porta con sé un piccolo cesto da lavoro, si siede su una sedia e tira fuori dal cesto il suo lavoro all'uncinetto. Mentre la música si allontana, Adele inizia a parlare e a lavorare all'uncinetto.

“Dicono... Dicono... Dicono...

Lui non mi perdeva mai di vista. Girava la testa e m'inseguiva con gli occhi ovunque andassi. Si rabbuiava se uscivo dalla stanza e mi regalava sorrisi colmi d'amore quando riapparivo.

Idda su pigghió (1) Lei me l'ha portato via.

Lui era il mio alleato, il mio solo alleato. Potevo contare su di lui, sapevo che non mi avrebbe mai tradita. I suoi passi lenti e leggeri per la casa mi ricordavano il senso e il perché della mia esistenza. Il ritmo regolare del suo respiro riempiva la stanze vuote, di música.

La sua bellezza me la invidiavano. Le vicine, appostate dietro le persiane lo spiavano rientrare all'alba. I loro sguardi furtivi mi davano la misura del fascino che emanava. Quando stringeva gli occhi in un sorriso era difficile resistergli, non potevo resistergli. Qualunque cosa poteva chiedermi, non riuscivo a resistergli.

Cosí lo vizi! Ma per me é un tale piacere vizziarlo, che se lo voglio fare, vizio me stessa e non lui. Chi ci interressa e cristiani? Chi vonnu? (2). Uscivamo raramente insieme! Lui mi offriva il braccio con una solennità d'altri tempi, sapeva che ci tenevo. Mentre camminavamo coglievo le occhiate delle donne che incontravamo per la via e le sentivo uncinare il suo sguardo, ma sapevo che poteva pasarse anche la piú bella tra di loro, la Miss delle Miss e lui non avrebbe distolto il suo sguardo dal mio.

I suoi vellutati occhi neri. Non castani scuri. No. Neri, Nuna vera rarit . Pi  rare degli occhi azzurri o di quelli verdi. Forse anche di quelli gialli. Occhi neri, che ti stordiscono con la loro cupa profondit . Occhi dalle lunghe ciglia scure. Occhi dagli strani bagliori violetti. Che si stringevano in quel suo stupendo sorriso. Un sorriso accattivante e disarmante insieme. Un sorriso che ti coglieva impreparata, scomponendo il suo viso melanconico e delicato, trasformandolo in fiorito mattino d'aprile. Mi sentivo una donna Fortunata. Lei vorrebbe assomigliarmi.   odioso per me vedermi copiata nei miei atteggiamenti femminili, nel mio modo di muover  le mani, nel mio angolo d'inclinazione della testa quando osservo attenta qualcosa.

Lei vorrebbe assomigliarmi per farmi piacere, per dimostrarmi che lui non ha amato che me. Invece m'infastidisce e mi e mi ripugna. Lui sedeva quietamente accanto a me, con un libro in mano, mentre io lavoravo all'uncinetto, per me giusto un modo di pasarse certi lunghyi pomeriggi estivi, troppo caldi per muoversi, troppo tersi di blu per non sedersi in giardino ad ammirare la luce sfolgorante che esalta i colorid elle piante e dei fiori.

L'uncinetto non   mai stato il mio forte, mia madre si che era brava! Per me   solo un modo per godermi l'ombra e il fresco del giardino senza sentirmi in colpa. Diceva mia nonna: "Adelina chi fai accusi? P ghia i ferri e travagghia, oppure pigghia un libru e leggi, si ti piaci. Ma' nun astari accus  chi manu 'nmanu!" (3)

Ho prodotto qualche centrino e un'intera sopracoperta matrimoniale, quasi automaticamente, senza rendermene conto, piegando la testa a sinistra per osservare la natura intorno che gioiva di una leggera brezza che arrivava puntuale dal mare, nel primo pomeriggio. E, in quel panorama, un angolo era dedicato a lui che leggeva tranquillo a ll amia destra, sollevando di tanto in tanto le lunghe ciglia e bucando il mio sguardo con suo violetto bagliore e, sono sicura, scrutando atentamente i gesti veloci delle mie mani che costruivano la maglia.   stato lui insegnarle a lavorare all'uncinetto. Ora, mi dicono,   diventata brava. Fa bellissimi cardigan colorati e sotto giacca trasparenti che mette poi su ardite minigonne, ca a lassinu menza nura (4).

Lui non si vergogna. Dovrebbe vergognarsi di lei. Dovrebbe, Lui, che ha uno spiccato senso estético. Un gusto sicuro. Aveva piacere che mi truccassi un po'. Un trucco leggero, per carit ! "Un poco di

maquillage ci vuole. Una donna scialba é peggio di una donna brutta. Cosí diceva. E dio lo accontentavo, anche se stanca, prima che tornasse a casa correvo in bagno a darmi un po' di rimmel, del fard e una leggera ombra di rossetto. Niente a che vedere con quelle gonfie, enorme labbra rosso fuoco che si ritrova lei!

Lei! Lei é una maschera. Un'orrenda, grottesca, maschera. Come fa a non rendersene conto, a non vederla? Lui dice che lei non ama mostrarsi per com' é veramente. Per questo si mette un ditto di cerone, aggiunge ciglia finte e ciocche di capelli non suoi...

Poi, improvvisamente smette di raccontarmi, di confidarsi, si trincerava prima in un silenzio che lo trasporta lontano in un luogo dolente, un abisso in cui sento abita la sua anima, e del quale avverto vagamente solo alcuni confini...

S'inalbera poi a aggiunge che insomma é lui che ci convive e a lui sta bene cosí. Devo farmi gli affari miei e dimenticare.

Dimenticate di avere un figlio che ha condiviso venticinque anni della mia vita. Dimenticare di essermi interposta tra gli schiaffi e i pugni del padre e il suo viso delicato. Dimenticare gli insulti, pronto soccorso, vergognandomi di confessare la veritá. Dovrei dimenticare tutto questo? Forse dovrei, in fondo sono azioni che ogni madre avrebbe compiuto. Direi che fanno parte della professione stessa di madre. Dovrei dimenticare, quindi. Ma non posso. Non ci Riesco.

Cosí come non posso dimenticare tutte le sere passate a raccontargli fiabe, tutti i baci ricevuti in cambio di un pezzetto di cioccolato o di una bella fetta di torta. Tutti i soldi ritagliati dalla spesa, dal parrucchiere, dall'acquisto di calze o creme per me, messi da parte per lui, per qualche regalo in piú o per un suo viaggio. Lei é apparsa all'improvviso. Non c'era mai stata una vera lei prima. Solo qualche compagna di liceo, venuta a studiare con lui in occasione degli esami di maturitá. Ma che dico qualche? Se non sbaglio solo due. Un'abiondina grassottella, che a me sembrava tanto imbranata e che lui mi presentó invece come la prima della classe, un vero genio secondo lui! E un'altra, bellina, che mi prtó a pranzo una volta tornando da scuola. Questa mi aveva colpito favorevolmente, "chissá é sapurita, mi piaci. Viremu di frequentarla cchiossai" (5).

Ma lui alzó le spalle e si allontanó. Poi non ne ho viste altre. Sí, ogni tanto gli chiedevo con chi esci? E lui rispondeva con María, con Cinzia. Ma mai viste di presenza. Nomi, che neanche ricordo. Poi si é

iscritto all'Universitá. Fuori, qui non c'è. E lí... Ha trovato lei. Che poi l'Universitá l'ha fatta per modo di dire, avrà dato sì e no tre esami.

Quid ove abitiamo siamo pochi e molto chiacchieroni. "Pi dilla giusta: nuddu si fa i fatti so" (6) E di lei ne hanno dette di tutti i colori. Ma chi la conosceva lei? Sí, sentí dire di una del paese che laggiú frequenta tanti uomini, giovani, vecchi, ma non pensi che la cosa un domani potrà riguardarti...

Si é ragazzi, soli, in un acittá sconosciuta e forse ostile. Certamente, difficile. I soldi poi sono pochi. Che fai? Dove vai? Basta un po' di calore umano e si perde la testa. Lí é venuta fuori lei. Non l'avrebbe incontrata se fosse rimasto qui. Con me. Lui dice che non é vero, che la consce da sempre, da sempre abita le sue oscure profondità, non me ne ha mai parlato perché una madre non é detto che debba conscere tutto dei figli, l'intimitá piú nascosta... Ma io lo so che non é cosí.

Lui sognava un avvenire da professore. Se fosse rimasto con me... Invece non vedeva l'ora di andarsene da questa casa. Voleva scappare dal padre, questa é la veritá. Il padre che lo voleva fabbro come lui o al massimo calciatorel. "cu chiddu chi varagnanu, diceva, m'accuntintassi ri un figghiu calciatore, puru di serie B..." (7)

Ora che é morto, posso confessarlo. Non l'ho mai amato. Mai. Chissá perché l'ho sposato...

Mia madre disse: "É sanu, havi un tragghiu, chi voi cchió'ssai? (8).

Ora, a pensarci bene, le rispondere: "O má... nun lu vogghiu, nun mi piaci, é n'armalu" (9). Ma allora non sapevo neanche cosa significasse vivere con un animale, insieme a un uomo rozzo. Me l'ha insegnato lui, mio figlio, che é venuto su come un fiore elegante e delicato in mezzo a una sterpaglia. Non so come.

Ha preso i colorid al padre: il nero corvino dei Capelli e degli occhi, i lineamenti e l'incarnato da me, m aquel sorriso sorprendente e quel bagliore violetto dello sguardo, quello é solo suo, é nato con lui. Voleva che mi ribellassi a gni angheria, violenza o volgaritá ma io abbozzavo. Lasciavo correré e lui me lo rimproverava. Ora però che non lascio correré di fonte a la sua volgaritá e non abbozzo, vuole che io l'accetti, che la consideri una figlia. La figlia che avevo desiderato tanto, dopo di lui. Lui non capisce. Era solo una fantasia. Io non la voglio una figlia come lei. Le vicine appena esco si affacciano alle loro finestre e a voce alta parlano di quanto sono forti e

bravi i loro figli. Io mi vergogno e non esco piú. Sto qui in giardino a prendere il fresco, pensando al passato e parlando da sola come una pazza.

Il padre per fortuna non c'è piú. Mi avrebbe addossato la colpa. Ora che lui è lei. "U criscisti tu comu na fimminedda"! (10) Pensare che l'avrebbe voluto calciatore...

Si prostituisce, dicono. I maligni non mi risparmiano tutti i particolari. Batte i marciapiedi con le sue minigonne indecenti e i suoi top lavorati all'uncinetto, imitando i miei centrin.

Ha seni come palloni, dicono, rotondi. Li prende tra le mani e li espone ai passanti tirando fuori la lingua. Poi si gira di scatto e alzandosi la gonna, mostra le sue belle chiappe muscolose incorporate da una tanga dorato. Si fa chiamare con un nome esotico. No, non me lo ricordo. Me l'hanno detto. Gridato, dietro. Ma io non lo ricordo. Dicono che si faccia pagare bene, che abbia messo da parte già molti soldi per l'operazione definitiva. Dicono che diventerà bello come Biancaneve, con la sua delicata pelle chiara e la capigliatura nera e folta. Dicono che abbia una grande clientela. Dicono che nel suo genere sia la piú raffinata nei modi e che alcuni rampolli debosciati di famiglie molto importanti la frequentino assiduamente, dicono attratti soprattutto dalla grazia inaspettata del suo sorriso e dai bagliori violetti dei suoi occhi.

Dicono... Dicono... Dicono... Dicono".

¹- Lei se lo prese

²- Che interessa alla gente? Che vuole?

³- Adelina che fai così? Prendi i ferri e lavora oppure leggi un libro, se vuoi. Ma non stare così con le mani in mano.

⁴- Che la lasciano mezza nuda.

⁵- Questa è carina, mi piace. Vediamo di frequentarla un po' di piú.

⁶- Per dirla giusta: nessuno si fa gli affari suoi.

⁷- Con quello che guadagnano, mi accontenterei di un figlio calciatore, pure di serie B.

⁸- È sano, ha un lavoro, che vuoi di piú?

⁹- Mamma... Non lo voglio, non mi piace, è un animale.

¹⁰- L'hai cresciuto tu come una femminuccia

TU SEI IL MARE.

VOCE DI DONNA IN TREDICI MOVIMENTI

ANGELO CALLIPO

ad Elisabetta

In scena

Una donna, dietro la finestra

Il Mare, al di là della stessa finestra

I

Questa notte è successo di nuovo.
Come sempre l'ho sentito arrivare.
Non è mai improvviso.
Non mi sveglia di soprassalto.
Non mi lascia la pelle a mollo in un bagno di sudore.
Il mio dolore è diverso.

II

Prima di entrare nel mio corpo chiede il permesso. Vuole che io sia qui ad aspettare, pronta ad accoglierlo come si fa con un amante, un amante di cui dovrei liberarti, uno di quelli che nessuna donna di buon senso accetterebbe nella sua vita, ma che tu, chissà perché, ami con tutte le forze. E' il suo carico di sofferenze che ami. Lo ami perché ti chiede il permesso di entrare, come un gentiluomo di altri tempi. Quando poi ti rendi conto che non ha nessuna intenzione di uscire è ormai troppo tardi, solo allora capisci che quel suo gesto,

incredibilmente galante, è solo il primo passo per impadronirsi di te. Completamente. Io so che il mio dolore arriva e lo aspetto. Una donna deve saper aspettare. Accanto al fuoco, ogni sera, mia nonna aspettava che mio nonno tornasse dai campi, poi aspettava che una volta seduto a tavola le rivolgesse finalmente la parola, infine aspettava che il vino eccitasse la sua collera e che come sempre le parole, divenute offese, le facessero mancare il respiro sotto i colpi. Questo è stata mia madre a raccontarmelo, anche lei ha saputo aspettare, aspettava addormentata al mio fianco che il mattino seguente mio padre uscisse di casa ancora una volta senza guardarla. Ancora una volta. L'attesa delle donne non è mai per qualcosa di nuovo, solo ciò che si ripete ha diritto di essere atteso. Che senso avrebbe aspettare l'improvviso, l'imprevedibile? Aspettare significa sapere, sapere che quello che aspetti è sicuro. Per nove mesi ho aspettato Ana, per nove mesi ho fatto quello che tutte le donne hanno da sempre fatto, ho contato ogni singola contrazione, ho parlato con lei sussurrando al mio ombelico, mi sono guardata allo specchio centinaia di volte temendo che la mia pancia non fosse abbastanza accogliente per lei, ho sentito il suo cuore battere a ogni ecografia. Peccato che lei non potesse sentire il mio, avrebbe senz'altro capito che proprio in quel momento, nel momento in cui percepivo il suo cuore vivere, il mio quasi si fermava per la gioia. Ana è nata esattamente al nono mese ed io già sapevo tutto di lei, per questo ho aspettato paziente, perché già sapevo tutto di lei, si può aspettare solo ciò che già si conosce ed io ho conosciuto Ana aspettando che nascesse, quando invece ha cominciato a crescere non ho più saputo conoscerla, fino al punto di non sapere quasi più niente di lei. Così è con il mio dolore, anche di lui so tutto, so quando arriva, so benissimo in quale punto sceglierà di concentrarsi, so anche quanto tempo si fermerà e fino a quale intensità sarà capace di arrivare. Mi hanno detto che sono malata e che è il dolore a rendere la mia malattia evidente, dev'essere così, io sono stata malata molte volte, d'amore, d'ingenuità, di follia, finanche di orgoglio, mi hanno ammalata tutti i sentimenti del mondo, ognuno di loro mi ha lasciato un graffio, così, nel tempo, con il mio corpo sanguinante e la mia anima intatta sono andata in cerca di parole. La mia fatica è sempre stata questa, riconoscere volta per volta le parole e sbuciarne la scorza, fino a raggiungere ciò che è essenziale. "Addio", disse la volpe. "Ecco il mio segreto. E' molto

semplice: non si vede bene che col cuore. L'essenziale è invisibile agli occhi". "L'essenziale è invisibile agli occhi", ripeté il piccolo principe, per ricordarselo... l'essenziale è invisibile agli occhi, ma solo le parole possono raccontarlo.

Ed è per questo che sono diventata un poeta.

III

Portate qui il migliore dei miei cavalli,
disse il signore ai suoi servi,
sellatelo e lucidate gli zoccoli,
per cercare quello che non ho
mi servirò del suo fiuto selvaggio,
delle sue agili briglie
e della sua velocità.
Signore, la tua ricerca sarà lunga e vana,
non ti aiuterà il tuo miglior cavallo,
ne consumerai gli zoccoli,
le briglie si faranno pesanti tra le tue mani,
sarà il suo stesso fiuto infine a confonderlo.
L'essenziale rimane nascosto alla vista,
è questa da sempre condizione comune degli uomini,
ma se non puoi ciò che desideri, signore,
sappi che alle parole puoi fare affidamento,
esse raccontano anche quel che non puoi vedere.
Seguirò il tuo consiglio, promise il signore,
ma dimmi da dove viene tutta la tua saggezza
e quale posto è il tuo tra i servi della mia corte.
La mia saggezza, signore, viene dalle parole stesse,
della tua corte, infatti, io sono il poeta.

IV

Non ho mai avuto paura dell'acqua. Qui sono nata, qui il mare è una garanzia, una garanzia di eternità. C'è da sempre davanti alle nostre case, e prima ancora che le case ci fossero lui era già lì, c'era ancor

prima delle case, prima di noi, prima dello stesso orizzonte che lo taglia quando lo sguardo non ce la fa a continuare. Ognuno qui lo ha navigato, per tutta la vita o fino a quando nel ventre di quel mare ci è rimasto impigliato... come mio padre, la sua durezza era quella degli scogli che si prendono gioco delle onde, ma poi da quelle onde finiscono per essere consumati giorno dopo giorno, istante per istante... usciva di casa al mattino presto, non una parola, non un saluto, mia madre che aveva riposto la sua felicità in uno solo di quegli sguardi, correva al balcone sperando che si girasse almeno lungo la strada, ma sono sicura che non l'ha mai fatto... quello che invece faceva mia madre era abbassare gli occhi, poi all'improvviso come per un ultimo sussulto, tornava alla finestra e scostava la tendina, ma lui era già lontano e una tendina scostata non fa rumore, non attira l'attenzione di nessuno. Ho cercato il mare per tutta la vita, l'ho conservato su di me in tutti i modi possibili, non ho mai voluto che la sua acqua salata scomparisse da me, da bambina a riva, dopo una lunga nuotata, mia madre mi diceva di starmene buona, di aspettare che il sole mi asciugasse, io invece dentro di me speravo che questo non accadesse, che le gocce continuassero a scivolare sulla mia pelle come tante piccole cascate senza consumarsi al sole. Quella sensazione non mi ha mai abbandonato, per tutta la vita ho cercato di rimanere com'ero allora, bagnata, in riva al mare, pregando segretamente in cuor mio che nessun sole potesse mai asciugarmi del tutto... anche Ana è nata in riva al mare o quanto meno a me è parso che fosse così... a quel tempo, quando Ana era ancora dentro di me, abitavo in una città di ciminiere, rampe di tangenziali, palazzi in cui la gente si procura un nascondiglio dal mondo... ma poi, quando Ana ha chiesto di essere liberata, allora sono tornata qui, al mio mare, quello di quand'ero bambina... su questa riva di sempre, cercando di rimanere il più possibile all'ombra per proteggere il mio pancione, aspettavo che il mare facesse il suo corso, che in quel suo lento movimento di risacca risalisse la spiaggia fino ad arrivare a me, che trovasse la strada per penetrarmi e confondersi con il liquido amniotico che proteggeva la mia Ana... la mia Ana, pensavo, nascerà dall'acqua del mare, ma non come Venere dalle spume, semmai come frutto che il mare conserva, non si alzerà la mia Ana direttamente dalle onde risvegliandosi da un sonno mitologico, ma sarà l'acqua stessa del mare ad arrivare fin qui, lei resterà dov'è, nella mia pan-

cia, e il sale del mare farà il resto. Avevo scelto, per sedermi a riva, un tronco portato da chissà quale marea, depositato tra la sabbia e corroso dal vento, quel tronco mi sembrava un trono, di quelli che i bambini si immaginano nei loro giochi, io, di professione poeta, raccoglitrice di attimi che durano un'immensità, sedevo sul mio trono di legno contorto aspettando che la mia Ana nascesse per volere del mare... dove sei adesso mia piccola Ana? Io sono qui, dove mi hai lasciata, dalla mia finestra posso vedere tutto il mare che voglio, quando al mattino libera il sole e quando poi alla fine del giorno lo raccoglie dentro di sé... tu puoi vedere il mare lì dove sei? Ma io non so dove sei, quanti anni sono che non so più dove sei? Nulla mi ha mai accusato tanto come la tua assenza, nessun indice è mai stato puntato contro di me così a lungo, non ho mai sentito così inutili le mie parole come davanti a quella porta chiusa. Chiusa da te. Sono una poetessa io, capace di parlare alle nuvole, di trovare parole per ogni piega nascosta nelle cose, di inventarne di nuove perfino, eppure allora non ho trovato di meglio che parlare ad una porta appena chiusa... no, tu non l'hai sbattuta quella porta, non c'è stata nessuna violenza in quel gesto, l'hai semplicemente accompagnata fino a chiuderla... ed è stato peggio, molto peggio, è stato come se tu avessi voluto assicurarti che fosse chiusa per davvero e per sempre, a volte un gesto violento rimbalza su se stesso, rimbalza tante volte fino a smorzarsi, fino a perdere lo slancio iniziale, il tuo invece era un gesto pacato, sicuro, conclusivo. La mia mano è rimasta lì, incerta su quella maniglia, la mia mano non ha avuto forza allora, la mia mano oggi scriverà ancora per te...

V

Ho letto, ne sono sicura
che Dio non ha mani,
ma allora, chiederanno,
come può accarezzare gli uomini?
Vuoi forse, risponderà un altro,
che Dio si sia sbagliato?
Che non abbia fatto per sé

ciò che invece ha voluto per noi?
Non ho voglia di pensare a un Dio
che abbia tratti precisi,
mi basta saperlo infinito e libero,
mi appaga il suo fluttuare lontano da me.
Sornione lo immagino mentre sorride,
sicuro di aver compiuto il suo capolavoro.
Ha dato mani agli uomini e solo agli uomini,
perché si accarezzassero tra loro.

VI

Il dottore è in realtà un dottorino, faccia gentile, glabra, incorniciata appena appena da una peluria sottile, di quelle che gli adolescenti cominciano troppo presto a chiamare barba. Sorride e si muove con disinvoltura, non è in imbarazzo, non sarà certo la prima volta a trovarsi di fronte a questo genere di situazioni. E poi? Anche se fosse la sua prima volta? Sta facendo di tutto per mettermi a mio agio e io non posso che ringraziarlo di questo, in fondo se qui c'è qualcuno che di sicuro è alla sua prima volta quella sono io. Comincia a parlare, ma lo seguo poco, sono attratta ancora dal suo aspetto, non è una novità per me, mi è già capitato molte volte. E' successo con il mio primo editore, salivamo in ascensore, lui mi parla, ma io guardo le sue rughe, proprio lì tra le sopracciglia e l'attaccatura dei capelli, quelle rughe si aprono e si chiudono come bocche sottili, con lo stesso ritmo dei respiri che prende per scandire le parole, ad un certo punto le porte dell'ascensore si aprono, ma lui continua a parlare e io ancora a fissare le sue rughe. D'improvviso tace, non sento più nulla, deve aver finito, penso io, così gli allungo la mano, lo saluto ed esco dall'ascensore infilando il primo corridoio che mi capita davanti. Lui non aveva ancora finito, no, si era solo concesso una pausa, ma io ormai ero già lontana e tutto per quelle rughe ballerine che gli attraversavano la fronte. E' così anche adesso, il mio dottorino parla ma io mi sto concentrando sulle sue mani, la destra sembra quasi più grande dell'altra, come se potesse contare su una presa più forte. Forse è con quella che impugna la racchetta quando gioca la sua partita nel fine settimana. Il tennis è uno sport elegante, ogni

partita è un minuetto, eccolo dunque, il mio dottorino, mentre sulla terra rossa del suo circolo preferito risponde ai colpi dell'avversario, nel suo completo bianco dal quale spicca violenta un'abbronzatura calda e omogenea. La mano sinistra invece ha una piccola cicatrice sul dorso, non dev'essere recente, forse di quand'era ancora bambino, una gara in bicicletta troppo spericolata? Un duello con spade di legno finito male? Il maldestro primo tentativo di usare il coltello da cucina? Una cicatrice così piccola non può nascondere niente di particolarmente grave... o forse sì? Misurare una cicatrice non significa misurarne la causa, ci sono cicatrici diventate piccole con il tempo, ma che vengono da dolori profondissimi oppure, al contrario, ferite di nessuna importanza capaci di lasciare tracce indelebili... in quali ferite si sta consumando il mio corpo? Forse dovrei fare più attenzione a quello che mi sta dicendo. Non ne ho nessuna voglia, che io sia malata lo so già, i risultati delle mie analisi non hanno bisogno di grandi spiegazioni, tutto sta nel vedere quanto resisterò... poco, molto, addirittura sempre... possiamo ritenere con fiducia che lei possa convivere con questo problema anche per tutta la vita... il mio dottorino non parla come un libro stampato, ha rallentato sulla parola problema, vuole farmi capire, a suo modo, che quello che mi sta succedendo non dovrà essere necessariamente la fine. Sorrido senza che lui si accorga, sorrido perché la fine ci sarà comunque e poco importa a quale causa dovremo attribuirle, quando mi dice che potrei rimanere così per tutta la vita, mi chiedo se sappia davvero cosa dice, che cosa sia davvero tutta la vita. La vita ha un suo termine, sempre e comunque, chi può dire tutta la vita? Quando la mia vita sarà finita, si potrà dire davvero che è passata tutta? Adesso sta scrivendo qualcosa, impegnative per ulteriori analisi credo, prima di trovare la terapia giusta bisogna procedere ad altre indagini, le terapie vanno calibrate sui singoli soggetti, non esistono cure generiche che possano andare bene a tutti... sento forte l'impulso ad alzarmi e andare via, non si tratta di paura, no, non è questo, sono le ultime parole che ha appena detto... non esistono cure generiche che possano andare bene a tutti... eppure è quello che vorrei, sì, essere solo una fra tante, una a cui possa andar bene tutto quello che va bene agli altri e invece sono io, con un nome, un indirizzo, una diagnosi specifica... sono io e non altri, sono io e mi appartengo...

VII

Ho sposato Eric quando non ero più innamorata di lui, quando la sua arte era l'unica cosa che ancora mi interessava. Eric è rimasto un grande pianista, anche quando io ho smesso di amarlo. E' strano ma siamo portati a credere che le qualità di una persona siano direttamente proporzionali all'amore che proviamo per loro. Invece no, non è affatto così, il talento di Eric ha resistito perfettamente alla dissoluzione del mio amore, le sue mani scivolano ancora oggi da un tasto all'altro del pianoforte perdendosi meravigliosamente tra le note. Io non ho certo smesso di ascoltarlo solo perché non abbiamo fatto più l'amore. Una tempo restavamo per ore in stanze diverse, io con le mie poesie e lui con la sua musica. Le parole si dilatavano intorno a me, quasi scoppiavano ogni volta che Eric accentava una nota con forza caparbia, il martelletto del tasto scandiva le mie sillabe, le apriva e le chiudeva come un immenso, lunghissimo respiro, poi quando tuonava la furia potente delle note più cupe, quello stesso respiro si contraeva in affanno e spalancavo la bocca desiderosa di aria quasi fossi a un passo dal soffocare, quindi i suoni si facevano via via sempre più chiari, finché ogni singola nota cadeva dall'alto su quella tastiera come una goccia di pioggia limpida e pulita, cadeva e quell'unico suono sembrava durare un'eternità, un'unica goccia di pioggia che mai sarebbe diventata temporale... allora tornavo al mio battito regolare, un'immensa dolcezza mi costringeva ad alzar-mi... prima però un ultimo sguardo al foglio bianco che ormai bianco non era più, una fitta rete di parole sovrapposte era emersa chissà da dove e chissà quando, le avrei lette dopo, ora dovevo andare da lui... Eric avrebbe smesso di suonare non appena avesse sentito la mia porta aprirsi, un segnale convenuto, sì, un segnale convenuto, ma che nessuno di noi aveva mai realmente convenuto con l'altro... apro la sua porta ed è davanti a me, siamo fermi a mezzo respiro l'uno dall'altra... Eric ha le labbra più belle che abbia mai visto, anche quando scendono lungo il mio collo riesco a vederle, quando afferrano i miei capezzoli sono ancora davanti ai miei occhi, le vedo appoggiarsi sulla carne rosea e premere su di essa, sono sicure, forti, mi fanno sussultare, scivolo con la schiena lungo la porta ormai chiusa alle mie spalle, Eric scivola con me continuando a succhiare, quasi bevesse a una linfa vitale... il mio seno si irrigidisce tra le sue

labbra... Dio, Eric, mi fai impazzire... so che adesso scenderà sempre di più... mangia direttamente dal mio sesso, le sue labbra sulle labbra della mia vagina, si baciano senza ritegno... gli passo le dita tra i capelli, non voglio accarezzarlo, voglio solo spingerlo sempre di più, voglio solo che gli arrivi la stessa scossa che mi fa sobbalzare... la barba ispida graffia l'interno delle cosce, piccoli spilli di una tortura eccitante, non riesco a star ferma, lui sente che mi sto bagnando ma non smette di impastare le sue labbra al mio umore... ha libere le mani e con quelle striscia sulla mia pancia, sono calde, girano intorno alla vita e scendono dietro, tra i glutei, le dita si infilano nella fessura, la esplorano in profondità... poi, d'improvviso, uno scatto, sento il suo membro durissimo entrare... il suo petto mi copre, mi sovrasta, lui si sta impadronendo di me e io non voglio fare nulla per impedirglielo, mi pulsa dentro e quel pulsare mi rimbalza nelle tempie, le mie parole non ci sono più, forse di là, in quella stanza dove tutto si compone con insospettabile facilità, forse lì le mie parole ci sono ancora, appoggiate su quel foglio, mentre aspettano pazientemente che io torni a loro... ho letto una volta da qualche parte che i poeti sono schiavi delle parole, che ne vengono posseduti e che esse sono terribili madri capaci finanche di uccidere i loro figli... quando però Eric è dentro di me non riconosco loro nessuna maternità e non permetto che esse mi uccidano, come in una favola antica sono capace di trasformarmi, di essere allo stesso tempo donna e uomo, una metamorfosi nella quale non so dire dove cominci l'uno e finisca l'altra... non m'importa di saperlo, quello che so è di essere due in una e questo mi rende a mio modo immortale...

VIII

Ho spento la radio
un attimo prima che parlassero di te,
il tuo nome
pronunciato da altri
è blasfemo al mio orecchio.
Declinare ogni tua lettera, ogni singola sillaba,
è compito di chi ti ama,
solo il possesso

distingue l'amore.

A nessuno, dunque, chiederò di te,
perché nessuno saprà dirmi chi sei
e seppure volesse

senza paura girerei le spalle.

Non voglio, non voglio

sentire il tuo nome nel fiato di un altro.

A mezzanotte sarai di nuovo qui

con la solita rosa non ancora appassita,

tenuta tra le dita come se l'avessi tra i denti,

poggerai il capo sulla mia spalla,

fingerai di dormire stanco

e allora, solo allora

libererò il tuo nome dalla stretta del mio ventre.

IX

Mio fratello è un pittore, vive lontano, ha misurato il suo distacco sulla base di una quantità precisa di chilometri, ha scelto per sé un luogo che avesse colori spenti, indefinibili, confusi... solo così, mi ha detto una volta, mi sento veramente libero di riempire le tele con i colori più belli, solo così posso far esplodere macchie potenti davanti ai miei occhi... i colori sono sempre stati la sua ossessione, non gli interessa dipingere persone, e neanche alberi o cose del genere... no, tutto ciò che riesce a fare è spalmare la tela bianca di chiazze dense, a volte enormi, altre volte invece minuscole, simili a piccoli punti o lunghe e filiformi come venature che attraversano lo spazio... venature talmente sottili che non possono fare male a chi le osserva... è per questo che non è mai voluto venire qui. Questo mare, questo azzurro che non cambia mai, sarebbe una macchia di colore troppo forte per lui, se ne sentirebbe pieno al punto da non poter neanche poggiare un pennello sulla tela, ne subirebbe l'invasione, come se questo mare in fin dei conti avesse già fatto tutto da solo... per questo non gli ho mai chiesto di venire, non riuscirò mai a sedermi con lui su questa riva, parlargli all'orecchio e dirgli davvero come stanno le cose... e so forse io come stanno davvero le cose per me? C'è ancora tempo, c'è ancora tempo, ripete il mio dottorino,

lei ha forse paura del tempo? Il mio dottorino è davvero un uomo di scienza, si preoccupa del tempo, di come misurarlo, di come stabilire la sua incidenza nella vita di ogni paziente, ma il suo tempo non è il mio... il suo tempo procede per calcoli statistici, medie equilibrate, dosaggi rassicuranti e provati da esperienze sicure, il mio invece è pieno di sbalzi, di anfratti, di nascosti enigmi, il mio tempo spesso si ferma proprio quando quello degli altri procede a velocità dissennata, le lancette del mio orologio possono finanche scomparire e lasciare appena un'ombra di se stesse sul quadrante, il mio tempo comprende migliaia di tempi che spesso neanche conosco, si moltiplica frenetico quando le parole urtano tra loro, si dilata infinito nei vuoti e nei silenzi, si ritira discreto se a dilagare è l'amore, è sempre uguale a se stesso tutte le volte che piango... piangere è faticoso, molto più che scrivere poesie, piangere non è affatto liberatorio... ti costringe a rimanere invischiato nelle cose, attaccato a quella realtà che invece una semplice virgola, messa lì a distanziare due innocue parole, può trasformare in pura immaginazione... è per questo che davanti al mio dottorino non ho pianto, non avevo nessuna intenzione di lasciarmi risucchiare da quella realtà che mi stava spiegando in termini così dettagliati e professionali, il giorno in cui se n'è andata Ana invece ho pianto con tutte le mie forze... ho pianto con tutte le mie forze davanti al mare...

X

Tu sei il mare. Sei il primo a cui ho affidato Ana quando è nata, sei l'ultimo con cui voglio parlare di lei. Poi appena l'ultima parola sarà stata detta, senza che tu mi abbia risposto nulla, tornerò a casa e comincerò ad asciugarmi gli occhi, le mani forse mi tremeranno ancora un po' ed è probabile che riprenderò la mia penna in mano solo domani. Domani sarò pronta al mio lavoro di sempre, oggi no, oggi sono stanca, con questa mano ferita, rimasta troppo tempo sulla maniglia senza la forza di riaprire la porta e correrle dietro, con la mia mano ferita e l'infinita serie di perché che in un lampo mi hanno attraversato. Tu sei il mare, tu conosci i perché di tutti i popoli che ti hanno navigato, hai raccolto i loro lamenti, hai custodito ancora d'oro e funi di canapa, hai barattato la tua saggezza con brandelli di

avventura... tu sei il mare, tu puoi dirmi perché Ana è andata via... quale incomprensione può essere mai così definitiva? Quale muta pretesa non può essere soddisfatta dalle parole? Ana cerca lontano e forse toccherà anche a lei attraversarti un giorno... non dirle che ti ho parlato, non dirle che mi hai visto su questa spiaggia, se proprio dovrai parlarle del mio dolore, allora dille che tutto si è concluso tra le pareti della mia stanza, che lì ho preferito restare... non dirle, mare, che sono arrivata fin qui per sentire come la sabbia schiaffeggia quanto un rimprovero, non dirle di questo vento tra i capelli, ma raccontale che con cura anche oggi davanti allo specchio li ho pettinati... e non provare a fermarla tu, quello era compito mio, compito di madre e non di mare... ma cosa avrei dovuto fare? Trattenerla con la forza? Dirle che si stava sbagliando? Di quali armi può servirsi una madre mentre si compie il proprio fallimento? Ana non è andata via per cercare se stessa, la sua fuga non è un'affermazione, Ana è andata via per paura, paura di diventare me, paura che sua madre, con l'immane bagaglio di parole pronte all'uso, risolvesse anche la sua vita in un susseguirsi di strofe in rima. Io sono solo lo spettro che si agita nel suo castello, uno spettro che quel castello si illude di rendere magico e così invade ogni sua stanza, si appropria di ogni angolo, non ha pareti che lo trattengano, né serrature a sbarrargli il passo... Ana cerca lontano, lontano dalle stanze infestate... Ana non vuole essere me...

XI

Tra me e il mio dottorino c'è una busta. Bianca, anonima. E' per lei che sono nel suo studio. E' lei la ragione del nostro incontro. Lui vorrebbe che la guardassi, lo sento. Continua a fissarmi, spera che distolga lo sguardo e lo diriga con naturalezza sulla busta. Io invece resto così, immobile, sostengo i suoi occhi e mi accorgo che sono neri, nerissimi, la pupilla è stretta come se tutto quel nero avesse trovato posto nel minor spazio possibile. La mano destra regge gli occhiali, pronti ad essere inforcati per leggere il contenuto della busta. Anche la montatura degli occhiali è nera, un curioso pendent con le pupille di cui probabilmente non si è neanche reso conto. Chissà quante altre buste bianche come quella avrà letto oggi, e ieri, e ieri l'altro, una

settimana, due settimane fa, quantità incalcolabili di buste bianche e anonime che transitano sulla sua scrivania, vengono aperte, lette con attenzione, decifrate, commentate, infine consegnate nelle mani di chi gli siede di fronte. Sì, deve essere così, quelle buste non gli appartengono, hanno un loro legittimo proprietario e non c'è alcun dubbio che quella busta tra me e il mio dottorino sia proprio la mia. Intanto ha messo gli occhiali, la mano destra, adesso libera, si avvicina alla busta, la prende e me la solleva davanti per il suo verso più lungo... come un arbitro che ha deciso di punire il mio fallo estraendo un cartellino di ammonizione o, nel caso di un fallo molto più grave, di espulsione, solo che il suo cartellino non ha colore, non è giallo né rosso, solo bianco, immacolato e bianco come certa biancheria di certe pubblicità televisive... non so se il mio dottorino mi stia ammonendo per lo scarso interesse nei confronti della sua busta o se in quella busta ci sia la mia espulsione definitiva, se per me la partita che ho cominciato a giocare quarantotto anni fa sia per davvero finita. La busta rimane lì, intralcia la traiettoria del mio campo visivo, ma il dottorino ha cominciato a parlare, c'è infatti un sonoro adesso che accompagna l'intera scena, un sonoro che fatico a distinguere, perché al solito non presto dovuta attenzione alle parole degli altri. Stavolta però devo sforzarmi, non posso restare così passiva, non posso mostrarmi così evasiva con me stessa, in quella busta c'è il risultato delle mie ultime analisi, un risultato che potrebbe aver già perso ogni suo significato. Mi chiedo se abbia imparato a memoria l'intero insieme di numeri e tabelle contenute nella busta, continua a snocciolare dati senza estrarre nessun foglio, eppure procede sicuro, tralasciando inutili pause, forse ha fretta di concludere, non vuole tirarla per le lunghe e probabilmente la mia assoluta immobilità comincia ad infastidirlo. Ecco, finalmente le sue parole rallentano, si avvicina la pausa, lui forse non ne sente il bisogno, io invece sì, aspetto una sua pausa più di quanto non abbia aspettato il suo verdetto, aspetto una sua pausa per potermi alzare e uscire dalla stanza, lasciandolo così, a chiedersi perché mai me ne sia andata, esattamente come accadde quella volta con l'editore sulla soglia dell'ascensore. Sono pronta, avverto chiaramente che sta per fermarsi, ecco, si ferma, non è una pausa, ha davvero finito, mi porge la busta ed è lui che si alza, mi dà le spalle ed esce. Io resto dentro la stanza, dall'altra parte della scrivania la poltrona è vuota, ho la mia busta tra le mani e penso che per questa volta ha vinto lui...

XII

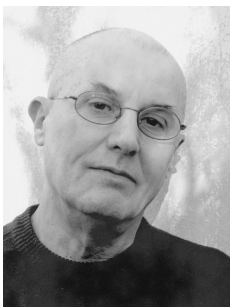
Sto seduta e scrivo.
Lontano, alla mia finestra
bagliori d'oro.
Sui miei fogli
ordinata
sfila una poesia.
Non ho messo bianche tendine
alla mia finestra.
Anche i bagliori d'oro sono poesia.
Le foglie rosse
in bilico sul pergolato,
il gatto
dall'enigmatico occhio verde,
la camera oscura
di mio padre ormai vecchio.
Tutto è poesia.
Trattengo il respiro,
perché nulla sfumi,
nulla cambi colore.
Trattengo il respiro
e torno al mare.

XIII

Avevo promesso a me stessa che sarei tornata al mare. Dopo la seconda notte in cui il dolore aveva bussato al mio corpo mi ero detta che sarei tornata al mare... a questo mare... che ha gli stessi colori con cui mio fratello imbratta le tele, che ancora custodisce mio padre, che era il luogo prediletto di ogni sguardo di mia madre. I suoni sommessi di questi fondali appartengono ad Eric e a nessun altro, le onde invece sono i capricci infantili di Ana ancora bambina. Nel mio mondo di parole hanno fatto improvvisa comparsa numeri e cifre, la busta bianca del mio dottorino non contiene altro, lo rivedo uscire dalla stanza e solo adesso colgo che sulle sue labbra si era aperto un sorriso. I numeri e le cifre sono quelle di una grande pau-

ra svanita, un'indagine che ha fugato ogni sospetto... il mio dolore resterà, di tanto in tanto farà capolino, ma senza pretendere altro, senza che sia lui a decidere per me quale sarà la fine... e allora torno al mare... scendo lentamente le scale, supero la strada oggi stranamente affollata, mi incammino sulla sabbia, tolgo le scarpe, sento i granelli sotto i miei piedi diventare via via più umidi, mi fermo un istante, non è esitazione, ma solo la necessità di dare ai miei gesti una nuova spinta, come quando si carica al massimo la molla di un giocattolo perché il suo movimento duri il più a lungo possibile. Voglio essere sicura che una volta entrata avrò con me tutta la forza necessaria per non cadere nell'inganno delle parole, per non raccontarmi ancora una volta le cose diversamente da quelle che sono, ci vuole tutta la mia forza per lasciare che il gesto mantenga intatta la sua purezza. Tu sei il mare, non chiedi di essere conosciuto, perché tu conosci ogni cosa, sai chiudere e liberare, sei principio e fine, diviso e indivisibile, tu sei il mare, la più grande fonte battesimale in cui bagnarsi, da sempre raccogli i peccati dell'uomo, da sempre, dopo aver condannato, sei l'unico che può assolvere. L'acqua sale progressivamente, dalle ginocchia lambisce ormai il ventre, la gonna, la camicia aderiscono alla pelle, le braccia sono immerse fino al gomito, pochi metri ancora e tutto il mio corpo sarà sommerso, non faccio inutili movimenti, non sono una bagnante in cerca di refrigerio, cammino nel mare ed è l'unica cosa che posso fare. Sento già sulle labbra il sale, espello tutta l'aria dal naso e trattengo il respiro, chiudo gli occhi, i capelli si stanno bagnando, è fatta. Sono una cosa sola con il mare, il mio battesimo è completo, resterò così fino a quando i miei polmoni saranno capaci di resistere, ci vuole forza, tutta la mia forza, perché il gesto mantenga intatta la sua purezza, qui sotto le parole hanno perso ogni loro significato, l'acqua produce un leggero ronzio alle mie orecchie, resto immobile, il mio ultimo stato di immobilità, quando uscirò fuori avrò altro da fare. Dimenticherò la busta e le pupille nere del mio dottorino, cercherò Ana e la troverò, le offrirò l'incantesimo giusto per disinfestare il suo castello, non sarò più il suo spettro e lei abiterà tranquilla nelle sue stanze, come una regina. Il fiato nei miei polmoni è finito, il battesimo è terminato, è tempo di percorrere la strada a ritroso... tu sei il mare e puoi cambiare la vita...

AUTORES / AUTORI



AQUILINO

Aquilino ha publicado treinta y cinco libros para niños y jóvenes con grandes casas editoriales, algunos traducidos al coreano, ruso, ucraniano, portugués y español. Escribe la serie “Horrendos por siempre”. Ha publicado siete novelas para adultos. Dirige una asociación cultural de teatro, “Tecneke”. Como dramaturgo escribe textos tanto para jóvenes como para adultos. Ha ganado numerosos premios. Dirige un laboratorio de teatro y escritura creativa. Ha publicado dos volúmenes de textos teatrales para niños y jóvenes y dos para adultos.

Aquilino ha pubblicato trentacinque libri per bambini e ragazzi con le maggiori case editrici, alcuni tradotti in coreano, russo, ucraino, portoghese, spagnolo. Scrive la serie “Orrendi per sempre”. Ha pubblicato sette romanzi per adulti. Gestisce un’associazione culturale di teatro, “Tecneke”. Drammaturgo, scrive testi sia per ragazzi sia per adulti. Ha vinto numerosi premi. Conduce laboratori di teatro e di scrittura creativa. Ha pubblicato in proprio due volumi di testi teatrali per bambini e ragazzi e due per adulti.



ENRICO BAGNATO

Enrico Bagnato, nació el 01.01. 1939 en Lecce. Egresado de leyes, es poeta, dramaturgo, autor de cuentos, crítico literario. Es miembro de la SIAE, por sus siglas en italiano la Sociedad Italiana de Autores Dramáticos. Es miembro del Consejo Directivo del Centro Nacional de Dramaturgia Italiana Contemporánea (CENDIC). Ha publicado una veintena de libros de poesía y ha ganado varios premios. Una antología de su poesía está publicada en Serbia. Ha escrito 35 obras que han sido montadas con éxito entre el público y la crítica y ha ganado varios premios, entre los cuales destaca el SIAD/Calcante con Masaniello. La crítica periodística y la académica se expresan en términos positivos respecto a su dramaturgia. En Serbia han sido traducidos y publicados algunas de sus obras, (Casa Editorial Krovovi, Sremski Karlovci, 2005)

Enrico Bagnato, è nato a Lecce l'1.1.1939, laureato in legge, è poeta, drammaturgo, autore di racconti, critico letterario. E' iscritto alla S.I.A.E., alla S.I.A.D. (Società Italiana Autori Drammatici), è membro del Consiglio Direttivo del Centro Nazionale di Drammaturgia Italiana Contemporanea (CENDIC). Ha pubblicato una ventina di libri di poesia, vincendo numerosi premi. Un'antologia delle sue poesie è stata pubblicata in Serbia. Ha scritto 35 drammi molti dei quali rappresentati con successo di pubblico e di critica, ed ha vinto molti premi, tra cui il S.I.A.D./Calcante, con Masaniello. La critica giornalistica e quella accademica, si esprimono in termini assolutamente lusinghieri sulla sua drammaturgia. In Serbia sono stati tradotti e pubblicati alcuni suoi drammi (Casa Editrice Krovovi, Sremski Karlovci, 2005).



DUSKA BISCONTI

Dramaturga y actriz de teatro. Estudió con Dario Fo, Franca Rame y Leo De Berardinis.

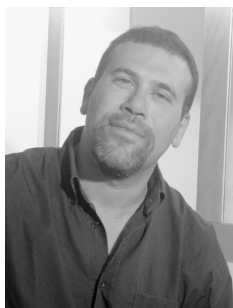
En el '98 la Grin editore, Roma, publicó "Vida y muerte en Contracanto, cuatro obras teatrales de las cuales tres representadas. En el 2000, su monólogo "Paisajes fue nominado al premio Donne e Teatro. En el curso de los años ha escrito y montado más de veinte espectáculos entre monólogos cómicos y dramáticos, espectáculos a dos o tres, con mimos, músicos y pintores. También escribe sketches para la televisión italiana (RAI).

Todos sus montajes tienen como fundamento la necesidad de representar la poesía viva hecha con el cuerpo de la actriz: Sonidos, palabras, atmósferas y silencios. El propósito en su teatro es el de crear una visión capaz de conectarse con quien la mira y su mundo sensible eludiendo los mecanismos de la mente racional. Para lograrlo evita con cuidado la empatía y la rígida formalización escénica de la escritura, acentuando la potencialidad de la escritura escénica y de las imágenes teatrales, aquella que busca llegar a la región del corazón de quien la observa.

Drammaturga e attrice di teatro. Studia con Dario Fo, Franca Rame, Leo De Berardinis.

Nel '98 la Grin editore, Roma, pubblica "Vita e Morte in Controcanto" quattro opere teatrali di cui tre allestite. Nel 2000, il suo monologo "Passaggi" è segnalato al premio "Donne e Teatro". Nel corso degli anni scrive e allestisce più di venti spettacoli tra monologhi comici e drammatici, spettacoli a due, tre, con mimi, musicisti, pittori. Scrive anche sketches per la televisione italiana (RAI).

Tutti i suoi allestimenti teatrali hanno come fondamento la necessità di rappresentare in scena una poesia vivente fatta di corpo d'attrice, suoni, parole, atmosfere e silenzi. Lo scopo del suo teatro è quello di creare una "visione" capace di connettersi con chi la guarda e il suo mondo sensibile eludendo i meccanismi della mente razionale. Per fare questo evita con cura l'immedesimazione e la rigida formalizzazione scenica della scrittura drammaturgica. Accentuando le potenzialità della scrittura scenica e dell'immagine teatrale, quello che cerca è arrivare alle regioni del cuore di chi guarda.



ANGELO CALLIPO

Egresado de Letras Clásicas, se ha formado en la Accademia del Teatro Politeama de Nápoles y en el Istituto Nazionale del Dramma Antico de Siracusa. Sus textos son estados interpretados por Alessandro Haber, Rocco Papaleo, Mariano Rigillo, Michele Placido, Giulio Scarpati, Isabella Ferrari, Fabrizio Bentivoglio, Stefania Sandrelli, Sergio Rubini, Gianfranco Jannuzzo. “Entre los otros mi cuerpo” ha recibido la mención de honor en el Premio Osservatorio di Bari (2009). “El cuchillo en el bolsillo” ha ganado el Premio Ribalta Teatro (Latina 2010), “La mala novella (versión video)” ha ganado el primer premio TeatroScuola del Ministerio de la Pública Instrucción/2014). De su texto “El regalo roto” surgió el libro homónimo escrito por Michelle Tarallo, con el prólogo de Alessio Boni para la editorial San Paolo di Milano (2015).

Laureato in Lettere Classiche, si è formato all’ Accademia del Teatro Politeama di Napoli e all’ Istituto Nazionale del Dramma Antico di Siracusa. I suoi testi sono stati interpretati da Alessandro Haber, Rocco Papaleo, Mariano Rigillo, Michele Placido, Giulio Scarpati, Isabella Ferrari, Fabrizio Bentivoglio, Stefania Sandrelli, Sergio Rubini, Gianfranco Jannuzzo. Tra gli altri Il mio corpo ferito ha ricevuto la Menzione d’onore al Premio Osservatorio di Bari (2009), Il coltello in tasca ha vinto il Premio Ribalta Teatro (Latina 2010), La mala novella (versione video) ha vinto il primo premio “TeatroèScuola” del Ministero della Pubblica Istruzione (2014). Dal suo testo Il Regalo Roto è stato tratto l’omonimo libro, scritto da Michele Tarallo e con la prefazione di Alessio Boni per l’editrice San Paolo di Milano (2015).



MARIA LETIZIA COMPATANGELO

Dramaturga, ensayista ha escrito numerosas comedias representadas en Italia y en el extranjero. El Teatro del engaño, primer volumen de sus obras completas, fue editado por BE@A Entertainment & Art, con prólogo de Ferruccio Marotti. Ganó dos veces el Premio IDI. En el 2014 le fue entregado por el Festival de Volterra el Premio por la obra “Sombra de la tarde” y gana los premios nacionales Vallecorsi e SIAE. En 2016 “La cena de Vermeer ganó la selección europea Eurodram. El monólogo Aquila sapiens sapiens ha tenido en Italia tres ediciones de éxito entre las cuales destaca la producida por Teatro Stabile del Friuli con Osvaldo Ruggeri.

Consultora y autora de programas culturales RAI, colabora con l'Università «La Sapienza» de Roma y l'Accademia Silvio D'Amico como docente de dramaturgia y escritura escénica. Entre otras obras ha escrito el volumen “La máscara y el video. Todo el teatro de prosa en televisión de 1954 a 1998”, editado por la Rai Eri y “O Capitano, mio Capitano! Eduardo maestro di dramaturgia”, editado por Bulzoni & Università «La Sapienza», Biblioteca Teatrale. Es presidenta del Centro Nacional de Dramaturgia Italiana Contemporánea (CENDIC), consejera de l'Associazione Sindacale Scrittori di Teatro (por lo cual curó el convenio y volumen L'Autore di parola tra Teatro, Cinema e Televisione) y del Comité Técnico SIAE para las obras de teatro.

Drammaturga, saggista, ha scritto numerose commedie rappresentate in Italia e all'estero. Il Teatro dell'Inganno, primo volume delle sue opere complete, è edito da BE@A Entertainment & Art, con prefazione di Ferruccio Marotti. Vince due volte il Premio IDI. Nel 2014 le viene conferito al Festival di Volterra il Premio per la Drammaturgia “Ombre della Sera” e vince i premi nazionali “Vallecorsi” e SIAE. Nel 2016 La cena di Vermeer vince la selezione europea “Eurodram”. Il monologo Aquila sapiens sapiens ha avuto in Italia tre edizioni di successo, tra cui quella prodotta dal Teatro Stabile del Friuli, con Osvaldo Ruggeri.

Consulente e autrice di programmi culturali RAI, collabora con l'Università «La Sapienza» di Roma e l'Accademia Silvio D'Amico come docente di drammaturgia e scrittura scenica. Tra gli altri, ha scritto il volume La maschera e il video. - Tutto il teatro di prosa in televisione, dal 1954 al 1998, edito da Rai Eri, e O Capitano, mio Capitano! Eduardo maestro di drammaturgia, edito da Bulzoni & Università «La Sapienza», collana Biblioteca Teatrale. È Presidente del Centro Nazionale di Drammaturgia Italiana Contemporanea – Cendic, consigliere dell'Associazione Sindacale Scrittori di Teatro (per cui cura il convegno e il volume L'Autore di parola tra Teatro, Cinema e Televisione) e del Comitato Tecnico SIAE per le opere teatrali.



MAURA DEL SERRA

Poetisa, dramaturga, crítica literaria y traductora (del latín, alemán, inglés, francés y español) comparada egresada de la Università di Firenze, ha publicado poesía la antología Coral, Roma, Newton Compton 1995 y los volúmenes "La obra del viento. Poesía 1965-2005 y Tentativas de certeza. Poesía 1999-2009, Venezia, Marsilio, 2006 y 2010, que reúnen todos sus textos editados en años anteriores y una selección de poesía inédita. Ha dedicado estudios críticos a numerosos poetas y escritores italianos y europeos. Ha escrito veintitrés textos teatrales ambientados en el periodo helenístico, en la contemporaneidad, y en el futuro, algunos ya publicados en años anteriores y otros reunidos en el volumen TEATRO, Pistoia, Petite Plaisance, 2015. Entre los autores traducidos por ella están Cicerón, Shakespeare, Herbert, Thompson, Woolf, Mansfield, Barnes, Proust, Segalen, Weil, Lasker-Shüler, Kolmar y Juana Inés de la Cruz, por lo cual ha escrito el texto teatral La Fenice. Sus textos poéticos y teatrales han sido traducidos a las principales lenguas europeas

Poetessa, dramaturga, critico letterario e traduttrice (dal latino, tedesco, inglese, francese e spagnolo), già comparatista nell'Università di Firenze, ha pubblicato nove raccolte poetiche, l'antologia Corale, Roma, Newton Compton 1995, e i volumi L'opera del vento. Poesie 1965-2005 e Tentativi di certezza. Poesie 1999-2009, Venezia, Marsilio, 2006 e 2010, che riuniscono tutti i suoi testi precedentemente editi ed una scelta di poesie inedite. Ha dedicato studi critici a numerosi poeti e scrittori italiani ed europei. Ha scritto ventitre testi teatrali ambientati dal periodo ellenistico alla contemporaneità, al futuro, in parte già pubblicati in precedenza ed ora raccolti nel volume TEATRO, Pistoia, Petite Plaisance, 2015. Fra gli autori da lei tradotti: Cicerone, Shakespeare, Herbert, Thompson, Woolf, Mansfield, Barnes, Proust, Segalen, Weil, Lasker-Shüler, Kolmar e Juana Inès de la Cruz, per la quale ha scritto il testo teatrale La Fenice. Suoi testi poetici e teatrali sono stati tradotti nelle principali lingue europee.



GENNARO FRANCIONE

Magistrado, nació en Torre del Greco y vive en Roma. Escritor, dramaturgo, actor y director de teatro internacional, su trayectoria la ha realizado en Italia y en el extranjero, sus obras teatrales son según el Centro Ugo Betti herencia del propio Ugo Betti. Es miembro académico de la Internationale Burckhardt Akademie y fundador de la UEGIUS (Unión Europea de los Jueces Escritores, de la cual es presidente. Dirige el Movimiento Utopista-Antiarte 2000, basado en la Hermandad del Libre Espíritu Antiartístico. Ganó el Premio de la Cultura de la Presidencia del Consejo de Ministros en los años 1995-1997-2003-2005

Magistrato, è nato a Torre del Greco e vive a Roma. Scrittore, drammaturgo, attore e regista di teatro internazionale ha rappresentato in Italia e all'estero sue opere teatrali, indicato dal Centro Ugo Betti come il naturale erede del giudice drammaturgo Ugo Betti. Membro Accademico dell'Internationale Burckhardt Akademie e fondatore dell'EUGIUS (Unione Europea dei Giudici Scrittori), di cui è Presidente, ha ideato il Movimento Utopista-Antiarte 2000, basato sulla Fratellanza del Libero Spirito Antiartistico. Gli è stato assegnato il Premio della Cultura della Presidenza del Consiglio dei Ministri per gli anni 1995-1997-2003-2005.



LUCIANA LUPPI

Luciana Luppi nasce a Milano dove si diploma all'Accademia del Teatro Filodrammatici. Años después como actriz en diversas compañías famosas trabajó en el Piccolo teatro de Milán, dirigido por Giorgio Strehler, inició oficialmente su trayectoria como autora. Entre sus textos teatrales representados sobresale "*Il gioco*", que obtuvo el Premio Unicef-Teatro Stabile di Roma), "*Coabitazione*" representado en Roma y varias ciudades italianas, en Nueva York y varias ciudades españolas y en el Teatro de las Bellas Artes en Madrid, *l'erede di Shylock*, escrito con Eduardo De Filippo, publicado por Einaudi y representado in Francia en 1997-98. Entre sus textos premiados se encuentran también *Il burattinaio*, *La dittatura seducente*, y los monólogos *L'offesa*, *Memorie segrete* e *L'Ipocondriaco poeta*. Entre otros filmados y transmitidos por la televisión suiza con mayor audiencia están: *Passioni allo specchio*, *Nisveta*, *Genio e Magia di un medico vagabondo*, *Dall'engadina verso oriente* y *Altro ancora*.

Luciana Luppi nasce a Milano, dove si diploma all'Accademia del Teatro Filodrammatici. Dopo anni di palcoscenico come attrice in diverse Compagnie dirette da stimabili e famosi capocomici, nonché al Piccolo teatro di Milano diretto da Giorgio Strehler, inizia ufficialmente anche il lavoro d'autrice. Tra i testi teatrali rappresentati, ricordiamo *il gioco* (premio Unicef-Teatro Stabile di Roma), *Coabitazione* rappresentato a Roma e in varie città italiane, a New York, in varie città spagnole e al Teatro delle Belle Arti di Madrid, *l'erede di Shylock*, scritto con Eduardo De Filippo, pubblicato da Einaudi e rappresentato in Francia nel 1997-98. Tra i testi premiati: *Il burattinaio*, *La dittatura seducente*, e i monologhi *L'offesa*, *Memorie segrete* e *L'Ipocondriaco poeta*. Tra gli sceneggiati trasmessi con maggiore audience alla Radiotelevisione Svizzera: *Passioni allo specchio*, *Nisveta*, *Genio e Magia di un medico vagabondo*, *Dall'engadina verso oriente* e *Altro ancora*.



GUGLIELMO MASETTI ZANNINI

Guglielmo Masetti Zannini nació en Roma de familia de origen boloñés. Egresado en Sociología y periodista publicista ha escrito textos teatrales, guiones de cine, novelas y cuentos. Algunos de sus textos han sido representados o bien se han promovido a través de lecturas de atril en varios teatros italianos.

Guglielmo Masetti Zannini è nato a Roma da famiglia di origini bolognesi. Laureato in Sociologia e giornalista pubblicista, ha scritto testi teatrali, sceneggiature, romanzi e racconti. Alcuni testi sono stati rappresentati o letti in forma scenica in vari teatri italiani.



PATRIZIA MONACO

Genovese, escribe y traduce para teatro y radio con incursiones en el campo cinematográfico. Egresada de Historia del Teatro ha trabajado por varios años en la University College de Dublín y ahora tiene cursos de Dramaturgia y cursos de arte teatral, recitación en Italia y en el extranjero. Ha ganado varios premios teatrales y sus textos son representados en muchos países. Entre los más afortunados puede mencionarse *Il vero e il falso O'Brien*; *Cellulite addio*; *La porta dell'inferno*; *Fuoco!!!*; *Estate a casa Magni*; *Chi ha paura del padrone cattivo?*; *Se il futuro è così io non vengo*; *L'occasione*; *Ares*; *Icaro* 2001.

Es socia del CENDIC, Centro Nacional di Dramaturgia Italiana. Cada tres años es invitada al festival "International Women Playwrights" (WPI Conferences) y ha presentado sus textos en Ciudad del Cabo, Mumbai, Estocolmo, Atenas, Toronto, Adelaide, Buffalo. En el 2007 en la Università di Genova se discutió una tesis sobre su obra, el relator fue Roberto Trovato

Genovese, scrive e traduce per il teatro e per la radio, con incursioni in campo cinematografico. Laureata in Storia del Teatro, ha lavorato per diversi anni all'University College di Dublino e ora tiene corsi di Dramaturgia e Percorsi dell'arte teatrale presso università, scuole di recitazione e biblioteche in Italia e all'estero.

Ha vinto numerosi premi teatrali, e i suoi testi sono rappresentati in molti Paesi. Fra i più fortunati: *Il vero e il falso O'Brien*; *Cellulite addio*; *La porta dell'inferno*; *Fuoco!!!*; *Estate a casa Magni*; *Chi ha paura del padrone cattivo?*; *Se il futuro è così io non vengo*; *L'occasione*; *Ares*; *Icaro* 2001.

E' socio del CENDIC, Centro Nazionale di Dramaturgia Italiana. Ogni tre anni è invitata ai Festival delle "International Women Playwrights" (WPI Conferences) e ha presentato suoi testi a Città del Capo, Mumbai, Stoccolma, Atene, Toronto, Adelaide, Buffalo.

Nel 2007 all'Università di Genova è stata discussa una tesi di laurea sulle sue opere, relatore il prof Roberto Trovato.



LILIANA PAGANINI

Se graduó en pintura en la Accademia di Belle Arti di Roma y en Specialistica in Scienze dello Spettacolo e Tecnologie Multimediali en Palermo. Es doctora de investigación con excelencia en Historia de la Cultura y de la Técnica en Palermo. Realizó una tesis sobre “Eugène Ionesco y la metafísica en su teatro. En 1973/74 frecuentó en París l'Ecole Internationale de Theatre Jacques Lecoq. Como actriz ha recorrido importantes teatros italianos y colaborado con grandes directores: Fellini, Guicciardini, Missiroli, Squarzina, Scaparro, Carriglio. Inicia a escribir guiones radiofónicos y cuentos para la RAI para Italia y para el extranjero al final de los años 70. En 1999 publica con la Marianna Editrice “L'ombra del marinaio e altri racconti radiofonici”. Sus obras teatrales han sido representadas en varias ciudades italianas. Dos veces ha obtenido la distinción de plata del prestigioso Premio Vallecorsi y ha ganado como mejor monólogo Schegge d'Autore 2013.

Diploma in Pittura dell'Accademia di Belle Arti di Roma e Laurea Specialistica in Scienze dello Spettacolo e Tecnologie Multimediali a Palermo. Dottore di Ricerca, con Eccellente, in Storia della Cultura e della Tecnica a Palermo, tesi: “Eugène Ionesco e la metafísica nel suo teatro”. Nel 1973/74 ha frequentato a Parigi l'Ecole Internationale de Theatre Jacques Lecoq. Come attrice ha recitato nei più importanti teatri italiani e con registi quali: Fellini, Guicciardini, Missiroli, Squarzina, Scaparro, Carriglio. Inizia a scrivere sceneggiati radiofonici e racconti per la RAI per l'Italia e per l'estero, alla fine degli anni '70. Nel 1999 pubblica con la Marianna Editrice “L'ombra del marinaio e altri racconti radiofonici”. Sue opere teatrali sono state rappresentate a Roma, Milano, Palermo, Lecce, Padova, Chieti, Pescara e in altre diverse città italiane. Per due volte è stata segnalata con targa d'argento dal prestigioso Premio Vallecorsi e ha vinto, come miglior monologo, Schegge d'Autore 2013.



LUIGI PASSARELLI

Luigi Passarelli, nació en Roma en 1978, reportero publicista, egresado de Ciencias Políticas, es autor de textos para cine y teatro. Su trabajo teatral se ha presentado en festivales. Ha conseguido cuatro premios a título personal y diversos reconocimientos y selecciones por su participación en proyectos colectivos de producción varia. Es video maker freelance calificado en edición de video. Autor de cuatro libros, tres novelas y un ensayo. Su tesis la realizó osbre el Istituto Luce, fue escogida y publicada por Prospettiva Editrice. Es miembro del CENDIC. Más información puede obtenerse en su sitio www.mikrofilm.it

Luigi Passarelli, nato a Roma nel 1978, giornalista publicista, laureato in Scienze Politiche, è autore di testi per il cinema e il teatro. Il suo lavoro teatrale si è espresso soprattutto tramite rassegne e festival. Ha conseguito quattro premi a titolo personale e diversi riconoscimenti e selezioni per la sua partecipazione a progetti collettivi di produzioni varie. E' un video maker freelance con qualifica professionale riconosciuta in editing video. Autore di quattro libri, fra cui tre romanzi e un saggio, ovvero la sua tesi di laurea sull'Istituto Luce, scelta e pubblicata da Prospettiva Editrice. E' membro del Cendic. Una panoramica generale del suo lavoro complessivo in ambito artistico e produttivo è reperibile sul sito personale www.mikrofilm.it



MASSIMILIANO PERROTTA

Massimiliano Perrotta, nacido en Catania en 1974, vive en Roma. Ha escrito y dirigido los espectáculos “Gli specchi” (2006), “Hammamet” (2008), “Filosofi da bar” (2010), “La bussola” (2012), “Paolo Sesto” (2013), “Altrove” (2015), “Sciroppo di lamponi” (2016). Sus obras “I meneni” (2013) obtuvo el Premio Volterra como mejor espectáculo-evento italiano del año, “Mare nostrum” (2014) e “L’incantesimo” (2015) hanno debuttato con la regia di Walter Manfrè. Il suo monologo “Masino Scaccipensieri” (2015) debuttò con la direzione di Orazio Alba. En el 2013 “Pietro torna indietro” ganó la distinción Schegge d’autore como mejor corto teatral. Ha publicado: “Cornelia Battistini o del fighettismo” (La Cantinella, 2006; traducido en Francia en 2012) y la tragedia “Hammamet” (Sikeliana, 2010, Premio Giacomo Matteotti della Presidenza del Consiglio dei Ministri).

Massimiliano Perrotta, nato a Catania nel 1974, vive a Roma. Ha scritto e diretto gli spettacoli “Gli specchi” (2006), “Hammamet” (2008), “Filosofi da bar” (2010), “La bussola” (2012), “Paolo Sesto” (2013), “Altrove” (2015), “Sciroppo di lamponi” (2016). I suoi drammi “I meneni” (2013, Premio Volterra come miglior spettacolo-evento italiano dell’anno), “Mare nostrum” (2014) e “L’incantesimo” (2015) hanno debuttato con la regia di Walter Manfrè. Il suo monologo “Masino Scaccipensieri” (2015) ha debuttato con la regia di Orazio Alba. Nel 2013 “Pietro torna indietro” ha vinto la rassegna Schegge d’autore come miglior corto teatrale. Ha pubblicato: “Cornelia Battistini o del fighettismo” (La Cantinella, 2006; tradotto in Francia nel 2012) e la tragedia “Hammamet” (Sikeliana, 2010, Premio Giacomo Matteotti della Presidenza del Consiglio dei Ministri).



ANTONIO SAPIENZA

Antonio Sapienza, nació en Siracusa en 1936, pero vive en Catania.. Desde 1981, es Ufficiale dell'A.M., si occupa a tempo pieno, di scrittura, dirección teatral y pintura. Ha escrito nuemrosas obras de narrativa, poesía, foto-novela, ochenta textos teatrales y otros cincuenta entre cortos y monólogos. Es colaborador del grupo editorial Espresso-Repubblica, que ha publicado en e-book, varios de sus cuentos. Es una autor exitoso, sus textos han sido representados por varias compañías teatrales y ha sido distinguido con la reseña Cendic "Teatro in Provincia", con algunos cortos teatrales obteniendo varios reconocimientos.

Antonio Sapienza, è nato a Siracusa nel 1936, ma vive a Catania. E' figlio d'Arte. Dal 1981, dimessosi da Ufficiale dell'A.M., si occupa a tempo pieno, di Scrittura, Regia teatrale e Pittura. Ha scritto numerose opere di narrativa, di poesia, foto-racconti, ottanta testi teatrali, e oltre cinquanta tra Corti e monologhi. E' collaboratore del gruppo editoriale Espresso-Repubblica, il quale ha pubblicato, in e-book, diversi suoi racconti. E' un autore plurirappresentato, i suoi testi sono stati messi in scena, da parte di Compagnie Teatrali, presso teatri di tutta Italia e anche all'estero. Ha partecipato a tre edizioni della rassegna Cendic "Teatro in Provincia", con alcuni corti teatrali, ottenendo ottimi riconoscimenti.



FLAVIO SCIOLE'

Flavio Sciole' (Atri, 1970). Actúa desde hace años en la investigación antiteatral en la experimentación cinematográfica y en el performance extremo. Principalmente arrojado a la deconstrucción artística de algún arte clásico, encuentra su propia razón de ser en actos de defragmentación y destrucción iconoclasta por vocación. No inclina su compromiso, hace arte como instancia del arte ético, la propia razón de vida. Sus videos han sido proyectados y premiados en festivales nacionales e internacionales (Exposición Internacional de Arte La Biennale di Venezia, Romaeuropa). Con Teatro Ateo su zona de acción realiza esta destrucción y recreación del teatro clásico. Actúa en dos niveles, uno recitativo y otro dramático. Codifica el módulo de la recitación que deja un signo al interior del teatro de investigación.

Flavio Sciole' (Atri, 1970). Agisce da anni nella ricerca antiteatrale, nella sperimentazione cinematografica e nella performance estrema. Principalmente votato alla decostruzione artistica di qualunque arte classica, trova la propria ragione d'essere in atti di deframmentazione e distruzione. Iconoclasta per vocazione, non incline al compromesso, fa dell'arte come istanza, dell'arte etica, la propria ragione di vita. I suoi video sono proiettati e premiati in Festival nazionali ed internazionali in Italia e nel mondo (Esposizione Internazionale D'Arte La Biennale di Venezia, Romaeuropa). Con Teatro Ateo la zona d'azione è la reimpostazione-distruzione-sgretolazione del teatro classico. Agisce su due livelli: uno recitativo ed uno drammaturgico. Codifica il modulo della 'recitazione inceppata' che lascia un segno all'interno del teatro di ricerca.



ANGELA VILLA

Angela Villa, es docente egresada en Ciencias Humanas en la Facultad Estatal de Milano con una tesis sobre el paisaje alpino en el melodrama italiano. Cantante de música antigua del barroco napolitano al lado Franco Ventimiglia, di Scala Minore Napoletana. También es intérprete de lecturas musicales de teatro civil. Como dramaturga ha obtenido los siguientes reconocimientos: Premio Biennale "Letteratura e Ambiente" 2012 con *La balena è un sogno*; Premio Biennale "La Scrittura della Differenza" 2014 con *omissis*; Premio Nazionale "In punta di penna", 2016 con *il volo dell'albatros*. Ha representado a Italia en Cuba durante el Festival Internacional della Drammaturgia Femminile. Algunos de sus textos se pueden leer en la Biblioteca Digitale sulla Camorra e Cultura della Legalità dell'Università Federico II di Nápoles. Escribe para la revista on line www.dramma.it

Angela Villa, è docente, laureata con lode in scienze umane presso la Facoltà Statale di Milano con una tesi sul paesaggio alpino nel melodramma italiano. Cantante di antiche e villanelle del barocco napoletano, insieme a Franco Ventimiglia, di Scala Minore Napoletana, è interprete di letture musicali di teatro civile. Come drammatrga ha ottenuto i seguenti riconoscimenti: Premio Biennale "Letteratura e Ambiente" 2012 con *La balena è un sogno*; Premio Biennale "La Scrittura della Differenza" 2014 con *omissis*; Premio Nazionale "In punta di penna", 2016 con *il volo dell'albatros*. Ha rappresentato l'Italia a Cuba in occasione del Festival Internazionale della Drammaturgia Femminile. Alcuni suoi testi si possono leggere nella Biblioteca Digitale sulla Camorra e Cultura della Legalità dell'Università Federico II di Napoli. Scrive per la rivista on line www.dramma.it

ÍNDICE

5	DIÁLOGOS ESCÉNICOS MÉXICO-ITALIA
7	UNIPERSONALES EN EL ESCENARIO
9	AQUILA SAPIENS SAPIENS: CANTO PARA PROMETEO
27	ADIÓS GUAPO
30	ARES, DIOS GRIEGO DE LA GUERRA, EN PERSONALIDADES MULTIFORMES QUE ATRAVIESAN LOS SIGLOS
40	BEATRICE CENCI
60	POR LA CARA NO DIRÍAS
67	ADN DRAMAS VERTICALES 2015
81	HAMMAMET
92	EL JUEZ ARREPENTIDO
96	EL MAR NO EXISTE. MONÓLOGO DE CINCO VOCES Y UN PERSONAJE
107	EL REY ESTÁ LOCO
113	EL SECRETO DE POLICHINELA
121	EL CATADOR DEL REY
131	NINSKIJ: EL ESPECTRO DE LA ROSA
150	EL GRITO DEL MONO
161	ÉL Y ELLA
166	TÚ ERES EL MAR

DRAMMATURGIA ITALIANA CONTEMPORANEA

183	UNIPERSONALI AL PALCOSCENICO
185	AQUILA SAPIENS SAPIENS. CANTO PER PROMETEO
202	ADIO BELLO
205	ARES, LA PENULTIMA VERITÀ
215	BEATRICE CENCI
234	DALLA FACCIA NON SI DIREBBE
241	DNA DRAMMI VERTICALI 2015
254	HAMMAMET
266	IL GIUDICE PENTITO
269	IL MARE NON ESISTE. MONOLOGO PER CINQUE VOCI E UN PERSONAGGIO
280	IL RE É PAZZO
284	IL SEGRETO DI PULCINELLA
292	L'ASSIAGIATORE DEL RE
302	NINSKIJ: LO SPETTRO DELLA ROSA
320	L'URLO DELLA SCIMMIA
331	LUI E LEI
336	TU SEI IL MARE. VOCE DI DONNA IN TREDICI MOVIMENTI
351	AUTORI



CULTURA

MTRO. JORGE ARISTÓTELES SANDOVAL DÍAZ
GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE JALISCO

LIC. ROBERTO LÓPEZ LARA
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO

DRA. MYRIAM VACHEZ PLAGNOL
SECRETARIA DE CULTURA

DR. TOMÁS EDUARDO ORENDAIN VERDUZCO
DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL

LIC. SAMUEL GÓMEZ LUNA CORTÉS
DIRECTOR DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

DRAMATURGIA ITALIANA
CONTEMPORÁNEA

Se terminó de imprimir en los talleres de
Offset Studio, Miguel Blanco 1399,
Col. Americana, 44100,
Guadalajara, Jalisco.

Se tiraron 1000 ejemplares
Octubre 2016